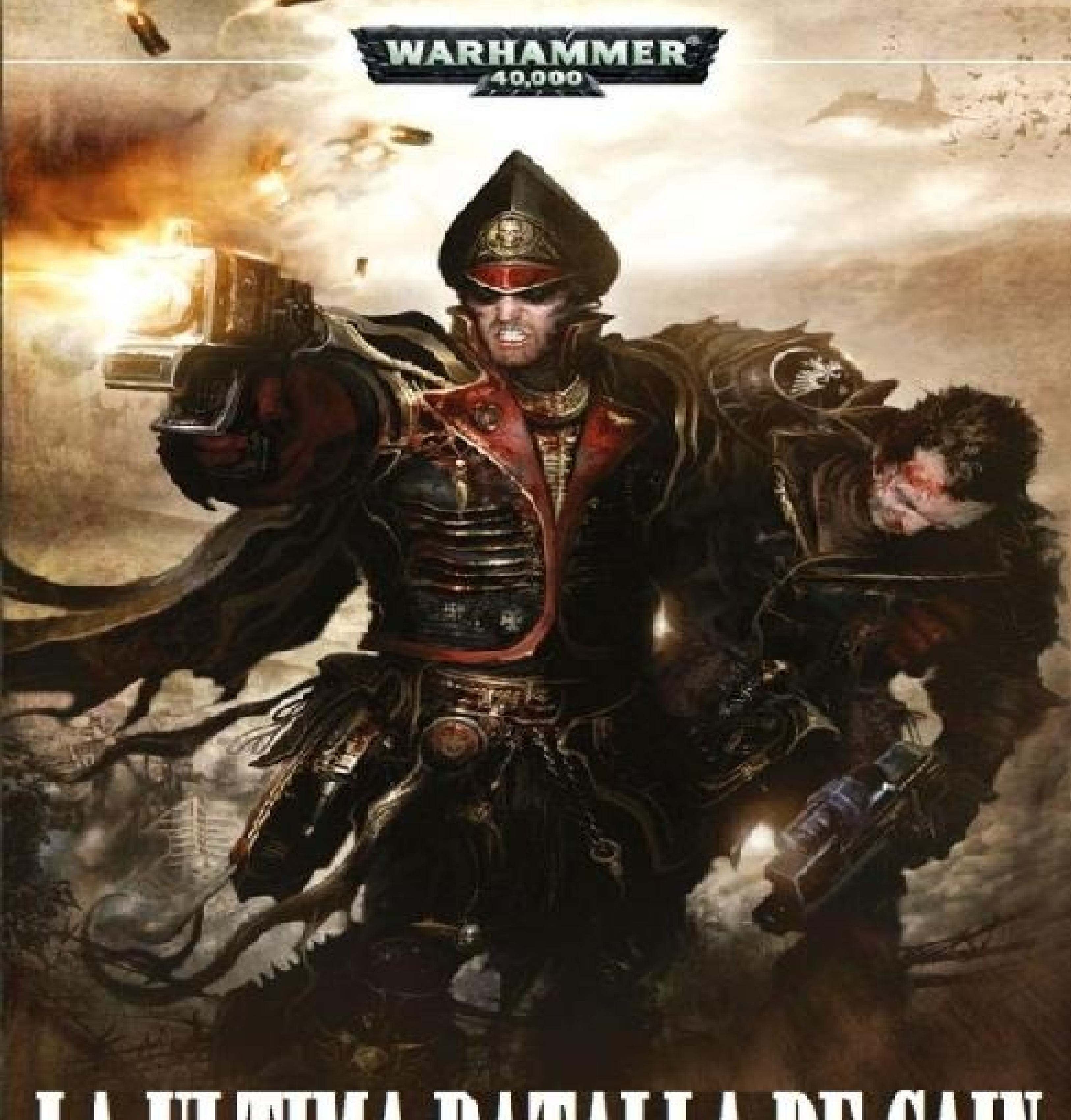


LA ULTIMA BATALLA DE CAIN

UNA NOVELA DE CIAPHAS CAIN DE SANDY MITCHELL

LA ÚLTIMA BATALLA DE CAÍN

Serie Ciaphas Caín, volumen 6

***"Cain's Last Stand"* por Sandy Mitchell**



SÓLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



TRADUCCIÓN Y EDICIÓN DEL PERGAMINO ORIGINAL:

ERUDITO ESCRIBA CARACTACUS MOTT



Estamos en el cuadragésimo primer milenio.

El Emperador ha permanecido sentado e inmóvil en el Trono Dorado en Terra durante más de cien siglos. Es el Señor de la Humanidad por deseo de los dioses, dueño de un millón de mundos por el poder de sus inagotables e infatigables ejércitos. Es un cuerpo podrido que se estremece de un modo apenas perceptible por el poder invisible de los artefactos de la Era Siniestra de la Tecnología. Es el Señor Carroñero del Imperio, por el que se sacrifican mil almas al día para que nunca acabe de morir realmente.

En su estado de muerte imperecedera, el Emperador continúa su vigilancia eterna. Sus poderosas flotas de combate cruzan el miasma infestado de demonios del espacio disforme, la única ruta entre las lejanas estrellas. El camino está señalado por el Astronomicón, la manifestación psíquica de la voluntad del Emperador. Sus enormes ejércitos combaten en innumerables planetas. Los mejores guerreros son los Adeptus Astartes, Marines Espaciales, súpersoldados modificados genéticamente. Sus camaradas de armas son incontables: las numerosas legiones de la Guardia Imperial junto a las fuerzas de defensa planetaria de cada mundo, la Inquisición y los tecnosacerdotes del Adeptus Mechanicus por mencionar tan sólo unos pocos. A pesar de su ingente masa de combate, apenas son suficientes para repeler la continua amenaza de los alienígenas, los herejes, los mutantes… y enemigos aún peores.

Ser un hombre en una época semejante es ser simplemente uno más entre billones de individuos. Es vivir en la época más cruel y sangrienta imaginable. Éste es un relato de esos tiempos. Olvida el poder de la tecnología y de la ciencia, pues mucho conocimiento se ha perdido y no

podrá ser aprendido de nuevo. Olvida las promesas de progreso y comprensión, ya que en el despiadado universo del futuro sólo hay guerra. No hay paz entre las estrellas, tan sólo una eternidad de matanzas, carnicerías y las carcajadas de dioses sedientos de sangre.

NOTA EDITORIAL:

Debo confesar que siento un cierto alivio al poder presentar finalmente el último extracto de los **Archivos Caín** a mis colegas inquisidores, para su escrutinio, puesto que este volumen de sus memorias ha resultado ser el trabajo editorial más difícil que he abordado hasta la fecha, y con mucha diferencia. Los lectores que posean una buena memoria podrán recordar que, en mi prefacio al tercer volumen, mencioné que el material contenido en el mismo constituía un largo paréntesis en el registro de las actividades de Caín durante la Decimotercera Cruzada Negra; basta decir que estaba lejos de ser la única y que varias de estas anécdotas eran al menos tan extensas como su relato de la campaña de Adumbria. Sospecho que, al menos en parte, su incapacidad para mantenerse centrado en su relato durante mucho tiempo se debía principalmente a que los acontecimientos que intentaba relatar eran todavía relativamente recientes, y simplemente se sentía más cómodo abordando recuerdos más distantes, y por lo tanto, menos dolorosos.

Sin embargo, a riesgo de sonar un tanto autocomplaciente, creo que he logrado reunir en un texto razonablemente coherente, las actividades de Caín durante **el Segundo Asedio de Perlia**, sin más señales de interferencia por mi parte que las habituales. Dejo a su criterio si mi esfuerzo ha valido la pena o no.

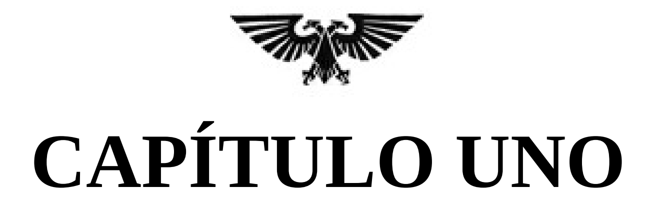
Los lectores atentos que hayan estado siguiendo este pequeño hobby mío durante algún tiempo, se darán cuenta de inmediato de que este volumen se relaciona temáticamente, que no temporalmente, con los dos inmediatamente anteriores, cerrando finalmente una serie de asuntos que comenzaron a desarrollarse casi al inicio de su carrera pero que habían quedado sin resolver. Y lo que es más importante, este documento final nos proporciona lo más próximo a tener un relato fiable y de primera mano de lo que bien podría haber sido el golpe decisivo contra la misma **Cruzada Negra**. Con esto no pretendo disminuir la nobleza y el sacrificio de muchos de los fieles servidores del Emperador

en aquellos aciagos y aterradores años; pero si Caín es preciso en sus recuerdos (y a pesar de sus otras faltas, respecto a las cuales sigue siendo en su mayor parte desgarradoramente sincero, al menos es consistente en describir las cosas tal y como las experimentó), difícilmente puede ser una exageración sugerir que si Caín no hubiera actuado como lo hizo, el Gran Enemigo habría tenido la victoria final casi al alcance de sus manos. Por otro lado, me inquieta la sospecha de que las eventuales consecuencias resultado de la inesperada forma en las que se resolvieron las cosas, puedan acabar dando como resultado eventos igualmente catastróficos. En cualquier caso, ya nos preocuparemos de cruzar ese puente cuando lleguemos a el, y celebremos que cuando menos gracias al ingenio de Caín hemos conseguido un tiempo extra para prepararnos en el caso de que al final suceda lo peor.

Pero basta de hablar de mis problemas. A pesar del considerable trabajo requerido para darle a las memorias de Caín una forma coherente, he tratado de ser tan escrupulosa como siempre en mis intentos de ceñirme lo más fielmente posible tanto al espíritu como a la letra de los recuerdos del propio Caín. Como de costumbre, cuando lo he considerado adecuado he añadido notas explicativas a pie de página así como material adicional de otras fuentes, a fin de proporcionar un contexto más amplio a su indefectiblemente egocéntrica visión de los acontecimientos; el resto permanece enteramente fiel a las palabras de Caín.

Amberley Vail, Ordo Xenos.

.



CAPÍTULO UNO

Nunca he podido observar Perlia desde la órbita sin experimentar una peculiar mezcla de emociones. Por un lado, los recuerdos de la primera vez que vi aquel mundo, y de lo cerca que estuve poco después de no dejar más que una marca en su superficie, en forma de un pequeño cráter, gracias al empeño de un piloto de caza orko decidido a usar mi cápsula salvavidas para practicar el tiro al blanco, vuelven con sorprendente viveza a mi mente cada vez que veo el planeta desde más allá de su atmósfera. Por otro lado, he de reconocer que me he encariñado con el lugar en los últimos años; después de casi un siglo de dar vueltas por la galaxia, la mayoría de las veces yendo de un peligro mortal a otro, y que sigue siendo una refrescante novedad para mí el tener un lugar al que llamar hogar. Es por ello que, cuando nuestro transbordador inició la última fase del viaje atravesando la atmósfera en aquel fatídico día a principios del último año del viejo milenio **(1)**, me encontré observando la maniobra desde el mirador en un meditabundo estado de ánimo.

(1) *M41, por supuesto. La mayor parte del material presentado en este volumen se registró de forma fragmentaria entre 002 y 005.M42, con una menos que escasa consideración por mantener un estricto orden cronológico, incluso para los habituales estándares de Caín.*

-¿Té, comisario?-, me preguntó una voz familiar cerca de mi codo, y el rostro de Jurgen apareció reflejado en el cristal blindado, ocultando el relajante panorama repleto de manchas azules, verdes y ámbar que llenaba el vacío que nos rodeaba, apenas un instante antes de que mi nariz me advirtiera que había empezado a inclinarse en mi dirección.

Decir que los años habían sido amables con mi ayudante sería algo exagerado; quizás sería más exacto decir que habían sido remotamente educados con él, cuando este se molestaba en reconocer su presencia.

Lo que quedaba de su cabello se había vuelto blanco décadas atrás, aunque la mayor parte había abandonado completamente su cabeza hacía ya mucho tiempo, revelando un cuero cabelludo tan salpicado de psoriasis como siempre lo había estado su rostro, con parches visibles entre sus irregulares erupciones de vello facial **(2)**, aunque todavía era tan vigoroso como yo, gracias a los tratamientos de rejuvenecimiento que discretamente le había proporcionado Amberley.

(2) *Aunque Jurgen estaba obviamente excusado de afeitarse por razones médicas, debido a su interesante colección de enfermedades de la piel, siempre sospeché que la verdadera razón por la que se le permitía dejarse crecer la barba era la comprensible aprensión de Caín sobre lo que podría haber revelado una navaja de afeitar.*

A pesar de la cantidad de misiones casi suicidas que había realizado para ella a lo largo de los años, no me hacía ninguna ilusión sobre a cuál de los dos consideraba ella como su mayor activo de entre todo su séquito de colaboradores habituales. Incluso los héroes del Imperio no valen ni dos créditos en comparación con el valor de un paria, y habiéndome beneficiado de su inexplicable habilidad para anular los poderes de la disformidad en más ocasiones de las que me atrevo a recordar, podía entender perfectamente el por qué ella le valoraba tanto.

-Gracias, Jurgen-, dije, aceptando la taza de tanna que me ofrecía con una facilidad sorprendente, ya que, a pesar del reducido espacio del habitáculo del transbordador, mi pequeño grupo de cadetes comisarios había decidido sentarse lo más lejos posible de nosotros. No podía culparlos, claro está; el aroma de mi ayudante era bastante fuerte, por decirlo suavemente, y su propensión a marearse en los vuelos atmosféricos no hacía sino exacerbar dicha cualidad**-. Muy considerado por tu parte.**

-De nada, señor-. Una expresión que se aproximaba un poco a una sonrisa apareció brevemente en su cara antes de alejarse de nuevo para cerrar cuidadosamente la tapa del termo antes de guardarlo en algún lugar entre la profusión de bolsas con las que habitualmente estaba

adornado el peto de su chaleco blindado**-. Tengo algunos sándwiches en alguna parte, por si le apetece.**

-El té será suficiente-, dije apresuradamente, mientras él ya empezaba a hurgar en un par de sus bolsos, aparentemente al azar. Su alivio al salir por fin de la atmósfera era palpable, y empecé a respirar un poco menos superficialmente mientras sorbía la fragante bebida, al tiempo que observaba cómo nuestro mundo adoptivo se empequeñecía tras el reflejo de nuestros rostros. A decir verdad, el peso de los años ya se estaba cobrando su precio, y a pesar de los periódicos tratamientos de rejuvenecimiento de los que había podido disfrutar dada mi antigüedad y mi supuesto estatus de héroe, las canas se habían adueñado de mis sienes. Bueno, después de todo, no iba a quejarme por ello, dado que a lo largo de mi vida había sido testigo o tomado parte de algunas situaciones por las cuales hacía décadas que se me debería haber quedado el pelo totalmente blanco.

A aquellas alturas ya llevaba unos seis años viviendo en Perlia, con alguna que otra ocasional escapada, y disfrutaba de lo que se suponía que iba a ser una tranquila jubilación.

De vez en cuando sí se había cumplido dicha expectativa. Para mi sorpresa, había adoptado el papel de pedagogo, y los cachorros que habían puesto a mi cargo en la schola progenium, que alguien había considerado oportuno fundar allí tras mi última y azarosa visita al planeta, **(3)** fueron mucho menos problemáticos que un regimiento de la Guardia. Probablemente no les perjudicó el hecho de que yo fuera el primer instructor que habían tenido con una actitud relativamente laxa hacia los estándares de disciplina que normalmente se aplican en tales instituciones. En los inicios de mi propia carrera había descubierto que un enfoque sutil era mucho más eficaz para inspirar lealtad entre las tropas que la simple intimidación, y me pareció que impartir esta lección con el ejemplo aumentaría enormemente sus posibilidades de supervivencia en el futuro (sin mencionar el hecho de que mi actitud molestaba a la mayoría de los insufribles petimetres que dirigían el lugar,

algo que siempre he encontrado de lo más divertido).

(3) *Después de repeler la invasión orka en 923.M41, y en respuesta al creciente número de incursiones de los tau en el espacio Imperial en aquella época, la presencia militar en los sectores alrededor del Golfo de Damocles se incrementó considerablemente. Perlia, al estar estratégicamente situado y necesitar una reconstrucción considerable, se convirtió en un claro punto de parada para aquellas fuerzas, y se benefició de la introducción de una serie de instituciones imperiales, entre ellas la schola progenium.*

Por desgracia no me había quedado mucho tiempo para disfrutar de la relativa tranquilidad: las flotas colmena tiránidas habían elegido el año de mi llegada para comenzar su ataque contra el Brazo Oriental **(4)**, y desde entonces había sido requerido para el servicio activo en varias ocasiones.

(4) *Eastern Arm, Segmentum Ultima.*

Con demasiada frecuencia se se debía a que alguien en el Comisariado parecía creer que mi sola presencia, excesivamente cerca de la línea de fuego para mi tranquilidad, era más que suficiente para lograr que aquellos horrores quitinosos escupieran hasta el último mundo que estaban intentando devorar y se retiraran, o que al menos se les indigestara. Casi el mismo número de veces se debió a que Amberley, quien como la mayoría de los agentes del Ordo Xenos en el Segmentum Ultima de aquella época, se encontraba realmente hasta arriba de trabajo y se veía obligada a delegar buena parte de la gestión de la crisis en nosotros, los que formamos parte de su grupo de acólitos con un probado talento para la supervivencia **(5)**.

(5) *Las actividades de Caín durante las posteriores guerras tiránidas, aunque valiosas y fascinantes, no son de interés en este momento.*

En cualquier caso, había estado lejos de Perlia durante bastante tiempo cuando regresé a casa a finales del 998, como para darme cuenta de que en mi ausencia habían pasado bastantes cosas. Afortunadamente,

el principal avance tiránido prácticamente había pasado de largo el sistema, como yo sabía muy bien, ya que me había quedado atascado en su camino, aunque no había escapado completamente ileso. Una flota de vanguardia había aparecido en el sistema unos ocho meses antes, buscando un objetivo fácil para reponer su reserva de biomasa, y nuestros escuadrones de defensa del sistema habían tenido que esforzarse a fondo para mantenerlos alejados de la propia Perlia.

Resultó que habían tenido éxito más allá de toda expectativa razonable, y tan sólo unas pocas unidades de organismos habían llegado hasta la superficie, para ser rápidamente despachadas por las FDP, aunque el precio de la victoria había sido muy alto. Todas las instalaciones en la periferia del sistema habían sido invadidas o abandonadas para permitir que la flota se concentrara en defender el planeta principal; y ahora que el peligro había pasado, tocaba acudir a cada estación vacía y cada hábitat orbital para erradicar toda presencia de los horrores quitinosos que se habían refugiado en ellos antes de que pudieran ser activados de nuevo.

Es por eso que me encontraba observando el vacío desde el mirador del viejo y maltrecho Aquila de la schola, nave que sospechaba que sólo se mantenía en activo para que los cadetes de la Marina se acostumbraran al espacio sin tener que molestar a los capitanes de la flota del sector, así como para que los seminaristas del santuario del Adeptus Mechanicus que estaban junto a nuestro recinto tuvieran algo con lo que practicar sus rituales de mantenimiento.

-¿Tiempo estimado para reunirnos con el transporte de tropas?-. pregunté, volviéndome en mi asiento para mirar a la doble fila de cadetes, la mayoría de los cuales hicieron un apresurado intento de parecer como si hubieran estado sentados erguidos y prestando atención en lugar de jugar partidas de regicida en sus placas de datos o intercambiando holoimágenes lascivas. La única excepción era el cadete Nelys, que ya estaba totalmente firme, pues no sabría cómo encorvarse, ni aunque se lo ordenara; Por los dientes del Emperador, a veces

pensaba que el muchacho dormía en posición de firmes.

-Diecisiete minutos, comisario-. me informó con claridad una voz de contralto, firme y precisa, que se sobrepuso al tímido murmullo de alocadas conjeturas y susurradas excusas, apenas una fracción de segundo antes de que Nelys estuviera listo para dar su respuesta, algo que le hizo sonrojarse, sin duda irritado por haber sido superado por la única chica de la escuadra **(1).**

(1) *Aunque es relativamente raro entre las filas del Comisariado, hay un sorprendente número de mujeres comisario: presumiblemente porque a ninguno de los regimientos femeninos de la Guardia Imperial le gustaría ser mandado por un simple hombre.*

-Bien hecho, Kayla-, dije, a pesar de no tener ni idea de si tenía razón o no, pues eso pondría a Nelys en un aprieto, y con eso me bastaba. El muchacho tenía todas las características de un comisario ideal: piadoso, celoso y aparentemente convencido de que el sentido del humor era una enfermedad que padecían los demás. Esa es la razón principal por la que adopté como mi misión en la vida hacer que se animara un poco antes de graduarse; pues con una actitud como esa, estaría pidiendo a voz en grito el ser víctima de un accidente de fuego amigo tan pronto como fuera asignado a un regimiento de verdad.

-Comisario-, la cadete Kayla me agradeció el cumplido secamente, su gorra ondeando levemente sobre la brillante mata de pelo castaño que había bajo ella.

Su negativa a adoptar el corto corte de pelo de sus compañeros cadetes era la única señal de femineidad que le había visto permitirse hasta aquel momento. Aparte de eso, ella era casi tan implacable como Nelys, aunque yo sospechaba que esto era más porque sentía la necesidad de justificar su presencia en un ambiente que de otra manera sería exclusivamente masculino. El Emperador sabe que no puede haber sido fácil para ella, pero estaba haciendo algo más que hacerse notar. Para

ser honesto, pensaba que era una de las más prometedoras del grupo, y que probablemente llegaría lejos una vez que hubiera desarrollado un poco más de confianza en su propio juicio.

Lo cual era la situación opuesta en el caso del chico sentado a su lado. Donal me preocupaba, aunque no podría decir exactamente el por qué; de veras que no. Todas sus evaluaciones eran satisfactorias, y sus habilidades de combate estaban un poco por encima de la media. También era brillante, de eso no tenía ninguna duda, aunque no tan perspicaz como Kayla, y tenía la rara habilidad de pensar con rapidez y aprovechar inmediatamente cualquier circunstancia inesperada que surgiera. El hecho es que me recordaba a mí mismo a esa edad, lo cual significaba que, aunque no tuviera motivos claramente discernibles para estar inquieto, tampoco era capaz de confiar del todo en él.

Debió percatarse que mis ojos se habían detenido en su persona momentáneamente, porque cabeceó respetuosamente en mi dirección.

-¿Nos acompañará en persona, señor?

-En realidad había estado planeando sentarme aquí con los pies en alto y bebiendo té-, dije como si fuera una broma, y todos se rieron obedientemente, excepto Nelys, que pareció claramente confundido. Sin embargo, no podía evitar preguntarme si Donal, con la intención de socavar mi autoridad, insinuaba que yo pudiera estar escurriendo el bulto, pues aquello era precisamente el tipo de cosas que yo solía hacerles a mis propios tutores**-. Pero si crees que necesitas que te lleven de la mano, no te apures pues yo estaré a tu lado.**

-Gracias, señor-, dijo**-. Estoy seguro de que todos nos sentiremos mejor sabiendo que nos guarda las espaldas-.** Como de costumbre, no había ningún rastro evidente de sarcasmo en su voz, por mucho que yo lo buscara.

-Si todos ustedes revisan sus placas de datos, encontrarán un esquema del objetivo-, comenté. Qué demonios, dado que en aquel instante tenía su atención, pensé que lo mejor sería iniciar la reunión informativa-. **Asteroide 761 Kappa. Un hábitat minero que recuperamos de los bichos hace seis meses.**

-Entonces, ¿para qué volvemos allí? -. preguntó Kayla.

Precisamente esa fue la misma pregunta que yo mismo había hecho tres días antes, cuando recibí el plan de la misión, así que asentí apreciativamente.

-Muy buena pregunta. Desafortunadamente no sabremos la respuesta hasta que no lleguemos allí. Todo lo que sabemos por ahora es que el Administratum informó haber perdido contacto con los mineros hace una semana, y solicitó a las Fuerzas Espaciales de Defensa que le echaran un vistazo. Las naves de las FED no cuentan con el personal necesario para reunir a un grupo de abordaje lo suficientemente grande, por lo que solicitaron apoyo a las FDP, que inmediatamente organizó un pelotón de *jocnus* (2) que apenas saben atarse las botas. Esto implica que estarán nerviosos, especialmente si resulta que el primer reconocimiento se dejó unos cuantos tiránidos, que habrán estado usando a los civiles como tentempiés. Finalmente, eso se traduce en que vais a tener la oportunidad de adquirir una muy necesaria experiencia de campo-. Acompañar a un puñado de cenutrios de las FDP no debería ser tan agotador, y sería la oportunidad perfecta para ver lo bien que mis cadetes eran capaces de desempeñarse lejos de la schola-. ¿Alguna pregunta?

(2) *Jerga de la Guardia Imperial para los reclutas novatos: aparentemente una representación fonética de "Jodidos Chicos Novatos" (FNG, Frakking New Guys (flings) en el original)*

-¿Cómo vamos a ser desplegados?-. preguntó Kayla. Volvió a mirar

los planos de la mina-. **Esos túneles parecen demasiado estrechos para una gran concentración de tropas.**

-Estoy de acuerdo-, le contesté, pues mi familiaridad con aquel tipo de entornos me permitía visualizarlos con facilidad-. **Las fuerzas de las FDP se dividirán en escuadras y cada una de ellas se encargará de un sector. Por lo tanto, un par de vosotros acompañará a cada escuadra. Si la escuadra asignada se divide en equipos de combate, tendréis que decidir quién de vosotros ira con cada una de ellas.**

-Eso parece bastante claro-, estuvo de acuerdo, aunque se quedó pensativa.

-Me alegro de que esté de acuerdo conmigo-, le conteste-. **¿Alguna otra pregunta?**

-Señor-, dijo Nelys-. **¿Debemos inferir que tenemos plena autoridad como comisarios en esta misión?**

-Hasta cierto punto-, le conteste, con una clara sensación de pesadumbre-. **Estáis aquí para animar a la tropa a la que se os haya asignado, de la manera que creáis conveniente. Pero eso no significa que podáis ejecutar a alguien sin preguntarme primero, ¿está claro?-.** Aquello era lo último que me hacía falta, que un cadete demasiado celoso con su trabajo me hundiera en una montaña de papeleo.

-Sí, señor-, dijo Nelys, un poco decepcionado, y todos los demás también asintieron con la cabeza.

-Bien-. Volví a mi asiento, sin estar completamente seguro de si estaba contento o no de que la trayectoria del transbordador hubiera cambiado durante mi breve charla con los cadetes, haciendo que Perlia ya no fuera

visible a través del mirador mientras nuestro piloto nos internaba en el espacio profundo. Ahora eran las estrellas las que me miraban fijamente, brillantes puntos de luz que salpicaban el vacío como la caspa en el cuello de Jurgen, y me encontré tratando de ver uno que se estuviera moviendo; pues ese sería la nave de transporte con la que nos íbamos a reunir.

Después de unos tediosos momentos, apareció a la vista, y más o menos en los siguientes diez minutos pude ver con claridad un maltrecho transporte de carga intra-sistema. Después de haberlo visto por primera vez, no envidié a los escuadrones de la FDP que, sin la menor sin duda, atestaban una bodega más adecuada para mineral que para pasajeros.

-Acabamos de entrar en formación-, me informó la voz de nuestro piloto a través del pinganillo de comunicación que llevaba en mi oído-. **Hora estimada de llegada al objetivo: siete horas y treinta y dos minutos.**

-Gracias-, dije, reclinando el asiento hasta donde podía. Antes de estirarme para descansar, me dirigí de nuevo a los cadetes-. **Os recomiendo que aprovechéis para dormir un poco. Si resulta que nos dirigimos a una zona de combate, no hay forma de saber cuándo podréis hacerlo más adelante, -**Aunque, en aquel momento, la pregunta era si podrían hacerlo, pues Jurgen, como el veterano soldado que era, se había adelantado a mi consejo y ya roncaba lo suficientemente fuerte como para intimidar a un orko.

En cualquier caso, yo me las arreglé para quedarme dormido razonablemente rápido; ciertamente mucho más rápido de lo que lo habría hecho si hubiera tenido la más mínima idea de lo que nos esperaba en aquella miserable roca sin nombre que nos aguardaba flotando indolentemente en el vacío, por no hablar de la pesadilla que ya estaba a punto de barrer la galaxia, tragándonos junto a todos los demás.

NOTA EDITORIAL:

A la luz de los acontecimientos posteriores, y de la perenne costumbre de Caín a obviar todo aquello que no le afecta personalmente, este parece ser un buen momento para insertar una breve nota sobre el asteroide al que sus pupilos y él habían sido enviados para supervisar un reconocimiento. Es un extracto del “***Breve Compendio de Recursos Extraplanetarios*****”**, un documento de doscientas treinta y siete mil páginas mantenido por la **Oficina Perliana de Diezmos, Evaluación Mineralógica e Industrial**, el cual es, desafortunadamente, tan árido como la mayoría de los documentos de ese tipo del Administratum. Sin embargo, señala una característica de la roca en cuestión que, a la luz de los acontecimientos posteriores, es realmente muy significativa: las cursivas que lo subrayan son, por supuesto, obra mía.

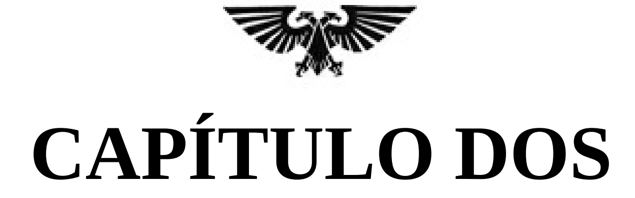
Asteroide 761 kappa: dimensiones aproximadas 4,75 kilómetros por 1,39.

Mineral primario: metales ferrosos.

Minerales secundarios: silicatos, volátiles.

Estación minera establecida en 887.M41, recuperada de los orkos en 923.M41, recuperada de los tiránidos en 998.M41 y en 999.M41.

Otras observaciones: sigue una trayectoria orbital alrededor de Perlia por 2 grados constantes a igual distancia del primario del sistema.



CAPÍTULO DOS

No puedo decir con seguridad cómo les fue a los cadetes, pero ciertamente yo logré dormir un tiempo más que razonable mientras nos acercábamos a nuestro objetivo. Cuando por fin desperté, me encontré ante los aromas mezclados de una infusión de tanna y la eterna halitosis de Jurgen, mientras que el asteroide ya era visible a simple vista más allá de la portilla, con la apariencia de un tubérculo enfermo, de color gris, y aproximadamente el doble de largo que su grosor en su punto más ancho.

-¿Desea desayunar, señor?-, me preguntó mi ayudante, ofreciéndome otra taza de la fragante bebida, que tomé con entusiasmo, y una barra de racionamiento estándar, que acepté con bastante menos ganas**-. Lamentablemente es muy básico, esta nave no tiene una cocina que pueda usar.**

-Esto me vale-, le mentí, masticando la seca masa, que, como de costumbre, no sabía a nada particularmente identificable o mínimamente apetecible. Al menos la tanna era tan vigorizante como siempre, supliendo la peculiar ausencia de sabor de mi boca mientras terminaba la dichosa barrita.

Jurgen sorbió su propia bebida-. **Quizá pueda encontrar una cocina o algo cuando atraquemos.**

-Esperemos que ese sea el asunto más urgente que tengamos que afrontar-, dije, consciente de la razón de nuestra pequeña expedición. No fue una sorpresa para mí que ninguno de los mineros hubiera reanudado el contacto mientras dormía, y las palmas de mis manos

comenzaron a picar de aquella desconcertante manera en que normalmente me advertía de que se avecinaban problemas. Me volví hacia la pandilla de cadetes, quienes, en su mayor parte, estaban mordisqueando ligeramente sus propias barras de racionamiento, o bien las ignoraban por completo. Algunos se veían claramente mareados, lo que no era de extrañar, ya que, por primera vez y en menos de una hora, podrían encontrarse en acción contra un enemigo real **-. ¿Estáis preparados?**

-Sí, señor-. El coro de asentimientos que me devolvieron no fue muy claro, aparte de Nelys, que parecía no poder esperar a empezar, y Kayla, quien todavía parecía creer que tenía algo que demostrar. Por su parte Donal no dijo nada, pero asintió con despreocupación, algo que me dejó bastante incómodo.

-Me alegra oírlo-, dije, fingiendo no haberme percatado de la descoordinada respuesta**-. Porque yo estoy aterrorizado.**

-¿Señor?-. Nelys parecía perplejo, como siempre hacía cuando alguien hacía un chiste (o en este caso pretendía hacerlo), pero me alegró ver cómo aparecían unas cuantas pálidas sonrisas en los rostros de la mayoría de mis cadetes.

-Bueno-, dije tranquilamente**-, quizás aterrorizado es exagerar un poco-.** (Aunque, por supuesto, no tanto como pensaban). Algunos de ellos asintieron gravemente, como si entendieran**-. Pero no me importa admitir que tengo un mal presentimiento sobre esto.**

-Pero usted es un héroe del Imperio-, soltó Kayla, con un evidente tono de sorpresa en su voz-. **Ha estado en acción cientos de veces. ¿Por qué iba a ser diferente esta vez?**

-¿Quién dijo que este fuera el caso?-. la pregunté. Me volví hacia la

portilla detrás de mí**-. No tengo ni idea de lo que nos espera en esa roca-,** dije, señalando el asteroide, que se había hecho asombrosamente grande durante los pocos minutos en los que le había dado la espalda. En aquel momento, las grietas y fisuras, profundamente sombrías, eran claramente visibles en su superficie, junto con un número indeterminado de colinas y crestas, intercaladas con ocasionales protuberancias resultado de la acción del hombre, que podrían haber sido, por lo que yo sabía, cualquier cosa, desde antenas de auspex hasta líneas de lavado **-. Lo que sí sé es que en cuanto atraquemos vamos a tener que convencer a los soldados de que, sea lo que sea lo que nos esté esperando allí, podemos vencerlo-.** Señalé a la nave de transporte de tropas, que empequeñecía al transbordador en el que estábamos, ocultando parte del asteroide como un eco metálico de la roca a la deriva que estaba más allá**-. Y para hacer eso, uno tiene que permitirse sentir un poco de lo que ellos sienten-.** La chica asintió con la cabeza, junto con Donal y un par de los otros.

Sólo que Nelys parecía no entenderlo.

-¿Quiere decir que-, dijo lentamente-, **para dirigir a los cobardes nosotros mismos tenemos que comportarnos como cobardes?**

-Por supuesto que no-, repliqué tratando de disimular mi irritación por su estupidez. Por la expresión en los rostros de Kayla y Donal, sospeché que no lo había logrado del todo**-. La precaución y la cobardía no son lo mismo, para nada. El miedo es tu amigo; agudiza tus reacciones y te mantiene vivo. Sin él asumirás riesgos innecesarios, poniendo tu propia vida en peligro junto con las de los soldados con los que estarás sirviendo. Las bajas son inevitables en el campo de batalla, pero nosotros damos al Emperador el mejor de nuestros esfuerzos, para asegurar que la mayoría de ellas sean del enemigo, no nuestras. Cada soldado Imperial que muere por una mala acción nuestra, o de sus propios comandantes, es un golpe contra nuestros ejércitos, y por lo tanto, contra el propio Trono Dorado.**

Hubo un asombroso silencio por un momento, y empecé a preguntarme si quizás me había excedido. Pero Nelys asintió lentamente**-. Eso tiene sentido-,** dijo.

-Me alegro de que estés de acuerdo-, dije, sintiendo que era hora de relajar el ambiente. Sonreí a los cadetes-. **Me temo que nuestro trabajo no es fácil. Es mucho más que lucir una faja (1) y una elegante gorra. Pero estáis aquí porque sois los mejores y los más brillantes que el Imperio tiene que ofrecer.**

(1) *La faja carmesí del Comisariado, el emblema de su autoridad les sería presentada formalmente en su ceremonia de graduación.*

-Si la responsabilidad es a veces una pesada carga, es porque así debe ser. Pero es una carga que espero que os sintáis orgullosos de soportar cuando llegue el momento.

Y así, con tanta facilidad, los había encandilado. Después de casi un siglo de repetir frases hechas para elevar la moral en todo tipo de ocasiones, podría haberlo hecho incluso dormido. Tratando de no preguntarme cuántos de ellos regresarían al trasbordador una vez que hubiéramos terminado allí, me giré para dar la espalda a la docena de ansiosos rostros que tenía frente a mí para mirar de nuevo al exterior. A aquellas alturas nos dirigíamos suavemente hacia dos gruesas esclusas de hierro situadas en la superficie rocosa del asteroide y por cuyos bordes del portal se filtraba la luz, iluminando así la parte que yo podía ver del fuselaje del Aquila.

Un momento después, la vista a través del cristal blindado de la portilla se alteró abruptamente pasando de las frías y duras estrellas del espacio exterior y el brillante casco del macizo carguero requisado que nos acompañaba hasta una caverna del tamaño de una cancha de scrum-ball. Las luces que colgaban del techo, situado a unos veinte metros por encima del nivel del suelo, así como las propias paredes, parecían como

si hubieran sido excavadas directamente en la roca con herramientas de minería lo más rápido posible.

Un par de lanzaderas, de las que sobresalían una amplia variedad de herramientas, montadas en tubos metálicos flexibles que se asemejaban mucho a las mecadendritas que a menudo portaban los tecnosacerdotes, estaban posadas en las bahías de lanzamiento en un rincón; sin duda destinadas a dar servicio a las instalaciones montadas en la superficie de las que me había percatado durante nuestra aproximación, aunque a juzgar por el número de cables y pergaminos de oración que se veían profusamente en las escotillas de inspección abiertas, éstas no podrían salir por ahora de sus improvisados hangares. Mientras nuestro piloto nos llevaba suavemente a aterrizar junto a ellas, las puertas detrás de nosotros comenzaron a cerrarse, y me encontré mirando fijamente a la pequeña nave espacial junto a la nuestra con un mal presentimiento: No podía recordar una situación en la que un mecano **(2)** dejara un trabajo a medio terminar, al menos no voluntariamente, por lo tanto si se habían interrumpido los ritos de mantenimiento que se habían estado llevando a cabo allí, lo más probable es que no hubiera sido por nada bueno. Las palmas de mis manos empezaron a picarme en serio.

(2) *Un apodo ligeramente despectivo para los tecnosacerdotes, común entre la Guardia Imperial, aparentemente una referencia al engranaje que usaban como símbolo de su vocación.*

-Hemos aterrizado, señor-, me informó innecesariamente Jurgen, mientras se apagaban los rugidos de nuestros motores, y la estrecha puerta de la cabina de mando se abría de un golpe, casi alcanzándome en las rodillas.

Un joven pelirrojo con el uniforme de un cadete naval salió de la cabina tan abruptamente como una de las figuras en el ridículo mecanismo ornamental de la Plaza de la Liberación **(3),** y saludó en mi dirección. En la cinta con el nombre en el pecho izquierdo de su traje de vuelo ponía "*Sprie*", presumiblemente para el caso de que se olvidara quién era, y el

parche de la unidad en la parte superior de su brazo mostraba los escudos entrelazados de la flota del sector y la schola progenium, para asegurarse de que recordaba dónde vivía, y para qué rama del servicio estaba entrenando**-. ¿Alguna otra instrucción, señor? -,** preguntó.

(3) *Un reloj realmente horrible, que se suponía debía conmemorar la victoria de Caín sobre los invasores pieles verdes un par de generaciones atrás. Cada hora en punto, la figura de un comisario decapitaba sin embargo tantas figuras de orkos como correspondían a la hora en cuestión, sus cabezas caían haciendo sonar las horas mientras caían en una caja de resonante metal. Como se puede suponer, Caín odiaba dicho mecanismo.*

-Sí-, pensé rápidamente**-. Despegue de nuevo tan pronto como hayamos despejado la zona, y espérenos justo fuera de la esclusa de aire principal.**

-Entendido-. Me saludó de nuevo, y volvió a entrar en la estrecha cubierta de vuelo, permitiéndome ver a los cadetes al cargo de las demás terminales, y al instructor que los supervisaba. Había compartido muchas horas con Hubert Visiter, el comodoro de pelo gris a cargo de los cadetes navales, y no me sorprendió que nos hubiera acompañado en este viaje más de lo que lo hubiera hecho a la mayoría de nuestros colegas de la schola.

-¿Esperas problemas, Caín?-. preguntó sin vacilaciones, con su bien acerado bigote vibrando en su labio superior.

-Siempre-, le contesté, con total sinceridad**-. Y dependiendo de lo que nos encontremos, quiero asegurarme de que sigas por aquí para recogernos-.** Bueno, a mí seguro, y si era posible también a Jurgen. En cuanto al resto, en lo que a mí respecta, Horus tendría la última palabra.

-Necesitaremos unos tres minutos para volver a presurizar la caverna una vez que volvamos a entrar-, explicó Sprie, ganándose la aprobación de su instructor-. **Eso es mucho tiempo si se necesita una**

extracción rápida-, También comencé a sentir cierto cariño hacia el muchacho en aquel momento; según mi experiencia, siempre es buena señal cuando el piloto está pensando en la manera más rápida de rescatarle a uno si todo se sale de madre.

-Buen argumento-, estuvo de acuerdo Visiter-. **Si eso llega a ser necesario, ¿crees que serás capaz de aguantar tanto tiempo al otro lado de la esclusa presurizada?**

-No deberíamos tener que hacerlo-, respondí-. **Si se hace necesaria una extracción rápida nos dirigiremos directamente al carguero. Si es preciso, puede recogernos a través de una de sus esclusas de personal.**

-Sí, eso podría funcionar-, admitió Visiter. El improvisado transporte de tropas era demasiado grande para atracar internamente y, de acuerdo con el parloteo del vox que escuchaba a través de mi comunicador, que por costumbre estaba escuchando en un pequeño rincón de mi mente, acababa de acoplarse a una de las esclusas de carga del siguiente nivel.

-Entonces, os veré de nuevo cuando necesitemos que nos llevéis a casa-, concluí.

Escuche un ping que venía de dentro de la cabina, y una runa en uno de los atriles cambió a verde**-. La caverna está presurizada-,** nos informó una cadete femenina.

-Entonces pongámonos en marcha-, comenté dirigiéndome a mi variada colección de aspirantes a comisarios.

Por otra parte, después de darle muchas vueltas, decidí entregarles un arma de mano y una espada sierra a cada uno de ellos. Si realmente estábamos a punto de empezar a jugar a cazar tiránidos en un laberinto

de estrechos pasadizos, enviarlos desarmados equivaldría a una sentencia de muerte. Al menos la mayoría estaban lo suficientemente familiarizados con las armas como para no dispararse en el pie o cortarse la cabeza (con la posible excepción del joven Stebbins, que era el peor tirador con una pistola láser que jamás había encontrado, eso incluso teniendo en cuenta al gran número de cultistas del caos y gretchinque me han atacado a lo largo de los años, y eso es mucho decir).

-¡Sí, señor!-. Esta vez el coro de asentimiento sonó un poco más firme, así que sacando mi pistola láser y aflojando la vaina de mi fiel espada sierra (siempre he pensado que es un gesto dramático que va muy bien en un momento como aquel), me dirigí hacia la rampa de salida.

-Al menos la gravedad sigue funcionando-, comentó Jurgen mientras desembarcábamos, mirando sospechosamente a nuestro alrededor, sosteniendo el melta que insistía en llevar cuando esperábamos problemas graves, y que era una tranquilizadora presencia en sus manos.

-Algo es algo-, estuve de acuerdo, observando lo que nos rodeaba.

A pesar de la sofocante sensación de peligro inminente, me sentía familiarizado con aquel entorno, y por un momento me pregunté al respecto, antes de darme cuenta de que la madriguera de túneles en la que nos habíamos encontrado no era muy diferente de cualquier otra colmena que pudiera recordar **(4)**. Las suelas de mis botas crujieron contra la superficie arenosa al salir de la rampa de embarque, el áspero olor del polvo mineral cosquilleó en mis fosas nasales un momento antes de que el terrenal aroma de Jurgen ocupara su lugar**-. Hacer esto en caída libre no habría sido nada divertido.**

(4) *Aunque los orígenes de Caín siguen siendo un misterio, él hace frecuentes alusiones en sus memorias de haber sido nativo de un mundo colmena. Sin embargo, nunca especifica en cual:*

quizás nunca sea porque nunca lo supo.

-Está claro que no va a ser un paseo por el campo-, comentó Donal, comprobando la carga de energía de su pistola láser antes de guardarla en su funda.

Más o menos convencido de que una jauría de zanganos hormagantes estaba a punto de salir de detrás de los transbordadores a medio reparar, yo hice lo mismo. No tenía sentido alarmar a las tropas de las FDP agitando las armas en su dirección, al menos hasta que tuviera que hacerlo.

-No, no lo va a ser-, estuve de acuerdo-. **He luchado antes contra los tiránidos, y el mejor consejo que puedo daros es que nunca los subestiméis. Pueden parecer simples animales descerebrados, e individualmente lo son, pero la inteligencia que los dirige es harina de otro costal.**

-Lo tendré en cuenta-, me dijo Donal, que parecía demasiado confiado para mi gusto. Sin embargo, no tenía sentido preocuparse por ello, así que me dirigí hacia la gruesa puerta hermética situada en la pared de la caverna a unos cuantos metros de distancia. Sus bisagras gimieron con fuerza mientras Nelys la abría, empujándola con el hombro y desaparecía al atravesarla; no hubo ningún grito y su cabeza no rebotó contra nosotros, así que llegué a la conclusión de que era seguro seguir adelante.

Nos encontramos en una cámara, que era más o menos lo que yo me esperaba, y una vez que Stebbins y Frister, los dos últimos cadetes en seguirnos, hubieron cerrado la puerta de nuevo para permitir que el transbordador partiera, me detuve por un momento para echar un vistazo al esquema de la estación que se mostraba en la pantalla de mi placa de datos.

La distribución interna era tan desordenada como recordaba de mis comprobaciones previas, una maraña de pasadizos que atravesaban la roca aparentemente al azar, con su dirección dictada principalmente por la presencia de minerales extraíbles que por cualquier plan general. Aquí y allá, cámaras más grandes marcaban los puntos donde se habían excavado depósitos para almacenar sólo el Trono sabe qué, varios de ellos convertidos en áreas de servicios públicos de uno u otro tipo, mientras que otros simplemente habían sido abandonados, indicados como nada más que nodos desde los que se habían perforado más galerías en busca de minerales.

Aquel en el que nos encontrábamos, a juzgar por una rápida inspección visual, había sido una de esas últimas. Era una amplia cámara rocosa, sus paredes ásperas con pozos de entrada a nuevas vetas, y su tosco suelo estaba completamente vacío, aparte de unas pocas piezas dispersas de equipo minero que no pude reconocer.

Habían colocado torres de luz portátiles cerca de la esclusa por la que habíamos entrado, y también en una puerta similar en la pared opuesta, los cables que se arrastraban desde ambas desaparecían por uno de los túneles intermedios, pero aparte de aquello, no había más pistas de por dónde debíamos seguir.

Sin embargo, tras un momento volví a guardar la placa en el bolsillo de mi abrigo, agradecido por el aislamiento que la gruesa prenda me daba contra la fría y húmeda atmósfera, confiado en que mi innata familiaridad con ambientes como aquel había comenzado a tomar el mando, sintiendo que sería capaz de encontrar el camino de regreso si lo necesitara.

-¿Por dónde, señor?-. indagó un dubitativo Stebbins, sin duda preguntándose si iba a ponerlo al frente, a pesar de su mala puntería, y que por tanto estar detrás de él sería más seguro que estar delante si nos metiéramos en un tiroteo (no es que los tiránidos usen armas de

fuego como las nuestras, por supuesto, pero las armas de largo alcance que tenían a su disposición no eran menos letales, por no decir que eran considerablemente más repugnantes).

-Buena pregunta-, dije, sintiendo que la familiar rutina de la instrucción aliviaría su nerviosismo, al menos por un tiempo**-. ¿Alguien tiene una respuesta?**

-Por ahí-, dijo Nelys, señalando la puerta de la pared opuesta**-. ¿Por dónde si no?**

-Podríamos seguir los cables-, sugirió Kayla-. **Deben conducir a un área habitada.**

Donal se encogió de hombros-. **Al menos sabemos que estará iluminada-,** señaló.

Lo que era cierto. La mayoría de los otros túneles estaban a oscuras y me resultaban poco atractivos, tratando de no escuchar las furtivas pisadas de un lictor en cada sonido que resonaba por la cámara. Si realmente había tiránidos en aquel lugar, me lo jugaría todo a que estarían al acecho en los pasillos sin luz, y no estaba dispuesto a aventurarme en ninguno de ellos hasta que no tuviera delante de mí una escuadra o dos de las FDP para que se encontraran las sorpresas desagradables antes que yo.

-Bien dicho, Donal-, dije-. **También tu respuesta es correcta, Kayla. Ese pasaje de servicio conecta con los puertos de atraque externos, donde los soldados que vamos a supervisar están desembarcando-.** Al menos así era si se podía confiar en el mapa de mi placa de datos, lo que no era en absoluto seguro; esos hábitats mineros tenían una tendencia desconcertante a cambiar su distribución interna más rápidamente que el armario de una aristócrata.

Afortunadamente en aquel caso resultó ser fiable, tal y como mi brújula interna ya me había asegurado, y en unos instantes estábamos subiendo una suave pendiente hacia el inconfundible sonido de un montón de gente atestando un espacio confinado y nada contenta con ello.

-Por aquí-, dijo Donal con decisión, liderando el camino por un pasillo cruzado al que habíamos llegado después de uno o dos minutos de ascenso, y me resultó difícil estar en desacuerdo. Había más cables, así como más electro-antorchas en las paredes, dispuestas a intervalos regulares, por no hablar del creciente número de puertas metálicas incrustadas en la roca: evidentemente nos estábamos adentrando en una de las zonas de uso más frecuente.

Es decir, frecuentemente usada cuando los trescientos mineros a los que habíamos ido a buscar hacían su trabajo, y el repentino recordatorio de su ausencia me hizo volver a sentir un hormigueo en las palmas de mis manos. Casi sin darme cuenta, puse mis manos sobre las armas de mi cinturón.

La caverna a la que entramos era la más grande a la que habíamos llegado hasta el momento, y lo que era mejor, la FDP me hizo sentir orgulloso: habían prometido un pelotón completo, y habían cumplido: cinco escuadras completas y un equipo de mando, complementados por un equipo de soldados de apoyo pesado aparentemente asignados a la escuadra de mando. Estaban formando de una manera razonablemente eficiente cuando llegamos, e hice una rápida nota mental de cuál de las ubicuas puertas metálicas conducía al puerto de atraque y al transporte de tropas que esperaba al otro lado: una deducción razonablemente fácil, ya que habían dejado abierto el portal, y las sucias paredes metálicas de una esclusa de carga eran claramente visibles al otro lado, con su anguloso metal en un descarnado e inconfundible contraste con la roca que nos rodeaba.

-Comisario-. El joven oficial que dirigía a la muchedumbre se acercó hacia mí, con su operador vox un paso detrás, y un trío de serios soldados se apresuraron a seguirle al trote, con sus fusiles láser listos para ser usados. Me habría sentido mucho más feliz contar con soldados de la Guardia para aquel trabajo, por supuesto, pero tengo que admitir que los de la FDP de Perlia no eran malos para ser una milicia local; habían adquirido mucha experiencia de la manera más difícil debido a la invasión orka de hacía menos de un siglo, y estaban decididos a asegurarse de que los pieles verdes no tuvieran una segunda oportunidad, si es que alguna vez volvían a aparecer (lo que ocasionales bandas guerreras hacían de vez en cuando, algo muy habitual en mundos que una vez habían sido mancillados por su presencia, a pesar de que la campaña para erradicarlos aparentemente había sido completada con éxito en aquel momento) **(1)**. Por todo ello, estaban más listos para la batalla que la mayoría de las unidades de las FDP del sector, un hecho que yo sospechaba que muchos de ellos habían lamentado en los últimos años, ya que habían sido ampliamente diezmados por la Guardia a fin de compensar las pérdidas causadas por la primera embestida del asalto tiránido**-. Teniente Vorlens, oficial al mando.**

(1) *Un fenómeno que parece estar relacionado con su peculiar biología: para una breve y relativamente accesible información de la teoría actual de la diseminación de esporas, ver “La Amenaza Fúngica: Fisiología Orka y sus Implicaciones”, por Migo Yuggoth.*

-Teniente-. Le devolví el saludo, intentando obtener forjarme una opinión razonable del hombre mientras lo hacía. Era joven, como la mayoría de los soldados que nos rodeaban, pero parecía bastante serio y decidido a pesar de su inexperiencia. Por lo menos no me miraba fijamente, como la mayoría de los perlianos que me veían por primera vez, así que parecía que era capaz de mantener su mente en el trabajo, lo que era una señal muy alentadora. Si lo mejor de las FDP había sido enviado para luchar contra las flotas colmena (o, más probablemente, para acabar como forraje para ellas), Vorlens al menos parecía ser uno de los mejores de entre los que quedaban. Dadas las circunstancias, era

probablemente lo mejor que podía esperar**-. ¿Tiene un plan de batalla?**

-La verdad es que no-, admitió, algo que paradójicamente, me pareció muy alentador; el exceso de confianza mata a más soldados que los bolters-. **En todo caso, cualquiera que hubiera preparado no hubiera funcionado en un lugar tan caótico como este.**

-En eso tiene razón-, acepté, ante la manifiesta sorpresa y alivio del joven oficial-. **He estado en reconocimientos como este en el pasado, y cualquier tipo de despliegue a gran escala es inviable.**

-Eso es justo lo que yo pensaba-, dijo Vorlens. Sacó su propia placa de datos, y mostró una copia del mapa que yo había estado mirando unos momentos antes-. **Así que estoy dividiendo el pelotón en escuadras, y asignándoles un sector a cada uno, partiendo desde aquí a lo largo de los túneles de acceso principales-.** Varios de los principales corredores se tornaron de color azul, lo que indica la línea principal del avance previsto-. **Cuando lleguen a los pasillos laterales, pueden separarse en equipos de combate, el primer equipo se encargará de reconocer la zona, mientras que el segundo permanece en el cruce para cubrirles (2)-.** Me miró de reojo, claramente esperando recibir mi desaprobación, aunque con la esperanza de que yo no invalidara aquella poco ortodoxa táctica.

(2) *Dividir un escuadra estándar de diez hombres en dos equipos de fuego de cinco hombres es una práctica común entre los regimientos de la Guardia Imperial con experiencia en combate urbano y contrainsurgencia, pero es mucho menos frecuente entre las Fuerzas de Defensa Planetaria.*

-Eso es justo lo que yo haría-, le aseguré. Me volví hacia los cadetes que estaban detrás de mí**-. Serán asignados tal y como lo discutimos en el transbordador. Dos por escuadra y uno por equipo de combate-.** Noté que una mano se movía, antes de que esa persona suprimiera el impulso de levantarla. Bien. Puede que todavía no sean comisarios de pleno derecho, pero llamar la atención sobre ese hecho

difícilmente ayudaría a la moral-. **Kayla, ¿tiene alguna pregunta?**

-Sí, comisario-, Vorlens parpadeó, dándose cuenta de que era una mujer-. **Dos de nosotros por escuadra nos deja a dos libres. ¿Qué van a hacer?**

-**Bueno, alguien tiene que acompañar a los equipos de armas pesadas-,** comenté. Miré a Vorlens-. **¿He de asumir que ya tiene una idea de cómo quiere desplegarlos? -.** Los dos grupos de equipos con cañones automáticos estaban montando sus armas mientras hablábamos, flanqueando la puerta que llevaba a la esclusa y al carguero acoplado, y el joven teniente asintió con la cabeza.

-Aquí mismo-, dijo-. **No pueden cargar con ese equipo en el complejo del túnel principal sin convertirse en un estorbo-.** Ciertamente no podía discutírselo si imaginaba el efecto de tales armas en un espacio tan reducido.

-Además, ese cubo oxidado es nuestra única salida de esta roca. Si realmente hay tiránidos sueltos por aquí, quiero que este punto esté bien defendido.

-Estoy de acuerdo-, le dije. Escogí a un cadete al azar-. **Garvie, esta será tu misión.**

-Sí, señor-, replicó, con semblante serio aunque resignado, y yo le dediqué una sonrisa para animarle.

-No creas que os vais a perder la diversión-, le aseguré-. **Si los tiránidos se dan cuenta de lo vital que es esta cámara, tendréis bastante más acción de la que os gustaría.**

Un poco más animado, Garvie asintió con la cabezay salió corriendo para reunirse con los artilleros que custodiaban la esclusa de aire.

-Entonces, ¿cree definitivamente que están aquí? -, preguntó Vorlens.

-Yo apostaría por ello-, le dije**-. Trescientos mineros no desaparecen como por arte de magia-.** Por un momento, un helado fragmento de memoria revoloteó sobre mis sinapsis, y me estremecí al recordar una conversación similar unos setenta años atrás. Había ido en busca de unos pocos mineros desaparecidos en Simia Orichalcae, y terminé metiéndome en una tumba de necron, logrando sobrevivir sólo por el canto de un duro y una ridícula cantidad de suerte. Volví al presente con un esfuerzo, reprendiéndome por permitir que aquel pensamiento me asustara. En comparación con los necrones, incluso la perspectiva de enfrentarse a una horda genestealer parecía bienvenida.

-Entonces, ¿dónde estarán? -, preguntó Donal, mirando a su alrededor con un aire ligeramente teatral.

-Los verás antes de lo que te gustaría-, le aseguré, más previsor de lo que pensaba, y le devolví la atención a Vorlens-. **Son sigilosos. Se esconderán entre las sombras y nos atacarán en cuanto nos vean. Sus hombres deben mantener sus linternas encendidas en todo momento, y revisar cada rincón y grieta con la que se encuentren. Incluso aquellas que parezcan demasiado pequeñas para esconder algo; créame, pueden meterse en cualquier parte.**

-Gracias por el consejo, señor-, dijo el joven teniente-. **¿Algo más que debamos tener en cuenta?**

-Sí-. Asentí con la cabeza-. **Tampoco pierda de vista los techos. Algunos de ellos pueden estar allí arriba y caer sobre uno cuando**

pase-. Miré a Nelys, cuya expresión era de incredulidad, y sentí una llamarada de irritación en respuesta-. **Los he visto eliminar a toda una escuadra de Astartes de esa manera-.** No tenía sentido mencionar que los marines espaciales en cuestión llevaban armaduras de Terminator, y que el enjambre de genestealers los había destrozado de todas formas; las tropas que nos rodeaban ya estaban bastante nerviosas, y no había motivo para que yo los asustara hasta la muerte antes siquiera de que empezáramos.

-Su mejor estrategia es asegurarse de que tiene líneas de fuego despejadas, y tener la mayor distancia posible entre usted y cualquier posible enemigo oculto. Estos túneles estrechos les forzarán a amontonarse, y generalmente cargarán en masa, así que debería ser capaz de disparar a la mayoría de ellos antes de que se acerquen lo suficiente para hacer daño-. Eso suponiendo que no nos enfrentáramos a tiránidos con armas de largo alcance, por supuesto, e incluso entonces la mayoría de las criaturas que luchaban cuerpo a cuerpo eran tremendamente rápidas y ágiles, pero tampoco hubiera sido muy delicado mencionar aquello, así que no lo hice. Al menos los soldados que nos rodeaban, que estaban tratando de aparentar no estar escuchando ávidamente nuestra conversación, parecía que empezaban a animarse con mi firme y confiada actitud, entonces comprendí que estábamos tan preparados como era posible estarlo.

-Entonces lo mejor será que nos pongamos en marcha-, dijo Vorlens, haciendo un gesto al responsable del vox**-. Iniciad el despliegue siguiendo las rutas asignadas-.** Hizo una pausa para mirar en mi dirección-. **Tan pronto como tenga a su gente desplegada, naturalmente.**

-Por supuesto-, dije, encantado de comprobar que había caído con toda naturalidad en la relación ideal entre soldado y comisario; estaba dispuesto a escuchar todos los consejos que yo le diera y a hacer uso de todos los que él considerara valiosos, pero no iba a permitir que mi presencia socavara su propia autoridad ante los soldados que tenía bajo

su mando. Y con razón; estábamos allí para levantar la moral, no para dar órdenes **(3)**. Sólo esperaba que Nelys se diera cuenta de eso y se mantuviera en el lado correcto de la línea.

(3) *Aunque su autoridad y responsabilidades en el campo son amplias, los miembros del Comisariado están fuera de la cadena de mando. Si no fuera así, no tendría mucho sentido tenerlos.*

Bueno, al menos podía hacer algo en cuanto a eso.Le hice una seña para que se acercara**-. Nelys-,** dije**-, ve con el Primer Pelotón. Contacta con el sargento de pelotón-.** No tenía ninguna duda de que el suboficial de mayor rango sería más que capaz de controlarlo si se volvía demasiado arrogante; sabía por experiencia que no llegaban a esa posición aguantando tonterías. Y por si acaso eso no fuera suficiente**...-Kayla, acompáñale-.** añadí, esperando que tuviera suficiente sentido común para los dos.

-Comisario-. Me miró con una mirada que decía claramente "*gracias por nada*" mientras saludaba, sin duda adivinando mi propósito al emparejarles, algo que afortunadamente Nelys no captó, estando demasiado ocupado pavoneándose al ser asignado a lo que sin duda pensaba que era una posición de primera. Los dos nos dejaron para unirse a su escuadra, que rápidamente salió de la caverna, con sus pisadas levantando ecos en las paredes cerradas del túnel que estaban buscando. Me complació observar que los soldados que lo componían se cubrían entre sí incluso en aquella etapa, sin dar nada por sentado, y comenzaron a sentirse un poco más cómodos con la tarea. Los chicos de Vorlens podrían ser unos novatos, pero claramente habían estado prestando atención durante el entrenamiento básico.

-Stebbins, Frister, id con el Segundo Pelotón-, dije. Los dos eran amigos, y trabajaban razonablemente bien juntos-. **Maklin y Dallory, con el Tercero. Heskin y Klarch, al Cuarto. Tilar y Briel, al Quinto-.** Una por una, las restantes escuadras, reforzadas por las parejas de

cadetes comisarios, fueron saliendo hasta que sólo quedamos Jurgen, yo mismo y el equipo de mando. Y Donal, por supuesto. Me volví hacia él-. **Te quedarás con el teniente-,** le dije innecesariamente.

-Me siento halagado por su confianza en mí-, dijo, una respuesta que estaba incómodamente cerca del tipo de respuesta que yo habría dado a su edad, y que confirmó mi decisión de no perderlo de vista. Se volvió hacia Vorlens**-. ¿Tiene la intención de supervisar la operación desde aquí?**

-No-. Para mi bien escondido horror, el joven teniente negó con la cabeza. Hasta entonces, había dado por sentado que quedarse en aquel lugar para coordinar el barrido de sus tropas a un tiro de piedra de la seguridad de la esclusa era parte de su plan; ciertamente lo habría sido en cualquiera de los regimientos de la Guardia con los que había servido. Pero, por supuesto, no había un agradable y acogedor Chimera de mando a nuestra disposición, lleno de equipos vox y matrices auspex para hacer que eso funcionara; tan sólo contaba con una placa de datos y su operador vox. De hecho, probablemente yo estaba más al tanto de todo, gracias a la red de pinganillos de comunicación que me conectaba con Jurgen y los cadetes**-. Iremos hacia la principal área habitada. Si hay supervivientes, es allí donde es más probable que los encontremos.**

-Me parece bien-, dijo Donal, sacando su pistola láser y mirando en mi dirección**-. ¿Nos acompañará, comisario?**

-Por supuesto-, dije, sacando también mi arma. Como de costumbre, mi completamente inmerecida reputación de heroísmo estaba a punto de arrastrarme de nuevo a un peligro mortal, y no había nada que pudiera hacer para librarme de ello sin socavar fatalmente mi autoridad ante los cadetes.

-Entonces, si estamos listos-, dijo Vorlens-, **vamos a cazar algunos**

tiránidos.



CAPÍTULO TRES

No sé si Vorlens llegó a percatarse alguna vez de la inherente ironía de sus palabras, pero yo sí que fui muy consciente de ello mientras nos adentrábamos en el laberinto de los túneles, porque si alguien estaba de caza, aquellos eran los tiránidos. Había estado en situaciones como esa en demasiadas ocasiones como para contarlas, y ninguna de ellas había terminado bien, más allá del hecho ligeramente sorprendente de mi supervivencia. Al menos avanzábamos a lo largo de uno de los túneles de acceso primario, que era relativamente ancho y estaba muy bien iluminado, por lo que tendríamos muchas opciones de detectar a cualquier organismo que estuviera al acecho más adelante. O eso esperaba.

-Sector doce despejado-, reportó Stebbins. Su voz sonaba un poco atenuada en mi receptor, seguramente debido a las decenas de metros de roca que nos separaban, un momento antes de que el operador de vox de Vorlens comenzara a transmitir un informe idéntico del sargento a cargo del Segunda Escuadra**-. Pasando al dieciséis.**

-Recibido-, dije, esforzándome por mantener un tono de voz firme. Ninguno de los otros equipos había encontrado nada hasta aquel momento, y cuanto más tiempo pasábamos sin contactar con el enemigo, menos me gustaba. Si usted ha leído muchas de estas divagaciones mías, probablemente le sorprenderá el comentario, pero no me importa admitir que en aquellos momentos estaba cada vez más asustado. Era muy consciente de que para eliminar a más de trescientas personas sin que nadie pudiera llegar a un vox y gritar pidiendo ayuda, se necesitaría un significativo número de atacantes, así que ya deberíamos habernos topado con algunos de ellos. El hecho de que no los hubiéramos encontrado hasta ese momento tan sólo quería decir que probablemente estaban concentrados en algún lugar más adelante,

quizás incluso esperándonos emboscados, lo que distaba mucho de ser un pensamiento reconfortante.

-Tal vez estén dormidos de nuevo-, sugirió Jurgen-. **Como el nido que encontramos en Utoxita.**

-Es posible-, dije, esperando que tuviera razón, pero en mi interior dudaba que fuéramos a ser tan afortunados. Me volví hacia Vorlens-. **Si es así, se habrán concentrado en una caverna en alguna parte, digiriendo lo que queda de los mineros y esperando a que aparezca el postre.**

-¿Cómo de grande debería ser esa caverna?-, preguntó Donal, sacando su placa de datos.

Me encogí de hombros-. **Eso depende de cuántos bichos haya. Yo diría que un enjambre puede ser entre treinta y sesenta, pero con los tiránidos nunca se puede estar seguro de nada.**

-Eso son muchos tiránidos-, comentó Vorlens-. **¿Cómo es posible que tantos hayan podido permanecer ocultos durante tanto tiempo? Uno o dos podrían haber podido evadir a los equipos de búsqueda, pero no veo cómo un enjambre de ese tamaño podría haberlo logrado.**

-La lucha por limpiar este lugar fue bastante intensa-, comentó Donal, demostrando que al menos había hojeado los materiales informativos en algún momento del viaje en el transbordador, o bien quería que yo pensara que lo había hecho**-. Si una de las galerías se derrumbó, supongo que un enjambre entero podría haber sido pasado por alto oculto en su interior.**

-Esperando a que llegaran algunos incautos y los liberaran-, dijo

Vorlens. Me miró brevemente, antes de volver a prestar atención a las sombras que había entre los iluminadores a lo largo del túnel**-. Cuando lleguemos a la sección principal de administración podemos buscar un horario de trabajo. Eso nos dirá si alguien ha reabierto un pozo sellado recientemente.**

-Buena idea-, respondí, agarrando un poco más fuerte la culata de mi pistola láser. Me picaban las palmas de las manos de nuevo, y aunque no podía explicarlo conscientemente, había algo en el pasillo de adelante que me parecía sutilmente erróneo. De improviso lo comprendí. Todas las puertas por las que habíamos pasado estaban cerradas, retrasándonos durante varios minutos mientras comprobábamos una plétora de almacenes y cámaras laterales, la mayoría de ellos callejones sin salida, antes de reanudar nuestra marcha hacia el corazón de aquella laberíntica trampa mortal; pero la puerta que teníamos delante, a una docena de metros, estaba entreabierta. Sentí que los pelos de la nuca comenzaban a erizarse, y retrocedí un par de pasos, asegurándome de que Vorlens y un par de sus soldados estuvieran delante de mí.

-Hay doscientas siete cavernas lo suficientemente grandes como para albergar un enjambre del tamaño que usted sugiere-, comentó Donal, levantando la vista de su placa de datos-. **No hay constancia de que ninguna de ellas haya sido sellada, pero este es un mapa viejo...-.**Se calló al mirarme, y guardó la placa apresuradamente en un bolsillo de su abrigo-. **¿Qué pasa?**

-Esa puerta-, dije, sacando mi espada sierra, e indicando el portal que tenemos delante. He de reconocer que el muchacho reaccionó con mucha rapidez y sacó sus propias armas de inmediato. Vorlens hizo un gesto a sus soldados con el cañón de su pistola láser, y dos de ellos se colocaron a ambos lados de la puerta metálica con bisagras, mientras que el tercero la cubría con su ametralladora. Eso nos dejó al resto de nosotros un poco rezagados, lo que me pareció bien, aunque debo confesar que miré hacia arriba y hacia abajo por el túnel, forzando mis oídos buscando el delatador sonido de garras moviéndose sobre roca

que nos advertiría de la llegada de un grupo de gantes.

-A la de tres-, dijo Vorlens, levantando la mano para hacer la cuenta atrás, doblando un dedo cada vez vez en su puño cerrado. Cuando el último dedo desapareció, uno de los soldados abrió la puerta de una patada y el otro se zambulló por el hueco, con su fusil láser preparado, tal y como debían haberlo ensayado en el entrenamiento básico **(1)**. Un momento más tarde, sus dos compañeros de escuadra le siguieron.

(1) *Después de sus experiencias durante la invasión de los orkos, las FDP de Perlia prestaron especial atención a las técnicas de combate de la guerrilla y en entornos urbanos; algo que les vino de perlas durante el Segundo Asedio.*

-¡Despejado!-, exclamó uno de los soldados, y el resto de nosotros entramos después de ellos, aparte de Jurgen, que seguía rondando por el túnel, vigilándolo en caso de que nos flanquearan. Algo que me tranquilizaba puesto que el melta hubiera sido tan peligroso para nosotros como para el enemigo en un espacio tan reducido, y la tensión prolongada tampoco había hecho mucho por mejorar sus aromas personales.

Al igual que el resto de las habitaciones que habíamos comprobado hasta aquel instante durante nuestro errático avance hacia el corazón del asteroide, la cámara había sido excavada en la roca con escaso respeto por la regularidad de la línea o la suavidad de los acabados. Estaba claro que se utilizaba como almacén, ya que se habían montado una serie de estanterías metálicas, dividiendo el espacio en estrechos pasillos, apenas lo suficientemente anchos para caminar. En su mayor parte, los estantes estaban repletos de cajas en las que se habían escrito con bolígrafo números de serie que no tenían el menor significado para mí.

-Muestras de roca-, dijo Donal, mirando al más cercano y extrayendo un trozo de algo que parecía cuarzo. Mientras él lo volvía a colocar en su

lugar, levanté mi mano para pedir silencio.

-¡Silencio!-. Dije, esforzando mis oídos. Algo en los ecos sonaba mal, inconfundiblemente así para cualquiera que estuviera familiarizado con los sonidos ambientales de la hamaca, y giré la cabeza, tratando de localizar la fuente de la anomalía**-. ¡Aquí tiene que haber otra entrada!**

-No puede ser-. Donal ya había enfundado sus armas, y estaba trasteando de nuevo con su placa de datos-. **Esta es una habitación cerrada, con sólo un acceso. Mire, está claramente marcado.**

-¡Entonces el mapa está mal!-. Le espeté, yendo por un pasillo estrecho entre dos de las estanterías metálicas. En aquel momento habría dado cualquier cosa por cruzar la puerta y sellarla, pero sabía por larga y amarga experiencia que, en situaciones como aquella, lo que desconocías era precisamente lo que podía matarte. Un vistazo rápido, pensé, lo suficiente para saber a qué nos enfrentamos, eso es todo. Al menos Vorlens actuó con rapidez; cuando comencé a moverme, hizo un gesto a un par de los soldados que nos acompañaban y comenzaron a flanquearme, un par de pasos más atrás, visibles de forma intermitente entre las cajas que atestaban los estantes intermedios.

Algo rozó contra la roca, a pocos metros delante de mí, pero no pude verlo, y ojalá hubiera seguido mi propio consejo de llevar una linterna. Las lámparas del techo proyectan demasiadas sombras para mi gusto, aparte de que el laberinto de cajas con muestras de roca creaba aún más sombras, dando lugar a demasiadas bolsas de oscuridad donde cualquier cosa podía estar al acecho. Forcé mis oídos, tratando de localizar el sonido y desentrañarlo de los ecos de las pisadas de los soldados.

-¡Allí!-. Me giré, alzando mi pistola láser mientras el ruido resonaba de nuevo, el inconfundible sonido de algo tan grande como yo situado a un puñado de metros. Mi dedo comenzó a apretar el gatillo.

-¡No disparen!-, gritó una voz, chillona y al borde de la histeria, y comprobé el movimiento en el momento justo. Una demacrada figura con la túnica de un funcionario del Administratum, tan manchada con polvo de roca y otras sustancias menos identificables como para ser casi irreconocible, se apartó de mí, y pereció tratar de ocultarse intentando excavar la roca con sus propias manos**-.¡No soy uno de ellos!**

-Ya veo-, respondí, tratando de sonar lo más tranquilizador posible, y levantando una mano para mantener a la tropa alejada. No tenía sentido asustar al tipo más de lo que ya lo estaba. Enfundé mi pistola y volví a envainar la espada, lo que pareció tranquilizarlo hasta cierto punto, y le di una mano para ayudarlo a levantarse**-. Soy el comisario Caín, y estoy aquí con una fuerza de rescate de las FDP.**

Como esperaba, mi nombre y mi reputación parecieron calmarlo al menos tan eficazmente como lo habría hecho un sedante del kit médico, y lo dejaron en un estado mucho más adecuado para responder a las preguntas.

-Vallen Clode, escriba del Maestre de las Minas-. Su voz era ronca, así que le entregué mi cantimplora; la tomó con los dedos temblorosos y bebió profundamente, derramando gran parte del agua, la cual cayó creando pequeños riachuelos limpios a través de la suciedad incrustada en su cara antes de chocar conta el suelo alrededor de sus botas.

-¿Qué ha pasado aquí?-. preguntó Donal apareciendo detras de mi espalda, haciendo que Clode se moviera como una rata de sumidero sorprendida, antes de darse cuenta de que el cadete era relativamente inofensivo, y se calmara de nuevo.

-**Encontramos una cámara en la roca-,** dijo Clode, renunciando por fin a la cantimplora, que estaba casi vacía-. **A veces sucede, uno esta excavando sin más y de repente se encuentra una oquedad. Nadie**

le dio importancia en aquel momento. Entonces empezaron a aparecer, por todo el hábitat.

Su voz temblaba de histeria reprimida-. **¡Entraron a través de las paredes!**

-¿Quiénes?-. Pregunté, sintiendo un viejo terror familiar brotar en mí al oír sus palabras. Los había oído en las tumbas de Interitus Prime, había visto a brillantes asesinos de metal fantasmagóricos atravesando paredes sólidas, tan insustanciales como el humo, y no me podía sacudir el miedo que aquello me provocaba, por irracional que pareciera, al pensar que estaba a punto de revivir una pesadilla que nunca había logrado olvidar. Sentí cómo flexionaba mis dedos augméticos involuntariamente, como si recordaran a sus predecesores de carne y hueso, arrancados al ser alcanzados de refilón por el disparo de un cañón gauss necrón.

Sin embargo, antes de que pudiera responder, Donal habló antes que yo, interrumpiendo mi siguiente pregunta.

-¿Cómo ha sobrevivido usted?-, preguntó.

-Me escondí en los conductos de aire-, dijo el escriba, señalando hacia un agujero en la pared, de menos de un metro de diámetro, del que colgaba una rejilla metálica, recientemente movida. Una tenue corriente de aire surgía de ella, y miré sospechosamente la oscura sombra que había en su interior. Podría haber sido mi imaginación, pero estaba seguro de que podía oír un débil y familiar ruido resonando a lo largo del estrecho hueco.

-Todo el mundo fuera-, dije, sacando mi pistola láser de nuevo mientras todos comenzaban a retroceder. Menos mal que yo también lo hice; pues tan pronto como comencé a moverme, algo con demasiadas

extremidades, garras y dientes, surgió del agujero en la pared, y se arrojó contra mí. Apreté el gatillo más por reflejo que por otra cosa, haciéndole un agujero en el tórax, que al menos frenó su avance; la criatura cambió de objetivo, obviamente buscando un bocado más fácil y lanzó hacia Clode una ráfaga de golpes con sus garras. El desafortunado escriba gritó una sola vez, antes de que las mandíbulas del genestealer se cerraran alrededor de su cuello, casi separando su cabeza del cuerpo.

-¡Por el Trono de Terra!-. gritó Donal mientras retrocedía, y los soldados disparaban sus armas de fuego. El genestealer cayó, volando en pedazos ensangrentados mientras el cuerpo de Clode se derrumbaba. No había nada que pudiéramos hacer por él, murió incluso antes de que llegáramos a la puerta.

-¡Cubran el respiradero!-. grité, sabiendo muy bien que los genestealers iban en grupo, y tuve suerte, porque más de aquellas formas de pesadilla estaban surgiendo del oscuro conducto, lanzando sus agudos y ululantes chillidos capaces de congelarle a uno la sangre casi tanto como la visión de sus afiladas garras extendiéndose, ávidas de desgarrar nuestra carne. Nuestras armas láser destellaron una y otra vez, y el chasquido del aire ionizado nos ensordeció mientras el sonido de cada disparo resonaba y reverberaba en aquel espacio confinado, pero siguieron avanzando hacia nosotros, saltando sobre las tambaleantes estanterías. Uno de los soldados cayó, hecho pedazos delante de mis ojos, su sangre flotó en el aire por un momento como una fina neblina carmesí, y luego nos dirigimos al pasillo, dispersándonos mientras lo hacíamos, tratando de mantener nuestras armas apuntando a las veloces monstruosidades que nos perseguían.

-¡Comisario!-, gritó Jurgen, tras entrar con su melta en alto y preparado para disparar. Yo cerré rápidamente los ojos para evitar el cegador destello en la retina mientras él apretaba el gatillo. El voraz cono de abrasadora energía blanca vaporizó el torso de uno de los genestealers que se acercaba hacia mí mientras cruzaba el umbral, prendiendo fuego

a la pila de cajas más cercana debido al impacto térmico.

Las alarmas dentro del almacén empezaron a sonar.

-¡Cierra la maldita puerta!-. grité, y Donal se acercó para sujetar la manilla y cerrarla. Un genestealer le agarró el brazo justo cuando sus dedos se cerraban a su alrededor, y seguramente habría sido arrastrado para morir bajo sus mandíbulas si yo no hubiera lanzado un mandoble con mi espada casi al instante, cortando el brazo de la criatura, y decapitándola con otro mandoble mientras me giraba para descerrajar un disparo en la cara de la monstruosidad que la seguía.

-¡Gracias!-, jadeó Donal, con el rostro ceniciento, y tiró de la manilla. La puerta comenzó a cerrarse, y luego se detuvo, bloqueada por otro brazo lleno de garras, que comenzó a agitarse salvajemente cuando el opvox **(2)** y los soldados supervivientes intervinieron para ayudar al cadete en apuros, añadiendo su fuerza a la suya.

(2) *Operador Vox, una abreviatura común de la Guardia Imperial.*

Tras un agónico segundo, la puerta empezó a abrirse de nuevo, mientras las frenéticas criaturas de la habitación de más allá empezaban a abrirse paso a través de la abertura creada por la cuña de sus propios cuerpos.

-¡Fuego en el agujero!-, gritó Vorlens, lanzando una granada a través del hueco que se ensanchaba alrededor de la jamba de la puerta, justo cuando corté el miembro que la obstruía y que lanzó un maloliente chorro de icor, y la puerta se cerró de golpe. El sordo estallido de la carga de fragmentación hizo vibrar la puerta de metal, golpeada por mil pequeñas esquirlas mientras la granizada de metralla golpeaba la sala de la que habíamos escapado, y todo se quedó en silencio.

-¿Habremos acabado con ellos?-. preguntó Vorlens con tono agitado.

-Lo dudo mucho-, dije, bloqueando el mecanismo de apertura lo mejor que pude desde ese lado, y disparandole al sistema de apertura para asegurarme**-. Y si esos pozos son tan extensos como normalmente son en un lugar como éste, podrían haber ido a cualquier parte.**

-Eran rosas-, dijo Donal, con una expresión de estupefacción en su rostro**-. Nadie dijo que fueran rosas.**

-Vienen en una amplia gama de colores-, le respondí sarcásticamente. Había visto suficientes de aquellas cosas a lo largo de los años para estar seguro de eso**-. El Emperador sabrá la razón (3)-.** Active mi comunicador en el oído**-. Caín a todas las unidades-.** dije**-. Hemos establecido contacto. Presencia Genestealer definitivamente confirmada, no se ha avistado ningún otro tipo organismo por el momento-.** Un coro de "*recibido*" me aseguró que los cadetes estaban tan preparados como podían estarlo, y no había nada más que pudiera hacer para advertirles.

(3) *Las opiniones entre los miembros del Ordo Xenos aún están divididas sobre este punto. La teoría predominante es que la asombrosa cantidad de variación en el color y los patrones observados en el campo identifican de alguna manera la colmena o la piscina de digestión que desovó el organismo en cuestión, y se ha hecho un esfuerzo considerable para intentar codificarlos en consecuencia. Bajo este sistema, los ladrones de genes que Caín encontró aquí parecerían haberse originado en una de las flotas escindidas que actualmente infestan la Nebulosa de Cabeza de Cordero; lo que de hecho los habría puesto a una distancia desde donde podrían llegar fácilmente a Perlia.*

-Comisario-. Apenas tuve tiempo de recuperar el aliento antes de que la voz de Heskin resonara en mi cabeza, tratando de reprimir la emoción**-. Hemos encontrado un túnel nuevo. No está en nuestro mapa.**

-Muéstramelo-, dije, mirando en la placa de datos, y expandiendo la imagen tanto como pude alrededor de las runas que marcaban la posición de su comunicador y el de Klarch. Según el esquema, se encontraban en el centro de uno de los túneles principales, a una veintena de metros de cualquier pasillo intermedio.

-Un segundo-, dijo Heskin-. **Necesito sacar mi placa-**. Un momento después, la pantalla parpadeó, y el mapa fue reemplazado por una imagen granulada de su rostro, que parecía como si estuviera parado en medio de una tormenta de nieve**-. ¿Está recibiendo algo de esto?**

-Apenas-, le contesté. Si la densidad de la roca que nos rodeaba atenuaba las señales de vox, iba a ser aún peor con las más complejas transmisiones pictográficas. Heskin comenzó a girar la placa, dándome una visión lo más amplia posible de su entorno.

-Parece un pozo nuevo-, dijo Vorlens estirando el cuello para mirar por encima de mi hombro. Donal tenía su propia placa de nuevo, estudiando las fotos transmitidas atentamente, pero todavía tenía su pistola láser en la otra mano, y no tenía ninguna duda de que bajo su guante sus nudillos estarían blancos por la tensión. El muchacho definitivamente estaba aprendiendo. Jurgen y los soldados supervivientes miraban con cautela hacia arriba y hacia abajo por los túneles, con sus armas preparadas. Seguro de que nos advertirían de cualquier sorpresa desagradable que se dirigiera en nuestra dirección, dediqué toda mi atención a las borrosas imágenes de la placa que tenía delante de mí.

-Así es-, estuve de acuerdo. La abertura en la pared de roca que Heskin nos mostraba era aún más grande que las bocas de los túneles que había visto antes, y gran cantidad de equipo estaba esparcida frente a ella, cubriendo el piso del pasillo principal que los soldados y cadetes habían estado siguiendo. Este resultó ser sorprendentemente ancho, mucho más que en el que estábamos, y comenté el hecho.

-Ese es uno de los pozos de extracción-, confirmó Vorlens**-. Extrajeron una veta madre hace unos sesenta años-.** Bueno, el debería saberlo ya que había estudiado casi todo lo que se sabía de aquella roca abandonada por el Emperador mientras organizaba sus patrones de búsqueda, así que le tomé la palabra. Eso explicaría las vías del tren que pude ver al fondo, un par de vagones mineros que todavía estaban allí parados, esperando a que alguien los llenara con los escombros de la nueva excavación.

-¿Qué es todo ese equipo?-. Pregunté, mientras la vista pasaba por encima del equipo de soldados tratando de mostrarse lo más alerta posible, y Klarch, sentado en una caja de algo, comiendo otra barra de racionamiento. Extrañas formas metálicas, del tamaño de un cañón laser, demasiado borrosas para ser vistas claramente a través de la neblina de la estática, proyectan sombras retorcidas a través del fondo del túnel.

-Taladros de roca-, dijo Heskin, pateando al más cercano**-. Parece como si hubieran sido abandonados sin más-.** Sentí que las palmas de mis manos comenzaban a picar de nuevo. De alguna manera, dudaba de que los mineros hubieran sido tan descuidados con los equipos de los que dependía su subsistencia.

-Y cargas mineras-, agregó Klarch, levantándose y señalando hacia el cajón que hasta entonces había estado apoyando sus nalgas**-. Esto está lleno de ellas. Y cordón detonante-.** Mi sensación de malestar se intensificó. Incluso si hubieran estado dispuestos a dejar sus herramientas por ahí, nadie habría sido tan descuidado con una cantidad significativa de explosivos. Levantó un poco la voz, para que le oyeran los soldados que le rodeaban**-. Así que será mejor que todos tengamos cuidado con adonde disparamos-.** Nadie parecía inclinado a discutir al respecto, así que se metió el resto de la barra en la boca y masticó con energía.

-Proceded con cautela-, aconsejé-. **Nuestra última información es que se estaba abriendo un nuevo pozo cuando aparecieron los tiránidos por primera vez. Si es ése, podrías estar yendo directo al enjambre principal.**

-Aún no hemos visto ninguna señal de ellos-, dijo Klarch con indiferencia, aunque sacó su pistola láser. Ya debía haber terminado de tragar, porque cuando volvió a hablar, su voz era más clara**-. Primer equipo conmigo. Segundo, quedaos aquí y cúbrannos las espaldas.**

-Tal vez deberíamos ir todos-, sugirió Heskin-. **Si realmente es el nido principal, necesitaremos toda la potencia de fuego que podamos conseguir.**

-Aquí el primer pelotón-, interrumpió la voz de Nelys ansiosamente-. **Podemos subir y reforzarles.**

-O podríamos quedarnos donde estamos y completar nuestra tarea-, sugirió Kayla, con un toque de impaciencia.

-Esto no está abierto a debate-, dije-. **Todos deben centrarse en su objetivo actual hasta que reciban órdenes de lo contrario. Estamos aquí para aconsejar y apoyar, no para tomar el control-.** Tocaba cubrirme el culo por si las cosas se ponían tan feas como sospechaba. Me volví hacia Vorlens-. **Me temo que es su decisión, teniente.**

No pareció muy contento, pero tampoco eludió su responsabilidad, simplemente se dirigió al operador del vox y tomó el micrófono que el especialista le estaba sosteniendo**-. Sargento Freel-,** dijo**-. Envíe a uno de los equipos. El otro debe mantener la boca del túnel-.** Se volvió hacia mí**-. No sabemos qué hay ahí abajo, o qué tan ancho es el eje en el extremo. No tiene sentido poner en peligro a todo el equipo si se van a interponer en el camino del otro cuando empiece el tiroteo.**

-Estoy de acuerdo-, dije, desactivando mi comunicador por un momento**-. Además, recordará a mis chicos que técnicamente sólo están aquí como observadores-.**Vorlens asintió con la cabeza, seguro que los cadetes seguirían sus planes sin más comentarios, y yo volví a encenderlo**-. Mantén la transmisión de video en marcha si es posible-,** le dije a Heskin**-. Cuanto más podamos ver, más sabremos de aquello contra lo que nos estamos enfrentando.**

-Así lo haré-, me aseguró. La oscura caverna de mi pantalla de placa parecía sacudida por un pequeño y breve terremoto de colmena mientras entregaba su propia placa de datos a Klarch. Parecía que el Sargento Freel era el tipo de suboficial que no le pediría a sus hombres que hicieran algo que él no estuviera dispuesto a hacer (peor para él tal y como resultaron las cosas), así que el Primer Equipo continuaría haciendo el reconocimiento. Después de un momento, la imagen se estabilizó un poco, y pude ver la otra mano de March, con su pistola láser lista.

-Preparados-, dijo, aunque noté el nerviosismo en su voz, y Freel hizo algún tipo de comentario que el pinganillo no pudo captar.

Las sombras se movieron como una ventisca en la pequeña pantalla frente a mí mientras yo parpadeaba, con mis ojos ya doloridos por el esfuerzo de tratar de desentrañar una imagen coherente de ella. Después de un momento los identifiqué como los soldados a los que se les había concedido el dudoso honor de bajar al agujero para hurgar en lo que pudiera estar merodeando en sus profundidades con un metafórico palo. Por lo poco que pude ver, ninguno de ellos estaba muy contento, aunque difícilmente podía culparlos, e hice una nota mental para vigilar a Klarch para ver si mantenía la moral como se suponía que debía de hacer.

Curiosamente, dado el número de veces que he estado en una situación

similar, me encontré incomodo en la poco habitual posición de mero espectador en lugar de participar de la acción. Supongo que, por una vez y para ser sincero, yo también sentía cierto alivio al no estar en peligro físico inminente, pero las imágenes borrosas y estáticas en la pantalla de la placa tenían un curioso matiz de pesadilla; al menos si hubiera estado allí en persona, me habría sentido capaz de hacer algo (por supuesto, yo también habría estado muerto poco después, pero eso no viene al caso).

-Estamos llegando a otra caverna-, informó Klarch al cabo de unos momentos. Estaba cerca del frente del grupo, pegado al sargento, como les había aconsejado a todos mis cadetes que hicieran al principio de su entrenamiento; cuando todo lo demás falle, seguid el ejemplo del suboficial mayor presente, pues en una crisis ellos serán, por lo general, vuestra mejor oportunidad de salir de una sola pieza. El hombre en vanguardia se desvaneció en la oscuridad ante ellos, su linterna parpadeando, hasta que se hizo tan tenue que no pude distinguirlo de ninguno de los destellos de interferencia que aún manchaban la imagen.

-¿Puede ver alguna luz?-. Le pregunté-. **Aparte de las suyas, quiero decir.**

-No, comisario-. Klarch sonaba desconcertado, pero no tenía ni idea de los viejos terrores que las palabras de Clode habían encendido en mí de forma tan inesperada. Por supuesto, mi mente racional seguía insistiendo en que aquello era ridículo, pero de todos modos, ahora que habían acudido a mi mente los recuerdos de aquel espantoso mundo tumba, no podía desterrarlos tan fácilmente**-. ¿Deberíamos?**

-Por las entrañas del Emperador, espero que no-, dije sin pensar, y Vorlens miró en mi dirección con expresión curiosa. Luego, sin poder evitarlo, agregué-. **Si ves algo que parezca un resplandor verde al frente, simplemente volveos-.** Si realmente había necrones allí, la única opción sensata sería correr hacia la nave, llamar a un par de cañoneras de las Fuerzas Espaciales de Defensa para que arrasaran el

lugar y enviar un mensaje a Amberley tan pronto como fuera posible.

-Entendido-, dijo Klarch, en un tono que no me dejó ninguna duda de que se preguntaba si había estado bebiendo amasec (algo que me hubiera gustado haber podido hacer, dadas las circunstancias), y levanté la vista para encontrarme a Vorlens mirándome especulativamente.

-¿Un resplandor verde?-, preguntó.

Asentí con la cabeza-. **Una vez me encontré con algo en un lugar como éste-,** dije-. **Sólo quiero descartar esa posibilidad, nada más.**

-Ya veo-. Asintió Vorlens pensativamente-. **¿Puedo preguntarle qué era?**

-Prefiero no hacer comentarios-, dije sinceramente**-. A cierta inquisidora que conozco no le haría ninguna gracia-.** El manual de Amberley sobre los necrones parecía tener marcado a fuego que la población en general estaba mejor sin saber de ellos, y como casi todos los que habían estado en contacto con ellos estaban muertos, ese era un secreto sorprendentemente fácil de guardar**-. Sólo créame, si están por aquí, lo sabremos muy pronto-.** Lo cual más tarde resultó ser cierto, aunque, si hubiéramos sabido que pronto nos veríamos envueltos en sucesos tan cataclísmicos que casi habría dado la bienvenida a un enemigo tan “*anodino*” como eran los necrones.

Vorlens estaba claramente a punto de hacer algún tipo de comentario en respuesta, pero antes de que pudiera hacerlo recibimos un informe del equipo de reconocimiento que había descendido por el pozo, y nuestra atención se centró por completo en los acontecimientos que allí se desarrollaban.

-Es grande-, informó Klarch**-. Nuestras linternas apenas pueden**

alcanzar la pared más lejana-. Agitó la placa en su mano, mostrándonos un breve vistazo de lo que parecía ser la lisa pared de la cámara, la primera de ese tipo que había visto desde que llegamos a esta oscura roca, aunque la calidad de la imagen era tan pobre que era difícil estar seguro. Sin embargo, sentí que un nudo de aprehensión se me estrechaba en la boca del estómago. Podría haberle pedido a Klarch que se tranquilizara, haciendo algunos primeros planos y demostrando definitivamente que las paredes estaban tan picadas como el resto de las cavernas, pero nunca tuve la oportunidad.

-¡Contacto!-. gritó alguien, abriendo fuego en automático, y en cuestión de segundos el pequeño transceptor en mi oído estaba lleno de los sonidos del combate. Tuve una visión momentánea de una enorme masa quitinosa que se abalanzaba sobre Klarch, tres o cuatro genestealers y lo que parecía un par de gantes, antes de que dejara caer la placa y ésta dejara de transmitir de forma abrupta. Todavía podía oír el progreso de la batalla a través de su comunicador, mientras éste siguiera activo, mezclándose el crujido de las armas láser con los gritos de los soldados, los ululantes chillidos de los tiránidos, y el inconfundible sonido de las bioarmas disparando devoracarnes.

-¡Retirada!, ¡Abran fuego y retrocedan!-. Bramó el Sargento Freel, pero el sonido de las armas ya era esporádico.

-¡Ya están en el túnel!-, gritó desesperadamente Klarch**-. ¡Heskin, adopta posiciones defensivas! -.** El muchacho habría sido un buen comisario, aún seguía pensando en la situación global, incluso mientras su propia vida colgaba de un hilo, pero ya no iba a tener la oportunidad. Su último grito seguía resonando en mi oído mientras me volvía hacia Vorlens.

-¡Tenemos que contenerlos!-. dije-. **Si salen ahora a los túneles, estaremos perdidos.**

Asintió severamente, y ya estaba buscando al opvox**-. Blaine, Torven, sector 19. Refuercen el cuarto pelotón-.** Me miró y se encogió de hombros-. **Lo que queda de él.**

Asentí con la cabeza, habiendo reconocido uno de los nombres como el sargento de pelotón que acompañaba a Nelys y Kayla.

-Nelys, informa-, ordené. Dadas las circunstancias, quería escuchar lo que estaba pasando de uno de los míos.

-Nos estamos moviendo para apoyarles-, me dijo Nelys, sus palabras cubiertas por el eco de pasos apresurados.

-Nosotros también-, se ofreció Stebbins, con voz tensa.

-Heskin, no te muevas-, ordené. Habría escuchado por casualidad los intercambios, como yo quería que hiciera, así que ahora mismo, con un poco de suerte, estaría buscando una cobertura, con la seguridad de que la ayuda estaba en camino**-. Mantén la posición y espera refuerzos.**

-¿Qué hay de Klarch y los demás?-, preguntó Heskin-. **Si nos movemos lo suficientemente rápido podríamos...**

-Están más allá de toda ayuda-, le dije con suavidad-. **Ya escuchaste lo que dijo Klarch, los tiránidos están en el túnel. Vuestra única esperanza es quedaros ahí y abatirlos a medida que vayan saliendo.**

-Entendido-, dijo, aunque sonaba totalmente descontento.

-Si tomamos este túnel de acceso, nosotros podríamos estar allí en un par de minutos-, dijo Donal, levantando la vista de su placa, que

estaba mostrando de nuevo el mapa. Por supuesto, un conducto estrecho estaba marcado, apenas lo suficientemente ancho como para moverse en una sola fila, pero en el momento en que lo vi supe que tenía razón. Ya no había excusas para quedarse al margen, pensé.

-¡Vamos!-. dijo Vorlens, señalando a sus hombres, y haciendo un doble gesto en la dirección que Donal había indicado. Como de costumbre, sentí que no tenía otra opción que seguir; era necesario si quería mantener mi reputación y mi autoridad sobre los cadetes.

-¡Voy justo detrás de usted!-. Le contesté, volviéndome para seguirle, y asegurándome de que Donal entrara en el túnel delante de mí. Si realmente pensaba que era una buena idea ir corriendo hacia un enjambre de nidos, entonces que fuera delante.



CAPÍTULO CUATRO

Donal tenía razón: unos metros más adelante encontramos un estrecho pasadizo, revestido de tuberías y cables, que se dirigía en la dirección que queríamos (o al menos en la dirección de la batalla, que en mi caso estaba lejos de ser lo mismo). Era aún más estrecho de lo que yo temía, apenas lo suficientemente ancho para avanzar con nuestros hombros rozando las estructuras fijadas a las paredes y salientes ocasionales en la roca. Afortunadamente, Vorlens seguía liderando desde el frente, desapareciendo por la fisura como un hurón, y sus hombres le siguieron sin dudarlo. Donal les seguía de cerca, lo que nos dejó a Jurgen y a mí solos en el pasillo principal por un momento.

-Hay algo que no entiendo-, dijo mi ayudante, bajando la voz de manera conspirativa e inclinándose un poco más cerca para darme todo el beneficio de su halitosis. Que no entendiera algo no era precisamente una novedad, pero bajo aquellas circunstancias me incliné por escucharle. A pesar de su apariencia poco atractiva, y de un olor corporal que habría sido una bendición para los orkos, era el único hombre en el que confiaba. Lo que no es de extrañar, dado el número de veces que había salvado mi miserable pellejo a lo largo de los años.

-¿Qué quieres decir?-, le pregunté.

La frente de Jurgen se arrugó bajo su habitual pátina de mugre, que ya había sido ricamente complementada por el polvo que flotaba por todas partes en el laberinto crudamente cincelado**-. Si aquel chupatintas realmente se había estado escondiendo en los conductos de ventilación-,** dijo lentamente**-, ¿cómo es que los genestealers no lo atraparon?**

-También yo me lo he estado preguntando-, admití. A pesar de que apenas había tenido tiempo para reflexionar sobre la historia abruptamente truncada de Clode, algunas partes de ella todavía me molestaban. Según mi experiencia, los conductos de ventilación y de servicio eran precisamente el tipo de lugares a los que los organismos invasores acudirían en primer lugar, como lo demuestra su presencia en el pozo que conduce a la sala de almacenamiento en la que los habíamos encontrado.

Cualquiera que esperase encontrar refugio en una de ellas se sentiría abrupta y fatalmente decepcionado en muy poco tiempo.

-Tal vez no estuvo allí abajo por mucho tiempo-. En cualquier caso, no tenía mucho sentido preocuparse por ello. Como podrán apreciar, me preocupaba mucho más adónde se habían ido los demás, sobre todo porque yo mismo estaba a punto de entrar en un estrecho pasadizo.

Todo lo que puedo decir por los pocos momentos que nos tomó llegar al pozo principal donde Heskin estaba haciendo todo lo posible para detener la marea quitinosa es que pasaron misericordiosamente rápido. Como ya he comentado, el túnel de servicio era claustrofóbicamente estrecho, hasta el punto de que era casi imposible girar en él, y mis omóplatos se estremecieron todo el tiempo que estuvimos allí abajo, anticipando el impacto repentino de las garras de un genestealer. Sólo la presencia de Jurgen detrás de mí, a quien podía oler aunque no lo viera, me ayudó a calmar mis temores; estaba claro que tenía algunas dificultades con el voluminoso melta en un espacio tan reducido, eso a juzgar por el interminable número de blasfemias que murmuraba sin parar durante nuestro avance, pero aún así estaba agradecido de que lo hubiera mantenido en sus manos. A juzgar por las voces de mi comunicador, íbamos a necesitar toda la potencia de fuego que pudiéramos conseguir en breve.

Heskin y el quinteto de soldados que lo acompañaban estaban

aparentemente dando una buena imagen de sí mismos, al menos hasta ahora, manteniendo atrapados a los tiránidos emergentes en un fulminante fuego cruzado justo en el momento en que salían de la boca del túnel. Siendo tiránidos, por supuesto, aquello no les habría molestado especialmente, pero los había ralentizado un poco, lo suficiente como para que el Primer Pelotón llegara y se uniera a la lucha, lo que parecía igualar un poco más las probabilidades. Una vez que el Segundo Pelotón y nosotros llegáramos, podríamos, después de todo, ser capaces de contenerlos. O eso esperaba...

-¡Por aquí!-, me gritó Vorlens, desde algún lugar más adelante, y después de un momento, el grueso del abrigo y la gorra de Donal que iba delante de mí también se apartó para revelar un amplio túnel excavado a través de la roca.

Cuando salí del estrecho pasillo detrás del cadete, miré a mi alrededor, orientándome inmediatamente por mi instinto y vislumbrando por primera vez el controvertido pozo. Era incluso más grande de lo que había aparecido en la pantalla de la placa de datos, lo suficientemente ancho como para haber permitido el paso de un Chimera, y eso dejando mucho espacio de sobra a ambos lados. Las vías del tren que había notado antes se perdían en la distancia, presumiblemente hasta un montón de escombros o a un área de procesamiento, y casi me caigo al tropezar con el riel más cercano mientras me volvía hacia los sonidos del combate.

Para mi sorpresa y alivio, la fuerza combinada de mis cadetes y los soldados de las FDP estaban manteniendo la línea, aunque los tiránidos parecían estar peligrosamente cerca de ganar la partida. Ninguno de los genestealers u hormagantes habían logrado recorrer la suficiente distancia como para entrar en rango de combate cuerpo a cuerpo antes de caer aniquilados, lo que ya era en si mismo un auténtico milagro, pero un pequeño grupo de gantes se había apostado en la entrada del angosto túnel lateral, barriendo la cueva principal con fuego de devoracarnes. Varios de los soldados ya habían caído, retorciéndose y

gritando, o bien siniestramente inmóviles, pero los supervivientes seguían disparando sobre la horda quitinosa con un entusiasmo que no había disminuido ni un ápice.

-¡Comisario!-, gritó Heskin al levantar la vista y verme, y por un momento una expresión de alivio se apoderó de su rostro, antes de que desapareciera todo rastro de expresión, junto con la mayor parte de su cabeza. Su cadáver salió despedido hacia atrás, propulsado por un impacto mucho mayor del que las mortales nubes de escarabajos vomitadas por los devoracarnes podrían haber podido provocar. Me giré horrorizado hacia la boca del túnel, con una comprensión que me revolvió las tripas, y vi lo que más temía. Una de las bioformas guerreras más grandes se había unido a los gantes, imbuyéndoles de un maligno propósito, y con la inconfundible masa de un cañón de veneno colgando de sus miembros inferiores.

-¡Disparad al grande!-. Grité, esperando interrumpir la influencia de la mente de la colmena, aunque sólo fuera por un momento o dos, pero todo lo que logré hacer fue atraer su atención, y para mi horror la monstruosa arma empezó a girar en mi dirección. Me escondí detrás de la vagoneta de minerales más cercana, mientras escuchaba la explosión de la madera, y el silbido de la lluvia de mortíferos cristales venenosos pasando sobre de mi cabeza. Un momento después, un olor inconfundible a calcetines sucios me informó de que Jurgen también había llegado a nuestro improvisado refugio.

-Comisario-. Kayla apareció al otro lado, y soltó un par de disparos sobre la abominación corpulenta, antes de agacharse**-. Nos están pateando el culo.**

Supongo que podría pasar sin un ComInfSit reglamentario **(1)** de la cadete. Aquello no era lo más correcto, claro, pero también yo había llegado a la misma conclusión, así que no podía culparla por su análisis de la situación.

(1) *Informe de situación. Una de las muchas abreviaturas comunes entre la Guardia Imperial.*

-Lo tengo a tiro-, nos informó Jurgen, con el mismo tono que hubiera empleado para preguntarme si me gustaría beber más tanna. El guerrero trastabilló un paso hacia atrás mientras Vorlens y los tres soldados que le quedaban le disparaban cinco salvas seguidas, y entonces Jurgen apretó el gatillo de su melta.

Los resultados fueron de lo más gratificantes, eso por decir algo. La enorme criatura aulló, se tambaleó, y cayó, humeando como un grox asado (aunque con un olor mucho menos agradable), su pesada arma ardió inutilizada. Se estrelló contra el suelo de piedra durante un momento, creó surcos paralelos en la roca, intentando levantarse, antes de que otro aluvión de fuego de nuestras armas lo eliminaran como amenaza para siempre. Privados de su influencia, los gantes se quedaron parados durante un momento, antes de retroceder hacia el interior del túnel, aunque mientras se retiraban mantuvieron su bombardeo de salvas de devoracarnes.

-¡Se están retirando!-, chilló Nelys, y de hecho comenzó a pararse, haciendo un florete con su espada como si de un héroe de holodrama se tratara**-. ¡Adelante y acaben con ellos!**

-¡Baja la maldita cabeza antes de que te maten!-. Grité, en el fondo innecesariamente, ya que tenía su comunicador en la oreja. Juro que hizo un gesto de dolor al seguir mis instrucciones**-. ¡Si pones un pie en ese túnel eres hombre muerto!-.** Me obedeció con evidente desgana, pero al menos se cubrió detrás de un montón de escombros, tal vez alentado por la ruidosa muerte de otro de los soldados de las FDP que, por casualidad, estaban de pie cerca de él.

-¿Podemos sellar el pozo con esas cargas mineras?-. Preguntó Vorlens, señalando la caja donde Klarch había estado disfrutando de su última comida hacía tan poco tiempo.

-Ni idea-, admití**-. Por lo que sé, podríamos hacer que todo el techo se derrumbe sobre nosotros-.** Ese me pareció el resultado más probable, aunque, por supuesto, no podía saber cuántos explosivos había en la caja. Sin embargo sí sabía lo que podía hacer una explosión en un espacio confinado, y por lo general no estaría dispuesto a arriesgarme a hacerlo. Por otro lado, dadas las presentes circunstancias no parecía que nos quedaran muchas opciones. Los sonidos que provenían del interior del túnel empezaba a sonar distintos, lo que significaba que otra de las criaturas sinápticas estaba empezando a restaurar el orden, y que podíamos esperar otro ataque coordinado en cualquier momento. Señalé la caja con una inclinación de mi cabeza**-. El verdadero problema va a ser ponerle las manos encima-,** añadí.

-No hay problema-, me aseguró Nelys, y antes de que pudiera protestar, se puso en pie y corrió con la cabeza baja, como si la granizada de balas de los devoracarnes no fueran nada más mortal que una simple lluvia.

-Cabeza de chorlito-, dijo Kayla, aunque no pudo evitar que un poco de admiración que se abriera paso entre la desaprobación de su voz, y empezó a disparar sin cesar hacia la boca del túnel para cubrirle.

-¡Proporciónenle fuego de cobertura!-, ordené, aunque Donal y la mayoría de los soldados ya lo estaban haciendo. Jurgen volvió a disparar el melta, y una voraz ráfaga de aire sobrecalentado se adentró por el túnel, provocando un chillido que me puso los dientes de punta. Sonaba como si la bestia sináptica estuviera teniendo sus propios problemas, y empecé a esperar que el asalto principal se retrasase un momento o dos. Pero era una esperanza vana. Nelys casi había llegado a la caja de explosivos cuando otra bioforma guerrera, con su cuerpo chamuscado y goteando icor, pero aun lo bastante operativa para mi paz mental, emergió de la boca del túnel, y apuntó con su biocañón en su dirección.

-¡Nelys, a las dos en punto!-, gritó Donal, justo a tiempo, y el impetuoso cadete le hizo caso de inmediato, zambulléndose de lado para refugiarse detrás de una vagoneta de mineral que aparentemente había sido sacada de los carriles por alguna razón. Los poderosos ácidos se abrieron paso a través de la piedra donde había estado de pie un instante antes, mientras la biocarga estallaba, esparciendo su letal munición, y unas pocas gotas de ácido comenzaron a abrirse camino a través de las tablas de madera que formaban el transporte de mineral detrás del que se escondía.

-¿Y ahora qué está tramando?-, murmuró Kayla, disparando de nuevo sobre la gigantesca criatura, y por un momento pensé que se refería al tiránido, hasta que añadió**-. Carece totalmente de sentido común-.** Mientras observaba como Nelys miraba cautelosamente alrededor de su refugio temporal, claramente se estaba preguntando si se atrevía a correr otra vez, y ella activó con impaciencia su comunicador**-. Tiene ruedas, cretino.**

-Oh, claro-. Nelys adivinó lo que quería decir casi de inmediato, y empezó a moverse con cautela hacia la caja de explosivos, empujando la vagoneta para seguir a cubierto. Era demasiado débil para resistir más de uno o dos disparos más, pero con un poco de suerte el tiránido no tendría tiempo suficiente para hacer tantos disparos.

-Sigan disparando-, les animé a todos**-. Están a punto de huir-.** Aquello no era exactamente cierto, pero al menos los estábamos conteniendo, que era más de lo que esperaba cuando nos metimos en aquel lío. Jurgen asintió con la cabeza, y volvió a disparar el melta, asando el tiránido al punto**-. Bien hecho, Jurgen.**

-De nada, señor-. Mi ayudante asintió con la cabeza, como si le hubiera dado las gracias por traerme una taza de tanna y un pastel, y luego retomó su postura vigilante mientras la forma del guerrero se agitaba y moría en una nube de vapor de horrible olor, sus ahora flácidos

miembros cayeron siguiendo la suave pendiente del suelo.

-¿Enviarán otro?-, preguntó Vorlens, y agité la cabeza.

-Probablemente no-. Conté los cadáveres dispersos de los organismos tiránidos, entremezclados con demasiadas de nuestras bajas para mi gusto, y realicé un rápido cálculo mental**-. No pueden tener demasiadas criaturas sinápticas a estas alturas. Tal vez sólo una más, si tenemos suerte. Eso significa que tratarán de protegerla en el túnel.**

-Tendrán que hacerlo mucho mejor que hasta ahora, señor-, dijo Nelys a través del comunicador, con un tono demasiado confiado que yo ya había aprendido a temer en su voz. Ya había llegado a la caja, y había levantado la tapa, antes de hurgar en ella con impaciencia**-. Hay suficiente fycelina aquí como para derribar todo el túnel-.** Volvió a aparecer, sosteniendo algo en alto**-. Y aquí está el cable detonante. ¿Cree que dos minutos serán suficientes?**

-¡Ni por asomo!-, resoplé, pero llegué demasiado tarde. Incluso antes de que yo hablara, Nelys ya había cortado un trozo, y empujó toda la caja llena de explosivos dentro de la vagoneta.

-¡Está loco!-. Gritó Kayla, con un tono de rencorosa admiración aún más pronunciado que antes. En aquel momento quedó claro lo que Nelys tenía en mente, y tengo que admitir que, por una vez, parecía haber tenido el germen de una idea decente; aparte del terrible riesgo de enterrarnos junto con los tiránidos, por supuesto.

-Sin duda alguna-, acepté, y me volví hacia Donal-. **No te quedes ahí parado, ¡ayúdale!**

-Sí, comisario-. Donal se puso en pie de un salto y corrió hacia su

compañero cadete, mientras todos los demás seguían disparando sus armas láser hacia la oscuridad del túnel. Ya no parecía que hubiera mucho a lo que disparar, pero eso no significaba nada para los tiránidos, así deje que continuaran. Al menos así los soldados tenían algo que hacer, lo que sería bueno para la moral, y con un poco de suerte desviaría la atención del enjambre de lo que estaba pasando por en la boca del túnel. Nelys y Donal empujaron con los hombros la vagoneta y en cuestión de segundos ya habían conseguido alcanzar una buena velocidad, mientras que su mortífera carga rebotaba de una manera que no me parecía nada reconfortante.

-¡Alto el fuego!-. Grité, justo cuando se acercaron lo suficiente a la boca del túnel como para estar en peligro inminente de ser alcanzados por sus propios camaradas. Pero no tenía de que preocuparme; los hombres de Vorlens eran bastante disciplinados para ser de las FDP, y ya se habían percatado de la situación.

Con un empujón final, los dos cadetes rodearon el cadáver del guerrero que Jurgen había derribado, y empujaron la vagoneta por la suave pendiente que había más allá de la entrada. En el momento en que llegaron allí se hicieron rápidamente a un lado, sin duda anticipando una nueva granizada de letales devoracarnes, pero al parecer mi suposición inicial había sido correcta; los tiránidos se estaban retirando al fondo de su madriguera.

Naturalmente eso tampoco les iba a servir de mucho. Donal y Nelys ya estaban corriendo hacia nosotros cuando la vagoneta desapareció en la oscuridad, los ecos de su paso reverberando hacia atrás cuando rebotó en las profundidades del pozo. El ruido y el movimiento evidentemente distrajeron a nuestros abominables adversarios, mientras escuchaba claramente otra descarga de fuego carnívoro, sin duda una respuesta instintiva a la intrusión. Luego me asegure de cubrirme con el dudoso refugio que me proporcionaba la vagoneta de mineral, seguro de que los dos minutos de Nelys debían haber pasado.

No me equivoqué. Con un estruendoso rugido, como el de un polvorín de municiones explotando, una columna de humo y polvo de roca, probablemente mezclada con fragmentos de tiránidos si me hubiera molestado lo suficiente como para mirar, surgió de la boca del túnel delante de nosotros, convirtiéndola en una chimenea en miniatura. Al atragantarme, como todos los demás presentes, me puse de pie, parpadeando, sin ver los restos de la detonación, y traté de distinguir el murmullo de las voces que me rodeaban del zumbido de mis oídos.

-¡Donal! ¡Nelys! ¡Informad!-. Exigí, aún sin estar seguro de que ninguno de los dos estuviera en condiciones de responder.

-Sigo aquí, comisario-, me aseguró Donal lacónicamente-. **Los dos.**

-¿Les dimos?-, preguntó Nelys, tosiendo en voz alta mientras inhalaba un poco demasiado de los resultados de su trabajo.

-Se podría decir que sí-, le conteste. Todo el túnel se estaba derrumbando, trozos de roca tan grandes como yo mismo caían desde el techo hasta la grieta y se estrellaban contra el desigual suelo, mientras que innumerables pedazos más pequeños llovían a su alrededor. Me pareció que el túnel estaba totalmente bloqueado, y que cualquier tiránido que hubiera escapado de la conflagración habría sido aplastado antes de haber tenido la oportunidad de huir.

-¡Si!-, exclamó Nelys sonriendo de oreja a oreja, y yo luché contra el impulso de reprenderlo. Mejor dejarle tener su momento de gloria; al menos la explosión parecía haberle sacado el palo que solía llevar en el culo, lo cual no era poco decir.

-Bien hecho-, dije, asegurándome de incluir a Donal en mi felicitación**-. Aunque un poco imprudente-.** Me di la vuelta, escuchando el ruido de los pies en marcha, para encontrar a Frister, Stebbins y al Segundo

Pelotón, que acababan de llegar a la zona de batalla.

Stebbins se quedó boquiabierto ante el desorden durante un momento, luego tomo conciencia de donde estaba y saludó**-. Comisario. ¿Qué ha pasado?**

-Nelys se ha cargado a los bichos-, le dijo Kayla.

-Oh-. Pareció un tanto decepcionado-. **¿Hay algo que podamos hacer, ahora que estamos aquí?**

-Ayudad a los heridos-, dije, consciente de tener una imagen que mantener, y me dirigí a Vorlens-. **Sugiero que reanudemos el reconocimiento. Todavía podría haber algunos rezagados vagando por ahí.**

-Estoy de acuerdo-. El teniente asintió, y se reunió con sus suboficiales, dejándome mirando pensativamente el montón de escombros.

Ya no tendría ninguna posibilidad de aliviar mi molesta sensación de inquietud inspeccionando la cámara al final, o mejor aún, enviando a alguien más para hacerlo, incluso si no se hubiera derrumbado junto con el túnel.

Una vez más, me dije que las palabras de Clode debían haber sido tan sólo una forma de hablar: nadie sabía mejor que yo que si realmente hubiera necrones aquí, ninguno de nosotros habría salido de la bahía de atraque, y mucho menos del interior del asteroide. Además, ellos también habrían masacrado a los tiránidos, de eso no tenía ninguna duda. Pero algo acerca de toda aquella situación me seguía pareciendo totalmente incorrecto, y si he aprendido una cosa en un siglo o más de intentar escapar de todos los problemas que la galaxia me iba lanzando, es a confiar en ese persistente sentido de paranoia mío.

-Buenas noticias, señor-. Una voz familiar, seguida de un olor igualmente conocido, interrumpió mis pensamientos. Jurgen estaba de pie a mi lado, con el melta colgado a su espalda junto a su fusil láser, pues ahora que ya no tenía ninguna necesidad apremiante de ninguna de las dos. Estaba sosteniendo una placa de datos, su frente arrugada en concentración mientras estudiaba el enrevesado desorden de la disposición interna del hábitat minero**-. Creo que acabo de encontrar una cocina.**

Bueno, él era siempre así, centrado a lo suyo, y debo admitir que un par de bollos de grox en salazon y una taza de recafeina fresca me ayudaron mucho a mejorar mi estado de ánimo. Pero no me sentí realmente cómodo de nuevo hasta que volvimos a bordo del Aquila, tras completar nuestro reconocimiento, y aniquilar los últimos genetearlers que habían escapado de la demolición del acceso a su guarida.

-Parece que han hecho un buen trabajo aquí-, me saludó Visiter a nuestro regreso, mientras los agotados cadetes volvían a sus asientos, tratando de no mirar los que quedaban vacíos y que antes habían sido ocupados por Heskin y Klarch. Había tenido cuidado de encontrarles tareas que hacer a todos, para que no tuvieran tiempo de preocuparse por nuestras pérdidas, pero ahora, en el largo viaje de vuelta, tendría que vigilarlos; tarde o temprano, reaccionarían a lo que había pasado. Con un poco de suerte, la mayoría de ellos dormirían durante las siguientes horas, pero después de eso tendría que tratarlos con cuidado hasta que tuvieran tiempo de asimilar lo que había sucedido. Todos eran conscientes de que en un campo de batalla siempre había bajas, pero era la primera vez que realmente lo experimentaban, y también era la primera vez que alguno de ellos había perdido a un compañero cadete.

-No ha estado mal-, concedí cansadamente. Él ya sabía de nuestras bajas, por supuesto, así que no tenía sentido hablar de eso ahora.

-¿Dijiste que tenías algo que enseñarme?

-Sí, así es- asintió el comodoro, aparentemente divertido por una broma privada**-. Mantén la vista centrada en la portilla**-. Se acomodó en el asiento que estaba junto a mí, aparentemente despreocupado por la proximidad de Jurgen, y activó su comunicador**-. Sáquenos de aquí, Señor Sprie.**

Habíamos abordado el transbordador en la caverna en la que habíamos desembarcado, hacía algo menos de un día, y las paredes grises y opacas más allá del cristal blindado, y las destripadas naves de reparaciones, seguían pareciendo exactamente iguales a la imagen que recordaba de cuando llegamos. Las grandes puertas de hierro que conducían al espacio abierto se habían ido replegando pesadamente mientras tomábamos asiento, y ahora la moteada roca comenzaba a deslizarse más allá del mirador mientras Sprie le daba de energía a los motores, levantando el Aquila del suelo y empujándolo suavemente hacia su elemento natural.

-Lo divertido del asunto-, me dijo Visiter-, **es que nunca lo habríamos notado si no nos hubieras dicho que nos quedásemos fuera de la estación. No es exactamente visible, a menos que uno se acerque mucho.**

-¿A qué te refieres?-, pregunté, mientras Sprie nos sacaba del hangar en una limpia parábola. Estábamos rozando la superficie, o eso me parecía a mí, descendiendo en picado sobre el terreno agrietado y desolado, tan cerca que algunas de las antenas montadas en la superficie, y que también recordaba de nuestra llegada, parecían incluso más altas que nuestra trayectoria de vuelo.

-Por suerte, pensé en aprovechar para que los jóvenes novatos practicaran algunas pasadas de ataque a baja altitud mientras esperábamos-, continuó Visiter, como si no hubiera oído mi pregunta.

Me pareció justo, si él quería hacerse el misterioso no iba a ser yo quién le estropeara la diversión, al fin y al cabo era su función.

-Los orkos usan rocas como está a modo de transportes, ya sabe, como si fueran naves.

Yo lo sabía, puesto que en mis tiempos había estado a bordo de un par de ellas, así que asentí con la cabeza.

-Normalmente los usan para asaltos planetarios a gran escala-, dije. Desde el punto de vista de los orkos, eran perfectas para aquella función. Si fuera cual fuera el sistema de frenado que hubieran sido capaces de improvisar funcionaba, lograban desembarcar en la superficie un número de guerreros muy superior a los que hubiera conseguido una nave de descenso convencional, y si fallaba, provocando así una gigantesca explosión, bueno, aquello era algo que para los orkos era casi igual de bueno....

-Así es-, dijo Visiter, con el bigote temblando. Después de un momento señaló**-. Ah, ahí está.**

Me tomó un momento vislumbrar lo que él estaba indicando, y luego me quedé boquiabierto. Era una bioconstrucción tiránida, encajada profundamente en una fisura en la superficie del asteroide, casi totalmente oculta por las sombras que la rodeaban**-. ¡Es una espora micética!-.** Dije sin molestarme en ocultar mi sorpresa.

-Ciertamente eso parece-, se mostró de acuerdo el comodoro, claramente complacido con mi reacción-. **Probablemente ha estado a la deriva desde que las Fuerzas Espaciales de Defensa destruyeron las naves colmena el año pasado, y la dirigieron a este lugar una vez que lo tuvieron a su alcance.**

-¿Alguna idea de cuánto tiempo llevará ahí?-, le pregunté.

Visiter se encogió de hombros-. **No mucho, por lo que parece. Pero apostaría la mitad de mi pensión a que así es como llegó el enjambre al que te has enfrentado en las instalaciones.**

-No es una apuesta que yo aceptaría-, afirmé. Cuando Sprie trazó una trayectoria más lenta alrededor de la bionave, pude ver claramente la esclusa lateral a través de la cual los organismos habían desembarcado, quedando el interior iluminado por los reflectores externos de nuestro Aquila. La carne interior había sido desecada por la exposición al vacío, claro está, pero aún así parecía ser poco resistente, en contraste con la dura cáscara exterior. Estaba seguro de que eso significaba que había llegado hacía relativamente poco, pero se necesitaría un Magos Biologis para confirmarlo.

-¿Has encontrado alguna más?

-¿Más?-. Ahora le tocaba el turno a Visiter para sorprenderse**-. No. ¿Deberíamos haberlo hecho?**

-No lo sé-, admití, mi sensación de malestar regresó con más fuerza que antes. La cápsula sólo podía contener una veintena de tiránidos, y en nuestros encuentros cara a cara a bordo del asteroide habíamos visto más o menos aquella cantidad. Hasta entonces había estado asumiendo que un número significativo de ellos también habían sido atrapados y exterminados en el colapso del túnel; pero si no era así y la cámara que Klarch había descubierto estaba casi vacía cuando estalló la bomba de Nelys, eso me llevó de vuelta a mi pregunta original. ¿Qué había matado a todos los mineros de una forma tan rápida y eficiente? ¿Por qué no habíamos descubierto ningún cuerpo? ¿Y si algo o alguien hubiera sido el responsable? ¿Habría sido simple casualidad que los tiránidos hubieran llegado justo después y aprovecharan la instalación abandonada para acomodarse?

Aún más inquietante era la idea de que, si alguna otra fuerza había atacado el hábitat minero, ¿dónde estaban ahora?

Eventualmente, logré dormirme, más por la pura fatiga física que por cualquier otra cosa, pero mis sueños estaban lejos de ayudarme a descansar, llenos de asesinos de brillante metal y pálidos rostros, y sus sirvientes, escurridizos como arañas.

Por supuesto, no tenía forma de saber que desgraciadamente todas mis preguntas serían contestadas muy pronto; pero de haber tenido el más mínimo indicio de la forma que tomarían dichas respuestas, pueden estar seguros de que mis sueños habrían sido infinitamente peores de lo que fueron.

NOTA EDITORIAL:

Había considerado incluir este extracto al principio de la narración de Caín; aunque tras pensarlo bien he creído que este parece ser el lugar apropiado para insertarlo.

Extracto de *"En la Noche Más Oscura: Evaluación de las Guerras del Milenio"*, de Ayjaepi Clothier, 127.M42.

EL milenio 41 acabó de manera similar a muchos de sus predecesores, en un conflicto generalizado; aunque probablemente sería justo añadir que rara vez en la historia del Imperio la humanidad se ha visto acosada por tantos enemigos y en tantos frentes a la vez. Las relatos más populares a este respecto han tendido a dividir las distintas zonas de guerra con una injustificada pulcritud, creando un sentido de orden que no existió y desdibujando la forma en la que las sucesivas crisis interactuaban entre sí y, en algunos casos incluso se superponían.

Esta errónea concepción alcanza su más atroz culmen en la popular imagen de los dos principales frentes de batalla de la época: la llamada Cruzada Negra y las Guerras Tiránidas. Para los legos más interesados en estos hechos, la Cruzada Negra estaba en gran medida confinada al Segmentum Obscurus, mientras que las flotas colmena tiránidas constituían una amenaza únicamente para los sistemas del Brazo Oriental. En realidad la situación era mucho más confusa, ya que las flotas de asalto del Gran Enemigo lanzaron ataques a sistemas muy alejados del campo de batalla principal alrededor de la Puerta de Cadia y sus sectores adyacentes. Al menos una de estas flotillas está registrada de forma fiable como activa en el Este, en el Golfo de Damocles, cerca de lo que entonces era la frontera del Imperio Tau, aunque la razón por la cual atacaron aquella área, así como las circunstancias de su eventual derrota, siguen envueltas en conjeturas y discusiones.

En cualquier caso me veo obligado a dedicar un modesto capítulo a este asunto, ya que si hay algo que está fuera de toda duda es la implicación del legendario héroe Ciaphas Caín, cuya incondicional defensa del planeta Perlia sigue celebrándose incluso hoy en día.



CAPÍTULO CINCO

-Me han comentado que ha recomendado una cuarentena completa de las instalaciones-, dijo Brasker con voz seca, como siempre, logrando sonar tanto condescendiente como ligeramente incrédulo. Con una o dos excepciones, como el comodoro Visiter y Rorkins, el coronel retirado a cargo de los cadetes de las tropas de asalto, encontraba a mis colegas de facultad como una tediosa compañía, y el administrador de la schola me irritaba más que la mayoría. Casi una parodia de un funcionario del Administratum, con la piel gris y con sus arrugadas túnicas casi invariablemente salpicadas de tinta, siempre tenía una opinión sobre cualquier tema, y siempre la compartía generosamente con todo aquel que se le pusiera a tiro, estuvieran o no interesados en escucharle. Aparte de los cadetes, a quienes prefería ignorar, expresando en cada oportunidad la opinión de que su presencia era lo único que impedía que la schola funcionara tan eficientemente como debería. Claramente no entendía el concepto de schola, pero no iba a ser yo quien se lo fuera a explicar.

Desafortunadamente, socializar con él era el precio que el resto de nosotros teníamos que pagar si queríamos cenar en el refectorio, donde el personal de cocina era lo suficientemente hábil como para hacer que valiera la pena aguantarle. Llegué a la sala un poco tarde, gracias a un trabajo administrativo que, por una vez, no había podido delegar en Jurgen, y mientras me abría paso con el corazón encogido hacia la mesa principal a través de la habitual pandilla de animados cadetes, me di cuenta de que el único asiento vacante que quedaba era justo el que estaba al lado de Brasker (algo que había anticipado, por supuesto, ya que hacía tiempo que todos habíamos adivinado que nuestra mejor oportunidad de evitar su compañía era llegar lo más temprano posible, pero me había aferrado a la esperanza de que alguien más llegaría aún más tarde que yo).

-Le han informado bien-, repliqué mientras me sentaba, manteniendo un mínimo de cortesía a pesar de mi irritación. Todos los años que había pasado asistiendo a tediosas reuniones diplomáticas mientras estaba asignado al personal del Lord General habían permitido que fuera un experto en las artes de la cortesía, tanto que llegaron a ser una segunda naturaleza para mí, aparte de que ya tenía experiencia más que de sobra como para hacerme enemigos innecesarios. Sobre todo tratándose del hombre que controlaba el presupuesto de la schola y que, hasta ahora, había confiado ciegamente en las cuentas de mí departamento.

-Y doy por supuesto que lo superaban en número-, prosiguió Brasker, como si realmente supiera de lo que hablaba, en lugar de estar tratando de sonsacarme información de la más torpe de las maneras.

–Me temo que sí-, dije, dedicando mi atención al lomo escalfado de mi plato. Soltarle un par de chismes de vez en cuando no me afectaba, aparte de que me había dado cuenta de que aunque era un coñazo de persona con menos carisma que un servo-cráneo, aun contaba con la misma virtud que todo burócrata por encima de un cierto rango, y es que estaba bien conectado con personal del Administratum, y era alegremente indiscreto. Las pequeñas migajas de información que había dejado caer en su oído en otras ocasiones habían sido ampliamente pagadas de un modo mucho más interesante, y había actuado como agente de Amberley durante demasiado tiempo para no cultivar una fuente con tanto potencial**-. Todavía no estoy completamente satisfecho con la decisión de considerar que sea seguro reanudar la explotación minera.**

Como esperaba, ese comentario despertó su interés.

-¿Y por qué opina eso?-. Preguntó, mientras uno de los criados retiraba los restos de su entrante y depositaba delante de él una fuente de

pescado cocinado a fuego lento, adornado con finas rodajas de trufas.

Me encogí de hombros.

-Es sólo un presentimiento-, admití, vagamente sorprendido de encontrarme confiando en él. Sólo puedo explicarlo admitiendo que mis funestos presentimientos no habían remitido en toda la semana desde nuestro regreso, y que era un alivio poder finalmente verbalizarlos. Por no mencionar el hecho de saber con toda seguridad, gracias a su incurable tendencia a cotillear, que pronto sería la comidilla en todo el Administratum que Caín tenía dudas sobre las instalaciones mineras del asteroide. Eso debería cubrir muy bien mis espaldas, y además mejorar mi reputación, si, el Emperador no lo quiera, las cosas volvían a ir mal allí arriba**-. No se trata de nada concreto que pueda explicar. Supongo que es tan sólo el instinto de un viejo soldado.**

-Hum-. Brasker masticó pensativamente su comida por un momento-. **Puedo ver por qué no llegó más lejos. El Administratum se cimenta sobre la firme base de los hechos sólidos y verificables. El instinto de un hombre, por muy fino que este sea, no tiene mucho peso.**

-Eso se debe a que ustedes tienen más fe en sus placas de datos que en los asuntos del alma-,intervino la Hermana Julien, la veterana Celeste curtida en combate a cargo de las novicias de las Hermanas Sororitas **(1)**-. **Ni siquiera escucharían la palabra del Emperador a menos que les llegara con sus correspondientes informes por triplicado-.** Los dos eran conocidos por discutir, siempre de una manera más o menos amigable, cada vez que coincidían, aunque dado que sus respectivas visiones del mundo parecían estar tan en desacuerdo y tan profundamente arraigadas, que realmente nunca entendí por qué se tomaban la molestia de hacerlo.

(1) *Aunque la mayoría de las reclutas de las Adeptas Sororitas son, por supuesto, entrenadas en sus propios conventos, no es nada inusual tener una Hermana de Batalla o dos formando*

parte de una schola progenium, ya que muchas de las niñas que son acogidas por ellas probablemente sientan la llamada a unirse a sus filas. La Hermana Julien se ocuparía de su entrenamiento inicial, evaluando cuáles de entre las aspirantes serían las más adecuadas para las Ordos Militantes, Hospitalarias, Famulatas, o lo que sea, y a cuáles sería mejor redirigirlas hacia otros intereses.

-Me temo que la palabra de Caín es de mucho menos consideración-, le dije, refugiándome detrás de la fachada de modestia que había erigido con tanto cuidado a lo largo de los años. Gracias al Emperador ella era una compañía bastante tolerable, e incluso habíamos pasado unas cuantas tardes sorprendentemente agradables rememorando juntos algunas de nuestras viejas campañas. Dicho esto, había estado en el campo de batalla con las Hermanas Sororitas con demasiada frecuencia como para considerarlas fiables cuando las cosas se complicaban, pues demasiado a menudo tendían a ir en busca del martirio o bien de herejes a quienes matar, en lugar de seguir el plan de batalla, incluso si por sus acciones dejaban a desprotegidos a los soldados que las acompañaban. Y si a eso le añadimos el riesgo de ser arrastrado a la capilla para rezar cada vez que la conversación flaqueaba, era fácil comprender por qué se había erigido un muro que bloqueaba en el camino para que cualquier grado de amistad se diera entre nosotros.

-Entonces peor para ellos-, dijo con decisión. El iris de sus ojos era de un color avellana, y me miraba por encima del bulto de su nariz, rota en demasiadas ocasiones, con evidente diversión**-. Si alguna vez un hombre contó con el respaldo del Emperador, ese debes haber sido tú.**

-He escuchado eso alguna vez-, admití, un poco incómodo con la forma en que se estaba desarrollando la conversación-, **pero estoy seguro de que Él no está más interesado en mí de lo que lo está por cualquier otra persona del Imperio.**

Eso parecía satisfacerla.

-Si acaso-, comenzó Brasker-, **yo esperaría que en estos momentos Su atención estuviera centrada en la Puerta de Cadia.**

-¿Oh?-. Me sorprendió mucho el brusco cambio de tema**-. ¿Y por qué habría de ser eso?**

Llegó mi propio pescado, y tomé mis cubiertos, cortando a través de la delgada capa de pasta para retirar las espinas de la suculenta carne del pescado.

-¿Quiere decir que no lo ha oído?-, pregunto Brasker fingiendo sorpresa-. **Se ha producido una gran incursión desde el Ojo del Terror. Las Legiones Traidoras se están reuniendo para un asalto completo, según me han dicho, y ya se combate en la mayor parte del Segmentum Obscurus.**

Supongo que, en retrospectiva, parece asombroso que pudiéramos discutir tales acontecimientos cataclísmicos de una manera tan casual, pero debo señalar en nuestra defensa que todo aquello estaba ocurriendo en el otro lado de la galaxia, de modo que desde donde estábamos sentados los tiránidos parecían ser un peligro mucho más presente. En aquel momento, no teníamos ninguna razón para creer que el último desmán de Abaddon tendría más impacto en el Brazo Oriental que los anteriores, lo cual se sumaba a que apenas nos llegaban rumores o vagos informes de batalla a través de la red astropática y eso mucho después de que los hechos hubieran tenido lugar.

-Bueno, quienes quiera que sean sus fuentes puede decirles que están equivocados-, dijo Rorkins desde el otro extremo de la mesa-. **Y si saben lo que les conviene, sería mejor que dejen de esparcir ese tipo de tonterías heréticas.**

Intercambiamos una mirada. No podía asegurarlo, pero estaba bastante

seguro de que Rorkins había cumplido su periodo de servicio activo como soldado de asalto en las filas del ejército privado de la Inquisición, en lugar de en la Guardia Imperial, y que se mantenía en contacto, al menos esporádicamente, con sus antiguos jefes, y por ello no tenía ninguna duda de que albergaba sospechas similares sobre mi conexión con Amberley.

Por supuesto, Brasker era demasiado espeso o ingenuo como para darse cuenta de que estaba peligrosamente cerca de conseguir que su nombre acabara por figurar en una lista de esas que no acababan bien para la salud de uno, así que en lugar de optar por la prudencia decidió sacar pecho y fardar de sus influencia.

-Mi fuente es de toda confianza-, afirmó**-, pertenece a los codiciadores de la legación del Adeptus Astra Telepatica-.** En ese momento acaricié el lóbulo de mi oreja, pensando que aunque indudablemente estaba exagerando (aún no he conocido a un astrópata sin talento para lo dramático), después de todo podría haber algo de verdad en estos rumores**-. De hecho parece que ya lo han bautizado como la Decimotercera Cruzada Negra.**

-Paparruchas-, resopló burlonamente Julien mientras sostenía en alto una taza de metal para que uno de los sirvientes la rellenara con recafeina**-. Abaddon fue destrozado después de las Guerras Góticas, eso es de conocimiento público. No se atrevería a volver a dejarse ver en el reino del Emperador.**

-Bueno, esperemos que tengas razón-, dije, aunque no pude evitar perder algo el apetito. Me había enfrentado a los sirvientes del Gran Enemigo más a menudo de lo que me atrevía a recordar, y por experiencia sabía que nunca era prudente subestimarlos. Especialmente en el caso de un loco con diez mil años a sus espaldas, y que había estado marinándose en la materia prima del Caos durante la mayor parte de aquel tiempo.

Olvide mi cena por el momento e inspeccioné el abarrotado comedor desde nuestra posición ligeramente elevada, fijándome en mi ahora disminuida banda de cadetes comisarios, quienes estaban comiendo una cena un tanto más sencilla que la nuestra. Parecían haberse adaptado a la pérdida de sus camaradas tan bien como yo podía esperar, aunque Briel todavía me preocupaba un poco, pues últimamente estaba un poco menos concentrado de lo que para él era habitual antes de nuestro encuentro con los tiránidos. Klarch y él habían sido amigos, y estaba claro que las dos muertes le habían afectado fuertemente. Después de todo, ninguno de los cadetes tenía familia, ni vínculos de ningún tipo más allá de los que habían forjado entre ellos aquí. Lo entendía demasiado bien pues aún podía recordar muy bien lo que se sentía.

Mis ojos se centraron en Kayla y Stebbins, encorvados sobre una tabla de datos mientras comían, comparando notas sobre la tarea que les había dado esa tarde (algo sobre el tipo de pruebas requerido antes de ejecutar sumariamente a un soldado en el campo de batalla, si no me falla la memoria) y Nelys, masticando pensativamente mientras escuchaba la conversación, ocasionalmente hacía algún que otro comentario que los otros claramente encontraban muy poco útil. Donal estaba riendo con Frister y Dallory, compartiendo alguna broma, y en ese momento decidí que al menos tomaría las tonterías de Brasker lo suficientemente en serio como para prepararlos para lo peor en caso de que ocurriera. Y por eso, al menos, supongo que debo estarle agradecido al patético hombrecillo.



-¿”*INFILTRACIÓN HERÉTICA*”?-. Preguntó Donal sorprendido. Como el clima era inusualmente cálido para aquellas latitudes **(1)**, decidí realizar la clase de la mañana siguiente al aire libre, requisando el ático de una de las torres exteriores para tal fin. Lo había hecho tantas veces

antes que nadie lo consideró como algo fuera de lo común, y había menos posibilidades de que me escucharan fuera del edificio principal. Lo último que quería era que alguna palabra de lo que estaba haciendo llegara a oídos de Brasker, puesto que eso significaría que la mitad del planeta también lo sabría en menos de una semana. Rorkins tenía razón, lo importante ahora era calmar los temores de la gente, no empeorarlos informando a todo el planeta de que Caín, el Héroe, se estaba tomando en serio los rumores de la inminente fatalidad.

(1) *La schola estaba situada en las afueras de Salubria Parva, un pueblo de montaña convenientemente cerca de Havendown, la capital planetaria.*

Asentí en respuesta, tras echar un rápido vistazo sobre el parapeto para asegurarme de que no había nadie más que pudiera escucharnos. Desde allí arriba teníamos una vista impresionante del valle hasta los picos montañosos, muchas de cuyas cumbres estaban permanentemente nevadas. Los lejanos tejados de Salubria brillaban bajo el cálido sol otoñal, apiñados alrededor del río a un par de kilómetros de distancia y a unos cientos de metros por debajo de la colina sobre la que estaba construida nuestra ciudadela, mientras nos rodeaba el constante ruido de fondo de la schola, un zumbido resultado de la actividad humana que apenas se percibía una vez que uno pasaba cierto tiempo allí. Un grupo de jóvenes estaba en el polígono de tiro, convirtiendo en confeti blancos de cartón bajo la atenta mirada de uno de los abades expertos en armas de fuego, mientras que a nuestra izquierda un escuadrón de jóvenes adolescentes se embarcaba en una carrera hacia una de las cercanas montañas, alentados por sus supervisores **(2).**Entrecerré los ojos para poder ver la familiar forma del camión pintado de negro de la judicatura de Havendown, que subía por la sinuosa pista que conducía a nuestras puertas, con su entrega semanal de criminales condenados para los interrogatorios y su ejecución en los ejercicios de tiro al blanco en vivo. Seguro de que todo estaba tranquilo y en orden, y que no había ninguna posibilidad de ser escuchado, asentí con la cabeza de nuevo y me dispuse a continuar.

(2) *La mayor parte de la educación que se imparte en una schola progenium es la misma rama del servicio Imperial en la que el estudiante finalmente ingresa; después de que esto se determine en sus primeros años de adolescencia, comenzará el entrenamiento especializado proporcionado por Caín y sus colegas. Aunque nunca comentó nada al respecto, los cadetes bajo su tutela habrían tenido entre trece y diecisiete años de edad, y los más jóvenes habrían pasado parte de su tiempo siguiendo un currículum académico más general.*

-Infiltración herética-, confirmé.

Nelys levantó una mano-. **Pensé que se suponía que esta mañana íbamos a estudiar interrogatorios y obtención de información de inteligencia-,** dijo, sonando vagamente decepcionado.

-Lo íbamos a hacer y lo haremos-, le aseguré-. **Pero este tema está relacionado, y en mi experiencia hay pocos objetivos más urgentes para Inteligencia que la detección de una célula hereje que intenta subvertir nuestras propias fuerzas desde dentro-.** Como esperaba, la referencia casual a mi florido historial los enganchó de inmediato, e incluso Nelys se animó adoptando un aspecto aún más atento de lo habitual. También Briel parecía estar con nosotros esta vez, y eso me alivió bastante. Asentí sombríamente, y volví a mirar a mi alrededor, buscando esta vez un efecto dramático en vez de por miedo a los posibles espías-. **No necesito decir que todo lo que escuchéis en estas clases es altamente confidencial. Algunos de mis colegas académicos no aprobarían que modifique el programa.**

Aquello no era más que un eufemismo, claro está. Nuestro director, Cuthbert Cathcart, un eclesiástico menor que había pasado toda su vida entorpeciendo la educación de la juventud del Imperio de una manera u otra, gracias a que tenía una mente tan estrecha que me sorprendió que pudiera ponerse un sombrero, probablemente tendría una embolia en el acto si alguna vez se enteraba de lo que estaba haciendo. Afortunadamente, una vez que sus desafortunados alumnos pasaban a manos de la rama de servicio a la que habían sido dirigidos, Visiter, Rorkins y yo (entre otros) pudimos enderezar a la mayoría de ellos de una forma razonablemente satisfactoria **(3).**

(3) *Esto es, tal vez, un poco injusto para Cathcart, quien, aunque perseverante y poco imaginativo, logró proporcionar una educación básica satisfactoria para la mayoría de sus discípulos. Como tantas veces en sus memorias, el desdén de Caín por la mayoría de los eclesiásticos con los que entró en contacto puede estar coloreando su visión de sus caracteres y habilidades.*

Miré al cadete que parecía estar prestándome menos atención, concentrado como estaba en las novicias Sororitas que habían empezado a hacer ejercicios de combate sin armas en el patio bajo nuestra improvisada aula.

-Cadete Maklin. ¿Qué me puede decir de los Poderes Ruinosos?

El repentino silencio fue tan profundo, mientras diez pares de ojos me miraban con un horrorizado asombro, que hubiera jurado que todos ellos habían dejado de respirar.

La boca de Maklinse abrió y se cerró como un pez recién pescado, antes de atreverse a hablar.

-¿Son muy, muy malos?-, finalmente balbuceó.

-Correcto-, le dije**-. Pero es a sus acólitos humanos a los que hay que prestar atención-.** Dudé por un momento, y luego decidí no cargarlos con más conocimientos sobre los propios Poderes. El Emperador sabe que no es precisamente el mejor tema sobre el que pensar, y no iba a ayudar si les provocaba pesadillas**-. Tienden a formar cultos, y tratan de atraer los favores de uno de esos Poderes fomentando lo que ellos entienden como los objetivos de tal entidad. Por lo general los afortunados no consiguen otra cosa que enredarse en la ejecución de rituales que no entienden, mientras tratan de alcanzar posiciones de influencia, donde pueden interrumpir el buen funcionamiento del Imperio.**

-¿Qué hay de los desafortunados?-. Preguntó Kayla.

-Logran su propósito-, le dije con seriedad-. **Obtienen el patrocinio de la entidad que querían. Eso se traduce en "*Malas noticias para ellos, pero mucho peores para todos los demás*".**

-Pero se les puede vencer, ¿no?-, preguntó Stebbins dubitativo-. **Usted ha luchado contra ellos, y les ha vencido.**

-Unas cuantas veces-, dije, decidiendo pasar por alto mis encuentros con demonios y psíquicos. Era verdad que siempre había conseguido salir de una pieza, pero muchos otros no lo habían hecho, y probablemente yo habría seguido el mismo camino si no fuera por el peculiar talento de Jurgen para anular a su alrededor cualquier poder engendrado por la disformidad **-. Pero siempre he tenido ayuda, y nunca fue fácil. Pueden colocar a su gente en cualquier lugar, incluso dentro de la Guardia Imperial. No tengo que deciros lo serio que eso puede ser.**

-¿En la Guardia?-, preguntó Donal, quién si no-. **Seguramente eso no pasará muy a menudo.**

-Casi nunca-, aseguré-. **Pero he visto regimientos enteros volverse hacia el Caos en el pasado, luchando por sus nuevos amos con tanta tenacidad y devoción como solían hacerlo por el Emperador-.** Donal todavía parecía escéptico, pero por las expresiones de horror y asco en la mayoría de las otras caras pude ver que estaban digiriendo esta nueva y no deseada información.

-¿Qué hay de sus comisarios?-, preguntó Nelys indignado-. **¿Por qué no los detuvieron?**

-Al parecer estaban un poco ocupados estando muertos-, le dije-. **Uno de las más dudosas ventajas de nuestra vocación es ser el primero en la lista de objetivos en el caso de un motín-.** Sonreí sombríamente-. **Lo que es una buena razón para asegurarse de que nadie fomente uno en el regimiento en el que estés sirviendo.**

La mayoría de ellos asintieron con la cabeza, tomando mis palabras al pie de la letra, aunque yo no estaba seguro de que hubiera sido la correcta en todos los casos. Conocía al menos a un comisario que se había unido al Gran Enemigo, y estaba morbosamente seguro de que debía haber otros.

-Entonces, ¿cómo podemos saber si hay sectas del caos entre los soldados a los que hemos sido asignados? -. Preguntó Kayla, yendo al grano antes que los demás, como siempre.

-Hay una serie de señales-, dije-, **que podrían indicar la infiltración de un culto. En particular, tened cuidado con cualquier grupo que se forme alrededor de guerreros veteranos que afirmen ser algún tipo de hermandad guerrera, especialmente si empiezan a mostrar signos de querer entrar en combate cuerpo a cuerpo en lugar de usar sus armas.....**

Para cuando llegó la hora de la comida ya había repasado la mayoría de los escenarios más obvios que se me ocurrían, y sentí que era prudente añadir una advertencia: **-No hay reglas ni procedimientos en lo que a esto se refiere-,** les advertí**-. Tendréis que confiar en vuestros instintos.**

-No creo que yo tenga ningún instinto-, dijo Nelys con total seriedad, permitiendo que todos rompieran la tensión con unas risas, lo que no hizo sino dejarle más desconcertado.

-Seguiste tus instintos en el asteroide-, le recordó Kayla-. **Eso pareció funcionar bien.**

-Sí, supongo que sí-, admitió Nelys, aunque mantuvo una expresión tan seria que ni siquiera yo pude reprimir una sonrisa.

Donal frunció el ceño, pensativo-. **Está muy bien decirnos qué debemos tener en cuenta en un regimiento de la Guardia comprometido-,** dijo-. **Pero seguramente es una de las instituciones menos susceptibles de ser infiltradas.**

-Correcto-, concedí-. **Normalmente encontraréis cultos al Caos activos entre la población civil. Donde puedan, y también intentarán subvertir a las unidades de las FDP y los árbites locales (4). Por razones obvias.**

(4) *Parece bastante claro aquí que por "arbites" Caín se refiere a los encargados de hacer cumplir la ley en general y no a los Adeptus Arbites propiamente dichos. Como muchos viajeros veteranos, a menudo utiliza la palabra genéricamente, en lugar de intentar seguir la desconcertante variedad de la nomenclatura local, ya que esta varía de un planeta a otro, aunque por lo general es preciso sobre la distinción cuando se discuten las ocasiones en las que los árbites reales estuvieron presentes.*

-Bueno, supongo que en cualquier caso serán el problema de otra persona-, dijo Donal, encogiéndose de hombros-. **No nos mezclaremos demasiado con los civiles.**

-Aparte de en los periodos de permiso-, dijo Frister, mirando a un par de sirvientas de cocina no mucho mayores que él mientras pasaban caminando debajo de nosotros, con una expresión de leve nostalgia en su cara. Por un momento consideré aconsejar precaución también allí, consciente del burdel con el que me había topado en Keffia, que había resultado estar lleno de híbridos genestealers, pero finalmente decidí no hacerlo. Probablemente le crearía un complejo al pobre muchacho o algo

así. Era mejor dejarle soñar un poco; después de todo, esto era lo más cerca que iba a estar jamás de una vida normal.



-¿Tú qué opinas, Caín?-, preguntó Rorkins, entrecerrando sus ojos gris pizarra sobre el abanico de cartas que tenía en la mano, mientras intentaba averiguar si yo estaba realmente sosteniendo el par de Inquisidores, que me permitirían hacerme con el bote.

Yo era un jugador de tarot demasiado experimentado para dejar que mi expresión me traicionara, así que simplemente me encogí de hombros, y lancé otro par de monedas al montón en el medio de la mesa**-. No sabría decirte, carajo-,** admití con toda honestidad**-. Estoy seguro de que los rumores son exagerados, pero no parecen estar desapareciendo.**

Tomé el vaso del amasec de una excelente añada que el coronel guardaba para sus invitados más queridos, y que había dejado al alcance de la mano, y tomé un buen trago. El lugar era agradable; las habitaciones de Rorkins estaban ordenadas y cómodamente amuebladas, con una vista a través del valle que se iba oscureciendo hasta los lejanos picos, donde el sol poniente teñía las puntas cubiertas de nieve de un tono rojo que me recordaba demasiado incómodo a la coagulación de la sangre.

-¿Esperabas que lo hicieran?-. preguntó Visiter, permitiéndose que una leve sonrisita de complicidad moviera su bigote al tiempo que se tragaba mi farol, y aceptaba mi nueva apuesta.

-En realidad no-, admití**-. No tan rápido de todos modos-.** Había

pasado menos de un mes desde que Brasker me había llamado la atención por primera vez sobre los rumores de una nueva Cruzada Negra**-. Pero ya me habría esperado algún tipo de refutación oficial. Cuanto más tiempo se permita que circulen estas historias, más salvajes y exageradas se volverán, y más perturbarán a la población civil-.** Me encogí de hombros de nuevo**-. He sido testigo de situaciones similares. Si el Gobernador no hace algo al respecto pronto, comenzará a haber motines en las calles.**

-Ya los hay-, dijo la Hermana Julien, levantando la vista de sus cartas el tiempo suficiente para volver a subir las apuestas. Me sorprendió verla cuando llegué a las habitaciones de Rorkins para nuestra habitual noche de tarot: nunca había asistido anteriormente, y siempre había asumido que por principios desaprobaría apostar, pero evidentemente no jugaba como una novata. Caramba, si resulta que era tan buena como yo, lo que lo convirtió en un reto interesante, por no decir otra cosa; me había acostumbrado tanto a que las cosas se hicieran a mi manera sobre la mesa de naipes que la novedad de tener que esforzarme para ganar fue un cambio bastante agradable**-. O al menos están a punto de haberlos. Ayer estuve en Havendown, para la misa en la catedral, y los tribunos (1) tenían equipos de respuesta rápida desplegados por toda la capital.**

(1) *El nombre perliano de las fuerzas del orden locales.*

-Me parece una precaución razonable-, dijo Rorkins, decidiendo retirarse después de todo.

-Era más que una precaución, en mi opinión-, dijo Julien, bebiendo el contenido de su vaso de amasec de un solo trago, algo que no se merecía un ejemplo tan fino del arte de destilar, y se quedó mirando directamente a la jarra. Captando la "*indirecta*", Rorkins se puso de pie, y rellenó su vaso**-. El confesor predicó un sermón sobre la necesidad de la fe en tiempos difíciles y el pecado de la sedición.**

-A mí me parece que todo sigue igual-, dijo Visiter, con la mano vacilando sobre el montón de monedas que tenía delante y luego retirándose.

Perfecto. El bote era mío, pensé.

-El caso es que no es normal hacer tanto hincapie sobre la sedición-, señaló Julien-. **No habría sacado ese tema por casualidad. Ese sermón fue una respuesta directa al estado de ánimo popular, créedme-.** Parecía muy convencida de ello, lo que me pareció especialmente perturbador. Ella conocía la forma en que trabajaba la Eclesiarquía, de la misma forma en que yo entendía la laberíntica burocracia del Munitorium, y si las Hermanas estaban preocupadas por el efecto que los rumores estaban teniendo en la moral de la población civil, eso significaba que las cosas distaban mucho de ir bien. Me miró, un desafío implícito, y extendió una mano hacia el montón de dinero que había en medio de la mesa-. **¿Piensas igualar eso, Caín, o ya me lo puedo quedar?**

-Creo que puedo hacer algo más que igualarlo-, dije con facilidad, aumentando la apuesta de nuevo, y ella asintió con la cabeza.

-Creí que habías recibido el último Inquisidor-, dijo con indiferencia, tratando de hacerme creer que era una especie de chisme, pero no me iba a descubrir tan fácilmente, así que le dediqué una buena sonrisa.

-Me temo que tendrás que pagar para averiguarlo-, dije. No sólo tenía dos Inquisidores, también tenía un Primarca. Era una mano fuerte, una de las mejores que había tenido en toda la noche, y había ganado un par de manos con jugadas mucho peores.

-El problema es-, dijo Visiter-, **que en realidad nadie sabe nada. La**

comunicación astropática está en muy mal estado, debido a la sombra que las flotas de colmena están creando en la disformidad, y la flota del sector está bastante aislada aquí. Las noticias que llegan en las naves correo ya están obsoletas cuando llegan a este lado de la galaxia.

-Bueno, a mí no me miréis-, dijo Julien-. **No he oído nada de la preceptoría en meses**-. Algo que no parecía incomodarla en absoluto-. **Bueno, confía en el Emperador y arriésgate, como solía decir mi vieja abadesa-.** Igualó mi apuesta, y enseñó sus cartas. **El ascenso del Emperador-. ¿Todavía crees que puedes superar esto, comisario?**

-No, a menos que tenga a otro Emperador bajo la manga-, dije bromeando, mientras trataba de ocultar mi perplejidad mientras observaba la mano más fuerte y rara del juego.

Rorkins y Visiter se rieron, y el coronel rellenó mi vaso por mí.

-No estoy seguro de que rezar por un milagro esté dentro del espíritu del juego-, dijo, mientras Julien recogía el bote.

-No es necesario-, le aseguró la Celestial**-. A veces Él simplemente provee-.** Barajó las cartas con una destreza que envidiaría cualquier dueño de un antro de juegos de azar en la colina, y empezó a repartir de nuevo**-. ¿Supongo que nadie se retira?**

-Supones bien-, le aseguró Visiter-. **Espero recuperar un poco de eso antes de que lo dones todo en el cepillo de la iglesia.**

-En realidad, estaba planeando malgastarlo yendo de copas a algún antro-, dijo Julien, haciendo una pausa lo suficiente para que el resto de nosotros empezáramos a preguntarnos si realmente estaba hablando en serio antes de reírse estruendosamente por las caras que habíamos

puesto**-. Pero tienes razón, puede hacer mucho más bien en el cepillo del templo-.** Personalmente, no estaba de acuerdo con aquella opinión y decidí desviarla en la medida de lo posible hacia su primera sugerencia antes de que terminara la velada, siendo yo mismo el principal beneficiario.

-Sea lo que sea que esté pasando en el Segmentum Obscurus, no creo que nos afecte directamente-, dijo Rorkins, revisando las cartas que había recibido y abriendo la subasta con un par de monedas de escaso valor-. **Al menos no por un tiempo.**

Algo en lo que, tal y como se vio después, estaba totalmente equivocado, aunque en aquel momento no teníamos forma de saberlo**-. De lo que no hay duda es de que aquí somos vulnerables, especialmente si las autoridades civiles continúan vacilando.**

-Coincido-, dije. Giré la cabeza, mirando las otras tres caras alrededor de la mesa**-. Los cuatro somos probablemente el personal militar más experimentado del planeta-.** Muy bien, tenía mis reservas sobre Julien, por supuesto, pero no podía negar que ella había visto su parte de acción a lo largo de los años, y me pareció cortés incluirla.

Visiter asintió sombríamente**-. En todo el subsector, más bien-.** Hizo otra apuesta simbólica, y miró especulativamente a Rorkins.

-Lo que significa, creo yo, que no nos invitaste esta noche para jugar al tarot.

-Me pareció una excusa razonable-, admitió el coronel-. **Nos hemos reunido así con suficiente frecuencia como para que a nadie le parezca extraño-.** Asintió cordialmente a Julien-. **La mayoría de nosotros, en cualquier caso. Y debo decir que, si hubiéramos sabido que eras tan buena jugadora, te habríamos invitado a unirte**

a nosotros hace mucho tiempo.

-Un pelota y un caballero-, dijo Julien divertida y miró en mi dirección**-. ¿Juegas o te retiras, Caín?-.** Con una sensación de temor creciente, tiré algunas monedas más en el bote. Volvía a sentir un familiar hormigueo en la palma de las manos y no podía quitarme de la cabeza la sensación de que estaba al borde de un precipicio.

-Voy-, dije, ocultando mis verdaderos sentimientos con la facilidad de una vida actuando**-. La verdadera pregunta es, ¿Cuál es el motivo de esta reunión?-.** Miré directamente a Rorkins mientras hablaba-. **Porque prefiero no tener que elegir entre la amistad y el deber-.** No es que yo valorara aquel proverbio pero desgraciadamente ese era el tipo de cosas que ellos esperaban que yo dijera, así que no quise decepcionarles.

-Pensaba que era obvio-, dijo Rorkins-. **Planificación de contingencias. Si las cosas se ponen feas en los próximos meses, tendremos que ser nosotros los que lo solucionemos-.** Bueno, también tenía razón en eso, aunque ninguno de nosotros tenía idea de lo catastrófica que se iba poner la situación a la que nos íbamos a tener que enfrentar.

-Eso suena razonable-, comenté. Al menos la schola estaba razonablemente aislada, así que en caso de disturbios civiles generalizados deberíamos escapar relativamente indemnes**-. No debería ser demasiado difícil defender este lugar si fuera necesario-.** No contra una chusma de alborotadores, que en aquel momento era el peor escenario que podía imaginar.

Julien asintió, e hizo su propia apuesta-. **Ya he empezado a enseñar a mis novicias algunos ejercicios de contrainsurgencia, sólo por si acaso-.** Levantó la vista, y nos miró fijamente, intentando leer nuestras expresiones-. **Oh, vamos. Como si todos vosotros no estuvieseis**

haciendo algo similar.

-Si, también yo lo estoy haciendo-, admitió Rorkins**-. Combate urbano y asalto a edificios-.**Descartó un par de cartas, consideró sus reemplazos, e hizo otra apuesta simbólica.

-El despliegue óptimo de la flota con los activos de las FED que tenemos-, dijo Visiter, con un ligero alivio**-. Un ejercicio puramente teórico, por supuesto-.** Sustituyó una sola carta, por una estudiada deliberación, que a mí me pareció un farol, y aumentó las apuestas. Todos se me quedaron mirando expectantes.

-Detección de células herejes para principiantes-, dije, añadiendo cinco cartas que no tienen valor inmediato, y levemente sorprendido de encontrarme recibiendo un Emperador, un Inquisidor y otro Primarca para reforzar la que yo había decidido conservar. Con seguridad y energía hice una apuesta importante, que dejó preocupados a todos los demás, excepto a Julien, quién decidió igualarla.

-¿Crees que esa es la principal amenaza a la que nos enfrentaremos?-, me preguntó con seriedad, aferrándose a las cartas que ya tenía, lo que me pareció una señal un tanto ominosa.

-Es la más obvia-, dije con cautela, decidiendo no mencionar mis paranoicas fantasías sobre la cámara del asteroide. A aquellas alturas ya había conseguido convencerme de que mis miedos a una tumba de necrones no eran más que eso, el simple resultado de viejos recuerdos que despertaban en una situación estresante, y que todo lo que tendríamos que enfrentar en las semanas venideras sería algo mucho menos terrible.

-Si hay algún culto herético activo en Perlia, harán todo lo que puedan para aprovecharse de la confusión.

Seguro de que tenía la mano más fuerte, y como nadie más parecía inclinado a apostar, me apoderé del bote, desgraciadamente más escaso de lo que hubiera deseado.

-Ese es su estilo-, admitió Rorkins, lo que confirma en gran medida mis sospechas sobre su historial de servicio. Me miró con los ojos entrecerrados cuando empecé a repartir la siguiente mano**-. ¿Crees que también podría haber otras amenazas?**

-Siempre-, le dije, doblando los dedos de mi mano derecha para enumerarlos, y tratando de no recordar las circunstancias bajo las cuales había adquirido los augméticos**-. Los tiránidos están por todo el sector. El frente principal puede estar a parsecs de distancia, pero sólo el Emperador sabe cuántas flotillas se han separado de la principal, vagando por ahí sin ser detectadas, y eso sin contar que podría haber otras bolsas de supervivientes de la última infestación acechando en algún lugar del sistema.**

Visiter asintió pensativo, así que continué.

-Eso por no hablar de los orkos. Ha pasado un tiempo desde su última visita, pero no podemos descartar la posibilidad de otra banda de guerra emergiendo en algún lugar del istmo-. La mayoría de los brotes se habían producido al otro lado del estrecho istmo terrestre que nos conectaba con el continente oriental, donde pasé unos ajetreados meses en mi primera visita a Perlia, y al que había tenido cuidado de viajar con la menor frecuencia posible desde que me había instalado allí. Ya había doblado el tercer dedo cuando añadí uno más-. **Y mientras estamos considerando todas las posibilidades, ¿qué tal una incursión oportunista por parte de los tau? Nunca han vacilado en aprovechar la inestabilidad del Imperio para expandir sus propias fronteras.**

-Todo es posible-, admitió Rorkins obviando por completo cualquier pretensión de interesarse en el juego**-. Pero, por lo que he oído, los tau tienen tanto problemas con los tiránidos como nosotros.**

Visiter asintió-. **Eso es cierto, de acuerdo con algunos viejos amigos mío de Inteligencia de la Flota. Un par de sus septos mayores están bajo asedio, y están desviando muchos de sus recursos para lidiar con ello-.** Se encogió de hombros-. **O así era hace seis meses. Por lo que sé, ya los han devorado, y las pequeñas ratas azules están buscando nuevos mundos para reemplazarlos.**

-Me sigue pareciendo que los herejes son el principal problema-, dijo Julien, algo totalmente predecible. Aquella vez, sin embargo, me resultó difícil no estar de acuerdo.

-El principal problema-, dije-, **es que en este momento Perlia no podría defenderse contra un par de trogloditas hrud, si me permitís la franqueza. Las FDP han sido exprimidas a fondo para reemplazar las pérdidas de la Guardia en la guerra contra los tiránidos-.** Se me ocurrió, tardíamente, que bajo aquellas circunstancias podría haber elegido una metáfora menos gráfica, pero no tenía sentido preocuparse por eso en aquellos momentos. En cualquier caso, en aras de mantener un frente unido, asentí en dirección a Julien-. **Pero la hermana tiene razón, la amenaza más inmediata es claramente la de la subversión.**

Después de eso, la conversación se volvió mucho más general, ya que discutimos algunas cosas razonablemente prácticas que podíamos hacer, y acordamos reunirnos de nuevo la semana siguiente para comparar nuestros respectivos progresos.

-El problema es-, se quejó Rorkins, mientras nos despedíamos-, **que vamos a ir a ciegas. Necesitamos información sólida sobre a lo que nos estamos enfrentando.**

Bueno, eso no iba a tardar mucho en llegar, y cuando lo hizo estuvo muy lejos de ser reconfortante. Ciertamente, si hubiera sabido entonces lo que iba a aprender en los siguientes días, habría regresado a mis habitaciones en un estado mucho menos optimista. Sin embargo, la discusión de la noche me había animado considerablemente, y me retiré a pasar la noche abrazando el reconfortante aunque falso pensamiento de que el desastre aún podría evitarse.

NOTA EDITORIAL:

Aunque Caín se ha explayado un poco más de lo que es habitual en él respecto de la situación interna que prevalecía en Perlia, se ha concentrado, como siempre, en aquellos aspectos de la misma que le afectaban a él. En consecuencia, he considerado necesario adjuntar lo siguiente, pues puede resultar esclarecedor, a pesar del tono excesivamente hagiográfico de la mayor parte de la obra.

Extracto de: *“El Regreso del Libertador: Ciaphas Caín y el Segundo Asedio de Perlia”*, por Orten Bassit, 037.M42.

El curso más amplio de las últimas Guerras Tiránicas es demasiado conocido como para requerir nuevas aclaraciones en estas páginas, pero no es exagerado decir que aquellos trascendentales eventos tuvieron un profundo efecto en Perlia, a pesar de su buena fortuna al estar tan alejado de las principales áreas de conflicto. Seguramente ningún ciudadano de nuestro bendito globo puede sentir nada más que orgullo por la celeridad con la que su pueblo respondió a la llamado a las armas, y por la velocidad y eficiencia con la que regimiento tras regimiento de la Fuerza de Defensa Planetaria fue reclutado por la Guardia Imperial y enviado al frente.

Inevitablemente, las fuerzas que quedaron atrás fueron estiradas hasta el límite, pero lograron prevalecer a pesar de la inesperada llegada del temible enemigo a nuestro propio sistema estelar. Sin embargo, repelerlos le costó caro a Perlia, tanto en las miles de vidas de los soldados de las Fuerzas de Defensa Planetaria, como de las tripulaciones de las Fuerzas Espaciales de Defensa, lo que debilitó aún más sus ya escasas defensas.

Sin embargo, por graves que fueran estos acontecimientos, la verdadera crisis aún no se había hecho evidente; y, para ser justos, no había ninguna razón real por la que debiera haberse previsto, ya que tenía sus

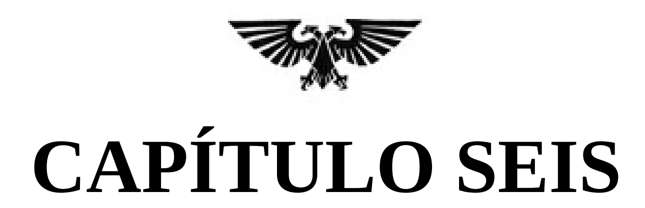
raíces en acontecimientos que estaban ocurriendo al otro extremo de la galaxia. Aun así, si no hubiera sido por el fortuito regreso de Ciaphas Caín, el héroe del primer asedio, en el momento oportuno, las cosas habrían ido muy mal para Perlia durante los meses que siguieron.

Como tantas veces ha ocurrido en lo que respecta a las maquinaciones del Gran Enemigo, las primeras insinuaciones del ataque que se avecinaba no fueron los cañonazos de las Legiones Traidoras, sino los insidiosos rumores que socavaron la moral pública, y que seguramente debían ser obra de una cábala de traidores acechando entre nosotros.

La primera noticia de la Cruzada Negra se extendió por toda la galaxia tan rápido como la disformidad podía transportarla, llegando por primera vez a Perlia en algún momento alrededor de 400.999.M41. En este punto, aquellos que fueron designados para llevar a cabo los deseos del Emperador, sagrado sea su santo nombre, aún podrían haber controlado las especulaciones salvajes y desinformadas que hicieron tanto para erosionar el espíritu de la población, pero para sorpresa y creciente consternación de los súbditos más leales del Emperador, el Gobernador y su personal permanecieron en silencio sobre el asunto, junto con los adeptos más antiguos del Administratum y el personal general de las FDP. La interpretación más caritativa de este casi inexplicable abandono del deber es que estaban tan preocupados por el curso de la Guerra Tiránida que apenas dieron importancia a lo que les pareció en aquel momento como una distracción menor en casa, aunque los sucesos subsiguientes demostraron cuán equivocados estuvieron, si ese había sido el caso. Sin embargo, dado cómo evolucionaron los acontecimientos en los siguientes meses, es mucho más probable que al menos algunos de ellos tuvieran sus propias y más siniestras razones para permitir que los disturbios continuaran, si no para alentarlos activamente entre bastidores.

Afortunadamente para Perlia, el Comisario Caín había estado lejos de estar ocioso, anticipándose a la crisis que nos afectaba a todos, y había dado los primeros pasos para hacer frente a la situación en sus propias

condiciones más honorables. De hecho, fue él quien obtuvo la primera información fidedigna sobre lo que teníamos ante nosotros, y no perdió tiempo en actuar al respecto.



CAPÍTULO SEIS

Hay un viejo proverbio valhallano, que escuché por primera vez en mis días con el 12ª de Artillería **(1)**, que afirma con bastante precisión que "*las cosas siempre pueden ir a peor*". De hecho, a veces siento que toda mi carrera ha sido poco más que una demostración práctica de tal adagio, aunque rara vez se ha demostrado tan cierta como lo fue en aquella ocasión.

(1) *La primera asignación de Caín como comisario de pleno derecho, unos ochenta años antes de los acontecimientos descritos en este volumen.*

Había pasado casi una semana desde nuestro primer consejo de guerra clandestino, y aunque ninguno de nosotros fue lo suficientemente indiscreto como para mencionarlo, o hablar de cualquiera de los asuntos que habíamos discutido cuando nos encontrábamos por la schola, era más que evidente que mis colegas conspiradores se estaban poniendo tan nerviosos como yo. Los rumores continuaron propagándose imparables, haciendo que la población se estuviera poniendo cada vez más inquieta, y aparte de tratar de asegurar que un puñado de jóvenes inexpertos estuvieran un poco más preparados para la tormenta que se avecinaba, aún no había nada que pudiéramos hacer al respecto.

Se que eso puede parecer un poco extraño, dada mi ridículamente exagerada reputación entre los perlianos; no tenía duda alguna de que podría haber entrado en el palacio del Gobernador y demandado una audiencia, o haber desatado la ira del mismísimo Emperador sobre el alto mando de las FDP, para forzar a aquellos imbéciles a entrar en razón y lograr que se tomaran el asunto con toda la seriedad que este merecía, pero me contuve por precaución. Si los disturbios realmente estaban siendo orquestados por una cábala secreta de simpatizantes del

Caos entre la oligarquía gobernante, entonces hacerles saber que sospechábamos de su existencia no sería precisamente la más sabía de las acciones posibles. Cuando menos tratarían de obstaculizar el poco bien que podríamos hacer ejerciendo su influencia contra nosotros, y en el peor de los casos recurrían a métodos más directos; y dado que yo ya había sobrevivido a suficientes intentos de asesinato para llenar varias vidas, ya no tenía ningún deseo de probar suerte de nuevo.

-Ah, hermana-, saludó Rorkins, asintiendo cortésmente a Julien mientras pasaba junto a la mesa que ocupábamos juntos en la sala de profesores, con Brasker pisándole los talones, balbuceando algo sobre el triste declive en el nivel de los aspirantes de tercer curso con su habitual pedante y monótono tono**-. Nos preguntábamos si querría unirse a nosotros para otra partida de cartas mañana por la tarde.**

-¿Por qué no?-, le respondió mientras cambiaba el paquete de placas de datos que tenía bajo el brazo a una posición más cómoda, y se detenía para hablar con nosotros, mientras Brasker se quedaba inquieto como un sirviente atrapado entre instrucciones contradictorias. Después de un momento inclinó la cabeza educadamente y nos saludó por nuestros nombres, antes de quedarse totalmente mudo, una inusitada circunstancia**-. ¿En sus aposentos de nuevo?**

-Me parece que es mi turno de ser el anfitrión-, dije. Por lo general, lo hacíamos por turnos, y el talento casi preternatural de Jurgen para el gorroneo aseguraba que estaríamos bien alimentados durante nuestras deliberaciones, por muy inútiles que estas pudieran resultar.

-Me parece bien-, asintió Julien-. **Había pensado ofrecerme yo, pero las malas lenguas podrían escandalizarse-,** comentó sonriéndole a Brasker, quien parecía totalmente inconsciente de que acababan de bromear a su costa-. **¿A la misma hora que la semana pasada?**

-Si le viene bien-, dije. Después de unos cuantos cumplidos más, los

dos se alejaron y nos dejaron a Rorkins y a mí degustando nuestra recafeina de media mañana. Continuamos conversando por un rato de manera desordenada, con nuestros pensamientos puestos en asuntos de lejos más importantes que aquellos de los que estábamos conversando, hasta que un pequeño y oloroso altercado en la puerta me informó que Jurgen no estaba de humor para cumplir con la convención general de que sólo los tutores y el personal de limpieza eran admitidos en esas salas.

-Está bien, está bien-, tranquilicé a la pequeña cola de agitados bedeles que discutían y gesticulaban airadamente a su paso**-, está conmigo.**

Algo de lo que sin duda todos ellos eran conscientes, ya que Jurgen nunca destacó por pasar desapercibido precisamente, aun cuando uno tratase de ignorarle, y había estado vagando por la schola durante tanto tiempo como yo. Satisfechos de que si no podían ignorar su presencia, incluso con la ventana abierta, al menos ahora era responsabilidad de otra persona, volvieron a sus propias preocupaciones, mientras Jurgen me entregaba una placa de datos con expresión agria.

-Un mensaje para usted, señor. Marcado como personal-. Miró fijamente a la habitación, como considerando a todo aquel que se interpusiera entre su deber y él, como si de un orko se tratase, y tan prescindibles como tales criaturas**-. Y urgente.**

-Ya veo. Gracias-. Tomé la placa y estudié el contenido. Después de un momento, levanté la vista y asentí casi imperceptiblemente-. **Creo que esto podría ayudar a aclarar esa pequeña dificultad que mencionó después de la última partida de tarot-.** Obviamente no podía ser tan explícito como yo quería, estando como estábamos rodeados de oídos atentos.

Lo suficientemente astuto como para haber llegado a la misma conclusión, Rorkins simplemente asintió en respuesta**-. Me alegra oír**

eso-, dijo**-. Espero que no sean malas noticias.**

-Para nada-, le dije, sintiendo los primeros leves impulsos de optimismo en varios días**-. Es una invitación a cenar.**



Dadas las circunstancias me sentí capaz de convencer a Visiter para que me proporcionara el Aquila y su correspondiente piloto.

Para mi agradable sorpresa, el piloto que había asignado resultó ser Sprie, quien confirmó la impresión favorable que me había formado de él en nuestra accidentada incursión en la zona minera con un rápido y minucioso chequeo de la cabina, lo cual le dejó suficientemente ocupado como para que el comodoro y yo pudiéramos mantener una rápida conversación en la plataforma de aterrizaje sin el riesgo de ser escuchados.

-Es un buen muchacho-, me confirmó Visiter-. **El mejor de mis pilotos, pero cuídate de decírselo. Además, es lo suficientemente listo como para mantener la boca cerrada ante cualquier cosa que le pidas.**

Una situación que podría llegar a darse. No había sido completamente honesto con mis compañeros conspiradores, ya ven, diciéndoles sólo que estaba cenando con un Comerciante Independiente amigo mío. Como pueden imaginar, aquella pequeña noticia barrió el campus de punta a punta (gracias en gran parte a Brasker, pues me había asegurado de que estuviera lo suficientemente cerca como para escuchar el final de mi conversación con Rorkins); sólo Jurgen, Visiter, y ahora Sprie, sabían que me iba a encontrar con él a bordo de su nave.

Lo que nadie más aparte de Jurgen sabía, y yo estaba totalmente decidido a que siguiera así, era que Orelius era mucho más que un simple comerciante; él era otro de los agentes de Amberley, que se dedicaba a reunir información para ella por medio segmentum. Si alguien en el sector sabía lo que realmente estaba pasando, sin duda sería él. Por supuesto, su llegada aquí no debía ser una coincidencia, lo que también era una alentadora señal; abofetear a los herejes no era exactamente la especialidad de Amberley, pero estaba seguro de que ella tenía algunos contactos en el Ordo Hereticus, en cuyas capaces manos podría dejar el problema una vez que que yo la pusiera sobre aviso al respecto (**1).**

(1) *Los tenía, y así lo hice. Desafortunadamente, cuando llegó el Inquisidor Kuryakin y su séquito, todo había acabado, pero eso no fue culpa suya.*

Una vez hubo completado sus comprobaciones, Sprie activó los motores elevándonos suavemente desde el suelo, y alcanzando la órbita con una facilidad de la que incluso Jurgen habría tenido poco de lo que quejarse si yo hubiera decidido llevarlo con nosotros. Tengo que admitir que sentía una expectante sensación placentera mientras las familiares formas doradas del *Lucre Foedus* aparecian en la portilla, y la proa de la bahía de atraque del hangar principal de aquel poderoso crucero se alzaba ante nosotros. Sabía que era improbable que Amberley estuviera a bordo, pues, por regla general, prefiria hacer uso de su propio yate, el *Externus Exterminatus*, para viajar alrededor de la galaxia, pero incluso la remota posibilidad de que pudiera estar en la nave era suficiente para desencadenar algunas placenteras fantasías, que era lo que ocupaba mi mente excluyendo prácticamente todo lo demás. Sólo me acordé de centrarme en mi tarea cuando pasamos por las puertas principales del hangar, grandes planchas de orichalcum repujadas con filigranas dorada y Sprie apagaba los motores, para posar nuestra nave con la suavidad de una pluma al viento en medio de la zona de aterrizaje señalada por una veintena de tripulantes que agitaban señales luminosas en la cubierta.

-Mi querido Caín. Es un placer volver a verte-, me saludó Orelius nada más descendí de la rampa de embarque.

Su aspecto cadavérico y su nariz aguileña tan prominentes eran los mismos que cuando nos conocimos, aunque, al igual que me había pasado a mí, ya peinaba canas, aparte de haber adquirido una impresionante cicatriz en su mejilla derecha. Sin embargo, su amor por la ropa llamativa ardía como nunca antes lo había hecho. Pude ver un par de mangas de color carmesí visibles bajo una túnica de color amarillo brillante, sobre las que vestía una capa dorada.

-Orelius. Lo mismo digo-, respondí, tratando de no sentirme demasiado decepcionado por la obvia ausencia de Amberley. Aparte de eso, fui perfectamente sincero en el cumplido, pues siempre disfruté de su compañía y, todo hay que decirlo, también de su generosa hospitalidad. Aunque había pasado bastante tiempo desde que nos habíamos visto por última vez, recuperamos rápidamente la costumbre de pasear al mismo ritmo, caminando juntos a través de la resonante plataforma de metal, charlando amigablemente sobre nuestras respectivas aventuras, cuidándonos los dos de no decir demasiado antes de llegar a la privacidad de sus habitaciones.

Cuando pasamos junto a una hilera de transbordadores de carga pesada, que empequeñecían el Aquila ahora estacionado al final de la fila, levanté educadamente una inquisitiva ceja. Todos estaban armados, y varios mostraban las cicatrices de combates recientes**-. ¿Alguien pidió que le devolvieran su dinero?-,** le pregunté.

-No en esta ocasión-, respondió Orelius, cualquier otro comentario que hubiera estado a punto de hacer quedo ahogado por el golpeteo de los tacones de botas contra las placas de la cubierta cuando una guardia de honor de sus tropas personales formó diligentemente ante nosotros. Habiendo estado en acción junto a ellos en más de una ocasión, sabía que no debía permitir que su llamativa vestimenta me engañara y les

subestimara. La mayoría eran veteranos de la Guardia Imperial, y muchos poseían habilidades especiales de una letalidad asombrosa. Asentí a un par de caras que reconocí, aunque sus dueños eran demasiado disciplinados para devolver el saludo, pero que sin duda apreciaban la cortesía, y pronunciaron sus nombres al pasar. Como les digo a los cachorros que he estado tratando de poner en forma, siempre ayuda dejar que los soldados piensen que a uno les importan como personas, no sólo como una masa sin rostro: créanme, cuando los fusiles láser empiezan a disparar, esa sensación de conexión es la que le puede salvar el pescuezo a uno.

Pasamos de la bahía del hangar a un pasillo alfombrado, donde pequeños grupos de personas corrían de un lado a otro realizando las misteriosas tareas en las que los tripulantes de un nave siempre parece estar involucrados, y bustos de mármol de gente que no reconocí se alineaban contra las paredes sobre zócalos que me llegaban a la cintura.

-¿No te acompaña tu ayudante?-. Preguntó Orelius, sin duda sorprendido por la ausencia de Jurgen.

-**Esta vez no-,** dije-. **Dadas las circunstancias, pensé que era mejor dejarlo en la schola.**

Con la situación en Perlia tan inestable, yo prefería que él pudiera mantener su oído en tierra, y me informara de inmediato si algo sucedía. Rorkins y los demás eran buenos aliados, y confiaba en ellos, pero nunca en la misma medida en que lo hacía con Jurgen, pues nadie podría cubrirme jamás las espaldas de la misma manera en que lo hacía Jurgen. Después de casi un siglo de luchar juntos, la relación que compartíamos era insuperable. Por otro lado, sabía que Orelius ocasionalmente hacía uso de psíquicos entrenados, y si alguno de ellos estuviera por aquí, el secreto de las habilidades de mi ayudante sería casi imposible de guardar.

-Probablemente sea mejor así-, estuvo de acuerdo Orelius, apartándose para llevarme a sus habitaciones. Estaban tan ricamente decoradas como recordaba de visitas anteriores, tapices escarlatas adornados con el emblema de su familia cubrían la mayoría de los mamparos metálicos, que habían sido dorados y pulidos con un rico lustre, haciendo que la habitación pareciera haber sufrido una inundación de miel. Para ser honesto, siempre me había parecido que la ostentación era bastante vulgar, y me sentí aliviado cuando el comerciante se dirigió a través de los salones de recepción formales a los acogedores alrededores de la salita situada en un extremo, donde le gustaba relajarse cuando no estaba tratando de impresionar a algún petimetre aristócrata sin cerebro**-. Puede que quieras hablar con el Navegante dentro de un rato.**

Curioso comentario, puesto que aún no había conocido a un miembro de la Navis Nobilite sin sentir un casi irresistible impulso de dispararle nada más verle.

Sé que son un mal necesario, y el Imperio apenas podría funcionar sin ellos, pero cualquiera que esté más a gusto en el espacio disforme que en el mundo real, está a mi entender demasiado cerca del Gran Enemigo para mi gusto. Además, son arrogantes, esnobs condescendientes, y esos son los que están haciendo un esfuerzo para llevarse bien contigo. Sin embargo, dejé pasar el asunto, y simplemente asentí en respuesta.

El santuario interior de Orelius era sorprendentemente acogedor, con paneles de madera en las paredes y una alfombra azul oscuro, casi del mismo color que los océanos de Perlia, que se podía divisar a través del amplio mirador en un extremo de la habitación. Sin aquel recordatorio un tanto vertiginoso, habría sido fácil olvidar que estábamos a bordo de una nave estelar.

-¿Entiendo que has oído los rumores?-. Le pregunté mientras estábamos sentados, y mi anfitrión levantó las tapas de una batería de

platos sobre la mesa. Sólo eso me dijo lo sensible que esperaba que se volviera nuestra conversación: incluso sus servidores de mayor confianza estaban siendo excluidos de la sala mientras hablábamos.

-¿Cuáles?-, preguntó Orelius, sirviéndose un poco de tarta de cottleston, mientras yo servía una copa grande del vino que había escogido para acompañar nuestra comida, y que encontré tan excelente como esperaba.

-No se habla de otra cosa en todo el planeta-, le dije-. **Sobre una nueva Cruzada Negra. Absurdamente exagerado, por supuesto, pero las autoridades locales están sentadas de brazos cruzados en lugar de negarlo, lo cual empeora las cosas. Si alguien no hace algo pronto, habrá tantos disturbios civiles que el Gobernador tendrá que llamar a la flota del sector para restaurar el orden.**

-Me temo que la flota del sector ya tiene las manos ocupadas-, contestó Orelius, sin que aquello me sorprendiera lo más mínimo-. **El impulso principal del avance tiránido se ha desviado hacia el espacio orko por algún motivo que desconocemos (2), pero aún quedan suficientes en los márgenes como para mantener la mayoría de nuestros activos inmovilizados en un futuro previsible-.** Se encogió de hombros, aceptando una copa de vino, que le entregué mientras hablaba-. **Pero ahora mismo esa parece ser la menor de tus preocupaciones.**

(2) *El resultado de lo que desde entonces se ha conocido como el Gámbito Kryptmann, aunque en ese momento no habrían tenido forma de saberlo.*

-Entonces los rumores son ciertos-, afirmé más que pregunté, y Orelius asintió.

-Me temo que así es-, confirmó, casi ininteligible al tener la boca llena

de pastel-. **Las Legiones Traidoras atacaron con fuerza hace algunos meses, tratando de abrirse paso a través de la Puerta de Cadia. Son lo suficiente numerosos para poner las cosas muy difíciles en el Segmentum Obscurus.**

-Pero eso está a media galaxia de distancia-, dije, eligiendo entre la tentadora variedad de viandas que se me ofrecían, aunque mi apetito era considerablemente menor que el que había tenido hasta hacía tan sólo un instante**-. No veo cómo eso pueda afectarnos aquí-.** En realidad, sí que podía, porque era precisamente el escenario que había estado discutiendo con Rorkins y los demás, pero aún esperaba desesperadamente que Orelius fuera capaz de asegurarme que la situación estaba siendo contenida**-. Aparte de los recursos que se vayan a desviar para hacer frente a ello, y que debilitaría nuestras defensas contra los tiránidos, obviamente.**

-La mayor parte de la lucha ha quedado hasta ahora confinada al Obscurus-, confirmó Orelius, desestimando ociosamente una cuarta parte de la galaxia como si de un juguete se tratara -, **pero las flotas de incursión enemigas se están volviendo cada vez más audaces. Varias se han estado adentrado mucho más profundamente.**

Se detuvo, cogiendo pastelitos, esperando a que yo llegase a la conclusión obvia.

-En esta dirección-, dije, entendiendo su significado de inmediato.

Orelius asintió-. **Hay toda una flotilla dirigiéndose hacia aquí, tan rápido como la disformidad se lo permite. Y en estos momentos eso es a toda mecha; de acuerdo con nuestro Navegante, hay corrientes que fluyen del Ojo con más fuerza que cualquier otra que haya visto nunca.**

-Aun así-, dije, sintiendo el viejo y familiar escalofrío de la premonición-, **debe haber muchos otros objetivos más asequibles entre ellos y nosotros.**

-Eso es lo que tú crees-, asintió Orelius**-. Pero no parece que se estén ralentizando mucho-.** Tocó una gran esmeralda en el grueso brazalete que llevaba en su muñeca, y un hololito oculto zumbó al activarse, proyectando una parpadeante imagen de la galaxia en un espacio vacío sobre la mesa. Apareció una línea con origen en el Ojo del Terror y que se dirigía inequívocamente en nuestra dirección. Orelius movió una mano a través de la insustancial proyección, indicando varios sistemas estelares cerca de la mancha carmesí**-. Han pasado totalmente por alto estos sistemas, aunque eran blancos fáciles, con poca o ninguna defensa efectiva.**

-Eso no suena a ninguna fuerza incursora del Caos de la que haya tenido noticias-, dije. Normalmente, cuanto más débiles eran los objetivos, más tentadores eran desde su punto de vista, dado la cobarde escoria que son. Señalé un par de íconos de contacto a lo largo de la línea de progreso del enemigo**-. Pero sí lucharon aquí y aquí.**

-Así es-. asintió Orelius, con gesto sombrío**-. Lucharon y vencieron. Algo que simplemente no debería haber pasado-.** Expandió la imagen, superponiendo los sistemas disputados con datos del campo de batalla que me encontré reacio a creer**-. En ambos casos estaban superados en número y en armamento. En Madasa se enfrentaron a todo un convento de las Adeptas Sororitas, y este cayó en menos de una hora.**

-Eso es imposible-, dije. El Emperador sabe que yo tenía un bajo concepto de esas arpías canta salmos en el curso normal de los acontecimientos, pero las había visto mantener su posición tenazmente con todas las probabilidades en contra en varias ocasiones**-. Habrían peleado hasta la última mujer.**

-No, si luchar sí que lucharon, de eso no hay duda-. La voz de Orelius era sombría**-. El problema es que lucharon por el enemigo-.** Entonces, como si se diera cuenta de lo absurda que sonaba esa acusación, continuó con un tono defensivo**-. Hasta donde he podido determinar quiero decir. Hubo informes esporádicos de lo que parecía ser una formación de hermanas de batalla enfrentándose a una de las últimas unidades de las FDP en caer.**

-Propaganda y desinformación-, dije decididamente.

Orelius asintió lentamente-. **Espero que tengas razón-,** dijo, sonando muy poco convencido-. **En cualquier caso, el sistema de Madasa está ahora firmemente bajo control enemigo, y resistiéndose a todos los intentos de los astartes de recuperarlo-.** Devolvió el hololito a su vista original, y extendió la línea roja desde su posición final. Como era de esperar, cruzó el sistema Perlia, antes de desaparecer en algún lugar del espacio en el corazón del Imperium roido por el avance de las flotas colmena.

-Tal vez quieran algo de los tiránidos-, sugerí, sin ni siquiera convencerme a mí mismo.

-Tal vez sí-, dijo Orelius, arrojándome aquella pequeña migaja de consuelo, antes de añadir**-, pero lo dudo.**

-Ya, yo también-, acepté**-. En ese caso, es bastante obvio lo que están buscando-.** Siendo un agente del Ordo Xenos, estaba seguro de que Orelius conocía bien las instalaciones clandestinas de investigación de la Inquisición en el Valle de los Demonios, en algún lugar bajo las de nubes que se extendían sobre el continente oriental del globo de Perlia que giraba suavemente más allá del mirador.

-El Shadowlight-, confirmó-. **La inquisidora Vail opina que Abaddon, o, más probablemente, uno de sus lacayos que quiere ganarse su favor, de alguna manera se ha enterado de su existencia. Si ese es el caso, entonces debemos sacarlo de Perlia antes de que llegue el enemigo. Esta misión es de suma importancia-.** No había visto aquella maldita cosa desde hacía más de sesenta y cinco años, pero el recuerdo de ella fue suficiente para que un escalofrió me recorriera la espina vertebral.

Asentí con la cabeza-. **Supongo que por eso que estás aquí-,** dije.

-Más o menos-. Orelius se hizo eco del gesto-. **Todavía no sabemos de dónde vino ni qué se supone que debe hacer, pero sí sabemos por las investigaciones de Killian que puede convertir a los psíquicos latentes en poderosos psíquicos activos.**

-No es algo que se pueda olvidar-, dije, suprimiendo un escalofrío en la memoria.

Aquel inquisidor demente tenía la intención de usar aquella cosa en un loco intento de producir psíquicos en masa, con la esperanza de vencer a las fuerzas del Caos en su propio juego, algo que, desde mi punto de vista, era como quemar la casa para acabar con los mosquitos. Afortunadamente, había acabado muerto en el momento justo, lo que le permitió a Amberley hacerse cargo del objeto en cuestión, y enviarlo de vuelta a su lugar de origen, que ahora estaba a unos cien kilómetros por debajo de mis pies, y unos metros a la izquierda. Sin embargo, si las fuerzas del caos lograban apoderarse de él, no tenía ninguna duda de que continuarían donde el difunto y nada llorado Killian lo había dejado, llenándonos de psíquicos hasta las orejas. Simplemente no podíamos permitir que aquello sucediera.

-Supongo que ya tienes la maldita cosa guardada en tu escondite más seguro-. Le pregunté, y Orelius negó con la cabeza.

-Ojalá fuera así. Pero hay un problema.

-Siempre lo hay-, suspiré, tratando de no parecer amargado por ello. Mordisqueé una de las exquisiteces de mi plato, pero a pesar de lo sabroso que estaba, obtuve el mismo placer que si se hubiera tratado de una barra de racionamiento estándar**-. ¿Qué clase de problema?**

-Los magi que trabajan en la instalación han recuperado varios artefactos más en las últimas décadas-, me dijo Orelius con seriedad-. **Ahora están trabajando en la suposición de que el Shadowlight es parte de un mecanismo mucho más complejo, que llevan varios años tratando de ensamblar. Aparentemente desmantelarlo ahora sería una afrenta al Omnissiah, o algo así. He estado tratando de recalcarles que dejar que Abaddon se vaya con él sería un sacrilegio infinitamente peor, pero ya sabes cómo son los tecnosacerdotes. Tardarán un rato en aceptar que me dejen empaquetar ese artefacto y llevármelo.**

Asentí de nuevo y tomé un trago de vino, dejando que su embriagadora fragancia calmara las campanas de alarma que chillaban en mi cabeza. Aquella era una complicación que supongo deberían haber previsto; la instalación de investigación en el Valle de los Demonios era una operación conjunta entre el Ordo Xenos y el Adeptus Mechanicus, y yo había deducido por Amberley que dicha asociación a veces no era todo lo fluida que debería ser. Los tecnosacerdotes que realizaban la investigación hacía ochenta años le habían dicho a Killian que se fuera a tomar por el saco cuando trató de quitarles el objeto, a pesar de su estatus inquisitorial **(3)**, aunque desafortunadamente para ellos Killian no era de los que aceptaban un no por respuesta. Regresó con un ejército, y tomó lo que quería pasando por encima de sus humeantes cadáveres**-. ¿Han hecho algún progreso? -,** le pregunté.

(3) *Lo cual estaban en su derecho de hacer; como miembro del Ordo Hereticus, él no tenía ninguna jurisdicción oficial sobre la operación de todos modos.*

-Han avanzado algo-, dijo Orelius-. **He sido capaz de persuadirlos de que al menos me dejen tener copias de todos sus datos. Pero eso no va a ser de mucha utilidad si Abaddon se hace con el artefacto.**

-Ya me lo imagino-. Agité la cabeza compasivamente**-. Lo que me recuerda…**-. Tomé una placa de datos de mi bolsillo y la puse sobre la mesa.

-Esta es toda la inteligencia que he sido capaz de recopilar desde la última vez que vi a Amberley.

-Me encargaré de que lo reciba-, prometió Orelius, sin llegar a ocultar su malestar por mi uso casual del nombre de pila de Amberley. No era ninguna novedad para él, ni para nadie entre sus asociados, que compartíamos una relación personal más allá de lo meramente profesional, pero por alguna razón a ninguno de ellos les gustaba que se lo recordaran.

-Gracias-, le dije. Después de algunas deliberaciones decidí mencionar en el informe mis inquietudes sobre la estación minera, a pesar de la casi certeza de que Amberley simplemente los descartaría como imaginaciones paranoicas que casi había logrado convencerme a mí mismo de que realmente lo eran. Por experiencia sabía que los necrones no eran exactamente sutiles, y si realmente se interesaran por Perlia, estaba morbosamente seguro de que ya nos habríamos enterado. Con un esfuerzo, volví a prestar atención al tema principal de conversación**-. ¿Cuánto tiempo crees que tardarás en convencerlos?**

-Espero que no mucho-, dijo Orelius, sonriendo sin alegría. A ninguno de los dos se nos ocurrió pensar que al final no se saldría con la suya; los comerciantes independientes son negociadores notoriamente duros. Ninguno de nosotros fue lo suficientemente grosero como para verbalizar la obvia idea de que, si llegaba a ser necesario, probablemente tenía

suficiente potencia de fuego a bordo para repetir la solución de Killian al problema. Eso podría poner a salvo al Shadowlight, pero no haría mucho para mantener al Mechanicus de su lado una vez que la crisis inmediata hubiera pasado**-. Me imagino que entrarán en razón una vez que el enemigo se acerque lo suficiente.**

-¿Alguna idea de cuándo será eso?-. Pregunté, un pequeño nudo de tensión formándose en mis tripas mientras hablaba.

Orelius se encogió de hombros-. **Creo que la flota principal arribará al sistema en una semana-.** Sacó una placa de datos del bolsillo de su túnica y me la dió-. **Esto contiene la mejor estimación que puedo darte de su fuerza y número, pero debo advertirte, no son datos confirmados.**

-Algo es mejor que nada-, repliqué con severidad, guardándolo en el bolsillo de mi abrigo. Se lo mostraría a Rorkins y a los demás, y con un poco de suerte podríamos idear una estrategia o dos que podríamos comunicar a las FDP. Potencialmente comprometidos o no, eran lo único que se interponía ahora entre Perlia y la aniquilación, y cuanto antes les llegara esta información, mejores serían nuestras posibilidades de mantener el planeta.

También existía la tentadora posibilidad de que, como Orelius estaba allí para recuperar el Shadowlight, yo pudiera encontrar una razón plausible en un día o dos para irme con ellos. Por lo que yo sabía, Jurgen seguía siendo el único hombre capaz de manejar la cosa sin grandes precauciones, y nuestra experiencia previa estaba destinada a demostrar que era un activo muy valioso para mantenerlo seguro.

-Espero que ayude-. Orelius podría haber dicho más, pero antes de tener la oportunidad, la imagen en el hololito parpadeó y cambió. La línea que cruzaba la galaxia, como una sangrienta marca de garra, desapareció, para ser reemplazada por una vista del sistema Perlia.

Rápidamente identifiqué las runas que marcaban nuestra propia posición en órbita, y, con una vertiginosa sacudida en mi estómago, una dispersión de iconos que marcaban un contacto enemigo.

-Lamento interrumpir vuestra cena, mi señor-, informó la voz del capitán de la nave, procedente de alguna unidad vox hábilmente oculta**-, pero tenemos portales a la disformidad formándose por todo el sistema. Parece ser que el enemigo ha llegado antes de lo que esperábamos.**

NOTA EDITORIAL:

El relato de Caín de los siguientes sucesos es comprensiblemente un tanto incompleto. En consecuencia, se hace necesario introducir otro breve extracto de una fuente más desapasionada y autorizada a fin de tener una visión más amplia de la situación.

Extracto de *“En la Noche Más Oscura: Evaluación de las Guerras del Milenio”*, de Ayjaepi Clothier, 127.M42.

Por simple buena fortuna la primera incursión de la flota herética encontró una resistencia mucho más dura de lo que esperaba. La nave comercial *Lucre Foedus* había llegado a Perlia poco antes de su llegada, y estaba en órbita sobre los cielos de Havendown cuando las naves de la flotilla salieron de la disformidad. Sólo podemos conjeturar en cuanto a cómo reaccionaron ante aquella desagradable sorpresa, ya que las naves de nuestros Comerciantes Independientes son realmente formidables, dado que han sido expresamente diseñadas para aventurarse más allá de los límites del Imperio, y de la infalible protección del Emperador.

Sin duda, los que estaban al mando de la fuerza de asalto pensaron que un puñado de destructores serían más que suficientes para barrer de los cielos a las naves de las fuerzas espaciales de defensa del sistema, si eso era todo lo que se interponía entre ellos y el indefenso mundo que era su presa, y en circunstancias normales podrían haber tenido razón. Pero el *Lucre Foedus* estaba hecho de un material más duro, y fue más que capaz de destruir o incapacitar a la mayor parte de la flotilla invasora, antes de sufrir tantos daños que se vio obligada a retirarse.

Según una persistente leyenda local, el mismísimo Ciaphas Caín estaba a bordo de la nave durante el enfrentamiento, aunque tal afirmación puede descartarse con total seguridad, puesto que él fue en realidad uno

de los principales líderes de la acción en la superficie planetaria que siguió al combate espacial, cuando las fuerzas supervivientes del Caos lograron alcanzar la superficie de Perlia, para enfrentarse a las defensas que fue posible movilizar contra ellos.



CAPÍTULO SIETE

-Lamentándolo mucho me temo que vamos a tener que acortar nuestra cena-, dijo Orelius mientras se levantaba, y me indicaba la salida de la pequeña salita. No por primera vez me sorprendió su auto-control. No me cabe duda alguna de que, en su misma situación, la mayoría de los hombres se habrían quedado bloqueados por el pánico, o se hubieran puesto a dar vueltas en círculos agitando los brazos como gallinas descabezadas. Probablemente yo sería uno de ellos, de no ser por la práctica que había ido adquiriendo con los años para aparentar estar tranquilo durante una crisis, y déjenme decirles que es una habilidad que va de perlas en la profesión que he elegido.

-Es una auténtica pena-, respondí decidido a no parecer menos flemático que mi anfitrión-. **Tu chef ha sido tan hábil como de costumbre-.** Pulsé el activador del comunicador que llevaba en el oído-. **Sprie, saldremos temprano. El enemigo ha sido bastante desconsiderado al adelantarse al horario previsto.**

-Nos aseguraremos de transmitirles tu descontento-, me aseguró Orelius, mientras caminábamos rehaciendo la ruta que llevaba de vuelta al hangar y, en la otra dirección, al puente-. **Generalmente se puede confiar en que las dotaciones de nuestros cañones serán más que capaces de transmitir el mensaje.**

-Entonces te dejo con ello-, dije, mientras nos deteníamos para separarnos e ir por caminos opuestos. He estado involucrado en batallas espaciales en el pasado, como ya saben, de hecho, mi primera llegada a Perlia es un ejemplo particularmente memorable de ello, pero siempre he sentido que el vacío no es lugar para un soldado. Prefiero enfrentarme al enemigo teniendo tierra firme bajo mis pies, y preferiblemente

parapetado tras una densa y sólida cobertura detrás de la cual pueda esconderme.

-Será lo mejor-, añadió Orelius-. **Si no podemos poner a salvo el Shadowlight, me temo que tú serás la única esperanza que nos queda para mantenerlo lejos de las garras de Abaddon.**

-Lo haré lo mejor que pueda-, dije, esperando mi rostro no mostrara el terror que retorcía mis intestinos, y refugiándome automáticamente en el comportamiento confiado y fanfarrón que a buen seguro Orelius estaba esperando**-. Aunque no me cabe duda de que acabarás con esa chusma sin demasiados problemas.**

-Eso espero-, respondió, aunque su tono no denotaba seguridad precisamente-. **Tenemos tanta potencia de fuego como un crucero de guerra, y la mayoría de los contactos parecen pertenecer a naves de guerra ligeras. Pero si sufrimos demasiados daños, me veré forzado a retirarme.**

Asentí sombríamente, pues había llegado a la misma conclusión. Si Orelius no podía recuperar el Shadowlight, el segundo objetivo crítico de su misión era mantener a salvo toda la información que se había recogido del Valle de los Demonios y entregársela a Amberley; de aquella manera, si llegaba a suceder lo peor, al menos la Inquisición tendría alguna idea de a lo que se estaba enfrentando. Desgraciadamente, mientras aquello sucedía, yo estaría atrapado en la línea de fuego, tratando de evitar que un ejército de fanáticos del Caos pusiera sus manos en aquella maldita cosa, pero ese sería un problema que vendría más tarde; en aquel instante sólo quería volver a Perlia antes de que empezaran los tiros.

-Que el Emperador te proteja-, le dije, y lo dije con toda sinceridad. Acto seguido, sin más dilaciones, me volví hacia la dársena del hangar con cierta tristeza, intentando no preguntarme si volvería a verle alguna

vez.

Me alegró encontrarme con que Sprie estaba al tanto de la situación y había tenido la suficiente iniciativa como para ejecutar los preparativos para el despegue inmediato sin esperar a mi llegada, tan eficientemente como Visiter me había comentado, y me estaba esperando en la cabina con la rampa de embarque bajada, los motores del Aquila encendidos y listo para partir. De hecho, la rampa había comenzado a subir incluso antes de que yo llegara a la esclusa, y el pequeño y robusto transbordador se empezó a elevar antes siquiera de que los sellos de la atmósfera hubieran terminado de silbar a mis espaldas.

-Bien hecho, Sprie-, le felicité en cuando entré en la cabina y me senté en el asiento que Visiter había ocupado durante el agitado viaje a la estación minera asteroidal. Si se sorprendió al verme allí, en lugar de quedarme en la cabina de pasajeros, tal y como se suponía debía hacer, fue demasiado educado o estaba muy ocupado como para mencionarlo; pero dado que había muchas posibilidades de que acabaran disparándonos, al menos yo quería ver quién trataba de matarme**-. Un despegue de manual.**

-Excepto que nadie nos está disparando-, respondió Sprie, un poco decepcionado. Bueno, ya habría tiempo para que eso cambiara, así que mejor se lo tomara con calma. Aumentó un poco más la potencia de los motores, y comenzamos a deslizarnos suavemente hacia el enorme portal, a través del cual se empezaba a ver una franja cada vez más ancha de la oscura noche eterna tachonada de estrellas. Cuando la cruzamos y salimos al espacio abierto, noté sombras en las placas del casco, que se movían paralelas a la nuestra, y levanté la vista para ver un escuadrón de los pesados transbordadores que había observado antes, revolotear alrededor de la enorme masa de la nave mercante como moscas alrededor de un grox, formando una inconfundible pantalla defensiva. Por desgracia, no serían rivales para cazas de verdad, pero podrían derribar sin el menor problema a los misiles y las cápsulas de abordaje que se les acercaran, yo asentí pensativamente, contento de

ver que ninguno de los miembros de la dotación de Orelius parecía haber perdido su temple.

-Adiós, y buena suerte-, dijo la voz de Orelius en mi pinganillo, un tanto resonante, y se encendieron los motores principales del poderoso crucero, que comenzó a maniobrar, alejándose del pozo gravitatorio de Perlia con tanta facilidad como un hombre poniéndose una capa para protegerse de la lluvia.

-El Emperador protege-, respondí automáticamente, esperando que en aquel caso resultara ser cierto.

-Se están preparando para el combate-, me explicó Sprie unos momentos más tarde.

Le eché un vistazo a la pantalla del auspex, tratando de extraer algún sentido a la imagen táctica general. Como siempre, cuando se trataba de luchar en el espacio, me encontré momentáneamente desorientado, hasta que mi cerebro añadió la tercera dimensión que faltaba en las batallas en la superficie de un planeta. Tres de las naves enemigas parecían acercarse al *Lucre Foedus*, o quizás al revés, mientras que otras dos se dirigían directamente hacia el planeta. En cualquier caso, Orelius debió haber disparado primero, ya que la nave líder de las fuerzas del Caos desapareció abruptamente de la pantalla.

-La primera sangre es nuestra-, dije. Dejé de observar el resto de la batalla debido al creciente murmullo de voces en pánico que surgieron en casi todas las frecuencias que mi auricular era capaz de captar, cuando los escuálidos restos de las FDP **(1)** finalmente se dieron cuenta de que estábamos siendo atacados**.**

(1) *Esta apreciación no es del todo justa, ya que la tripulación del puente de Orelius transmitió una advertencia tan pronto como la flota traidora salió de la disformidad. Sin embargo, su respuesta fue innegablemente lenta.*

-¿Volvemos a la schola, señor?-, me preguntó Sprie, y negué con la cabeza.

-No-, le informé**-. Dirígete a Havendown-.** Si alguien no hacía algo para organizar a los nuestros, el enemigo lo iba a tener muy fácil, y eso haría que mi vida fuera intensamente más difícil, por no decir corta.

-Sí, sí, señor-. El cadete de pelo rubio se inclinó sobre el panel de control durante un momento, trazando la ruta de vuelo óptima, y luego levantó la vista, sonriendo**-. Esto debería ser interesante, de todos modos.**

-¿Interesante en qué sentido?-, le pregunté.

Un grupo de pequeños puntos se acercaba a la pareja de naves enemigas que habían hecho caso omiso de la nave de Orelius, y Sprie señaló con un gesto de cabeza hacia la pantalla del auspex con una expresión de divertido desden**-. Ahí van nuestros cazas-,** dijo**-. Mordiendo el anzuelo, justo lo que se suponía que no debían hacer.**

-¿Qué cebo?-. Pregunté, sintiendo cómo se me empezaban a erizar los pelos de la nuca. El casco de nuestra lanzadera temblaba, casi imperceptiblemente, como haciéndose eco de mi malestar, aunque la parte racional de mi mente lo reconoció como el primer contacto de la espesa atmósfera contra el fuselaje.

-Las naves de defensa del sistema están todas en los puestos de vigilancia exteriores-, me recordó Sprie-, **vigilando por si acaso a los tiránidos les da por volver. Estas naves del Caos han salido dentro de nuestro perímetro defensivo-.** Agitó la cabeza-. **Demasiado cerca de nuestro pozo de gravedad para su seguridad: deben estar locos.**

-Por supuesto que lo están-, respondí irritado-, **son adoradores del caos. Por lo que a ellos respecta, la autoconservación es un concepto totalmente desconocido. ¿Qué quisiste decir con eso de "*nuestros cazas*"?**

-Son los únicos activos defensivos aéreos que tenemos capaces de hacer frente a las naves-, dijo Sprie-. **Así que, por supuesto, no han vacilado en salir en busca de gloria. Por lo tanto, no han dejado recursos aéreos en el planeta con capacidad para interceptar sus naves de desembarco.**

-¿Naves de desembarco?-. Pregunté, aunque empezaba a entender el sentido de las trayectorias de las naves que se acercaban.

Sprie se encogió de hombros-. **Las que van a ser lanzadas en cualquier momento, en cuanto nuestros pilotos comiencen sus ataques contra los transportes. Cesarán en su ataque y regresarán al planeta en cuanto se den cuenta de que han sido engañados, claro está, pero para entonces las naves de desembarco ya estarán en la atmósfera, y nunca podrán evitar que lleguen a tierra. Si uno lo piensa bien, el enemigo ha sido bastante astuto.**

Asentí con la cabeza. Puede que el muchacho sólo fuera un cadete, pero claramente tenía un buen conocimiento de las tácticas tridimensionales, y yo no era tan orgulloso como para no aceptar su mayor experiencia en este campo en concreto. No con mi cuello en juego, claro**-. ¿Qué hay de las naves? -.** Le pregunté. La idea de un par de naves de guerra sin oposición en órbita, capaces de disparar a cualquier cosa que se les antojara, estaba muy lejos de ser reconfortante.

-No van a ir a ninguna parte-, dijo Sprie, sonando complacido**-. Se han embarcado en una carrera suicida-.** Mirando de nuevo al auspex, pude ver a qué se refería. Ya deberían estar frenando, preparándose para entrar en órbita, pero simplemente continuaron a toda velocidad,

llegando hasta los límites más exteriores de la atmósfera**-. Probablemente esperaban poder dar la vuelta al planeta, pero los cazas deben haber causado daños a sus motores. Eran el objetivo obvio.**

Volví a asentir con la cabeza, aunque ya me había dado cuenta de ello por las comunicaciones que estaba escuchando en mi comunicador**-. Así es-,** confirmé, y Sprie sonrió con ánimo vengativo.

-Entonces arderán, o saldrán rebotados, por así decir-, dijo. En realidad hicieron ambas cosas; apenas se habían liberado una ingente cantidad de puntos más pequeños, ambas naves golpearon las capas exteriores de la atmósfera, sumergiéndose en su interior para brillar a través del cielo como meteoritos gemelos, con sendas estelas de chispas menores a medida que las placas del casco y los equipos externos se desgarraban y vaporizaban**-. Sujétese, esto se va a poner difícil.**

Advertido, me agarré a la red de choque en el momento justo antes de que la onda expansiva nos alcanzase, zarandeando nuestra nave en el incandescente aire como si de un tsunami se tratase. Nuestro gallardo transbordador rebotó como una bola en el bombo de un bingo, y me encontré dando las gracias a Visiter por su previsión al asignarme a aquel piloto en particular. Sprie se mantuvo concentrado y tranquilo, manejando los controles como si tocase magistralmente un clavicordio en un concierto, restaurando gradualmente nuestra trayectoria de vuelo al máximo. Mientras él trabajaba con los mandos, yo miré por el parabrisas que teníamos delante y me estremecí involuntariamente; estábamos mucho más cerca del suelo de lo que esperaba, con los páramos púrpuras y campos cultivados pasando casi demasiado rápido como para verlos como otra cosa que no fueran manchas de colores, y el recuerdo de mi primera llegada a este mundo volvió para atormentarme.

-Buen pilotaje-, le elogié, y Sprie agitó la cabeza con tristeza.

-Aún no hemos bajado, señor. Algunos de los sistemas de vuelo se han visto afectados por el impacto-. Activó un cogitador y esperó a ver el resultado en la pantalla, mientras murmuraba la letanía del diagnóstico de fallos, y yo volví a mirar al auspex. Las dos naves del Caos habían salido de la atmósfera, y ahora estaban girando en una trayectoria incontrolada, sin duda convertidos en mera escoria al rojo vivo por su ardiente paso a través del aire sobrecalentado **(2).**

(2) *En realidad, las naves estelares son mucho más duras que eso; aunque en ambos casos sus tripulaciones habían perecido y que sus cascos exteriores parecían poco más que amorfos bloques de metal congelado, gran parte de sus estructuras internas permanecieron intactas. Ambos pecios fueron abordados e inspeccionados por los equipos de investigación del Ordo Hereticus tras el cese de las hostilidades, aunque estoy seguro de que no se encontró nada de particular interés en ninguno de ellos.*

Buscando distraerme de las implicaciones de sus ominosas palabras que cualquier otra cosa, traté de contactar de nuevo con Orelius, y para mi sorpresa lo logré.

-¿Cómo va todo?-. Pregunté, mientras la segunda de las naves enemigas con las que se estaba enfrentando desaparecía de la pantalla del auspex.

-Aguantando, pero eso es todo-, dijo Orelius-. **Hemos perdido las baterías de estribor y los sistemas principales de control de daños. Estoy a punto de dar la orden de recoger los transbordadores, pues ya apenas pueden hacer nada más.**

-Mejor que te retires mientras puedas-, le aconsejé a regañadientes. De acuerdo con las comunicaciones que recibía a través de mi comunicador, las naves de defensa del sistema estaban llegando, y deberían ser capaces de tratar con el único intruso superviviente. Pero

aún les tomaría algún tiempo hacerlo, y si entre tanto la *Lucre Foedus* era destruida, los datos de inteligencia que llevaba para Amberley se perderían. Sin embargo, si Orelius seguía mi sugerencia, perdería mi última oportunidad de salir de Perlia antes de que llegara la fuerza principal del enemigo.

-Es lo que pretendo hacer-, respondió el comerciante independiente con tono sombrío-. **Nos estamos preparando para hacer el tránsito ahora mismo. Protege el Shadowlight, cueste lo que cueste.**

-Cuenta con ello-, le aseguré tratando de transmitirle una seguridad que estaba muy lejos de tener. No podía dejar de preguntarme cómo, en nombre del sagrado Emperador, se suponía que podría hacerlo. En fin, ya habría tiempo de pensar como cruzar ese río cuando se diera el caso. Segundos más tarde, el intermitente símbolo que señalaba la posición de su nave se quedó quieto y acto seguido desapareció, dejando al único enemigo superviviente con indiscutible control del campo de batalla. Sin embargo, tras breves instantes este también desapareció, sin duda regresando a su lugar de origen, para informar de que su primer intento de sondear nuestras defensas no había sido un éxito rotundo.

-Nos estamos acercando a Havendown-, me informó Sprie un momento después, mientras los débiles temblores que ya había notado en el fuselaje del Aquila comenzaban a ser más fuertes**-. ¿Dónde quiere aterrizar? -.** A pesar de los problemas cada vez más graves que obviamente tenía para mantenernos en el aire, su tono seguía siendo sereno, y su evidente confianza me tranquilizó bastante.

-Diríjase a la sede de las FDP-, le dije-. **Vamos a tener que organizar un comité de recepción para los transbordadores que nos siguen, y no tenemos mucho tiempo para hacerlo.**

-Sí, sí, señor-, me contestó, y volvió a centrarse en los controles. Como a regañadientes, el Aquila ganó un poco de altura, bamboleándose

mientras lo hacía, y tuve mi primera visión de la capital planetaria a lo lejos, con las cúpulas de mármol de la catedral teñidas de color rojo sangre por los rayos del sol poniente. Esperaba de todo corazón que aquello no fuera un presagio.

-Al habla el comisario Caín-, transmití a través de mi vox-, **me acerco a bordo del transbordador de la schola progenium *Sanguis Iuvenis*, hora estimada de llegada a Rytepat...(3)-.** Hice una pausa mientras dirigía a Sprie una mirada inquisitiva.

(3) *La principal base aérea FDP que defiende la capital, aparentemente nombrada por un piloto de caza que derribó un increíble número de cazas orkos durante el Primer Asedio. Estaba junto al principal centro de mando y cuartel de las Fuerzas de Defensa Planetaria, por lo que era el lugar obvio al que Caín acudiera.*

-Unos siete minutos-, me aseguró.

-Cuatro minutos-, dije con firmeza-. **Tengan un vehículo esperando en la plataforma, preparado para llevarme a la sala de operaciones-.** Volví a mirar al piloto, notando su expresión ligeramente confundida-. **Nunca está de más mantenerlos en tensión. Así hay una remota posibilidad de que puedan organizar algo antes de que lleguemos.**

Asintió, y volvió a prestar atención a los controles-. **Nos vendría bien un visioingeniero para que le eche un vistazo a estos sistemas-,** aprovechó a añadir.

-Bien visto-. le contesté y volví a activar mi comunicador**-. Envíen también un mecano-,** añadí**-. Hemos estado demasiado cerca de esos cruceros herejes para nuestro gusto-.** Por supuesto no me explayé más, y ciertamente no nos perjudicaba dar la impresión de que ya habíamos estado en combate.

-¡Sí, señor!-, contestó el operador de vox, sonando débilmente sin aliento, y el enlace se apagó.

-Puedo ver la base-, dijo Sprie con calma, dirigiéndose directamente hacia ella cruzando el centro de la ciudad, mostrando en el proceso un total desprecio por las restricciones del tráfico aéreo civil. En el momento en que comenzamos la aproximación final, ya estábamos pasando entre los capiteles de los edificios más altos, sin duda dejando un abundante rastro de ventanas rotas a nuestro paso, y pude ver claramente las manchas pálidas de los rostros que se volvían para mirarnos mientras descendíamos (**4)–. Pasando el punto de no retorno.**

(4) *Sospecho que aquí está exagerando, ya que por razones obvias ninguno de los edificios alrededor del aeródromo es lo suficientemente alto como para impedir el paso de los aviones entrantes. Por otro lado, Sprie estaba teniendo claramente alguna dificultad para permanecer en el aire, así que supongo que podría haber algo de verdad en ello y que todo se debiera a que tuvieran que volar más bajo de lo normal.*

Me aseguré de que mi cinturón de seguridad estaba bien ajustado, anticipando el impacto al aterrizar, pero para mi sorpresa este nunca llegó. Sprie ejecutó un último ajuste en los propulsores de aterrizaje, levantando el morro y rotando la nave mientras lo hacía, de manera que de repente nos encontramos delante de la plataforma de aterrizaje, cuyo perímetro estaba marcado por luces intermitentes que parecían más brillantes en la creciente penumbra del anochecer, y pude ver un camión de mantenimiento que se acercaba a ella para descargar una guardia de honor algo asustada.

Golpeamos el rococemento con fuerza, lo que hizo que Sprie se estremeciera, pero con toda honestidad he estado en aterrizajes totalmente controlados y más accidentados que aquel, y yo ya me había puesto en pie y echado a caminar incluso antes de que él terminara de apagar el motor**-. Gracias-,** le dije con total sinceridad.

-No ha sido uno de mis mejores aterrizajes-, me contestó un poco

cariacontecido**-, pero ha cumplido con su función-.** Pulsó el control de la rampa de embarque, y el olor a combustible quemado y el pánico reprimido nos llegaron del exterior, junto con el ronroneo de unos motores y un nervioso parloteo de voces.

-Y ya es hora de que yo empiece a cumplir con la mía-, le dije.

-Será mejor que se dé prisa, señor-. Sprie indicó la pantalla auspex, en la que acababa de aparecer un pequeño grupo de puntos que se movían rápidamente.

-Estamos a punto de tener compañía.

NOTA EDITORIAL:

Este parece ser un buen momento para añadir un nuevo extracto, que proporciona una visión un poco más amplia de la acción subsiguiente de lo que Caín es capaz de suministrar desde su propia posición en el centro de la acción.

Extracto de *“En la Noche Más Oscura: Evaluación de las Guerras del Milenio”*, de Ayjaepi Clothier, 127.M42.

Considerando que la primera incursión había sido repelida por los esfuerzos combinados de la *Lucre Foedus* y un asalto coordinado del ala de combate táctico con base en el aeródromo de Rytepat en las afueras de Havendown, los herejes que huían nos dejaron un venenoso legado a sus espaldas.

Los transbordadores de asalto comenzaron a aterrizar en diferentes lugares, donde sus ocupantes fueron capaces de causar considerables estragos antes de que las unidades de las guarniciones locales de las FDP pudieran acabar con ellos, incluyendo la propia capital planetaria, que fue la que sufrió el mayor peso del ataque. Fue en esa acción en la que el Comisario Caín se involucró por primera vez en el desarrollo del drama, habiéndose apresurado a ofrecer sus servicios a los valientes defensores, quienes, sin duda, estuvieron totalmente agradecidos de contar con su experta ayuda.



CAPÍTULO OCHO

-¿Quién está aquí al mando?-. Pregunté, bajando a toda prisa por la rampa con una muy cuidada actitud confiada y enérgica. Si había leído bien el auspex, sólo teníamos unos cuantos minutos antes de que llegara el enemigo, y quería estar instalado lo más cómodamente posible en un bonito y acogedor búnker de mando antes de que aquello ocurriera.

El sargento a cargo del grupo de soldados alineados al lado del transporte que había visto antes se cuadró frente a mí con evidente nerviosismo**-. Ese soy yo, señor. Sargento Benten.**

-Comisario Caín-, le dije, como si no lo supiera ya**-. Me alegro de que haya podido venir a recogerme-.** Haciendo un gesto con la cabeza a modo de saludo en dirección a los nueve soldados que le acompañaban**-. Aunque en realidad no esperaba una escolta-.** Naturalmente, ese era el tipo de comentarios que un héroe modesto debía decir, así que seguí el guion. Nunca me gusta decepcionar a la gente, especialmente si existe la posibilidad de que vivan lo suficiente para guardarme rencor. En cualquier caso, no puedo negar que me alegró verlos; si estaba a punto de verme cogido al descubierto cuando llegara el enemigo, no iba a hacer daño tener una decena de soldados interponiéndose entre mí persona y una horda furiosa de psicópatas adoradores del caos. Devolví el saludo al sargento tratando de que no se notase mi impaciencia, dado que se necesitarían unos preciosos segundos para que todos se volvieran a subir al transporte, y di un paso hacia la cabina del camión**-. Creo que será mejor que nos vayamos. Me temo que no tenemos mucho tiempo.**

-Así es, señor-. Benten subió detrás de mí, mientras el conductor

ocupaba su asiento y hacía ronronear el motor. Gracias al Emperador, había tenido la sensatez de dejarlo en marcha**-. Tenemos contactos entrantes. Pero estoy seguro de que ya lo sabe.**

-Era difícil no verlo-, le dije, deseando estar tan relajado como intentaba parecer. Al menos los pipiolos del puesto de mando parecían haberse darse dado cuenta de lo que estaba ocurriendo, y reaccionaban ante ello con cierta apariencia de eficiencia. Una batería autopropulsada de Hydras pasó por delante nuestro cuando nos pusimos en marcha, desplegándose alrededor de las plataformas de aterrizaje y las pistas utilizadas por los transportes de carga más pesados **(1)**, con sus afustes de cuatro cañones barriendo el cielo en busca de la primera señal del enemigo entrante. Más allá del perímetro, más tropas corrían hacia los emplazamientos de armas fijas, y a medida que empezábamos a coger velocidad hacia el complejo de las FDP adyacente al aeródromo pude ver esfuerzos similares en marcha alrededor del complejo de edificios y barracones más allá de la valla que separa las dos instalaciones.

(1) *Muchas de las naves atmosféricas utilizadas por las FDP eran simples vehículos sin capacidad espacial, que requerían pistas para despegar y aterrizar, que incluso algunas de las que si eran capaces de despegar o aterrizar verticalmente todavía las utilizaban para maximizar sus cargas útiles.*

-Apaguen esas luces-, ordené al contacto en el centro de mando. No había más aviones amigos detrás de nosotros, y las brillantes luces alrededor de la pista y de las plataformas de aterrizaje sólo servirían para guiar al enemigo hacia su objetivo. Después de un momento estas se oscurecieron, junto con las farolas externas que salpicaban el recinto de las FDP, e incluso unos segundos más tarde las imitaron las luces de los edificios. A medida que la noche engullía las instalaciones militares, las luces lejanas de la ciudad parecían brillar con más fuerza y nitidez por contraste, y empecé a preguntarme si tal vez había un defecto en mi estrategia; si los pilotos enemigos nos pasaban completamente por alto, se dirigirían al objetivo más visible en su lugar, con lo cual podría haber provocado que se abalanzaran sobre la capital planetaria.

Oh, bueno, en aquel momento ya era demasiado tarde para preocuparse por aquello y no suponía que, en cualquier caso, eso supondría mucha diferencia; por experiencia sabía que las fuerzas del Caos preferirían masacrar a civiles desarmados en lugar de enfrentarse en combate con soldados de verdad. (O, en ese caso, a los novatos de las FDP, pero estos eran todo lo que teníamos, así que tendría que aprovecharlos al máximo). Nuestro conductor extendió la mano hacia el interruptor del faro en el salpicadero, y luego dudó antes de pulsarlo.

-Espera-, le dijo Benten**-. Deja que tus ojos se adapten-.** Ahora tendríamos la ventaja en el primer intercambio de fuego, pues nuestra visión se habría adaptado a la oscuridad reinante, mientras que el enemigo todavía estaría tratando de orientarse cuando saliera tropezando de las lanchas de desembarco.

Asentí aliviado al observar que el sargento lo entendía.

-Justo ahora no creo que haya muchas cosas contra las que chocar-, dije para animar al conductor, y justo entonces, como para llevarme la contraria, se nos cruzó otro Hydra salido de la nada, obligándonos a dar un volantazo. Sin embargo, al poco tiempo, nuestro conductor se recompuso y aceleró a través de la creciente oscuridad del anochecer. Nos estábamos acercando a la puerta del vallado, que parecía brillar débilmente en el resplandor amarillento de la ciudad en la distancia, y empecé a pensar que podríamos llegar a un lugar seguro antes de que comenzara el ataque.

Como no podía ser de otra forma, me equivoqué del todo. Algo grande y oscuro pasó aullando sobre nosotros, chillando como un demonio que oliera por primera vez los particulares aromas de Jurgen, y se lanzó sobre la carretera de rococemento que teníamos por delante, abriendo un surco en la misma mientras se deslizaba sobre ella, haciendo que nuestro vehículo empezara a rebotar violentamente al llegar a la destrozada pista. El conductor giró el volante frenéticamente tratando de

mantener el control mientras la destrozada lanzadera se deslizaba hacia el vallado dejando una estela de escombros de rococemento, restos metálicos y llamas, como si acabara de ser vomitada desde el mimísimo infierno, demoliendo la frágil barrera antes de quedar finalmente parada. El conductor no pudo evitar pasar sobre el borde del surco de la estela que había dejado en la carretera y volcamos, dando varias vueltas de campana, hasta que por milagro nos detuvimos, curiosamente en posición normal, y continuamos la marcha a toda velocidad a través de un charco de promethium en llamas. Uno o dos segundos más tarde, nuestros neumáticos estallaron, incapaces de soportar la presión del aire en expansión de su interior.

-¡Todo el mundo fuera!-. Ordené, mientras nos deteníamos. En un vehículo inmovilizado no seríamos otra cosa que patos de feria. Era hora de irse, y encontrar una cobertura más sólida.

Miré a mi alrededor. Los Hydras estaban disparando a los transbordadores que se acercaban, sus cañones no cesaban de disparar, iluminando la oscuridad con intensos destellos anaranjados, y destrozando la mayoría de los transportes enemigos. No era de extrañar dado lo burdo del ataque. Uno de ellos explotó en el aire a unos cientos de metros de distancia, provocando una lluvia de fuego, escombros y restos de cuerpos sobre la superficie. Pude ver durante su destrucción que la mayor parte de la formación enemiga estaba formada por naves civiles desarmadas, que aparentemente habían estado en servicio antes de que fueran "*requisadas*", en lugar de tratarse de los transportes militares más robustos que yo había esperado. Eso significaba que aquella pequeña expedición había sido despachada a toda prisa por delante de la flota principal, aunque en este momento no había tiempo para reflexionar sobre todas las implicaciones de ese hecho.

-¡Por aquí, señor!-. Me gritó Benten señalando hacia un blocao que estaba a un lado, era del tipo de estructuras que se ven normalmente alrededor de los espaciopuertos y aeropuertos sin que nos detengamos a preguntarnos para que sirven, y empezamos a correr hacia él. En

aquel caso en particular, una vez que logramos persuadir a la puerta para abrirse tras un par de disparos laser y un golpe de mi espada, resultó ser el lugar donde se guardaba el equipo de extinción de incendios. (No pude evitar una sonrisa al pensar en la ironía del asunto.) Nos apiñamos dentro lo mejor que pudimos, agradecidos por las gruesas paredes, y puse a los soldados a mover las piezas más sólidas del equipo que pudimos encontrar a través de la entrada para establecer una posición de fuego adecuada.

-Esto parece bastante defendible-, dijo Benten, y asentí con la cabeza.

-Va a tener que serlo-, dije. A pesar de los mejores esfuerzos de los artilleros de los Hydra, varios de los transbordadores habían caído más o menos en una sola pieza, y de ellas salieron tambaleantes figuras, silueteadas por las llamas de sus destrozados transportes, centrándose únicamente en la búsqueda de objetivos a los que atacar. Y los estaban encontrando; las tropas locales se apresuraron a interceptarlos, camiones y vehículos utilitarios ligeros se desplazaban velozmente a través de las pistas de aterrizaje, mientras las ametralladoras montadas en los chasis lanzaban destellos cada vez que abrían fuego, mientras que los transportes de tropas Chimera, que se movían más lentamente, seguían su estela, y los multi-láseres en sus torretas se concentraban en los grupos más grandes de soldados enemigos.

Pero no estaban consiguiendo lo que buscaban; algunos de los intrusos estaban armados con lanzacohetes, enfrentándose a los blindados que se les acercaban tan fluida y eficientemente como lo hubieran hecho soldados de la Guardia Imperial, trabajando en equipos coordinados de armas pesadas. Sentí un familiar cosquilleo en las palmas de las manos, y me estremecí cuando uno de los Chimeras explotó; en lugar de perder el tiempo en un júbilo histérico, como las chusmas caóticas a las que generalmente me había enfrentado antes solían hacer, las tropas enemigas simplemente se prepararon para disparar de nuevo.

-Apunten a los equipos de armas pesadas-, le dije a Benten, quien transmitió la instrucción al resto de la escuadra con un inconfundible entusiasmo.

El enemigo no nos había visto todavía, aunque era sólo cuestión de tiempo, y yo no quería desperdiciar la ventaja de la sorpresa.

Si pudiéramos eliminar al equipo que estaba lanzando los cohetes, entonces nuestros Chimeras avanzarían sin oposición, de modo que yo podría completar mi interrumpido viaje rodeado de sólidos blindados, que deberían ser a prueba contra las armas ligeras que portaban los invasores.

Nuestra primera salva los tomó por el flanco, acabando con un par de artilleros y sus correspondientes cargadores, pero atrayendo al mismo tiempo la atención de sus compañeros de la escuadra de armas ligeras. Para mi sorpresa, el fuego de respuesta que comenzó a golpear el sólido y tranquilizador muro de rococemento que nos rodeaba consistió en una lluvia de láser, en lugar de la extraña mezcla de balas de armas de fuego obsoletas y cualquier otra cosa que hubieran podido recoger, y que era justamente lo que yo esperaba. Por algún motivo mis palmas comenzaron a picarme aún más fuerte que antes. Definitivamente algo no iba bien.

-Estamos recibiendo informes de los tribunos de Havendown-, me informó una tensa voz a través del comunicador-. **Hay tres lanzaderas enemigas dentro de la ciudad. El enemigo se está desplegando y disparando a la población civil. Los tribunos están movilizando escuadrones antidisturbios, pero no pueden contenerlos.**

-Envíen uno o dos pelotones para apoyarles-,dije, deseando haber llegado al búnker, donde tendría un grande y bonito hololito que me ayudara a seguir la pista de las unidades y sus localizaciones, por no hablar de la clara falta de herejes tratando de volarme la cabeza con un

disparo láser.

Entonces me llegó la inspiración, y saqué mi placa de datos del bolsillo de mi abrigo**-. Envíe una actualización táctica a mi placa de datos.**

Afortunadamente, sus tecnosacerdotes realizaron con presteza los conjuros adecuados, y mis códigos de anulación del comisariado me permitieron acceder al núcleo de la red de datos de las FDP sin ningún problema. De aquel modo pude echar un rápido vistazo a las disposiciones de las tropas mientras Benten y sus hombres (**2)** jugaban alegremente al tiro al hereje. Los muros de nuestro improvisado reducto eran muy sólidos, y para mi cuidadosamente enmascarada sorpresa, hasta el momento no habíamos sufrido ninguna baja.

(2) *No hay duda de que la placa de datos que le dio a Orelius había sido llevada a bordo únicamente con ese propósito.*

-Tercera compañía, secciones primera, cuarta y sexta-. dije**-. Están listas y no han entrado en combate**-. Al menos, de acuerdo con los datos que tenía, estaban sentados en sus Chimeras, listos para liderar una carga mortal por el camino principal a Havendown en el momento en que una inexistente horda de herejes mostrara sus caras.

-Pero eso dejaría nuestro perímetro sur prácticamente indefenso-, objetó mi invisible interlocutor.

-No habrá nada de qué defenderlo, hasta que el enemigo de la ciudad se canse de asesinar a civiles-, resoplé, esperando tener razón.

-Llevemos la pelea al enemigo y pongámosle fin de una maldita vez-. Obviamente, en aquel momento, estaba más interesado en salvar mi propio cuello, pero sabía que si queríamos tener una mínima

oportunidad de mantener el control sobre ese mundo a largo plazo, necesitábamos convencer al pueblo de que podíamos defenderlo. De lo contrario, la moral se desvanecería y no tendríamos ninguna esperanza de mantener el orden.

-Sí, señor-. Evidentemente a quienquiera que estuviera al mando no le había gustado mi orden, pero aquel no era mi problema; consciente de que la Inquisición ya me había encasquetado una tarea claramente desagradable, tenía en mente el panorama más amplio, y por otro lado estaba el asunto más apremiante de permanecer vivo el tiempo suficiente para decir aquello de *"Te lo dije"*.

-Están avanzando-, me informó Benten, rompiendo abruptamente la ilusión de que había encontrado un lugar razonablemente seguro desde el cual observar las cosas hasta que todo acabara**-. En orden de combate: fuego, movimiento, fuego.**

-¿Está seguro de eso?-. Le pregunté. Aquello ya no era normal, según mi experiencia las fuerzas del Caos solían avanzar a lo loco, sin ningún tipo de coordinación, gritando blasfemias e insultos, para acabar muriendo servicialmente en masa, sin mostrar nada remotamente parecido a tácticas sensatas.

Benten asintió, claramente molesto por lo que debió sonar como una falta de confianza en sus habilidades, y señaló hacia la puerta**-. Véalo usted mismo-,** dijo.

-No dudo que tenga razón-, dije, reparando el daño lo mejor que pude-, **pero eso es extremadamente inusual.**

Miré al crepúsculo campo de batalla, incapaz por un momento de distinguir entre amigos y enemigos en la penumbra cada vez más profunda, y que en sí misma era de lo más perturbadora. Los Chimeras y

los veloces vehículos ligeros se desplazaban por los flancos del enemigo, ahora que ya habíamos hecho mella en su capacidad antitanque, y la mayor parte de la fuerza del caos estaba retrocediendo en nuestra dirección. No era nada bueno. Me agaché pensativamente cuando una salva de las balas perforó pequeños cráteres de las paredes de rococementoque nos protegían, y devolví un par de disparos con mi pistola láser en respuesta, sin que se notara efecto alguno. Como había dicho el sargento, mientras la mitad del grupo que nos disparaba, obligándonos a mantener la cabeza baja, el resto de las sombras corrían hacia delante, buscando refugio en la siguiente cobertura o sombras donde esconderse.

-¿No es normal?-, preguntó Benten, y yo asentí, comenzando a sentirme seriamente preocupado. Sólo sería cuestión de tiempo antes de que una de aquellas figuras se acercara lo suficiente como para lanzarnos una granada, y en aquel momento nuestra suerte estaría echada.

-No lo es. Pocas veces he visto tropas del caos tan disciplinadas-, dije mientras buscaba en los archivos de datos el distintivo de llamada que yo quería. Siempre podría haber pasado por el centro de mando, por supuesto, pero como sin duda han deducido, no tenía mucha confianza en ellos, y en lo que respecta a salvar mi pellejo, prefiero no delegar. Encontré el que quería, entré en la red con mi autorización del comisariado y contacté**-. *Vacca Ferreus*, soy el comisario Caín, solicito que nos recojan a mi escolta y a mí-.** Como siempre, me cuidé de decir las cosas de manera que mi principal preocupación pareciera ser el bienestar de los soldados que me acompañaban, en lugar de mi centrarme en mi miserable pellejo**-. Estamos inmovilizados y a punto de ser sobrepasados por el enemigo.**

-Al habla *Vacca Ferreus*-, respondió una voz ligeramente sobrecogida, y el Chimera más cercano aceleró en nuestra dirección, escupiendo muerte incandescente con el multi-láser de su torreta principal, mientras que con el bolter pesado machacaba a los herejes que avanzaban hacia

nuestra posición. Estos replicaron con una ráfaga de sus armas de mano, salpicando su placa de armadura con marcas de quemaduras, y rodeándola con una nube de chispas de la pintura que se vaporizaba con cada impacto, pero sin recibir ningún daño vital, y en pocos momentos se detuvo junto a donde estábamos atrapados. El conductor giró el vehículo pesado sobre sus orugas, manteniendo el arma antipersona montada en el casco y su zona con el blindaje más pesado en dirección a los soldados enemigos, y la rampa de embarque trasera se estrelló contra el suelo de rococemento que teníamos delante.

-¡Por aquí!-. El comandante del vehículo nos esperaba dentro, con una pistola láser en la mano mientras nos hacía un gesto con la mano, urgiéndonos a avanzar**-. ¡Les cubriremos!**

-Le quedo muy agradecido-. Le dije, y me quedé un poco atrás para asegurarme de que ninguno de los soldados recibía un disparo de algún enemigo que hubiera podido flanquearnos, durante el angustioso viaje a campo descubierto hasta el Chimera. Nada sucedió, así que les seguí un momento después, con la seguridad de que, al ser el último en dejar nuestro refugio, acababa de consolidar una vez más mi inmerecida reputación de estar preocupado por el bienestar de los soldados comunes.

Estaba a mitad de camino a través del espacio abierto cuando vi un parpadeo de movimiento en el rabillo del ojo, e inmediatamente se me cayó la venda de los ojos. Por supuesto que el enemigo nos había flanqueado, tal y como había temido: no eran tan estúpidos como para traicionar su posición atacando a unos cuantos soldados prescindibles cuando allí tenían la oportunidad de acabar con un auténtico Héroe del Imperio. Levanté mi pistola, y luego dudé; después de todo, las figuras en la oscuridad parecían llevar un chaleco antibalas estándar del Munitorum con la insignia de la artillería antiaérea.

-¡Comisario! ¡Espere!-. Me gritó el líder de los soldados que corrían

hacia mí-. **¡Le traigo un mensaje del cuartel general!**

Le disparé al momento una vez que todas mis dudas se disiparon abruptamente, y cayó. Acto seguido sus compañeros se acercaron, levantando sus últimas armas para disparar.

Afortunadamente, para perpetrar su pequeña mascarada, habían bajado sus armas, manteniéndolas apuntando al suelo y tuvieron que volver a alzarlas para apuntar antes de que pudieran dispararme; eso me dio una fracción de segundo para actuar, y lo usé, lanzándome hacia la escotilla abierta del Chimera, del cual salía una cálida luz amarillenta. Me siguió una ráfaga de tiros de última hora, pero afortunadamente es casi imposible disparar con precisión y correr al mismo tiempo, así que aterricé en la cubierta y me puse de pie con poco más que una gruesa mancha de mugre en mi abrigo largo, y unos pocos agujeros quemados alrededor del dobladillo donde la escoria hereje había estado a punto de acertarme.

-¡Comisario! ¿Cómo lo supo?-, preguntó aturdido el comandante del Chimera, el sargento Blease según el nombre que mostraba en la armadura de su torso.

-Si del cuartel general tuvieran que enviarme algún mensaje, habrían utilizado el vox-, respondí, mientras la pesada rampa blindada se elevaba para protegernos de la ventisca de disparos. Justo a tiempo; incluso a la carrera se pueden disparar los suficientes disparos para hacer las cosas extremadamente insalubres, si cambias a disparo automático, que es lo que la mayoría de los miembros de la escuadra hereje parecía haber hecho. La torreta sobre nosotros giró rápidamente, con un gemido de servos, y el multi-láser ladró una vez más, luego todo volvió a quedar en silencio en el exterior. Me volví hacia Benten. Dije**: -Vamos fuera. Vamos a acabar con ellos antes de que se reagrupen.**

-Muy bien, señor -dijo, deseando claramente que me uniera a ellos. En

ese momento no había cosa que más deseara que retomar mi plan original, correr hacia el búnker, y dejar la limpieza a las fuerzas de las FDP, pero algo sobre aquel grupo de herejes seguía preocupándome, y sabía que no podría descansar a menos resolviera el misterio. Más concretamente, sabía que Amberley sería muy infeliz si no confirmaba o descartaba el inquietante pensamiento que acababa de tener.

-Encienda las luces-, le dije a Blease. En aquel momento, luchar a oscuras no tendría muchas ventajas, y quería estar absolutamente seguro de aclarar sin dejar duda alguna, lo que sospechaba que iba a encontrar. Si la orden lo sorprendió, no lo mostró, simplemente asintió con la cabeza para confirmarlo y pulsó los controles de los reflectores y faros externos mientras volvía a dejar caer la rampa.

La situación fuera era tan confusa como en la mayoría de los tiroteos en los que me había visto envuelto, con gente corriendo, cayendo, gritando y disparándose unos a otros, mientras la oscuridad era taladrada por parpadeantes flashes anaranjados donde vehículos y pilas de escombros continuaban ardiendo. Por el contrario, la clara luz blanca de los focos de nuestro Chimera era deslumbrante, y entrecerré los ojos por un momento para que mis ojos se ajustasen, agudamente consciente de que en el momento en que entrara en el cono iluminado me convertiría en un imán para el fuego de todos los herejes que aún estaban de pie. Me giré hacia Benten.

-Fuego de cobertura-, ordené, y la escuadra cumplió la orden al instante, soltando un aluvión de disparos en modo automático hacia la concentración más cercana de tropas del Caos. El artillero del *Vacca Ferreus* también se unió, y los enemigos se dispersaron como una bandada de patos sorprendida por una partida de caza.

Aquello iba a ser lo más que iba a conseguir: no tendría una mejor oportunidad. Me apresuré a avanzar, bordeando fastidiosamente las marcas de quemaduras y los trozos de cartílago carbonizado que

marcaban el último lugar de descanso del grupo que había intentado emboscarme, y llegué a su antiguo líder. Para mi sorpresa, todavía estaba temblando, ya que su armadura había detenido parcialmente mi último disparo, y trató de levantar su arma en el instante en que me vio.

-Muerte a los lacayos del dios cadáver-, jadeó, con evidente locura en sus ojos, y yo pateé la pistola láser antes de que su dedo pudiera apretar el gatillo.

-Buenas noches a ti también-, le respondí, apuntándole con mi pistola láser a la cabeza. Este no iba a aguantar mucho más, pero quería estar listo para acabar con él si hacía otro movimiento amenazador.

Una rápida mirada a su uniforme me dijo todo lo que necesitaba saber, y un frío escalofrío de puro horror recorrió mi columna vertebral. Mi impresión inicial había sido correcta: era equipamiento estándar del Munitorum. El relieve del Aquila Imperial en el casco y en la coraza del pecho había sido crudamente desfigurada, probablemente por algún tipo de herramienta eléctrica, y el símbolo de ocho puntas del Caos había sido burdamente estampado en su lugar.

Su fusil láser había recibido el mismo tratamiento, e hice una nota mental de ordenar que todo el equipo recuperado fuese destruido: si los espíritus de las armas habían sido corrompidos junto con las almas de sus dueños, nunca podrían ser puestos de nuevo al servicio imperial.

-¿Qué pasó en Madasa?-. Pregunté, reconociendo el parche de unidad de uno de sus regimientos de las FDP en el hombro de uniforme **(3).**

(3) *En gran parte, sospecho, porque todos ellos incluían la palabra "Madasa" en grandes letras rojas; pues de otra forma difícilmente hubiera tenido tiempo para buscar a qué unidad pertenecía el emblema.*

El hombre luchó por respirar durante un momento, y luego, para mi asombro, sonrió y me respondió.

-Varan-, dijo.

-¿Varan?-. Pregunté, desconcertado, pues en esos momentos aquel nombre no significaba nada para mí**-. ¿Quién es Varan?**

-Nos mostró la verdad. Él nos liberó.

Maravilloso, todo un aeródromo lleno de herejes moribundos que podría haber elegido para interrogar, y me había tocado uno que estaba delirando**-. Él hará lo mismo por ti cuando llegue.**

-No si puedo evitarlo-, dije, una extraña sensación de presentimiento se apoderó de mí mientras hablaba-. **La palabra del Emperador siempre ha sido lo suficientemente buena para mí.**

-Entonces seguramente estás condenado, junto con tu podrido amo.

Que el Emperador me ayude, juro que el hereje sonaba como si realmente sintiera pena por mí.

Completamente sorprendido, apenas noté el sigiloso movimiento de su mano hasta que casi fue demasiado tarde**-. Muerte a los sirvientes de...**

-Ya te estás repitiendo-, le respondí apretando el gatillo. Su cabeza explotó en una niebla carmesí, y se desplomó de nuevo sobre el rocacemento, con la granada que había estado tratando de activar

dentro de la bolsa de su equipo, cayendo de su floja mano para acabar descansando al lado de mi bota.

-¡Señor! ¿Se encuentra bien?-. Preguntó Benten, y me di cuenta abruptamente de que los disparos a nuestro alrededor casi habían cesado. Escuché las voces a través de mi comunicador por un momento, confirmando que la batalla había sido ganada, y agité la cabeza.

-No-, le dije al sargento**-. Estoy preocupado. Y eso es algo que no me hace muy feliz-.** Me di la vuelta y me dirigí hacia el Chimera que había requisado, con las palmas de mis manos picando con furia. Las cosas estaban muy mal, y si toda una vida de servicio en la Guardia me había enseñado algo, era que las cosas estaban a punto de ponerse mucho peor.



CAPÍTULO NUEVE

Afortunadamente, para cuando llegué al búnker de mando, todo había terminado, al menos en las inmediaciones de Rytepat: así que, en lugar de acudir a más combates, me senté y bebí una taza de recafeina mientras ojeaba los informes que llegaban de todas partes del planeta, lo que me parecía infinitamente preferible, a pesar de las sombrías noticias que contenían. El enemigo había atacado con fuerza en más de una docena de lugares, aunque por la gracia del Emperador, parecía que el grupo más numeroso era el que había atacado el cuartel general de las FDP, en lugar de dispersarse aleatoriamente en busca de objetivos civiles. Los que habían asaltado el aeródromo y los cuarteles vecinos habían sido superados en número, y habían terminado siendo aniquilados casi hasta el último hombre: algo por lo que parecía que yo mismo estaba recibiendo un inmerecido reconocimiento, simplemente porque estaba allí justo en aquel preciso instante **(1).**

(1) *Como es usual en Caín, ni siquiera se le ocurrió pensar que su presencia en el campo de batalla había enardecido enormemente la moral de los defensores, haciendo así una sustancial contribución a la victoria.*

Sin embargo, la historia había sido muy diferente en Havendown, eso sin mencionar los otros pueblos y ciudades que habían sido atacados. En aquellas zonas, los civiles habían soportado el peso de la invasión desprotegidos durante demasiado tiempo, hasta que las FDP finalmente movieron el culo y lanzaron un vigoroso contraataque que, en la mayoría de las ocasiones, pareció haber infligido tantos daños colaterales como la gratuita destrucción del enemigo.

-Este es un asunto muy grave-, dijo el Gobernador Planetario, agitando la cabeza con tristeza, para que todos viéramos lo serio que se lo estaba tomando**-. ¿Tienen idea de lo que esperaban conseguir?**

-Simplemente sembrar tanto pánico como les fuera posible antes de la llegada de la flota invasora principal-, dijo Rorkins.

Nos habíamos reunido con el Gobernador, Lio Trevellyan, en los jardines de su residencia, disfrutando de una amplia vista de los cuidadosamente atendidos jardines cerca del centro de la ciudad; sólo las agujas de los bloques vivienda y de las fábricas que sobresalían sobre el muro perimetral rompían la ilusión de estar en un retiro rural. Desde nuestros asientos en un fragante cenador de hegantha, que actuaba como una cortina contra el viento, y que nos protegía eficazmente de las miradas entrometidas y de las orejas hiperactivas, algo que habrían sido demasiado difícil de lograr en el interior del palacio, pude ver unidades de la guardia de la casa patrullando en la parte superior de la muralla perimetral. Finas espirales de humo aún se elevaban en la distancia, marcando las localizaciones de las batallas de la noche anterior, que, gracias al Trono, los soldados que había enviado parecían haber vencido sin demasiada dificultad.

-Ese parece ser el caso-, estuve de acuerdo, tratando de ignorar el fuerte olor de las flores de hegantha que nos rodeaban. Era la flor favorita de Amberley y, por muy agradable que fuera recordarla, no me ayudaba a concentrarme. No sólo eso, por extensión, era un recordatorio de la aparentemente imposible misión que, en su nombre, Orelius había arrojado a mi regazo, antes de salir corriendo del sistema con el rabo entre las piernas, lo que como mínimo era algo así como una distracción**-. El objetivo principal está perfectamente claro: pretendían decapitar el alto mando de las FDP, aunque no había objetivos militares en ninguna de las otras localizaciones atacadas-.** Aunque por lo que yo había visto, los comandantes de alto rango que quedaron después de que los diezmos de la Guardia se hubieran llevado a cualquiera que fuera medio competente, difícilmente podrían haberse desempeñado peor si hubieran sido literalmente privados de sus cabezas**-. Analizaremos todos los informes de inteligencia que podamos reunir, por supuesto; quizás eso nos pueda ayudar a detectar algún motivo subyacente, que hasta ahora hemos pasado**

por alto.

La mayoría de los presentes alrededor de la improvisada mesa de conferencias, que había sido erigida apresuradamente sobre un par de caballetes por unos descontentos jardineros, asintieron con la cabeza. Aparte de Rorkins, yo mismo, y el Gobernador Trevellyan, también estaban presentes Visiter y Julien, así como un puñado de altos funcionarios de las FDP cuyos nombres no me había molestado en escuchar. Su aparente voluntad de dejar a los ciudadanos de Havendown a su suerte en lugar de desviar alguna de las unidades de su plan de batalla era algo que aún me tenía enormemente molesto: no es que me preocupara particularmente por un grupo de civiles a los que nunca había conocido, claro está, pero protegerlos era precisamente para lo que se suponía que debían servir las FDP, y si estos abandonaban ese deber, no había forma de saber qué más iban a dejar de lado. No sólo eso, sino que habían dejado ver una rigidez de pensamiento que era potencialmente desastrosa en el campo de batalla, donde las circunstancias están cambiando constantemente, y no adaptarse a ellas significa que la gente muera, algo que me podía incluir a mí.

La convocatoria del Gobernador había llegado poco después del amanecer, alcanzándome justo cuando estaba a punto de regresar a la schola, así que, aprovechando la circunstancia, inventé algunas excusas y envié a Sprie de vuelta con el Aquila **(2)** para recoger a mis compañeros de conspiración. Si realmente íbamos a tomar el control del esfuerzo bélico y podar las ramas podridas del corazón del mando de la defensa, nunca tendríamos mejor oportunidad que aquella.

(2) *Lo que implica que, después de todo, consiguió el tecnosacerdote que había pedido para reparar el Aquila, aunque no se molestara en mencionarlo.*

-También estamos considerando la posibilidad de que usted podría haber sido el objetivo del grupo que atacó la capital-, dijo Julien. Se había puesto su servoarmadura para la ocasión, la primera vez que la

había visto usarla, y el color rojo brillante de su caparazón de ceramita contrastaba con el abrigo negro bordado con el sello de su orden **(3)**. Ciertamente parecía haber impresionado a Trevellyan, cuando menos; apenas nos había mirado al resto de nosotros desde que llegamos, con la obvia excepción de mi humilde persona, claro está.

(3) *La Rosa Sangrienta, por la descripción de sus vestiduras, aunque Caín no especifica al respecto.*

-Usted es el guardián ungido por el Emperador para gobernar este mundo, así que su asesinato habría entorpecido nuestros esfuerzos para defenderlo.

-Me gustaría pensar que está en lo cierto, Hermana, pero lo dudo mucho-, dijo Trevellyan-. **Si hubiera muerto, mi sobrina sencillamente habría retomado las cosas exactamente donde yo las hubiera dejado-.** Sonrió, de una manera autocrítica que yo no estaba acostumbrado a ver en los rostros de la aristocracia, y, para mi sorpresa, fui consciente de que me gustaba bastante-. **De hecho, probablemente haría un trabajo mucho mejor. Pero, por la gracia del Emperador, parece que voy a mantener el trono caliente por un tiempo más-.** Mi primera impresión había sido que era sorprendentemente joven para estar en una posición tan exaltada, pero, mientras continuábamos conversando, empecé a darme cuenta de que era mucho mayor de lo que parecía. Sin duda se había sometido a uno o dos tratamientos de rejuvenecimiento, pero lo que le hacía parecer tan joven no era tanto su físico como su evidente gusto por la vida. Una juvenil y enérgica actitud atemperada con un poco de sabiduría ganada con esfuerzo, si no me equivocaba al juzgarle.

-Sin embargo, confío en que no se opondrá demasiado si nos esforzamos por mantener a su sobrina esperando tanto tiempo como podamos-, añadió Visiter.

Todos habíamos acordado presentar el frente más unido posible, apoyándonos mutuamente allá donde la conversación nos llevara, para subrayar nuestra experiencia en estos asuntos y el hecho de que podíamos funcionar sin problemas como un equipo. Por supuesto, incluso si lográramos anular a los comandantes de las FDP, todo lo que hiciéramos seguiría estando bajo la jurisdicción nominal del Gobernador, aunque éste parecía lo suficientemente sensato como para dejarnos seguir adelante con la tarea de salvar a su mundo con una mínima interferencia.

-No me opongo a eso en absoluto-, aseguró Trevellyan con una sonrisa.

-Bien-. Adopté mi clásica pose de comisario, la que había sido conocida por hacer que los generales se desanimaran con aprensión, y me incliné sobre la mesa para enfatizar la seriedad de la situación**-. Entonces tenemos que ponernos manos a la obra. Las incursiones de anoche fueron una llamada de atención, y si vamos a tener un planeta que defender para finales de este mes, será mejor que la escuchemos con atención.**

-Todas nuestras unidades están en alerta máxima-, me aseguró suavemente el representante de las FDP con la mayor cantidad de cordones dorados y medallas-. **Estamos listos para responder a cualquier nuevo ataque.**

-Estoy seguro de que los ciudadanos de Havendown a los que usted quiso dejar anoche a su suerte con tal de no interferir en su estrategia se sentirán aliviados al escuchar eso-, dije sarcásticamente-. **Por el contrario, yo estoy lejos de estar seguro de que eso sea suficiente-.** Casi esperaba que me contestara, pero algo le hizo callar: o bien fue mi reputación absurdamente hinchada en este planeta, o por una adecuada apreciación de lo que era un comisario y de que era capaz de hacer si se le provocaba lo suficiente. Me dirigí al

Gobernador-. **Me gustaría sugerirle que nombre al Coronel Rorkins comandante en jefe de las fuerzas de defensa durante el tiempo que dure esta emergencia. Tiene una amplia experiencia en la lucha contra el Gran Enemigo, y si alguien en Perlia es capaz de mantener la línea contra ellos, ese es él.**

-¿Y usted, comisario?-, dijo Trevellyan, mirándome con los ojos entrecerrados-. **Habría pensado que usted sería la elección natural para el trabajo.**

-El papel de un comisario es puramente consultivo-, expliqué cuidadosamente, consciente de que para la mayoría de los civiles sólo somos oficiales de la Guardia Imperial con sombreros elegantes**-. Estamos fuera de la cadena de mando-.** Por supuesto, la mayoría de los oficiales de la Guardia escuchan con mucha atención cualquier consejo que un comisario quiera darles, ya que se nos permite dispararles si no lo hacen, pero eso es un tema distinto al que nos ocupa.

-Así es-, estuvo de acuerdo Visiter-. **E incluso si Caín estuviera dispuesto a asumir el mando directo, seguiría estando mucho mejor empleado en otra parte, levantando la moral y olfateando a los traidores u holgazanes que ya están entre nosotros-.** Su mirada descansó momentáneamente en el conjunto de uniformes que rodeaba la mesa, el tiempo suficiente como para dejar claro su punto de vista, y hacer indignar a algunos de los menos precavidos.

-Por supuesto que sí-, acepté. Aparte de todo lo demás, todavía había que considerar el asunto del Shadowlight; mis posibilidades de escabullirme para intentar cumplir mi encargo de la Inquisición sin que nadie se diera cuenta serían casi imposibles si quedaba atrapado en algún lugar rodeado de panolis que esperaban que yo salvara el maldito planeta para ellos. Sin mencionar el hecho de que si, como insistía en advertirme el picor de las palmas de mis manos, todo iba a salir

horriblemente mal, no tenía ninguna objeción a que Rorkins asumiera la culpa. Después de todo, si las cosas acababan saliendo bien a pesar de mis dudas, estaba seguro de que habría crédito más que suficiente para todos.

-Muy bien, coronel-. Trevellyan inclinó la cabeza**-. Considérese nuestro Señor de la Guerra mientras dure la emergencia-.** Su mirada barrió el extremo de la mesa donde se encontraban los oficiales de las FDP-. **Confío en que nadie tenga ninguna objeción...**

-No, por supuesto que no-, dijo el coleccionista de medallas, sin siquiera un intento simbólico de ocultar su resentimiento. Sin embargo, no iba a discutirlo con el Gobernador, ni con un comisario con una mano que casualmente descansaba en la funda de su pistola láser, así que se volvió hacia Rorkins y asintió con la cabeza**-. Estamos a sus órdenes, Señor de la Guerra.**

-Señor servirá-, dijo Rorkins suavemente-. **Nunca me ha gustado ese título en particular. Parece fomentar ambiciones malsanas.**

La implícita referencia al más notorio seguidor de los Poderes Ruinosos no se le escapó a nadie, y Trevellyan lo miró pensativo.

-No es posible seguir usando el rango de Coronel-, señaló-. **Eso dejaría a la mayoría de sus subordinados inmediatos superándole en empleo, al menos sobre el papel.**

Rorkins se encogió de hombros, con un toque de impaciencia-. **Comandante en Jefe, entonces. Tenemos cosas más urgentes que discutir que el cargo de la placa a poner en la puerta de la oficina.**

-Así es-, comentó otro de los zánganos de las FDP presentes, logrando sonar a la vez condescendiente y pelota**-. Necesitamos diseñar una**

estrategia efectiva contra los invasores lo antes posible.

-Es la primera cosa sensata que he oído de cualquiera de ustedes-, dijo Rorkins, mirando uno tras otro a todos los representantes de las FDP -. **A continuación tendremos una reunión en mi oficina para descutir la futura estrategia a seguir. Espero que puedan encontrarme una adecuada para mí para cuando llegue al búnker. Noventa minutos deberían ser suficientes para que tengan un inventario completo de nuestros recursos, así que los veré entonces-.** Esperó una fracción de segundo antes de añadir-. **Pónganse a ello. Esto no ha sido una petición.**

-Sí, señor.

Tragándose visiblemente su resentimiento por haber sido despedidos tan sumariamente, los alcornoques se retiraron de la mesa, y pudimos empezar a planear en serio la defensa de Perlia.

-Así que...-. Trevellyan esperó hasta que solamente quedamos nosotros para oírlo**-. Me interesará saber lo que tenéis en mente.**

-En este momento-, confesé-, **estamos improvisando. Pero para ser francos, la situación no se ve muy bien.**

-No, no pinta bien-. asintió Trevellyan pensativo, y nos favoreció con una sonrisa pícara-. **Pero ahora se ve mucho más esperanzador que anoche.**

-Lo que no cambia el hecho de que las FDP han sido desangradas por los diezmos de la Guardia-, dijo Julien-. **Hay menos de una cuarta del número de soldados de los que debería haber para una población planetaria de este tamaño. Aparte, los soldados con los que contamos carecen de experiencia en combate, y los niveles de mando de estado mayor son apenas capaces de atarse los**

cordones de sus propios zapatos-. Ella miró en mi dirección-. **¿Has detectado algún potencial problema en la moral de las tropas?**

-Nada tan grave que no se pueda arreglar-, comenté-. **Además, van a luchar por sus hogares y familias, eso les proporcionará la mayor de las motivaciones-.** Me encogí de hombros-. **Empecé con material mucho menos prometedor la última vez que estuve aquí.**

-Y terminó arrojando a los orkos fuera del planeta-, finalizó Trevellyan-. **Esperemos que tenga la misma suerte con esta flota hereje.**

-No será fácil-, dijo Visiter pensativo-, **pero tal vez podamos hacer algo con las naves de las FED para igualar un poco las probabilidades.**

Sacó una placa de datos y comenzó a dibujar complejos diagramas con la punta de un luxpen-. **¿Su amigo, el comerciante independiente, le proporcionó alguna idea del número de naves a los que nos enfrentaremos?**

-No me dio una cifra como tal-, admití-. **Pero serán muchas. Las suficientes como para haber arrollado dos sistemas fuertemente defendidos a lo largo de su camino. Aunque hayan sufrido graves pérdidas en Madasa, el puñado de naves que nos queda no resistirá mucho tiempo contra ellas.**

-No en un combate tradicional, sin duda-, concordó Visiter, aunque no se mostró perturbado ante dicha perspectiva**-. Pero hay otra manera.**

Levantó la pantalla para mostrarnos sus garabatos, los cuales debo admitir que no significaron absolutamente nada para mí.

-Si las situamos en el halo (4), o en uno de los campos de asteroides, con los sistemas apagados, será casi imposible detectarlas. Una vez que el enemigo empiece a moverse hacia el planeta desde el sistema exterior, podemos montar ataques contra sus flancos, apuntando a sus naves de transporte. Con eso, si el Emperador así lo quiere, podríamos eliminar muchas de sus tropas antes de que lleguen a la superficie.

(4) *La nube de escombros cometarios que marca el límite nominal de un sistema estelar.*

-Eso me suena a ataque suicida-, dijo Rorkins-. **Los transportes estarán protegidos por cruceros de guerra. No puedo pedir a sus hombres que se sacrifiquen en una apuesta tan desesperada como esa-.** Nadie cuestionó la suposición implícita de que el comodoro estaba ahora a cargo de todos nuestros activos espaciales, lo cual me alegró, porque yo no esperaba que lo hicieran.

Visiter agitó la cabeza, con aspecto ligeramente divertido.

-Nadie va a ser sacrificado bajo mi mando-, nos aseguró-. **Déjadme a mí las tácticas de la flota.**

-¡De acuerdo entonces!-. Exclamó Rorkins sonriendo sombríamente-. **Ahora lo único de lo que tenemos que preocuparnos es que las FDP actúen como se supone que deben hacerlo-.** Miró en mi dirección-. **¿Alguno de sus cadetes está preparado para el trabajo?**

-Tendrán que estarlo-, respondí-. **Se mantuvieron firmes frente a los tiránidos, lo cual es un buen augurio. Pero necesitaremos mucho más de diez cadetes para mantener la moral de la chusma que has heredado-.** Después de todo, tal vez Nelys podría tener la oportunidad de dispararle a alguien por cobardía, pensé sombríamente.

-Esperaba que los asignara al personal del cuartel general-, dijo Rorkins, para mi alivio. La idea de repartirlos por todo el planeta, y dejar que se cuidasen ellos mismos lo mejor que pudieran, me había perturbado bastante, por no decir otra cosa.

-Eso no debería ser un problema-, afirmé**-. Planeaba ordenarles que empezaran con el análisis de inteligencia-.** Aquello era parte de su entrenamiento, y debía evitar que se metieran en problemas mientras yo me escabullía al Valle de los Demonios para intentar asegurar el Shadowlight. Por supuesto, en aquel momento no tenía ni idea de que podría hacer con esa maldita cosa, suponiendo que pudiera persuadir al Mechanicus para que se desprendiera de ella, algo en lo que Orelius, investido del manto de la Inquisición, había fracasado. En fin, sólo el Emperador sabría cómo me las iba a arreglar; pero ya me preocuparía de ello cuando llegara el momento.

-Bien-. Rorkins volvió a asentir con la cabeza, y se volvió hacia Julien-. **Supongo que puedo confiar en que me ayudarás a coordinar algunas estrategias para el campo de batalla.**

-Puedes-, le aseguró la Celeste-. **Y una vez que volvamos a la schola, haré que algunas de mis novicias mayores formen una reserva móvil. Son novatas, pero aun así pueden manejar un bolter.**

-Bien-, dijo Rorkins mientras consideraba esa idea. Las novicias de las Sororitas contaban con media docena de servoarmaduras anticuadas, más maltrechas y utilitarias que la de Julien, que usaban para hacer prácticas; pero por muy novatas que fueran, sin duda alguna, tal y como iban las cosas, seguirían siendo bastante formidables contra las armas de fuego y la carne desnuda**-. ¿Alguna otra sugerencia?**

-Podríamos intentar pedir ayuda-, sugirió secamente el Gobernador. Para ser sincero, me había olvidado que aún estaba allí, absorto como

nosotros en tratar de encontrar una manera de defender el planeta.

Todos le miramos desconcertados**.**

-Tenemos astrópatas en Perlia, ya saben.

Asentí lentamente, recordando la fuente del rumor de Brasker -. **Por supuesto que sí. Pero puede que no sean de mucha ayuda.**

Eso fue un eufemismo considerable. La comunicación astropática estaba siendo poco fiable o fallida en el mejor de los casos, y con las corrientes de la disformidad provocadas por las malévolas fuerzas hemorrágicas del Ojo del Terror, así como por la vasta sombra proyectada sobre ella por la mente colmena tiránida, tendríamos tantas posibilidades de comunicarnos con la flota del sector como si les garabateásemos un mensaje en un papel, lo metiéramos en una botella y la lanzáramos por la esclusa de aire de un Aquila. Sin embargo, como había visto suceder en muchas otras ocasiones, tener una pequeña oportunidad es infinitamente mejor que no tener ninguna, así que me encogí de hombros y abrí las manos aceptando la idea.

-Vale la pena intentarlo. Podría haber alguien ahí fuera escuchando.

Por supuesto, y como luego resultó, algo podría estar escuchando atentamente en busca de señales específicas, pero afortunadamente para mi paz mental en aquellos momentos permanecía en una feliz ignorancia de ese hecho.

-Daré las instrucciones pertinentes-, dijo Trevellyan, inclinándose en su silla-. **¿Hay algo más que deba saber?**

-No por el momento, su excelencia-, respondió con tacto Rorkins.

Todavía no podíamos descartar una cábala oculta de simpatizantes del caos que tratasen de corromper las raíces del gobierno, no hay que olvidar el por qué habíamos decidido hacernos cargo de la defensa de Perlia nosotros mismos: aunque no parecía que el Gobernador fuera miembro de una conspiración de ese tipo, aun no teníamos claro en quién podíamos confiar**-. Le enviaré un informe completo a la mayor brevedad.**

-Naturalmente-, dijo Trevellyan, con una leve sonrisa, sin duda adivinando que era improbable que tal oportunidad surgiera en un futuro previsible**-. Entonces, si me disculpan, hermana, caballeros, tengo una cita urgente en el Sanitorium de Havendown. Demasiados de nuestros ciudadanos se dieron cuenta de que la guerra nos visitó ayer, y no estaría de más cuidar mis deberes para con los sobrevivientes.**

-Con un equipo de picto-reporteros a sus espaldas, sin duda-, dijo Rorkins amargamente, una vez que estuvo seguro de que el Gobernador no podía escucharnos.

-Eso espero-, dije-. **Necesitamos algo para levantar la moral entre los civiles, y si él está dispuesto a asumir el trabajo, le deseo la mejor de las suertes.**

-Bien-. asintió Rorkins, mientras su mente volvía al principal tema en cuestión**-. Entonces, centrémonos en la situación militar-.** Volvió a mirar a su alrededor, asegurándose de que nadie nos oyera por casualidad**-. Montaré un gran espectáculo al mudarme al búnker de mando principal de Rytepat, pero pasaré allí el menor tiempo posible. A todos los efectos, quiero analizar las cosas desde la schola progenium; si realmente hay una célula hereje en el alto mando, la quiero aislada de cualquier información táctica sensible.**

-Eso tiene sentido-, comenté, mientras que Visiter y Julien asentían en

voz baja**-. Y como el enemigo sabe claramente dónde está el cuartel general de la defensa, no se lo pongamos fácil estando en medio de una zona objetivo cuando lleguen-.** Un rápido bombardeo orbital sería todo lo que necesitarían para tener éxito donde había fallado la incursión de los comandos la noche anterior. Reflexionando que si no hubiera sido por la circunstancia fortuita de la presencia de Orelius en los cielos de Perlia, y el daño que había podido infligir a la flota que se acercaba, probablemente tendríamos una flotilla de cañoneras sobre nuestras cabezas derramando muerte y destrucción desde los cielos justo en aquel momento, y no pude evitar un estremecimiento.

-El terreno también es más defendible allí-, añadió Julien. Aquella era una idea preocupante, a su manera; ella tenía razón, pero el terreno montañoso que jugaría a nuestro favor para evitar un asalto, también nos dejaría sin un lugar a donde retirarnos si el enemigo lograba abrirse paso.

Aproveché para señalar aquel punto-. **Tal vez también deberíamos tener en cuenta algunos planes de contingencia para una evacuación-,** agregué-. **Las gloriosas defensas hasta el último hombre se ven mucho mejor en los libros de historia que en la vida real.**

-Trabajaré en algo a ese respecto-, prometió Visiter, dejándome un poco más animado.

-Perfecto-, dijo Rorkins, dejándome con la extraña sensación de que estaba muy confiado-, **si nadie tiene nada más que añadir, pongámonos manos a la obra para salvar el planeta.**

Desgraciadamente, tal y como sucedieron las cosas, no fue tan simple como esperábamos.

NOTA EDITORIAL:

A pesar del cinismo del Coronel Rorkins, el equipo de pictoreporteros del gobernador Trevellyan demostró ser notablemente efectivo para calmar el comprensible grado de alarma entre la población civil tras el primer ataque enemigo. La siguiente es una transcripción parcial del discurso que pronunció esa mañana desde las instalaciones del medicae principal de Havendown, después de visitar a algunas de las víctimas más fotogénicas, y que logró reforzar la moral de la población civil, al menos a corto plazo.

“Los cobardes que llevaron a cabo esta imperdonable atrocidad, y otras similares en todo el mundo, han subestimado gravemente a los ciudadanos de Perlia si creen que tales actos de barbarie socavarán nuestra determinación. Muy por el contrario, sólo sirve para aumentarla, ya que los últimos invasores que se atrevieron a poner un pie en nuestro mundo bendecido por el Emperador se vieron obligados a pagar por ello con sus vidas. Apenas habían pasado dos generaciones desde que nuestras Fuerzas Armadas barrieron a los Pieles Verdes de Perlia; con un ejército que no estaba formado principalmente por soldados profesionales, sino por ciudadanos comunes y corrientes, como nosotros, atrapados en aquellos tiempos extraordinarios.

Sé que puedo confiar en que todos ustedes mostrarán la misma fortaleza que nuestros ilustres antepasados; y con Caín, el Libertador, una vez más dispuesto a tomar las armas, no tengo ninguna duda de que nuevamente prevaleceremos.

La bendición del Emperador sea sobre todos ustedes”.



CAPÍTULO DIEZ

Me pasé el resto del día, y la noche que siguió, tratando de ocultar una febril impaciencia. Lógicamente no podía levantarme y espetarles como si tal cosa a Rorkins y a los demás: "*Hasta luego, la Inquisición me ha encargado un trabajillo de última hora, os deseo mucha suerte con la invasión mientras estoy fuera*", así que me concentré en los preparativos con la mayor energía que pude reunir y esperé la oportunidad de escabullirme con algún pretexto realmente plausible. Decir que el retraso me estaba sacando de quicio sería quedarse corto: era muy consciente de que no teníamos ni idea de cuánto tiempo iba a pasar antes de que llegara la flota enemiga, y en cualquier caso, fuera cual fuera el tiempo que nos quedara, no iba a ser el suficiente.

-Necesitamos más hombres-, dijo Julien-, **es tan simple como eso.**

Nos habíamos reunido de nuevo en el refectorio para comer, algo que habíamos retrasado mucho tiempo, descontando el bocado y la recafeina que pudimos tomar durante el vuelo, y continuamos la discusión durante la comida. Julien se había despojado de su armadura de poder por el momento, aunque tenía a mano su pistola bolter, y llevaba adonde quiera que fuera una espada sierra casi tan gastada por el uso como la mía. La mayoría de los demás instructores también iban armados, prefiriendo en general los martillos y las mazas de shock, que parecían tener la capacidad de atraer a aquellos devotos al Emperador **(1)**, mientras que el personal administrativo había optado, de manera más sensata a mi entender, por las armas de fuego. Incluso Brasker llevaba una pistola automática, sorprendentemente decorada con grabados de íconos de los santos en filigranas doradas, y que guardaba en un bolsillo de su túnica, la cual quedaba visiblemente deformada por el notable abultamiento que esta provocaba.

(1) *Como la mayoría de estas instituciones, la schola progenium estaba dirigida por la Eclesiarquía, y la mayoría del personal no especializado procedía de sus filas.*

-Tienes razón-, coincidí. El informe que acababa de mostrarme había sido una deprimente lectura. Su estimación original, de que los números de las FDP habían descendido a un cuarto de su fuerza habitual, había resultado ser un poco pesimista, pero no mucho**-. La pregunta es, ¿dónde los encontramos?**

-Creo que te las arreglaste bastante bien durante la invasión de los orkos-, dijo secamente la hermana Celeste.

-Aquello fue diferente-, dije-. **Todo el continente había sido invadido y ocupado. Cualquiera que hubiera sobrevivido ya había pasado por un infierno: sólo fue necesario proporcionarles las armas, señalarles a los Pieles Verdes y decirles que era hora de vengarse-.** Sonreí severamente-. **Y a pesar de lo que podáis haber visto en los holos, el núcleo de la milicia siempre fueron los veteranos de las FDP; en los documentales se centran en la milicia civil tan sólo por razones sentimentales, ya sabéis, personas normales que empuñan las armas para defender sus hogares y chorradas por el estilo.**

-Claro que sí-, dijo Julien-. **A todo el mundo le gusta pensar que ante la adversidad también podría ser un héroe-.** Me sonrió y agitó la cabeza-. **No entiendes muy bien la mentalidad civil, ¿verdad?**

-Ese no es mi trabajo-, le dije, tratando de no sonar como si estuviera a la defensiva. Obviamente había conocido a algunos civiles a lo largo de los años, e incluso había uno, o quizás dos, que me caían bastante bien, pero había vivido en un ambiente militar desde que una schola como aquella me había escupido en dirección al Comisariado, y la mayoría de los civiles con los que había tratado me habían parecido casi tan extraños como los tau (aunque al menos ninguno de ellos era gris).

-Bueno, entonces créeme cuando te digo que es algo que podemos usar-, dijo Julien. Me encogí de hombros, dispuesto a creer en su palabra. Su hermandad se movía entre los civiles con naturalidad, al menos las ramas no militares de la misma, por lo que parecía razonable asumir que ella sabía de lo que estaba hablando**-. O al menos puedes hacerlo en parte.**

-A riesgo de parecer un tanto espeso-, dije, vaciando los restos de mi recafeina, que se habían convertido en un amargo lodo en el fondo de la taza, y haciendo una nota mental para enviar a Jurgen a buscarme una taza de tanna**-, no veo cómo.**

A pesar de mis mejores esfuerzos, no pude reprimir un bostezo. El amanecer ya estaba tiñendo el cielo más allá de las ventanas de un azul brillante rodeado de blancas nubes, como los ojos de Amberley, y no había dormido desde la noche anterior. Había estado mucho más cansado en innumerables campañas antes, por supuesto, pero en esta ocasión estaba empezando a pensar que me estaba haciendo demasiado viejo para todo eso.

-Es fácil-, dijo Julien, con una leve sonrisa de simpatía, pero claro, ella tenía la mitad de mi edad, y sin duda su fe le proporcionaba la energía que a mí ya me faltaba**-. Simplemente prepara un anuncio con una o dos buenas picto-imágenes tuyas en pose heroica, pidiendo voluntarios para formar una nueva milicia. Te aseguro que se apuntarán en masa.**

-Para ser masacrados-, señalé-. **No tenemos tiempo para entrenarlos, eso es seguro.**

-Tan pronto como lleguen los herejes van a ser masacrados de todos modos-, dijo Julien-. **Lo sabes tan bien como yo.**

Asentí sobriamente, admitiendo su punto de vista. En el pasado, había visto en demasiadas ocasiones las secuelas de las incursiones del Caos, y si había algo de lo que estaba seguro, era que el concepto de no combatientes ni siquiera existía para los degenerados peones de los Poderes Ruinosos. Si algunas de sus víctimas conseguían llevarse con ellos a algunos de los invasores, al menos eso nos daría un poco más de tiempo, cuando menos, y nunca he tenido aversión a un poco más de carne de cañón entre el peligro y mi persona.

-Vale la pena intentarlo-, dije-. **Haré que Jurgen se encargue de los preparativos.**

-Bien dicho-. dijo Julien y sonrió alentadoramente-. **Entonces puede que quieras empezar a meterles el miedo al Trono a algunos de esos comandantes de regimiento de las FDP mientras esperas-.** Añadió, pasándome algunos informes más sobre el estado de preparación de las FDP desde su placa de datos, y yo gemí interiormente. Apenas tuve tiempo antes de que ella apagara el aparato y lo guardara en un bolsillo de su cinturón, junto a la funda de su pistola bolter y varios cargadores de repuesto, pero por el veloz vistazo que pude echar, las cosas se veían bastante mal.

-Haré que uno de mis cadetes prepare un resumen-, le dije. En cualquier caso, ya habían preparado la mayor parte del análisis de inteligencia, ya que era un ejercicio útil para ellos, y era demasiado tedioso como para ocuparme de ello en persona, aunque hubiera podido encontrar el tiempo para ello.

-Buena idea. Y mientras ellos lo hacen, trata de dormir un poco-, me aconsejó Julien-. **Vas a tener que dar la imagen de un gallardo héroe, no de un marinero idiota con ojeras volviendo al puerto estelar con resaca tras una noche de juerga.**



A pesar de su falta de tacto, su consejo era indudablemente acertado, y decidí seguirlo. En cualquier caso apenas pude dormir un par de horas, pero había pasado el tiempo suficiente en el campo a lo largo de los años para darme cuenta de la gran diferencia que podía suponer incluso una pequeña siesta, así que, asistido por el gran tazón de tanna y el plato lleno de grox salado y huevos que Jurgen me había proporcionado diligentemente tras despertarme, me sentí razonablemente bien cuando Kayla y Donal aparecieron en mi estudio con el primer resumen que habían logrado preparar de los informes de inteligencia que les había entregado la tarde anterior.

-Parece que el coronel tenía razón-, dijo Donal-. **Aparte del ataque a Rytepat, los demás asaltos son aparentemente aleatorios-.** Me pasó una placa, en la que había marcado las posiciones de los distintos ataques-. **Los rojos señalan los contactos confirmados y los amarillos los no confirmados.**

-¿*"No confirmados"?-.*preguntó-. **Pensé que habíamos seguido todas sus trayectorias antes de que aterrizaran.**

-Las FDP afirman que así lo hicieron-, dijo Kayla, con un claro tono de escepticismo en su voz-. **Pero en estas dos zonas de aterrizaje no encontraron nada cuando llegaron para enfrentarse al enemigo-.** Comentó, señalando el par de íconos amarillos, los cuales observé con cierto escalofrío, pues ambos estaban en el continente oriental, aunque demasiado lejos del Valle de los Demonios como para que la instalación oculta de la Inquisición hubiera sido su objetivo-. **Los informes de los oficiales al mando son tan completos como se puede esperar-.** Una vez más, por el tono de su voz quedo claro que tampoco esperaba mucho de dichos informes.

-Déjame ver-, dije, buscando dichos informes hasta que los encontré. Eran tan torpes y autocomplacientes como esperaba, y dejé caer la placa sobre mi escritorio tras apenas echarles un rápido vistazo**-. ¿Qué queda después de quitarles las chorradas y los intentos de cubrirse el culo?**

-Muy poco-, dijo Donal, logrando de alguna manera transmitir un grado de cansancio asombroso para un muchacho de su edad-. **Había señales de aterrizajes forzosos en ambas zonas, pero los transbordadores estaban mayormente intactos, aun cuando ya no eran aptos para volar. No se encontraron cuerpos en ninguna de las dos zonas de aterrizaje, lo que implica que los ocupantes desembarcaron en buenas condiciones, a pesar del impacto. El teniente a cargo del pelotón que acudió al área de desembarco en el Barrens afirma haber encontrado múltiples señales de pisadas y cargadores de energía gastados: se atreve a sugerir que esto podría indicar que los intrusos entablaron un tiroteo con alguien. El pelotón que fue a la otra localización ni siquiera se ha molestado en comentar nada al respecto.**

-No las habría-, dije. El segundo sitio marcado en amarillo estaba en medio del desierto que atravesaba el continente, y recordé muy vívidamente cómo el viento constante borraba cualquier rastro de presencia humana con corrientes de arena si las condiciones climáticas eran las correctas**-. Pero es mejor advertir a los asentamientos cercanos a esas áreas de que podrían estar a punto de recibir visitas.**

Eso ya es lo último que nos faltaba, bandas guerrilleras de infiltrados del Caos yendo y viniendo a su antojo.

-Sea como sea, la cuestión es: ¿con quién podrían haber luchado en la primera área?-. Preguntó Kayla, y Donal se encogió de hombros.

-El teniente sugiere que con orkos-, dijo con gesto despectivo, como si el chiste no le pareciera gracioso-. **Al parecer tienen brotes ocasionales en la región, según dicen, y él está seguro de que ninguno de los nuestros estaba tan cerca como para interceptar al enemigo.**

-Suenan como orkos muy cuidadosos y ordenados-, dije, tratando de suprimir una repentina imagen mental de asesinos de metal de pálidos rostros -. **Si hubieran atacado a los herejes, el lugar estaría lleno de proyectiles. Sin mencionar los cuerpos hechos pedazos.**

Tratando de ignorar el hormigueo en las palmas de mis manos, volví a hojear el informe, un poco más cuidadosamente esta vez. Aquel teniente, Tyso se llamaba, parecía haber sido bastante minucioso, aunque solo fuese para desviar la posibilidad de ser culpado por dejar que el Trono sabría cuántos invasores fuertemente armados camparan a sus anchas en la provincia. Incluso había adjuntado unas cuantas fotos y un diagrama que indicaba la ubicación exacta de los cargadores de energía desperdigados por el suelo, y no me sorprendió comprobar de mala gana, que se trataban de las municiones estándar de los fusiles normalizados usados por la Guardia Imperial. Con toda probabilidad se trataba de más desertores Madasanos, lo cual no era una perspectiva agradable. En lugar de los típicos guerreros del Caos con cuernos y horribles mutaciones, aparentemente habíamos perdido la pista de soldados entrenados que podían pasar desapercibidos entre nuestra propia gente, y sólo el Emperador sabría cuántas maldades podrían hacer en las ignorantes poblaciones a las que llegaran.

Entonces algo sobre la forma en que los cargadores de energía habían sido dispersados me llamó la atención. Habían sido descartados más o menos formando un perímetro alrededor de la lanzadera derribada, precisamente donde, dado el terreno, yo habría puesto guardias para asegurar la zona de aterrizaje mientras los soldados comenzaban el despliegue. No necesité mucha imaginación para llenar el resto: un enemigo avanza inexorablemente, forzando a los defensores a

retroceder, dejando caer sus agotados cargadores allá donde proceden a recargar su arma, mientras silenciosos guerreros van estrechando el cerco paso a paso, con los rayos del sol naciente reflejándose sobre sus cuerpos metálicos y avanzando impasibles a través de las salvas de láser...

Basta, me regañé a mí mismo. La falta de sueño, y mi comprensible preocupación por el Shadowlight, estaban despertando viejos fantasmas en mi memoria.

A pesar de mi continua preocupación por la posibilidad, todavía no había evidencia real de que los necrones estuvieran en cualquier parte del sector, y mucho menos vagabundeando por Perlia.

Pero mi paranoia no cesaba, ignorando mis mejores esfuerzos para silenciarla. A ver, el Shadowlight era inimaginablemente antiguo, ¿verdad? Es cierto que había historias sobre misteriosas razas precursoras, desaparecidas o muertas hacía eones, en las que incluso los eldar apenas creían, pero las únicas que vivieron, e inequívocamente aún estaban dando guerra, desde el principio de los tiempos eran los necrones **(1)** ¿Y si el Shadowlight les perteneciera, y quisieran recuperarlo?

(1) *En realidad, "vivo" es algo discutible en lo que se refiere a las necrones. "Animados" sería probablemente una mejor descripción.*

-¿Señor? ¿Se encuentra bien?-, preguntó Kayla, con una evidente nota de preocupación en su voz.

Sus palabras me llevaron de nuevo al presente y agité la cabeza para disipar los fantasmas que mi temerosa y exhausta mente había conjurado**-. Me temo que anoche no pude dormir mucho -,** le respondí, tratando de parecer como si estuviera suprimiendo un bostezo,

para cubrir plausiblemente mi momentánea falta de atención.

-Otra dudosa ventaja de nuestro trabajo-. Volví a prestar atención a la lista de datos-. **¿Tenemos algún indicio de cuál podría haber sido su objetivo?**

Si lo hubiera, nos simplificaría enormemente las cosas. En lugar de tener que peinar el campo en busca de un número desconocido de infiltrados, sólo tendríamos que poner una guardia en su objetivo y esperar a que aparecieran para acabar con ellos.

-Ninguna en absoluto-, dijo Donal, sonando ofendido por el comentario**-. Esas áreas no son más que zonas salvajes. No hay nada en kilómetros a la redonda-.** Hizo un gesto de dolor visible cuando Jurgen apareció detrás de él, con una bandeja en las manos, y pareció que intentaba aguantar la respiración.

-Pensé que le gustaría un poco de tanna, señor-, dijo mi ayudante, depositando un tazón de té en la mesa frente a mí, y vertiendo una generosa cantidad de la tetera que lo acompañaba.

-Gracias, Jurgen. Realmente lo necesitaba-, le aseguré, sorbiendo el fragante líquido con gratitud-. **Tampoco hay nada en el desierto-,** reflexioné en voz alta.

-No, a menos que estuvieran buscando demonios de arena-, dijo Kayla, sorprendiéndome. Yo había hablado en voz alta sin otra intención que la de aclarar mis propios pensamientos, sin esperar una respuesta.

-¿Demonios de arena?-. Pregunté, recordando tardíamente que ella era nativa de Perlia, como muchos de los estudiantes de la schola; con tantos perlianos sirviendo en la Guardia Imperial luchando contra los tiránidos, un goteo constante de sus descendientes había ido llegando a

la schola a lo largo de la guerra.

-Sólo es una leyenda local-, dijo despectivamente-. **Algunos de los habitantes del desierto profundo afirman haber visto cosas así de vez en cuando y, por supuesto, siempre que alguien desaparece, los culpables son los demonios de arena-.** Hizo una breve pausa**-. Bueno, al menos así era hasta que llegaron los orkos.**

-¿Cómo son esos demonios?-. Le pregunté, tratando de mantener un tono de voz normal.

Kayla me miró un tanto extrañada por mi pregunta, y luego se encogió de hombros-. **Creo que eso depende más bien de quién está contando la historia-,** dijo-, **y de cuánto haya bebido. No existen en realidad, son fantasías, leyendas…**

-Claro que no existen-, dije, ligeramente aliviado por su obvio escepticismo. Pero había visto un montón de cosas extrañas a lo largo de los años, y no estaba dispuesto a descartar una aparente coincidencia tan a la ligera. El Valle de los Demonios también tenía una siniestra reputación entre los perlianos, como el mismo nombre implicaba, y el Shadowlight había sido encontrado allí.

No era absurdo suponer que quien, o lo que fuera que lo había construido, había dejado otros rastros de su presencia esparcidos por todo el planeta, igualmente enterrados, y en los que aún podrían quedar rastros psíquicos similares. Las fuerzas del Caos tenían afinidad con ellos, tan seguro como que los perros tienen pulgas; tal vez algunos de ellos podían sentir esa aura, guiando a los asaltantes a sitios que la Inquisición y el AdeptusMechanicus aún no habían podido identificar. Pero eso no tenía sentido para mí: si realmente tenían ese tipo de habilidad, ¿por qué no habían concentrado su ataque sobre el Valle de los Demonios directamente, en vez de irse al culo del mundo en medio de ninguna parte **(2)**?

(2) *Porque ni nosotros ni el Mechanicus somos especialmente estúpidos, y nos habíamos asegurado de que nuestra instalación estuviera bien protegida de la detección psíquica.*

Desgraciadamente, sin ningún tipo de pruebas concretas, cualquier especulación en ese sentido habría sido especialmente infructuosa, por lo que volví a prestar atención a los asuntos que podíamos verificar.

-¿Habéis podido identificar algún objetivo enemigo entre los contactos confirmados?-. Les pregunté. Había tenido a casi todo el grupo trabajando en el problema, por supuesto, no sólo a estos dos, pero había escogido a Kayla y a Donal para entregar el informe porque, a su manera, eran los más intuitivos del grupo, y serían los más que tendrían más facilidad para hacer nuevas conexiones mientras discutíamos el resumen de inteligencia.

Donal agitó la cabeza-. **Hasta donde podemos ver, han atacado al azar-,** dijo-. **Por lo general, descendieron en, o cerca, de un centro de población local, se dirigieron allí y comenzaron a destrozar el lugar hasta que aparecieron las tropas de las FDP. Luego, en la mayoría de los casos lucharon hasta la muerte.**

Recordando el truco que el soldado que había intentado interrogar casi había logrado hacer con la granada oculta, no me quedaron dudas al respecto.

-Se trata de pura destrucción gratuita-, coincidió Kayla-. **No hay un patrón en nada de esto-.** Empezó a buscar en una lista-. **Mercados, museos, bloques de viviendas, santuarios del Mechanicus, tiendas de productos agrícolas y un par de cuarteles regionales de los Tribunos-.** Se encogió de hombros-. **Y eso es lo más cercano a un objetivo estratégico que hemos podido encontrar.**

-¿Qué hay de los templos?-, pregunté, sintiendo un repentino

escalofrío de malestar. Los dos cadetes me miraron con curiosidad durante un momento, y luego revisaron sus placas.

-Sólo uno-, dijo Donal, al cabo de un rato-. **En Mistfall. Sufrió algunos daños colaterales cuando el enemigo les atacó.**

-Eso definitivamente no encaja-, dije. Había visto muchas incursiones del Caos en mis tiempos, y las secuelas de muchas más, y en todos los casos, lo primero que habían hecho era profanar todos los templos y símbolos del Emperador que habían podido encontrar, incluso fundir las medallas votivas si les daba tiempo. Cada asentamiento en el planeta tenía al menos una capilla dedicada a Él en Terra, y la mayoría un templo completo, preferiblemente más grande y llamativo que el de la aldea vecina. El hecho de que los saqueadores del Caos simplemente ignoraran estos santuarios a su enemigo más odiado en favor de un pillaje aparentemente sin rumbo era algo que no tenía precedentes.

-Si han ignorado los templos, sólo puede ser porque buscaban algo más específico, creedme-. Identificar cual podría ser ese objetivo ya era harina de otro costal. Lo que tenía claro era que no iba a comentar mis sospechas con los cadetes.

-Ahora que lo menciona, sí, es verdad que parece extraño-, dijo Donal, ligeramente sorprendido-. **Echaré otro vistazo a la información.**

-Hazlo-. Asentí con la cabeza-. **Puede que haya un patrón que aún no hayamos descubierto-.** Me volví hacia Kayla-. **¿Puedo asegurarle al Gobernador que él no era el objetivo de un equipo de asesinos, al menos en esta ocasión, o los IPC (3) de Havendown todavía apoyan la hipótesis de la Hermana Julien?**

(3) *Informes Posteriores al Combate, IPC, que se distribuyen por la cadena de mando de las unidades involucradas en un combate para su posterior evaluación.*

-Ninguna de las unidades enemigas parecía dirigirse directamente al palacio-, me aseguró Kayla-. **Aunque supongo que es posible que esperaran atraer a un número suficiente de defensores fuera de sus puestos como para permitir que uno o dos asesinos se colaran.**

-Sin embargo, no es probable-, agregó Donal, activando un mapa de la capital planetaria en su placa mientras hablaba-. **Los transbordadores aterrizaron aquí, aquí y aquí, en Riverside, la Plaza Mayor y la Plaza de la Liberación.**

-¿Ese jodido reloj recibió algún daño, aunque sólo haya sido por casualidad?-. Pregunté esperanzado, pero Donal sacudió la cabeza.

-Sigue completamente intacto-, me aseguró, ampliando la imagen. **-Si el Gobernador fuera el objetivo principal, podrían haber accedido fácilmente a los jardines del palacio.**

-Ya veo-. Eso era obvio-. **Así que volvemos a pensar que sólo intentaban causar pánico.**

-Eso parece-, estuvo de acuerdo Kayla-. **Los que llegaron a Riverside se desplegaron por todo el campus universitario, y fueron aniquilados al intentar cruzar el descampado entre el estudio de teatro, el departamento de historia y la facultad de literatura gótica. Los Tribunos mantuvieron al grupo aislado desde la plaza hasta que llegaron las FDP, por lo que no fueron a ninguna parte, sino que trataron de defenderse en la oficina de registros del Administratum. Y los de la Plaza se suicidaron cuando el Museo de la Colonización fue rodeado-.** Se encogió de hombros-. **En cualquier caso, allí no había nada de interés, sólo unos pocos modelos y exhibiciones sobre los primeros asentamientos.**

-Entiendo -, dije con franqueza.

Según mi experiencia, los secuaces del Gran Enemigo generalmente tenían algún tipo de razón para todo lo que hacían, aunque tuvieras que estar tan chiflado como ellos para entenderlo. En aquel caso, sin embargo, me pareció obvio que buscaban información sobre la antigua Perlia, aunque no tenía ni idea de qué tipo. Aunque yo sospechaba que, casi con toda seguridad, esperaban encontrar algo que les llevase a el Shadowlight. Aunque eso era algo que no podía compartir con los cadetes**.**

Tal vez era para distraer nuestra atención del ataque a la estructura de mando de las FDP-. Aquello sonaba plausible, así que estaba seguro de que Rorkins y los otros lo darían por bueno. Donal y Kayla asintieron con la cabeza, aparentemente felices de creerlo también, así que me recosté en mi silla, listo para dar por finalizada la reunión y darles permiso para retirarse.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta, y un murmullo cuyo tono se iba elevando gradualmente más allá de la puerta de madera me informó de que Jurgen estaba protegiendo mi privacidad tan celosamente como siempre lo había hecho.

-¡Esto no puede esperar!-. Insistió la voz de Nelys, y yo suspiré.

-¡Déjalo entrar, Jurgen!-, exclamé, esperando no arrepentirme de ello. Había asignado a Nelys al equipo que supervisaba el interrogatorio del puñado de supervivientes enemigos, y no esperaba que obtuviera resultados concretos tan pronto. Al poco la puerta se abrió y Nelys entró en la habitación, tratando de no parecer emocionado.

-Comisario. Hemos encontrado algo-, dijo sin preámbulos, y con una simple mirada a sus compañeros cadetes. Dejó caer una placa de datos

sobre mi escritorio, con una mirada tan absurdamente complacida consigo misma que sentí un impulso momentáneo de lanzarle una galleta-. **Pensé que querría ver esto de inmediato.**



-¿Qué es exactamente esto?-. Preguntó Visiter, frunciendo el ceño ante la pequeña pantalla.

-Eso-, dije dramáticamente**-, es nuestro enemigo-.** Asentí al tecnosacerdote de la esquina, que hizo algo arcano con el equipo de proyección de la sala de conferencias, y la pequeña foto se reprodujo abruptamente en el hololito integrado en el tablero de la mesa. Apareció la imagen de un hombre, fluctuando un poco, un sacerdote vistiendo un austero uniforme de corte militar, con el símbolo del Caos, la estrella de ocho puntas en el bolsillo del pecho de su abrigo y la insignia en su sombrero**-. El Señor de la Guerra Varan. Aparentemente conocido por sus seguidores como el Conquistador, el Invicto, el Gran Líder, y toda una auténtica plétora de otros epítetos aduladores.**

-¿De dónde ha salido eso?-, preguntó Rorkins.

-Uno de mis cadetes lo encontró entre los efectos personales de un prisionero que había estado interrogando-, le dije-. **Los supervivientes de la incursión no han sido muy comunicativos sobre las razones de su misión ni sobre los recursos de la flota principal, pero, según las transcripciones de los interrogatorios, difícilmente se les puede persuadir de que dejen de hablar de él. Según ellos, Varan es el líder más grande que la galaxia ha visto nunca.**

-A mí me parece un poco bajito-, dijo Julien, resoplando impaciente ante la implícita blasfemia-. **Y ese pequeño y ridículo bigote le hace parecer un payaso.**

-Sin embargo, por lo visto es un orador bastante carismático-, dije. El pictograma mostraba a Varan de pie en un podio, despotricando sobre la supuesta perfidia del Emperador y de todos los que le seguían, frente a una entusiasta multitud que debía de estar formada por miles de personas. Había notado sobrecogido que muchos de los presentes aún llevaban uniformes Imperiales, pero su entusiasmo por las tonterías que decía parecía tan genuino como el de los demás.

-No consigo ver ese carisma-, comentó Visiter, y me vi obligado a estar de acuerdo. Incluso teniendo en cuenta las deficiencias del audio básico de la placa, la voz de Varan tenía un timbre untuoso y quejumbroso que me ponía los dientes de punta, y sus gestos teatrales con las manos eran exagerados hasta el punto de parodiarse a sí mismo. En lugar de interrumpir periódicamente con entusiasmados aplausos, me sorprendió que el público no hubiera empezado a arrojarle fruta podrida.

-No creo que necesitemos oír más de eso-, dijo Rorkins, y el tecnosacerdote de la esquina desconectó el video del despotricante demagogo**-. Es un completo sinsentido.**

-Así es, yo lo he escuchado todo antes de venir-, le confirmé.

De hecho estaba totalmente de acuerdo: para ser supuestamente un genio, Varan tenía un vocabulario bastante restringido, y su comprensión de las analogías y las metáforas era muy endeble, y eso en el mejor de los casos. Su discurso, que parecía haber impresionado tanto a sus nuevos conversos, era poco más que un vago compendio del tipo de consignas que gritaban los degenerados soldados de a pie del Caos mientras se lanzaban hacia los cañones de nuestras armas.

-Obviamente se trata de una escena con fines propagandísticos-, estuvo de acuerdo Julien-. **Nadie en su sano juicio podría soportar escuchar esa basura.**

-Sin duda, sin embargo, el soldado enemigo al que Nelys le confiscó el pictograma parecía realmente angustiado por perderlo-, expliqué, refiriéndome al informe del cadete-. **Dice que lo llevaba para inspirarse en el campo de batalla y como prueba visible de la invencibilidad de Varan-.** Continúe leyendo-. **Según Nelys, el tipo parecía bastante sorprendido de que éste no se hubiera convertido inmediatamente a la causa del Caos en el mismo momento en que vio el pictograma.**

-Absolutamente delirante-, dijo Rorkins, y luego se encogió de hombros-. **En fin, supongo que era de esperar.**

-Exactamente-, añadió Julien-. **Nadie en su sano juicio jamás le daría la espalda a Su Majestad, especialmente porque lo dijera un patético enano como ese-.** El resto de las cabezas alrededor de la mesa asintieron, la mía entre ellas, y volvimos al asunto de prepararnos para la guerra.

Por supuesto, visto en retrospectiva parece sorprendente que desestimáramos a nuestro antagonista con tanta ligereza, sobre todo sabiendo que ya había conquistado dos sistemas mucho mejor defendidos que el nuestro; todo lo que puedo decir en nuestra defensa es que, al menos en las fotos, no parecía una amenaza tan grande. Y cuando se hizo evidente lo mucho que lo habíamos subestimado, ya era demasiado tarde.

NOTA EDITORIAL:

La siguiente transcripción se adjunta sin más comentarios, ya que, francamente, no sé qué decir.

“¡CIUDADANOS DE PERLIA!

Algunos de ustedes pueden haber oído hablar de mí; puede que incluso algunos de ustedes me reconozcan. Mi nombre es Ciaphas Caín, y hace casi dos generaciones luché para defender este mundo de los invasores Pieles Verdes que se habían atrevido a profanarlo, codo con codo con mujeres y hombres comunes y corrientes, como ustedes. Su valentía e ingenio han pasado a la historia, y son celebradas incluso hoy en día.

Ahora, su noble legado está amenazado por un enemigo aún mayor. Todos hemos oído los rumores de que el Gran Enemigo ha desatado una de lo que ellos llaman “cruzadas” contra el Imperio, y lamento informarles que hay un elemento de verdad en esas historias. Aunque nuestras fuerzas están reteniendo la marea en el otro lado de la galaxia, manteniéndolos encerrados en su propio inmundo reino, unos pocos supervivientes dispersos de la flota enemiga han huido aterrorizados de la justa retribución que se les está infligiendo. Una de esas flotillas ya ha cometido el error de pensar que Perlia no estaba defendida y pagó el precio de su arrogancia con sangre, pero tenemos razones para sospechar que un segundo grupo, posiblemente más grande, está siguiendo sus pasos.

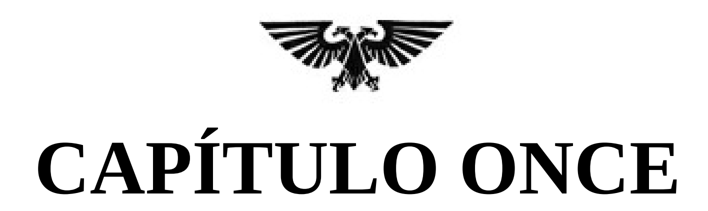
Las FDP y sus camaradas de armas en el espacio están bien preparados para enfrentarse a cualquier nueva incursión, pero la guerra contra los tiránidos les ha dejado con una gran necesidad de refuerzos. En consecuencia, el Comandante Rorkins ha decidido restablecer la milicia civil, que tan hábilmente se desempeñó durante los oscuros días de la invasión orka, a fin de liberar a un mayor número de soldados

profesionales para que desempeñen funciones de primera línea.

Es por ello que apelo a que todo ciudadano sano y capaz que se sienta deseoso de ayudar, se una a nosotros en este heroico esfuerzo. Se están instalando estaciones de reclutamiento en todas las comunidades, en los centros regionales de los Tribunos, en los templos y en otros puntos similares. Encontrarán todos los detalles en los pictogramas o en los impresos de reclutamiento.

Las semanas y los días venideros serán indudablemente difíciles para todos nosotros, pero si nos mantenemos unidos, prevaleceremos en el nombre de Su Divina Majestad.

El Emperador Protege".



CAPÍTULO ONCE

Bueno, tengo que admitir que, a pesar de mi escepticismo, parecía como si, después de todo, Julien hubiera sabido de lo que estaba hablando.

Un día después de que yo hiciera el picto anuncio, las estaciones de reclutamiento estaban prácticamente asediadas. Los ciudadanos se apuntaron en masa, deseosos de dar sus vidas por el Emperador, o, más probablemente, imaginando con cariño que alguien más daría las suyas en su lugar, dejándoles que aburrieran a las generaciones futuras con sus historias de guerra.

-No es que me esté quejando-, dijo Rorkins secamente-, **pero parece que nos ha traído otro problema. Sólo el Emperador sabe cómo vamos a alimentarlos y acomodarlos a todos.**

-No tenemos que hacerlo-, le aseguré mientras bordeábamos el patio de armas de la schola, las Aquilas cinceladas en las losas aún brillaban con el rocío de la mañana, esquivando a un par de cadetes que pagaban por alguna infracción menor de la manera tradicional: limpiándolos con cepillos de dientes**-. La Hermana Julien y yo hemos hecho otros arreglos.**

Claramente no podíamos reclutar a tantos soldados en bruto sin hundir completamente su ya destartalada estructura de mando, así que decidimos dejar a los reclutas de la milicia donde estaban en primer lugar, viviendo en sus propios hogares y, en general, defendiéndose por sí mismos. Cualquier tropa moderadamente competente que pudiera encontrar para instruirlos se reuniría con ellos una vez al día, generalmente por las tardes, y la heterogénea colección de voluntarios

repasarían lo básico: cómo disparar un fusil láser y mantener la cabeza baja cuando alguien empezara a disparar. Si resultaba que teníamos un poco más de tiempo antes de que el enemigo llegara aquí, los soldados profesionales podían impartir a su discreción cualquier otra habilidad que consideraran útil.

-Me suena un poco arriesgado -, dijo Rorkins, su aliento empañándose ligeramente mientras hablaba, casi igualando la neblina nacarada de la luz del amanecer que nos rodeaba**-. ¿Qué pasa si el enemigo aparece mientras no están de servicio?**

-Se reunirán en sus áreas de entrenamiento tan pronto como se dé la alerta-, dije. Me encogí de hombros, admitiendo tácitamente algunas dudas propias.

-Sin embargo, el Emperador sabrá cuántos aparecerán cuando sepan que el tiroteo está a punto de comenzar-, añadí.

Rorkins me dirigió una sonrisa sombría-. **Pensé que esa era tu área de experiencia, comisario. Mantener la carne de cañón firme ante el enemigo.**

-Es más fácil decirlo que hacerlo, comandante-, le contesté-. **Los soldados están entrenados y son disciplinados, incluso la chusma de las FDP. Los milicianos son tan sólo eso, civiles armados.**

-Razón de más para que no se les deje vagar a su aire la mayor parte del tiempo-, dijo Rorkins.

-Al contrario-, me quejé-. **El poder continuar con sus ocupaciones habituales les da la ilusión de la normalidad. Eso será un apoyo psicológico vital para ellos cuando la realidad en la que se están metiendo finalmente les alcance.**

-Si tú lo dices-, dijo Rorkins, sonando muy poco convencido.

Aprovechando la oportunidad que tan cuidadosamente había planeado, asentí pensativamente-. **Es por eso que estoy pensando hacer algunas inspecciones en persona-,** comenté como si tal cosa-. **Será bueno para la moral aparecer en algunos de los pelotones de la milicia, y, al mismo tiempo, puedo acosar a los comandantes de campo de las FDP-.** Miré alrededor de la schola mientras hablaba, observando la neblina helada que se enrollaba alrededor de los edificios como si las torres más cercanas estuviesen al acecho en una emboscada-. **Debo admitir que me estoy poniendo un poco nervioso esperando a que empiece el follón.**

Rorkins sonrió comprensivamente, de un viejo guerrero a otro, y asintió con la cabeza.

-Sé a lo que te refieres-, admitió-. **Si tengo que sentarme en una reunión más con esos malditos chupatintas de Rytepat, le voy a pegar un tiro a alguien. Probablemente a mí mismo-.** Suspiró con cierta envidia en su voz-. **Ninguno de los dos tiene la opción de sentarse de brazos cruzados.**

-Sé que es sólo un poco de postureo-, dije, calibrando su reacción cuidadosamente-, **pero al menos se sentirán como si estuvieran haciendo algo. Y si nos da más eficacia en el campo de batalla cuando todo se vaya de madre, pues eso que ganamos.**

-Si, supongo que si-. Dijo Rorkins agitando la cabeza-. **¿Cuándo saldrás?**

-Esta misma mañana-, dije. De hecho, Sprie ya estaba calentando los motores del Aquila mientras Jurgen estaba preparando mi equipaje al

mismo tiempo que hablaba, y no veía ninguna razón para demorarme**-. Sólo quiero hablar con Brasker antes de irme.**

-¿Brasker?-. Preguntó Rorkins sorprendido-. **¿Por qué, en nombre de Terra, necesitas hablar con ese pelele?**

-Sólo por algunos temas administrativos-, dije suavemente. A pesar de volver a comprobar los datos de inteligencia, como había prometido, Donal había fracasado por completo a la hora de encontrar objetivos plausibles para los invasores enemigos, y era hora de buscar un nuevo enfoque. Si alguien de mis conocidos pudiera encontrar los registros que necesitaba entre los miles de millones de fragmentos de verborrea superflua que el Administratum había archivado y olvidado a lo largo de los años, ese sería el tesorero, y además era lo suficientemente poco imaginativo como para no preguntarse por qué quería echarle un vistazo a ellos.

-¿Alguna idea de por dónde puede estar?-, pregunté.

-Supongo que en sus aposentos-, dijo Rorkins, envolviéndose con su capa como si el frío del amanecer fuera un insulto personal**-. Al menos si tiene sentido común.**

-Entonces, allí le buscaré-, dije. Perfecto. Dudaba que estuviera demasiado contento de que lo despertaran tan temprano, pero aquel no era mi problema, y al menos no habría otros oídos alrededor para escuchar nuestra conversación. Por supuesto, el lado negativo de aquella idea era que estaba a punto de confiar parte de mis sospechas al hombre más indiscreto del segmentum, pero estaba seguro de que unas cuantas frases sobre la ley marcial y la necesidad de mantener el secreto lo persuadirían de que se callara. Después de todo, el origen de cualquier filtración sobre el asunto que le iba a encargar iba a ser demasiado obvia.

Después de intercambiar unas palabras más con Rorkins, nos separamos, él hacia las aulas que había requisado como improvisado cuartel general, y yo hacia los alojamientos al otro lado del patio principal donde Brasker y los otros administradores superiores tenían sus habitaciones. Como era de esperar, el orden jerárquico estaba bastante bien establecido en cuanto a la percepción de la conveniencia del alojamiento de la facultad. Los miembros de la Eclesiarquía ocupaban las que generalmente se consideraban como las mejores habitaciones, eran aquellas que daban a la capilla y a sólo unos pocos metros de distancia para llegar a los servicios. Los adeptos del Administratum iban después, en el corazón del complejo de la schola, donde, en teoría, podían vigilar el buen funcionamiento de la institución con el mínimo esfuerzo, y en la periferia estaban los veteranos jubilados como Rorkins, Visiter y yo. El único grupo aún más alejado del centro de las cosas era el pequeño grupo de drones del Adeptus Mechanicus, que en cualquier caso cuidaban de sí mismos la mayor parte del tiempo, para alivio de todos, ellos incluidos (**1).**

(1) *No es de extrañar, ya que las relaciones entre la Eclesiaquía y los acólitos del Omnissiah son generalmente, y en el mejor de los casos, algo tensas.*

Dada mi absurdamente hinchado estatus en Perlia, sin duda podría haber pedido que me asignaran a una de las suites principales si lo hubiera solicitado, pero, por supuesto, no hice nada de eso. Por un lado, no encajaría bien con la imagen de modestia sobre mis supuestos logros que generalmente me gustaba cultivar, y por otro me convenía mucho para poder escabullirme por mi cuenta de vez en cuando sin que fuera demasiado obvio lo que estaba haciendo. Pero, sobre todo, me gustaban las habitaciones que me habían asignado; la vista de las montañas era preciosa, la compañía de los ancianos veteranos que me rodeaban era agradable, y no tenía que aguantar las campanas y los olores **(2)** de la capilla molestándome cada cinco minutos. Eso sin mencionar que estaba cerca de la plataforma del transbordador y el área de transporte, algo más que conveniente en mi opinión. Siempre he dormido más profundamente al saber que había una ruta de escape a mano si las cosas se ponían feas. (Por experiencia, que eso ocurriera, en la mayoría

de los casos, era sólo cuestión de tiempo.)

(2) *De incienso, presumiblemente.*

A tan temprana hora por la mañana había poca gente alrededor, aparte de los sirvientes de la schola que trotaban por el lugar para hacer sus propios recados, así que pude entrar en el vestíbulo principal de los alojamientos de los Adeptus sin avisar con mucha antelación **(3)**. Sólo cuando me detuve al pie de la escalera de madera tallada me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde se encontraban las habitaciones de Brasker. Afortunadamente, unos momentos de reconocimiento fueron suficientes para localizar la oficina del portero escondida bajo las escaleras, y por supuesto, dada la hora, desocupada, donde localicé un tablón donde se indicaban las habitaciones y los nombres de los distintos residentes. Según el pequeño panel, donde un juego de colores indicaba que el tesorero estaba dentro, así que anoté cuidadosamente el número de su habitación y subí las escaleras para encontrarlo.

(3) *Una suposición comprensible en un hombre que nunca había tenido mucho que ver con las empleadas domésticas; aunque, dada su utilidad general como informantes, no tengo ninguna duda de que su presencia fue notada y discutida extensamente por ellas.*

Por costumbre me moví con cautela, ya que la mayoría de las veces, siempre que me encuentro en un edificio desconocido, hay más que probabilidades de que alguien estuviera al acecho en una emboscada con la intención de dispararme si tenían la oportunidad de hacerlo.

Tal vez por eso estaba escuchando cualquier cambio en el sonido ambiental un poco más intensamente de lo habitual, así que cuando levanté la mano para golpear, me pareció oír movimiento dentro de las habitaciones de Brasker. Bueno, aquello no era malo; al menos si ya estaba despierto no podría quejarse que lo despertara.

Sin embargo, justo antes de que mis nudillos golpearan la hoja de madera de la puerta, estaba seguro de que había oído algo más, el murmullo de una conversación apagada.

Sin embargo, antes de que pudiera evitarlo ya había golpeado dos veces, así que no pude seguir mi impulso de esperar y ver si tenía razón.

-¿Sí?

Brasker abrió la puerta lo suficiente como para verme, y nos quedamos mirandónos por un momento con mutua estupefacción**-. Comisario Caín-.** Pronunció mi nombre cuidadosamente, y me sorprendió notar que lo hacía con una voz un poco más fuerte de lo habitual, antes de recordar sus modales y bajar su tono a un nivel más normal**-. Pensé que sería uno de los sirvientes.**

-Pues no-, dije, todavía sorprendido al ver su atuendo nocturno. Llevaba puesto un camisón de seda morada, con un monograma de algún tipo en hilo de oro en el bolsillo del pecho**-. Siento molestarte a estas horas, pero estoy a punto de dejar la schola por un día o dos, y necesitaba comentar contigo un tema urgente.**

-Entiendo-. Dijo, aunque evidentemente no lo hacía, en cualquier caso no iba a ser tan descortés como para admitir el hecho**-. Entonces supongo que será mejor que entre-.** Pero no hizo ningún movimiento para apartarse, solo miró algo dentro de la habitación, y luego pareció hacerse a un lado con cierta reticencia y abrió la puerta.

No estaba seguro de lo que esperaba encontrar dentro; montones de papel y placas de datos, probablemente. En realidad un pequeño pasillo conducía a una sala de estar bien ordenada aproximadamente del tamaño de la mía, las puertas cerradas que salían del vestíbulo, presumiblemente las del baño y el dormitorio, aunque yo no tenía ni idea,

ya que mis propias habitaciones estaban dispuestas en un patrón más lineal. Las persianas aún estaban cerradas, y Brasker encendió una lámpara cuando entramos en el salón.

-Lo siento por el desorden-, se disculpó**-. Tuve una visita anoche-.** En realidad, la habitación me parecía perfectamente ordenada, aparte de un par de copas abandonadas que, a juzgar por el olor, aún contenían unos pocos pegajosos restos de amasec, de pie junto a una jarra en una mesa auxiliar en la esquina, y una baraja de tarot perfectamente apilada sobre una mesa en el centro de la habitación, junto a un par de platos manchados.

-¿Seguro que está solo?-. Le pregunté, incapaz de resistirme a burlarme un poco de él-. **Me pareció oír voces justo antes de llamar a la puerta.**

-Estaba viendo los noticiarios-, respondió Brasker, ligeramente sonrojado, lo cual contrastaba horriblemente con su camisón. No había ninguna señal de un picto proyector en ningún lugar de la habitación que pudiera ver, pero lo dejé pasar; lo que fuera que estuviera escondiendo (Y no necesitaba mucha imaginación para suponerlo) era asunto suyo, literalmente, si no me equivocaba al juzgarle. Habría apostado la mitad de mi pensión a que su huésped aún estaba en el dormitorio, esperando que me largara para que ella pudiera volver a trabajar en las cocinas o donde quiera que fuera, así que por cortesía me puse manos a la obra, manteniendo mi voz lo más baja posible.

-Necesito que se revisen algunos registros antiguos-, dije sin más preámbulos-. **No va a ser fácil, pero es importante para la defensa del planeta, por lo que tiene que hacerlo alguien de confianza, con amplios contactos en el Administratum. El tuyo fue el primer nombre en el que pensé.**

-¿Seguro?-. Brasker me miró con una extraña expresión en su cara-. **Me**

sorprende que pienses que soy lo suficientemente fiable. Soy consciente de que tengo fama de ser frívolo e indiscreto.

-Las reputaciones pueden ser engañosas-, dije**-. Y en este caso la tuya será un activo positivo. Nadie pensará que pasa algo si eres tú quien hace las preguntas, y nadie sospechará que se te ha confiado algo que debe mantenerse confidencial.**

Para mi alivio, el tesorero asintió lentamente. Soy bastante bueno interpretando a la gente, ya saben, es algo que va con el trabajo, y empecé a sentir que quizás acudir a él con mi pequeño problema no fuera, después de todo, un riesgo tan grande**-. Puedes confiar en mí-,** dijo después de un momento**-. Pero puedo jurarlo sobre el Aquila si lo prefieres.**

-Estoy seguro de que no será necesario-, dije sorprendido a mi vez-. **Tu palabra es suficiente para mí. Después de todo, si aceptas esta tarea, estarás actuando en nombre del Comisariado-.** En otras palabras, si me defraudaba, yo tendría derecho a dispararle, aunque no hacía falta decirlo en voz alta; la rápida mirada que dirigió hacia las armas que tenía en mi cinturón fue suficiente para decirme que había recibido con claridad ese mensaje en particular.

-Si puedo ayudar a defender este mundo de alguna manera, estoy a tu entera disposición, eso no hay ni que decirlo-, dijo Brasker. Se inclinó un poco más cerca de mí-. **¿Qué registros quieres que investigue?**

-Aquí tienes-, le dije tendiéndole una placa de datos-. **Hay algo en estos lugares que es significativo para el enemigo, aunque en el nombre del Trono no tengo ni idea de qué. Sospecho que se trata de algo muy antiguo, que quizás se remonta a la primera colonización. Y quiero saber si también hay cuentos o leyendas populares sobre estos lugares.**

-¿Leyendas populares?-. Brasker pareció perplejo por un momento-. **Lo haré lo mejor que pueda. Pero suena como si los registros que buscas estuvieran, como mínimo, muy fragmentados.**

-Por eso necesito a alguien de su calibre para hacer la búsqueda-, dije, pensando que un poco de adulación no estaría de más en ese momento.

-No te defraudaré-, me aseguró Brasker, con un aspecto más serio de lo que jamás le había visto**-. Si ahí hay algo, lo encontraré.**

-Te lo agradezco-, le dije, preparándome para partir. Cuando estaba a punto de salir de la sala, me detuve, debido a un nuevo e inoportuno pensamiento**-. Si no regreso, o si el enemigo ataca antes de que regrese, informa al coronel Rorkins o a la hermana Julien sobre lo que sea que hayas conseguido descubrir, y diles que yo te lo he encargado. Ellos sabrán qué hacer con la información.**

Bueno, al menos eso esperaba. De todas formas, no planeaba que me mataran tan pronto, así que con un poco de suerte nuestro pequeño arreglo quedaría entre nosotros. Y si todo salía bien, y de alguna manera nos las arreglamos para mantener a Perlia fuera de las garras de este Varan, quienquiera que fuera, podría hacer buen uso de las conexiones de Brasker en el futuro, pasando de una fuente ocasional de chismes a una fuente de inteligencia de primera para Amberley. Ella siempre apreciaba estas pequeñas sorpresas, y sin duda estaría agradecida por algunas de las pepitas de información que yo pudiera conseguir que el tesorero obtuviera en su nombre.

Por supuesto que no se me ocurriría decirle para quién estaba trabajando en realidad, aunque incluso si él llegara a enterarse, aquello podría no ser un gran problema. Ya me había sorprendido una vez aquel mismo día al ser capaz de haber ocultado con éxito al Emperador una

relación ilícita durante quién sabía cuánto tiempo, así que obviamente era capaz de ser discreto si era necesario.

Cuando me fui, no pude evitar mirar a las puertas cerradas del pasillo, preguntándome cuál de ellas ocultaba a su amante, y sobre todo qué podría haber visto ella en él para empezar, pero esa era una especulación de lo más estéril, y tenía un transbordador que coger.

Como el frío del amanecer aún era fuerte, me detuve en el vestíbulo de entrada de los alojamientos por unos instantes para enviar un mensaje vox a Jurgen, y asegurarme de que los preparativos para nuestra partida seguían adelante según lo planeado. Me aseguró que todo estaba bien, y que estaba en camino a la plataforma del transbordador, así que también se lo comuniqué a Sprie para que supiera que estaría con él en breve.

-Listo cuando usted lo esté, comisario-, me aseguró alegremente.

Apenas había cortado el enlace cuando me di cuenta de unos pasos que bajaban las escaleras e, impulsado por mi habitual sentido de la discreción, me oculté en las sombras del hueco del cubículo del portero. No quería que nadie hiciera preguntas incómodas sobre mi presencia en el bloque de viviendas del Administratum, sobre todo después de haberle recalcado a Brasker lo importante que era la discreción. Además, si soy sincero, también se me había ocurrido que esta podría ser la amiga de Brasker saliendo de sus habitaciones, y no pude resistirme a averiguar quién podía ser.

Al final lo conseguí, y puedo asegurar que fue un auténtico shock. Después de unas cuantas pisadas más acercándose, surgió la inconfundible figura de la Hermana Julien, envuelta en una oscura capa que casi lograba desdibujar la silueta de su envainada espada, y se apresuró a salir al creciente resplandor del patio. Por un momento la miré asombrado y atónito: no era de extrañar que Brasker hubiera sido

tan evasivo. Pero en verdad yo ya sabía que ella bebía y jugaba a las cartas, así que supongo que no era demasiado exagerado descubrir que también tenía un cierto gusto por entretenimientos más mundanos **(4).**

(4) *No era extraño en modo alguno: contrariamente a la creencia popular, la Adepta Sororitas en realidad no requiere que sus miembros permanezcan célibes, aunque pocas encuentran el tiempo para aprovecharse del hecho.*

Sonriendo en silencio para mí mismo, me dirigí al encuentro con Jurgen y Sprie, y a pesar de la magnitud de la tarea que tenía por delante, mi corazón estaba un tanto alegre cuando nuestro transbordador se elevó de la plataforma. Tendría que haber dado gracias por ese momento de alegría, por que en los días siguientes habría muy poco por lo que sonreír.



CAPÍTULO DOCE

A pesar de mi impaciencia por llegar al Valle de los Demonios lo antes posible, la precaución y la necesidad de mantener mi tapadera nos obligaron a que tomáramos una ruta indirecta, deteniéndonos en varias comunidades diferentes a lo largo del camino. Dondequiera que aterrizábamos, ya fuera en una ciudad o en una aldea, nuestra recepción era siempre la misma: una banda de música que destrozaba alegremente y con energía una hermosa pieza musical marcial, un dignatario local haciendo un discurso trivial sobre lo emocionados que estaban por mi visita, y una reunión con los nuevos reclutas de la milicia. Todos parecían bastante entusiasmados, pero en aquel momento aún estaban cómodamente aislados de las sangrientas realidades del combate y vivían el ensoñamiento romántico que rodeaba a las milicias del pasado.

Finalmente, al segundo día llegamos a Chilinvale, la ciudad más cercana a mi verdadero objetivo, y nos detuvimos a comer algo antes de reanudar mi supuesta gira de inspección. Era una pequeña comunidad bastante agradable, situada en las estribaciones de la cordillera que separaba el interior del continente oriental de sus llanuras costeras y del estrecho istmo que conducía al más poblado e industrializado continente occidental. Gran parte de ella parecía nueva, la arquitectura de su lado sur sorprendentemente uniforme, y con un estilo de menos de un siglo de antigüedad. Le comenté tal hecho a nuestro guía, el cabo Manrin, asignado por la unidad de las FDP más cercana para estar al cargo de los reclutas de la milicia local, y asintió con la cabeza mientras masticaba un pedazo de un bocadillo de queso.

-Trabajos de reconstrucción-, me contestó tragando apresuradamente. **-Después de la liberación.**

-Los orkos la liaron parda por aquí, supongo-, le comenté, después de haber visto más que suficiente de la gratuita destrucción que dejaron a su paso en mi memorable viaje a través del continente ocho décadas atrás.

Manrin negó la cabeza-. **En realidad, fue usted-,** dijo-. **Las aguas de la inundación arrasaron la zona después de que usted volara la presa. Después de aquello quedó muy poco de la ciudad-.** Entonces, quizás consciente de la implícita crítica en su elección de palabras, se encogió de hombros-. **Por suerte, el lugar estaba lleno de pieles verdes en ese momento, así que, si me lo pregunta, fue para bien.**

-Me alegro de contar con su aprobación-, le dije secamente. El grupo de milicianos que dirigía era bastante típico, en la línea de los que había visto hasta ahora: un par de docenas de hombres y mujeres de edades comprendidas entre los últimos años de la adolescencia y ésta propiamente dicha, compensando con entusiasmo lo que les faltaba de experiencia. Desafortunadamente, una vez que los fusiles láser comenzaran a hablar, el entusiasmo no iba a ser suficiente, y no envidiaba a Manrin por el trabajo de intentar mantenerlos vivos y resistir los ataques. Estaban holgazaneando en la línea de banda de un campo de scrumball, que había sido requisado como improvisado campo de tiro, tratando de aparentar que no me prestaban atención, lo cual era difícil, y no lograban ni siquiera aparentar ese disimulo en lo que respecta a Jurgen. Sin embargo, no podía culparlos por ello, ya que no era precisamente el mejor material para un cartel de reclutamiento, y, como ya he comentado anteriormente, el paso de los años había dejado su huella en él.

-¿Más recafeina, comisario?-, pregunto mi ayudante acercándose a nosotros con un termo. Manrin dio un respingo ante el, digamos aura, de Jurguen, pero logró mantener la compostura.

-Gracias, Jurgen-, dije, sosteniendo mi taza, aunque en realidad no

necesitaba otra en aquel momento, más bien lo usé para enmarcar mi siguiente comentario en beneficio de Manrin**-. Quizás podríamos tomarnos un tiempo para visitar nuestro viejo campo de batalla antes de irnos. No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca de la presa.**

Eso debería evitar cualquier pregunta incómoda sobre el motivo por el cual estábamos haciendo esa visita, si alguien se daba cuenta de que no constaba en nuestro plan inicial, o se daba cuenta de nuestro destino real; rendir homenaje a mis camaradas caídos era el tipo de cosas que la gente esperaba mí. Por experiencia, si quieres mantener algo en secreto, nunca es una buena idea tratar de ocultar las cosas.

-Veré qué puedo hacer, señor-, me respondió Jurgen-. **Estoy seguro de que podré encontrar un medio de transporte una vez que haya terminado de comer-.** Se alejó, después de tomar un puñado de sándwiches de una mesa cercana y guardarlos en uno de sus variopintos morrales de tela.

-Podría simplemente volar hasta allí-, me sugirió Manrin, cabeceando en dirección a Sprie, cuyo pelo rojo sobresalía como una bengala entre la multitud, lo que le hacía difícil pasar desapercibido. Conversaba con un par de reclutas más jóvenes, que parecían fascinadas por su uniforme naval, para su evidente desconcierto; alejarse del mundo de la schola, aunque fuera por poco tiempo, era claramente una experiencia novedosa de la que tenía intención de sacar el máximo provecho posible.

-Podría-, dije, como si fuera de poca importancia**-. Pero estoy seguro de que nuestro piloto apreciaría un descanso-.** Eso era cierto, el muchacho había estado pilotando la nave alrededor del mundo durante un día y medio para aquel entonces.

Pero lo más importante, él no tenía idea del verdadero propósito del

viaje, y parecía mejor que continuara en aquel estado de ignorancia indefinidamente, al menos si podía conseguir que así fuera. Al principio no me había dado cuenta de que el ayuntamiento había previsto almorzar en un buffet fuera del pabellón, al borde del campo de juego, y una vez que lo hubiera hecho hubiera sido grosero no haber invitado a Sprie a unirse a nosotros: así que mientras él estaba ocupado zampando a dos carrillos, y tratando de averiguar para qué eran las chicas, Jurgen y yo podríamos escabullirnos por nuestra propia cuenta.

-¿En qué estado se encuentran los reclutas?-. Le pregunté al cabo y Manrin se encogió de hombros.

-Más o menos tan bien como cabría esperar-, respondió-. **Son entusiastas, pero no piensan como soldados. La mayoría de ellos no son más que dianas andantes-.** Explicó suspirando-. **Pero se llevarán con ellos a algunos fanáticos del caos antes de caer, eso se lo puedo prometer.**

-No esperaba menos-, le dije, con la esperanza de que no llegáramos a eso-. **¿Cómo están de provisiones?**

-Por ahora bien-, me dijo Manrin, después de pensarlo un momento-. **Tenemos suficientes armas de fuego para todos, y unos tres cargadores de energía de repuesto cada uno. Si recuerdan su disciplina de fuego y no la desperdician, debería ser suficiente para aguantar hasta que lleguen los refuerzos.**

No necesitaba añadir que muchos de los soldados aficionados podrían complementar sus suministros con paquetes de energía entregados a los heridos una vez que comenzara el tiroteo; eso era deprimentemente obvio**-. Lo que me preocupa es...-.**Se detuvo de improviso, claramente preguntándose si se estaba pasando de la raya.

-Adelante-, le animé. Por experiencia sé que nunca deben tomarse a la ligera las preocupaciones de los soldados sobre el terreno.

-Bueno, señor-, dijo Manrin, aparentemente más tranquilo-, **todas estas armas y municiones tienen que venir de alguna parte. Hay miles de reclutas a lo largo y ancho del planeta.**

-Es una pesadilla logística-, admití-. **La mitad de los reclutas siguen practicando con palos de escobas. Pero les daremos las armas a todos antes de que llegue el enemigo, De eso puede estar seguro.**

-Oh, lo estoy-, dijo, aparentemente sincero-. **Pero el único lugar de donde podrían estar viniendo tan rápido es de los almacenes de emergencia.**

-Así es-, estuve de acuerdo. Generaciones antes, las FDP de Perlia habían establecido una red de almacenes de suministros por todo el planeta, de modo que en caso de una invasión, las unidades locales podrían seguir luchando incluso después de que la cadena de mando se colapsara, una política por la que había estado más que agradecido durante mis aventuras en la zona ocupada durante el primer asedio. Si no hubiera sido por aquellos dispersos depósitos de comida y municiones, mi ejército improvisado se habría muerto de hambre o habría sido aniquilado mucho antes de que hubiéramos llegado a un lugar seguro.

-Entonces realmente estaremos peleando en la última trinchera-, dijo Manrin.

Asentí con la cabeza, sobriamente. Aquella acumulación de suministros estaba siendo saqueada mientras hablábamos, para permitir a los voluntarios enfrentarse al enemigo con algo marginalmente más mortal que un lenguaje grosero, y eso no dejaría casi nada para alimentar un

incipiente movimiento de resistencia si las cosas se pusieran tan mal que necesitáramos establecer uno**-. Me temo que así es-,** dije**-. Pero podemos vencerlos, y lo haremos.**

-Muy bien dicho, señor-. Un hombre tan anciano que a primera vista parecía apenas capaz de estar de pie sin ayuda, me hizo un saludo militar-. **Los herejes son todos unos cobardes, lo he visto antes. No les gusta la plata pura, señor, se darán la vuelta y huirán en cuanto nos vean poner las bayonetas-.** Se rió alegremente-. **Entonces sólo restará dispararles por la espalda mientras huyen.**

-Podría decirse más alto pero no más claro-, le dije, manteniendo una postura tan marcial como me fue posible. Podía parecer casi tan poco atractivo como Jurgen, pero su espalda se mantenía erguida y sus ojos seguían atentos**-. Puedo ver por su porte que es usted militar.**

-Soldado Jaq, señor, del 361º de Corán. Veinte años en la Guardia. Desmovilizado en Perlia en el 943, y he estado aquí desde entonces-. Explicó vehementemente-. **Sin embargo, aún no soy demasiado viejo para sostener un fusil-,** añadió mostrando con orgullo su brazalete **(1)**-. **Haremos huir a esa escoria antes de que se pueda decir: "*El Emperador protege*".**

(1) *Obviamente, dadas las limitaciones de tiempo, no se pudieron entregar uniformes adecuados a la milicia recién formada. En su lugar, se les dieron brazaletes con las letras VDP, que significaban "Voluntarios de Defensa Planetaria".*

-Estoy seguro de que así será-, dije tratando con todas mis fuerzas de parecer sincero. La verdad es que, si el enemigo decidiera atacar Chilinvale, por la razón que fuera, esos idiotas ansiosos iban a ser masacrados. Su único propósito era ganar tiempo para que los regulares de las FDP se organizaran lo suficiente para contraatacar, y por lo que había visto hasta ahora, aquella era una débil esperanza, y eso en el mejor de los casos.

-Vuelva con los hombres a la fila, Jaq-, dijo Manrin, y luego se corrigió**-. Con los voluntarios quiero decir-.** Como la mayoría de las niñeras de las FDP que había conocido hasta entonces, no estaba acostumbrado a la idea de tener mujeres bajo su mando **(2).**

(2) *Había mujeres sirviendo en las FDP, pero, al igual que los regimientos de la Guardia Imperial en los que se basaba esta organización militar, la mayoría estaban adscritas a formaciones no mixtas.*

-A sus órdenes, señor-. Jaq saludó de nuevo, y se retiró con unos andares muy animados para un hombre de su edad, gritando: **-¡Formad para el oficial tan rápido como podáis, no tenemos todo el día!**

-Es un buen hombre-, dijo Manrin, con un ligero tono de disculpa en su voz-. **Y al menos recuerda cómo sostener un arma.**

Algo que la mayoría de los demás parecían tener por lo menos una tenue comprensión a estas alturas; se unieron al incipiente grupo, se mezclaron tratando de formar un par de líneas aproximadamente paralelas, y sacaron sus armas de fuego para inspección.

-¡Miren al frente!-. Gritó Manrin**-. ¡Franka, también me refiero a tí!-.**Una de las adolescentes que había estado tratando de coquetear con Sprie desvió la mirada del cadete naval con obvia renuencia.

-Mi madre dice que no es cortés ignorar a las visitas, Sr. Manrin.

-¡No es una visita, es una inspección oficial!-. Dijo Manrin, bajando la voz con un esfuerzo considerable. Es evidente que algunos de los reclutas de la milicia tenían un conocimiento excepcionalmente escaso del protocolo militar**-. Diez flexiones, ¡ahora!**

La joven suspiró, pero sin embargo empezó a prepararse para hacer las flexiones.

-Veo que tiene mucho con lo que lidiar-, dije con simpatía.

Manrin asintió-. **La disciplina es un problema importante-,** admitió-. **Sólo son voluntarios, así que no puedo ser demasiado duro con ellos, o simplemente se irán a su casa.**

-Fue mucho más fácil para mí, en mis tiempos-, dije-. **Podía amenazar con dispararles si se pasaban de la raya, y además, en cualquier caso, no tenían adónde ir.**

-Eso es lo que he oído-. Comentó Manrin asintiendo con la cabeza, con un ligero rastro de envidia impregnando su voz, y esperó mientras Franka se ponía de nuevo en pie, cogía su fusil láser y lo sostenía como los demás. Caminé por la línea, tratando de no hacer muecas de dolor por lo descuidados que eran, con excepción de Jaq, que podría haber estado llevando todavía un uniforme, de lo marcial que era su porte.

-Un buen material para la milicia-, le dije a Manrin, alzando mi voz lo justo para que llegara lo suficientemente lejos como para que me oyeran. La mayoría de ellos sonreían de una manera claramente no militar, y Franka volvió a sonreír a Sprie tan pronto como el cabo se dio la vuelta**-. Estoy seguro de que lo harán bien.**

-Por la gracia del Emperador-, dijo Manrin, lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que estaba más interesado en levantar la moral que en describir la realidad de lo que tenía delante.

Pensé que el Emperador iba a sudar la gota gorda para sacar algo de provecho de aquel grupo, y me despedí tan rápido como la decencia me lo permitió.

Entretanto mientras yo estaba calladamente horrorizado por el estado de preparación de la chusma de Manrin, Jurgen había sido fiel a su palabra, había obtenido, de sólo el Emperador sabe donde, un vehículo civil de tierra para nuestro uso, y salimos de Chilinvale con su habitual desprecio por cualquier otro vehículo que intentase compartir la calzada con nosotros. Normalmente eso no me habría preocupado demasiado, ya que mi medio de transporte preferido era un Salamander de reconocimiento, cuyo blindaje era lo suficientemente robusto como para soportar cualquier impacto menor que tuviéramos en el camino, pero en aquel caso lo único que se interponía entre mí y una lesión grave era la frágil carrocería de un vehículo utilitario ligero. Bueno, eso, y los fenomenales reflejos de mi ayudante. Baste decir que finalmente salimos ilesos de la ciudad, a menos que cuente el añadir unas cuantas canas más a mi creciente colección, y a medida que el tráfico se reducía pude comenzar a relajarme y a disfrutar del viaje.

La primavera estaba un poco más avanzada en esta parte del mundo, así que bajé la ventanilla (lo cual es siempre una sabia decisión cuando se comparte un espacio cerrado con Jurgen), y saboreé el aire fresco que se derramaba por las laderas de las lejanas cumbres. Aquellas parecían un muro sólido, púrpura contra el horizonte, como una cabeza de trueno que se cernía sobre el mundo, como lo habían hecho todos esos años atrás cuando yo había conducido a mi ejército de retales hacia ellas. Esta vez, sin embargo, parecieron mucho menos ominosas. En aquel entonces parecían una trampa mortal, que nos llevaba a una ineludible emboscada, hacia nada menos que el grueso de los ejércitos orkos, y eso aunque hubiésemos conseguido atravesarla. Por lo tanto nos las arreglamos para flanquear a los invasores, más por suerte que por juicio, si soy honesto, e infligirles un contundente golpe en el proceso.

-Creo que es hacia allí arriba, señor-,dijo Jurgen, dando un violento volantazo, ocupando los carriles de los vehículos que venían en dirección contraria e ignorando alegremente el sonido de las bocinas, el chirrido de los neumáticos y la estela de cargamentos que dejábamos a

nuestro paso. Nuestra suspensión comenzó a rebotar y a retumbar al pasar a una carretera de montaña con un mantenimiento deficitario, hasta el punto que empecé a temer por la integridad de mis empastes.

-No me resulta familiar-, dije, tratando de pronunciar lo mejor posible dadas las circunstancias, y Jurgen asintió con la cabeza.

-Ha cambiado un poco-, confirmó-. **Además, nos acercamos desde otra dirección.**

-Ya me parecía-.contesté asintiendo con la cabeza, dando por válido su argumento, y sólo entonces me di cuenta de que, al menos subconscientemente, esperaba que el Valle de los Demonios se pareciera mucho a lo que recordaba de la última vez que lo visité. Pero eso fue antes de que el Emperador supiera cuántas megatoneladas de agua habían quedado libres para recorrer la región a sus anchas, reorganizando la topografía de forma bastante completa a lo largo del camino. De hecho, todo era tan diferente de las imágenes que tenía en la mente, que sólo cuando coronamos una cresta y vi a lo lejos un destello de luz solar reflejada en una gran masa de agua, me di cuenta de que ya habíamos entrado en el valle.

Donde una vez un estrecho chorro de agua caía sobre el lecho de un sinuoso río, fluyendo a través del cuello de una empinada garganta de color púrpura rodeada por el intenso verde de los brezales y matorrales, salpicado en ocasiones de tenaces árboles, los espumosos rápidos bajaban a lo largo de un desfiladero de desnuda roca gris, desprovisto de tierra vegetal. A ambos lados, las escarpadas paredes rocosas estaban salpicadas de musgos y líquenes, que suavizaban la crudeza de su silueta, pero que poco hacían para disminuir la impresión de desolación. En lo alto, más allá del nivel que había alcanzado la sólida pared de agua, se reanudaba el páramo, un punto de transición tan nítidamente delineado como si estuviera grabado con un cuchillo.

Sin embargo, no se podía confundir el vasto lago situado en la cabecera del valle, ni la sólida masa del santuario del Adeptus Mechanicus que se asentaba en la ladera junto a él; esa parte del terreno no se había alterado en absoluto, y cuando la vi pude orientarme por fin. En lugar de seguir nuestra antigua ruta desde la boca del valle y a través de la presa, habíamos entrado más arriba, y por el lado opuesto.

Escudriñé la lejana ladera, buscando alguna señal del viejo camino que había subido y cruzado en la parte superior de la presa para llegar al santuario, pero no había ninguna señal de él, ya que hasta el último rastro del mísmo había sido arrastrado por la inundación. Obviamente la ruta por la que íbamos había sido construida más tarde, como reemplazo, mientras se reconstruía la presa, que descendía hasta la plaza fuera de las puertas principales de la ermita sin bordear en absoluto el lago, o, para mi alivio tácito, dada la forma en que conducía Jurgen, no nos acercaba en ningún momento cerca del vertiginoso precipicio ante la inmensa pared gris que atravesaba la hendidura y retenía las aguas.

La nueva presa era más o menos idéntica a su predecesora, o eso me parecía a mí, aunque pensé que habría una compuerta de esclusa extra en la parte inferior, y uno o dos contrafuertes adicionales, sin duda para añadir un poco más de integridad estructural en caso de que alguien más decidiera dispararle con una pieza de artillería. A pesar de aquellas obvias precauciones y, sin duda, de la existencia de otras que no podía ver, me sentía incómodo mirando el enorme edificio, pudiendo imaginar el maremoto que se desataría si el rococemento cediera con demasiada facilidad. El recuerdo de la masa de agua que habíamos enviado rugiendo por el valle en nuestra anterior visita seguía siendo muy vívido en mi cabeza, al igual que la imagen del enorme ejército de orkos, que había intentado destruirnos, que era arrastrado como manchas de espuma en un torrente de montaña.

-Así que la han vuelto a poner en su sitio-, comentó Jurgen, sonando muy poco impresionado, mientras nos llevaba cogiendo todos y cada

uno de los baches del camino hacia el santuario.

-De ahí nuestro pequeño problema-, le respondí mientras escudriñaba las laderas de roca desnuda en busca de pistas de los artefactos xenos desenterrados por la inundación, aunque sin éxito alguno **(3)**. De hecho, estaba tan absorto en esa búsqueda que no me había dado cuenta de lo cerca que estábamos de nuestro destino hasta que el bamboleo de nuestra suspensión contra la calzada cesó abruptamente, y nos encontré circulando a través del intrincado mosaico de la plaza frente al mismo santuario**-. Tal vez sea mejor que vaya más despacio-,** le sugerí**-. No queremos alarmar a nadie.**

(3) *No es de extrañar, ya que nos habíamos tomado muchas molestias para ocultar el verdadero motivo de la existencia del santuario.*

Aquello fue un notable eufemismo. La primera vez que nos topamos con aquel lugar, y el secreto que ocultaba, lo único que quedaba en movimiento tras el asalto de Killian había sido un servidor de combate gravemente dañado, que casi acaba conmigo antes de que un equipo de combate de la milicia finalmente lograra acabar con él. No tenía ninguna duda de que sistemas similares, completamente funcionales, seguían protegiendo el lugar, y no tenía ningún deseo de provocarlos.

-Muy bien, señor-. Jurgen frenó de golpe, como en él era habitual, dejando sendas marcas de nuestros maltratados neumáticos ensuciando el mosaico, y deteniéndonos a apenas unas decenas de metros de la entrada principal. Los portones eran tan grandes e impresionantes como recordaba: planchas gemelas de bronce pulido, de ocho metros de altura, y grabadas con el sello de la rueda dentada del Adeptus Mechanicus.

Salí del vehículo de un salto, ajustándome la gorra, el cinturón de armas y adoptando una postura lo más digna que pude, mientras esperaba a que Jurgen se uniera a mí.

Mientras se acercaba a mi lado, me fije que como de costumbre llevaba el fusil láser colgado del hombro, y entonces las puertas comenzaron a abrirse.

-Parece que alguien se ha percatado de nuestra llegada-, dije, comenzando a caminar hacia la entrada, aunque inmediatamente dudé. Las figuras que se movían más allá del portal parecían demasiado grandes para ser humanas, eran al menos tan voluminosas como un ogrete, y cuando la luz del sol les alcanzó sentí como mis rodillas vacilaban. Los guardianes que más temía eran los encargados de proteger el lugar; tres enormes amalgamas de carne y metal, con su carne y sus augméticos tan estrechamente unidos que era casi imposible decir dónde acababa uno y empezaba el otro, que se desplegaron en abanico delante de nosotros, impidiéndonos el paso.

-Parece que también repararon a estos-, comentó Jurgen, tan casualmente como si estuviera hablando del tiempo.

-Eso parece-, repliqué, decidido a parecer tan imperturbable como mi ayudante, y empecé a caminar hacia ellos. No estaba seguro de que estuviera en lo cierto, pero aquellos parecían ser diferente al que habíamos encontrado en el pasado. Aquel había sido un híbrido, con un cañón automático en un brazo y un puño sierra en el otro, mientras dos de los que ahora venían hacia nosotros portaban armas de largo alcance: uno llevaba una pistola de plasma y el otro un bolter pesado, mientras que el tercero estaba claramente construido para especializarse en el combate cuerpo a cuerpo, con dos espadas sierra gemelas que gimieron desconcertantemente al ser activadas. Un segundo después el familiar olor, sorprendentemente bienvenido en esta ocasión, a calcetines y sobaco me indicó que Jurgen me cubría las espaldas como siempre. Envalentonado, levanté la mano.

-Soy el Comisario...-. Apenas había comenzado a hablar, cuando el

engendro mecánico que lideraba el grupo ahogó mi voz al emanar la suya a través de un vox de notable potencia.

-Escaneo completado. Intrusos armados. Eliminar.

-Esperen un momento-, comencé a decir de nuevo, mientras los cañones rotatorios que portaban aquellas cosas se volvieron hacia mí, mientras el modelo de combate cuerpo a cuerpo empezaba a avanzar. Pero desgraciadamente para lo que sirvió podría haber ahorrado mi aliento.

-Eliminar a los intrusos. Proteger el santuario-, dijo el primero, exactamente la misma frase que había escuchado unos ochenta años antes, y los demás se hicieron eco de ella**-. Eliminar... Eliminar...**

Y entonces, casi al unísono, los dos servidores armados abrieron fuego.



CAPÍTULO TRECE

No hay que decir que no me quede quieto esperando a que me dispararan: en el mismo instante en que los enormes autómatas habían empezado a alzar sus armas, yo ya me había puesto en movimiento, corriendo hacia la cobertura más sólida que podía ver, un obelisco de acero pulido muy feo que alguien aparentemente había colocado al borde del área pavimentada desde la última vez que había estado allí. Volver corriendo al coche habría sido inútil; las pesadas armas que llevaban aquellos monstruos de metal habrían destrozado y vaporizado el vehículo en cuestión de segundos, junto con cualquier persona lo suficientemente estúpida como para estar agachada detrás de él. Por supuesto que aquello también podría aplicarse al monolito metálico hacia el que me dirigía, pero, a diferencia del vehículo, no estaba seguro de que no pudiera ofrecerme alguna seguridad, por lo que me pareció que valía la pena arriesgarse. Sobre todo porque la alternativa era quedarme al descubierto, esperando que los servidores que seguían acercándose hicieran un estropicio con mis entrañas sobre el mosaico del suelo.

Afortunadamente sus reacciones parecían ser tan lentas como suelen serlo en tales constructos, desperdiciando su primera salva en el lugar que había ocupado inicialmente; en el mosaico, la imagen de algún tipo de pieza mecánica estalló bajo el granizo de fuego bolter, que transformó instantáneamente las finas baldosas en fragmentos voladores que alcanzaron mi abrigo, incluso me dieron en la parte posterior del cuello y las orejas, antes de que el disparo de plasma llegara un instante después, borrando aún más la imagen en una nube de restos incandescentes. Sabiendo que la engorrosa arma de energía tardaría unos segundos en recargarse, saqué mi pistola láser y disparé un par de veces al que estaba armado con el bolter; no es que tuviera ninguna esperanza real de incapacitarlo, claro está, pero al menos podría hacerle dudar mientras evaluaba la nueva amenaza.

No resultó: volvió a disparar casi de inmediato, pero anticipándome a eso, me había inclinado a un lado justo a tiempo, y falló de nuevo, aunque por un margen aún más estrecho. Me escondí detrás del obelisco justo cuando el cañón de plasma se recargaba, y un rayo abrasador de la materia de la que están hechas las estrellas rugió más allá de la brillante pieza de metal, y finalmente alcanzó la superficie del lago. Mil litros de agua se convirtieron instantáneamente en vapor, envolviendo toda la escena en una escalofriante neblina que bloqueó la luz del sol tan abruptamente como una puerta cerrándose de golpe, y empecé a pensar que, después de todo, podríamos tener una oportunidad. Era una pequeña esperanza, pero la niebla artificial podría confundir la sensibilidad de los constructos el tiempo suficiente para que yo pudiera hacerlos caer de alguna manera, o al menos ponerme a salvo.

Miré hacia arriba, buscando alguna señal de Jurgen, pero este se había esfumado en la oscuridad; parecía que estaba solo.

-¡Alto el fuego!-. Grité, transmitiendo en todas las frecuencias de las que era capaz mi comunicador vox**-. Al habla el comisario Caín, bajo la autoridad de la inquisidora Vail-.** No estaba seguro de cómo se tomaría Amberley que usara su nombre, pero bajo aquellas circunstancias estaba más que preparado para arriesgarme a desatar su ira. Escuché esperando una respuesta, pero no la hubo, así que miré con cuidado alrededor de mi metálica protección y desenvainé mi espada.

-Eliminar a los intrusos. Proteger el santuario-, repitió una voz sintética rayada en algún lugar a mis espaldas, y, advertido en el momento justo por el molesto hábito de estos engendros de repetir sus instrucciones hasta el aburrimiento, me agaché lo suficientemente rápido como para evitar que el mandoble de una espada sierra me arrancara la cabeza. Detuve el golpe por reflejo, reconociendo instintivamente el movimiento de combinación como un movimiento estándar del manual

del Munitorum sobre técnicas de espadas sierra gemelas, y suponiendo que aquella monstruosidad de carne y metal había sido, sin la menor sin duda, programada para contrarrestar todas las respuestas convencionales, le disparé en la rodilla izquierda con mi pistola láser. La articulación estaba blindada, como no podía ser de otra forma, así que no cayó como lo habría hecho un hombre, pero se tambaleó, y cuando trató de golpearme de nuevo, lanzando un torrente de chispas del trozo de metal con el que me cubría, resultó evidente que su movilidad se había visto claramente afectada.

A pesar de que sus ataques eran ahora más fáciles de evadir, aun no podía descartarlo como amenaza; todavía era terriblemente rápido, y sólo mis reflejos, perfeccionados en innumerables sesiones de práctica, y más peleas desesperadas de las que puedo contar luchando por mi miserable vida, me permitieron continuar deteniendo la ráfaga de golpes que seguía lanzando en mi dirección**-. ¡Jurgen!-.** Llamé a voz en grito, aunque parecía como si la neblina amortiguadora ahogara mi voz**-. ¿Dónde narices estás?**

-Estaré con usted en un momento, señor-, me aseguró la voz de mi ayudante, tan tranquilo como siempre a través de mi comunicador**-. Sólo tenía que recoger una cosa.**

Si estaba a punto de explicarse, no tuvo la oportunidad: el sonido de los disparos del bolter pesado resonó de nuevo por todo el valle, el destello de su cañón destelló entre la neblina gris como relámpagos cayendo alrededor de una lejana montaña, y un momento después siguió la detonación amortiguada de una explosión. La luz anaranjada pasó a través de la neblina que lo cubría todo, y mi corazón pareció detenerse por un momento. Seguramente mi ayudante no había sido lo suficientemente tonto como para volver al coche, incluso contando con la cobertura de la niebla artificial....

Comencé a darme cuenta de que la neblina comenzaba a despejarse, el

débil disco del sol volvía a ser visible lentamente, y decidí terminar aquello rápidamente, mientras que la inesperada ventaja permanecía. Algo se movió en la neblina detrás de mí, y por un momento me atreví a esperar que fuera Jurgen, antes de que la familiar voz a través del vox continuara su rayante monologo**-. Eliminar a los intrusos. Proteger el santuario-,** repitiendo por enésima vez el dichoso discursito. Bueno, quizás uno de mis problemas podría resolver el otro. Me giré para apartarme del camino de otro golpe de espada sierra, y disparé al recién llegado, alcanzando inofensivamente su fuertemente acorazado torso.

Reaccionó precisamente como yo esperaba. Me eché a un lado, buscando cualquier refugio que pudiera encontrar detrás de la siguiente cara del obelisco de metal, justo cuando otro rayo de plasma siseaba al pasar, fallando por milímetros **(1)**, e impactando contra el pecho del servidor contra el que había estado luchando, con un satisfactorio silbido de metal y carne vaporizándose. Sin embargo, para mi sorpresa, la cosa permaneció en pie, aunque gravemente dañada. No importaba, sus sistemas internos eran ahora claramente visibles, y prepare mi espada sierra, listo para golpear algún componente vital. Sin embargo, para mi asombro, antes de que pudiera administrar el golpe de gracia, éste se apartó de mí, y dio algunos pasos vacilantes hacia el servidor que lo había herido tan gravemente.

(1) *Evidentemente estaba exagerando, puesto que el paso de un disparo de plasma a tal distancia sin duda le habría infligido severas quemaduras al instante.*

-Se ha identificado un objetivo de mayor prioridad. Entablando combate-, espetó, y mi corazón dio un vuelco. Incapaz de distinguir un caso de fuego amigo de un ataque intencionado, sus rudimentarios sistemas cognitivos habían identificado erróneamente al otro servidor como enemigo, y se estaba olvidando de mí para enfrentarse a lo que percibía como la mayor amenaza.

Antes de que la unidad que portaba el cañón pudiera evaluar el

repentino cambio de circunstancias, ya había recibido un par de golpes de las zumbantes espadas sierras, que además cortaron los cables de alimentación de su arma de plasma. Con su armamento primario desactivado, el asediado dron no cumplió con lo que los protocolos que le ordenaban en tales circunstancias, y se lanzó a un cuerpo a cuerpo con su antiguo camarada, en una indecorosa pelea, que me recordó mucho a un par de ogretes de permiso.

Eché un vistazo al campo de batalla. La niebla ya casi se había disipado, pero una nube de humo negro y espeso procedente del coche en llamas había compensado con creces esa situación, creando una impenetrable pantalla de humo en mitad de la plaza, oscureciendo todo lo que había más allá. No había señales de Jurgen, o del sirviente que portaba el bolter pesado, pero las puertas de bronce del santuario del Mechanicus aún estaban entreabiertas y me resultaban bastante atractivas al estar a sólo unos pocos metros de distancia. Naturalmente, ofrecían una falsa ilusión de seguridad, particularmente si había otros sistemas de seguridad dentro del edificio y no podía encontrar a alguien con autoridad para que detuviera a los perros guardianes, pero si me quedaba allí afuera era sólo cuestión de tiempo antes de que mi salud corriera grave peligro. Puse toda mi fe en el Emperador, y eché a correr.

Desgraciadamente debería haber recordado que, como he comentado antes, el Emperador tiene un sentido del humor bastante desagradable; apenas había dado una docena de pasos antes de que el tercer sirviente saliera de la cortina de humo y me apuntara con su bolter pesado. Miré a mi alrededor, pero no había adónde ir: el obelisco estaba demasiado lejos para volver, y si lo intentaba acabaría recibiendo los impactos en mi espalda. No era la primera vez que me arrepentía de haber dejado mi preciosa, y ya bastante destartalada, coraza **(2)** en la schola; cualquier protección que hubiera podido proporcionar habría sido mínima en el mejor de los casos, pero por experiencia, cada pequeña ayuda era invaluable en circunstancias como aquella. Sabiendo que era un gesto inútil, levanté mi pistola láser, decidido a cuando menos dejarle una marca a aquella cosa antes de que me matara, pero antes de que pudiera apretar el gatillo, ésta se tambaleó, mientras que la mayor parte

de su coraza desaparecía bajo una bola de aire sobrecalentado.

(2) *Que había "olvidado" devolver al almacén del Munitorum después de nuestra accidentada incursión en las catacumbas de la ciudad de Gravalax, unos setenta años antes; para entonces ya estaba un poco baqueteada, por no decir algo más fuerte.*

-Gracias, señor-. Me dijo Jurgen surgiendo a través de la cortina de humo, asintiendo satisfecho como si acabara de hacer una tortilla perfecta, mientras su melta seguía apuntando al sirviente por si acaso mostraba más signos beligerantes. Así que para eso se arriesgó a volver al coche**-. Lo distrajo lo suficiente para que yo pudiera apuntarle a la cabeza.**

-Me alegra haber sido útil-, dije con la mayor indiferencia posible, volviéndome de nuevo hacia la puerta. Pude ver movimiento en las sombras, y levanté la pistola láser, preparado para cualquier sorpresa que pudiera estar a punto de surgir: o eso creía yo.

-¡Detengan este sinsentido inmediatamente!-. Se escuchó decir a una fuerte voz femenina que sonaba comprensiblemente irritada**-. Creo que ya han hecho más que suficiente daño por un día-.** Una mujer vestida con la blanca túnica de un tecnosacerdote salió a la luz del sol, cuyo rostro destellaba por las mejoras augméticas fusionadas en el, y se dirigió hacia nosotros. Por un momento pensé que se dirigía a mí, pero su mirada, hasta donde yo sé, se dirigía a los servidores que se peleaban detrás de nosotros, los cuales, a estas alturas, ya habían hecho un trabajo bastante bueno tratando de reducirse el uno al otro a sus componentes básicos**-. ¡Por los engranajes del Omnissiah, desactivaos, estúpidos pedazos de resyk!**

Para mi alivio, los dos sirvientes sobrevivientes, o al menos lo que quedaba de ellos, cumplieron aquella orden, quedándose parados sobre los azulejos con una mezcla bastante desagradable de chirridos y ruidos sofocantes. Con un leve suspiro de exasperación, la tecnosacerdotisa se

giró hacia mí, su túnica ondeando en la brisa.

-Te lo digo de corazón, Ciaphas-, dijo-, **¿qué narices pasa contigo? ¡Cada vez que pones un pie en este lugar tienes que romper algo!**

Desde el primer momento que vi a la mujer había estado luchando con un vago sentido de familiaridad, pero, por supuesto, en lo que respecta a los tecnosacerdotes, toda esa ferretería con la que están adornados tiende a hacer bastante difícil reconocerlos; incluso a uno con el que has estado en íntimo contacto podría tener un aspecto completamente diferente la siguiente vez que te lo encuentres. Ciertamente había algo en sus rasgos que me pareció familiar. La parte superior de su cabeza había sido reemplazada por un cráneo metálico, desde el que brillaban los sensores augméticos en el lugar donde habrían estado sus ojos, y mecanodendritas especializadas de algún tipo ondeaban sobre sus hombros, flanqueando a una de aspecto más bien gastado y de uso general. Pero su boca y mandíbula originales permanecían en su sitio, con la piel arrugada por la edad, y su voz elevaba el eco de viejos recuerdos en mi cabeza.

Si estaba leyendo correctamente la iconografía entretejida en su túnica, algo de lo que no estaba seguro del todo, ella estaba muy arriba en la jerarquía del Mechanicus, y los tecnosacerdotes de ese estatus habían intercambiado su laringe por codificadores vox décadas antes.

Entonces la comprensión me golpeó de improviso. ¿Quién más entre el Mechanicus estaría usando mi nombre de pila, particularmente en Perlia, o, para el caso, se estaría comportando de una manera tan completamente atípica en la mayoría de los de su clase?

-¿Felicia?-. Me arriesgué, sin atreverme a creer que tenía razón-. **En nombre del Trono, ¿qué estás haciendo aquí?**

-Mi trabajo-, contestó ella con el tono ligeramente burlón que recordaba tan bien inundando su voz**-. Aunque supongo que eso está de nuevo a punto de ser interrumpido.**

-Lo será cuando el enemigo llegué aquí-, le dije. La miré fijamente-. **¿Sabes lo de la flota invasora que está a punto de caer sobre todos nosotros?**

-Hemos oído los rumores-, dijo ella, de una manera un poco brusca-, **y hace un tiempo, un comerciante independiente pasó por aquí tratando de vendernos historias de miedo.**

-Me temo que son algo más que cuentos-, dije. Me aclaré la garganta-. **¿Asumo que te dijo de parte de quién estaba aquí?**

-Algún inquisidor entrometido-, dijo.

Felicia me miró y, a pesar de la inexpresiva cara de metal que había reemplazado al rostro que recordaba, pensé que podía detectar una chispa de la vieja actitud pícara que tan a menudo había mostrado en el curso de nuestra larga y azarosa marcha hacia la seguridad décadas atrás**-. La misma para la que trabajas tú, si esa transmisión tuya era cierta.**

-Me temo que sí-, dije pesadamente. No tenía sentido tratar de ocultar mi conexión con Amberley, a buen seguro todos en el edificio estarían al tanto del secreto del Shadowlight, y bien conscientes de a quién informaban. Pero todo eso no disminuyó en lo más mínimo mi asombro al encontrar a Felicia aquí**-. Veo que, después de todo, has progresado un poco en el sacerdocio.**

-Sí, así es-. Felicia sonrió un poco, antes de parecer recordar que el Omnissiah no favorecía tales muestras de emoción-. **Y no veas lo que**

les ha molestado a todos esos cerebros oxidados del seminario que me dijeron que no llegaría a nada.

Asentí con la cabeza, habiendo comprendido en el curso de nuestra anterior relación que su personalidad, un tanto exuberante por decir algo, no había sido bien recibida por los tecnosacerdotes superiores, quienes le habían dicho en términos inequívocos que ella nunca sería otra cosa que una humilde visioingeniera: un pronóstico que no le había podido consternar, ya que siempre había estado más interesada en ensuciarse las manos que en el lado teológico de su vocación.

Evidentemente, su inesperado ascenso no había hecho mucho para cambiar eso, lo que fue un alivio para mí; siempre me pareció que su euforia atípica era mucho más fácil de manejar que el intelecto sin emociones de la mayoría de los tecnosacerdotes con los que había estado en contacto a lo largo de los años.

-Entonces, ¿qué pasó?-, pregunté, dirigiendo mis pasos a donde me aguardaba Jurgen.

Para mi sorpresa Felicia se puso a mi lado, de una forma tan natural y amistosa como si nos hubiéramos visto por última vez hacía unos días, en lugar de la mayor parte de un siglo.

-Nos tropezamos con este lugar-, me recordó, deteniéndose junto a la columna metálica detrás de la que me había refugiado momentos antes-. **Ninguno de los demás podríais haber sabido lo que era, o no os molestasteis en investigarlo, pero el caso es que una vez que se dieron cuenta de que un tecnosacerdote había estado dentro, los líderes del proyecto se pusieron un poco nerviosos-.** Traté de imaginarme una cábala de inquisidores nerviosos, y fracasé miserablemente-. **Pensaron que yo podría haber visto lo suficiente como para saber lo que estaba pasando aquí, así que cuando la instalación volvió a abrir, me reclutaron.**

-Muy sagaces por su parte-, comenté.

De repente, mi ojo se fijó en un nombre grabado en la cara más cercana del obelisco. Me resultaba familiar, Kolfax, el guía que nos había sacado del desierto, sólo para morir a manos de los orkos durante nuestra desesperada batalla aquí, y con un escalofrío me di cuenta finalmente de que era lo que me había salvado la vida: un monumento a los caídos en aquella decisiva y sangrienta batalla. Con un leve pinchazo, me di cuenta de que no podía recordar su rostro en absoluto, ni ninguno de los otros cuyos nombres habían sido grabados tan cuidadosamente en la superficie lisa del metal.

-Sí, sí que lo fueron-, asintió Felicia-. **Aunque no se dieron cuenta al principio, pues me pusieron a hacer de recadera para los magi. Más tarde empezaron a darse cuenta que lo que un trabajo como este realmente necesitaba era un enfoque menos convencional.**

-Algo que tú, sin duda alguna, eras capaz de proporcionarles-, deduje.

-Exacto-. Confirmó Felicia, asintiendo con la cabeza. Sacó una barra de racionamiento de un bolsillo de su túnica, y comenzó a masticar pensativamente; claramente seguía manteniendo su hábito de picar en momentos extraños, incluso después de todos esos años, otra rareza de carácter que la mayoría de los tecnosacerdotes habrían considerado como excéntrico en el mejor de los casos**-. Por supuesto, algunos de los más convencionales se resistieron al principio a darme más responsabilidades, pero no pudieron discutir los resultados que estaba obteniendo.**

-Así que ahora eres tú quién está a cargo aquí-, le dije.

Felicia se río, algo que me sorprendió; había olvidado lo simpática y agradable que era su risa, otro rasgo que sin duda no había impresionado a sus superiores**-. Por los engranajes del Omnissiah, no. ¿Quién quiere todo ese papeleo? Sólo superviso al equipo del proyecto.**

-Buenas tardes, señorita-, dijo Jurgen, aparentemente sin sorprenderse al verla. Claro que para aquel entonces rara vez lo había visto expresar sorpresa por algo.

-Hola, Jurgen-. Felicia se limpió la mano en la bata y le tendió la mano. Después de un momento de perplejidad, mi ayudante se quitó la peor parte de la suciedad de la suya, y estrechó su mano con cuidado**-. Tienes buen aspecto-.** Lo cual no había sido cierto ni siquiera la primera vez que ella lo había conocido, pero se mostró muy amable, y eso era algo de agradecer.

-También es un placer verla a usted, señorita-, dijo Jurgen, con toda sinceridad, retirando su mano tan pronto como pudo.

-Bueno, todo esto es muy bonito-, dijo Felicia, observando los restos de nuestro coche y los de los sirvientes con un suspiro de pesar-, **pero supongo que será mejor que nos pongamos a trabajar en el asunto que te ha traído aquí-.** Empezó a caminar guiándonos hacia el templo, esquivando fastidiosamente algunos fragmentos de carne y metal destrozados-. **Estoy seguro de que estarás ansioso por volver a tus guerras.**

La sala principal del santuario apenas había cambiado desde la última vez que la había visto, el mismo techo alto y aireado sobre una multitud de dispositivos metálicos dispuestos sobre zócalos colocados alrededor del suelo formando un complejo patrón que no logré identificar.

Como en aquel entonces, la iluminación era difusa, y no provenía de ninguna fuente obvia, pero de alguna manera lograba impartir un aire de serenidad y silenciosa contemplación. Sin embargo, me mantuve cauteloso; la última vez que puse un pie allí nos topamos con un tecnosacerdote asesinado, y luego una máquina asesina averiada había tratado de arrancarme la cabeza.

-Por aquí-, nos indicó Felicia, como si me hubiera olvidado, conduciéndonos hacia la escalera mecánica que daba acceso a la capilla de control en el nivel superior.

Miré brevemente en su dirección, pero la puerta estaba cerrada. Sin embargo, no tenía ninguna duda de que nada se había alterado en todos aquellos años, los bancos con las terminales de control todavía parpadeando con arcana información mientras monitoreaban el estado de los generadores enterrados en la base de la presa, y la vista del lago y el valle más allá a través de la amplia ventana panorámica, tan espectacular como siempre.

Sin embargo, aquel no era nuestro destino; mientras nos acercábamos al pie de la escalera mecánica, Felicia levantó la mano imperiosamente, y una sección de la pared se desplazó suavemente hacia un lado, chirriando ligeramente sobre sus patines metálicos.

-Lo han arreglado-, dijo Jurgen, asintiendo sabiamente con la cabeza ante su propia confirmación de lo obvio. La última vez que habíamos estado allí, la puerta oculta había sido abierta por algo parecido al melta que llevaba entre sus manos, y la escalera de más allá había sido visible para cualquiera que estuviera por allí.

-Pensamos que era lo mejor-, dijo Felicia**-, dado que lo que estamos haciendo aquí se supone que es un secreto-.** La mayoría de los hombres probablemente se habrían sentido ofendidos por la diversión apenas oculta en su tono, pero, como siempre, Jurgen permaneció totalmente inmune al sarcasmo, y simplemente asintió juiciosamente.

Debo confesar que dudé por una fracción de segundo antes de comenzar mi descenso, pero era difícil olvidar la visión de toda la carnicería gratuita que había descubierto en el complejo enterrado bajo el santuario la última vez que me había aventurado a bajar por esas escaleras. En esta ocasión, sin embargo, todos los acólitos vestidos de blanco del Omnissiah con los que me cruce estaban bien vivos, si esa frase puede ser aplicada correctamente a cualquier persona que es más máquina que humana, y los skitarii uniformados de rojo parecían tan alertas como yo podría haber esperado. Un par de ellos estaban apostados en la parte inferior de las escaleras, con sus armas de fuego listas, y si Felicia no hubiera estado con nosotros, estoy seguro de que me habrían detenido sin dudarlo. Como ella si estaba con nosotros, simplemente la saludaron tan pronto como la vieron, recibiendo un amistoso asentimiento de cabeza a cambio, lo que pareció desconcertarles aún más de lo que lo hubiese hecho un grupo de asaltantes del Caos blandiendo armas de fuego.

-Esto parece razonablemente bien protegido-, admití. Había luchado junto al ejército privado del Mechanicus en varias ocasiones, y en la mayoría de los casos se habían desenvuelto bastante bien. La excepción más flagrante había sido la desastrosa expedición a Interitus Prime, en la que me había visto envuelto de una manera totalmente accidental y que había sido aniquilada por los necrones hasta el último hombre. Ese pensamiento me trajo escaso consuelo, y por un momento, todas mis paranoicas imaginaciones sobre la cámara que pensé que había vislumbrado sobre el asteroide volvieron a pasar a primer plano en mi mente, antes de que las demandas más urgentes del aquí y ahora las alejaran con firmeza. Teníamos a Varan y su horda a punto de descender sobre nosotros, aquel era un hecho indudable, y el pánico por unas inexistentes tumbas de necrones difícilmente iba a ayudarnos.

-Eso es probablemente lo que pensó el último grupo-, dijo Jurgen con melancolía, y yo asentí con la cabeza, agradecido de que alguien más hubiera expresado ese pensamiento antes de que yo tuviera que hacerlo.

-Creo que verá que esta vez estamos un poco mejor preparados-, replicó Felicia, con una voz que no era ni una amenaza ni una advertencia, pero que de alguna manera se las arregló para transmitir ambos matices. Claramente, la solución de Killian no iba a ser una opción si la diplomacia fracasaba. Se detuvo un momento ante una ancha puerta de bronce, hizo algo en una cerradura con la vieja mecanodendrita que aún salía desde la base de su columna vertebral, y se hizo a un lado mientras el portal se abría**-. Después de tí.**

-Las damas primero-, respondí; al fin y al cabo no tenía ni la más remota idea de que es lo que podría estar esperando dentro.

Felicia se río**-. No has cambiado nada-,** dijo, con más precisión de la que ella creía, y se dirigió hacia la habitación que estaba más allá. Después de dar un par de pasos, me miró, con una desafiante sonrisa en los labios**-. Vamos. Ya que has venido hasta aquí, deberías ver lo que hemos conseguido reunir**.

-Espera aquí, Jurgen-, dije en voz baja. Por un lado, me sentiría mucho más feliz con él cuidando mi espalda, y por otro, el Shadowlight siempre había perdido su poder cada vez que se acercaba a ella. Por lo que yo sabía, nadie allí estaba al tanto de su don, y ese era un secreto que yo estaba decidido a guardar, por un lado porque Amberley se pondría de morros si su recurso más preciado se hiciera público **(3)**, y por el otro lado porque si terminaba teniendo que robar la maldita cosa para mantenerla a salvo, no quería arruinar la principal ventaja que teníamos, que era que nadie aquí sabía que Jurgen podía manejarla con seguridad sin tomar ningún tipo de precauciones especiales.

(3) *Molesta, sin duda alguna: ¡Yo jamás me "pongo de morros"!*

-Te sigo-, la contesté, entrando en la habitación que tenía a sus espaldas, y luego me detuve maravillado. Por primera vez en sesenta

años estaba lo suficientemente cerca del Shadowlight como para tocarlo, pero estaba tan asombrado por lo que había en la habitación que apenas me di cuenta.



CAPÍTULO CATORCE

-¿Y bien?-, preguntó Felicia, apartándose para darme una mejor vista**-. ¿Qué te parece?**

-No sabría que decir-, admití con cautela, dando otro paso adelante para estar a su lado. Consciente de las náuseas que me asaltaban cada vez que me acercaba demasiado al Shadowlight, por no hablar de recordar la sangrienta escenita que había dejado Killian después de que caer bajo su funesta influencia, en cualquier caso me esforcé por mantener una buena distancia entre aquel objeto y mi persona, de eso no creo que pueda caber duda alguna. Para mi sorpresa, aún no había sentido ningún efecto negativo, pero no avancé más, decidido a no forzar mi suerte**-. ¿Qué es esa cosa sobre la que está posado?**

-Todavía no estamos del todo seguros-, reconoció Felicia jovialmente-, **pero es impresionante, ¿no?**

-Impresionante no es la palabra que yo escogería-, le respondí, tan honestamente como pude. En mi opinión la que encajaría sería aterrador. Todo aquello parecía totalmente antinatural, y casi podía sentir la presencia de la disformidad en la habitación, a nuestro alrededor, envolviendo el artefacto como una serpiente preparándose para atacar.

Pero me estoy adelantando; supongo que debería haber empezado por describir lo que estábamos mirando. Sin embargo, entiendo que si para comenzar no describo el efecto perturbador que su visión tuvo en mí, me sería muy difícil transmitir cuán profundamente desconcertante era mirarlo; algo que ninguna mera descripción de su forma física podría lograr.

Lo primero que reconocí fue el Shadowlight, por razones obvias, ya que me seguía pareciendo una sencilla tabla de piedra pulida, aproximadamente del tamaño de una placa de datos, que aparentemente absorbía la luz de la misma forma que una esponja lo hace con el agua. A diferencia de la otra vez, en esta ocasión el artefacto descansaba en una estrecha ranura tallada en la parte superior de un pedestal de brillante cristal, que lo mantenía en posición vertical, más o menos a la altura de la hebilla de mi cinturón, rodeado de tres esferas pulidas de algún extraño mineral azul que daban la impresión de ser objetos de agua sólida, y que tenían aproximadamente el tamaño de mi puño. Todas ellas descansaban en depresiones circulares en la resplandeciente superficie del pilar de cristal; otros orificios, idénticos en tamaño y forma, estaban desocupados, y yo los señalé, más para mostrar que estaba prestando atención que porque esperaba entender lo que significaban**-. Parece que aún tienen que localizar unas cuantas más de esas bolas antes de que poder completar el juego-,** le dije.

-Hum-, contestó Felicia-. **Al principio también pensamos eso, pero luego nos dimos cuenta de que las esferas son algún tipo de control. Observa.**

Antes de que pudiera protestar, una de sus mecanodendritas se aproximó al objeto y sacó una de las bolas de su lugar de reposo, depositándola en otro de los huecos, cercano a su posición original. No podría haber dicho exactamente por qué pero empecé a sentir un cosquilleo en la piel, como si hubiera una carga estática en el aire, y por un momento sentí un ligero latido en el interior de mis sienes, como si se tratara del fantasmagórico presentimiento de un futuro dolor de cabeza.

-¿Qué acabas de hacer?-.preguntí, luchando contra el impulso de volver a desenvainar mis armas en respuesta a la atmósfera de desenfrenada brujería que de repente se había adueñado de la habitación.

Felicia se encogió de hombros.

-No tengo la menor idea-, dijo-. **Pero es interesante, ¿no crees?**

La suave refulgencia del pilar de cristal había cambiado, tenues bandas de color que ondulaban mezclándose con su blancura original, como si fueran los patrones de una gran masa nubosa amenazando lluvia al atardecer. El efecto era un tanto hipnótico, y aparté los ojos con un esfuerzo, sintiendo cómo la nefasta influencia de la disformidad me alcanzaba a través del extraño dispositivo. Parecía increíble que Felicia no lo hubiera sentido también, pero parecía completamente indiferente a ello: probablemente porque a estas alturas ya era más máquina que ser humano, y por lo tanto menos sensible a la presencia de lo anormal.

-Sabemos que el Shadowlight puede aumentar los poderes psíquicos latentes por sí solo-, dije, consciente de que estaba parloteando para tratar de calmar mis propios nervios, e incómodamente consciente de que la tecnosacerdote me conocía lo suficientemente bien como para probablemente haberse percatado de ello.

-Así es, lo sabemos-. me confirmó-. **Hasta donde hemos podido determinar, recoge y enfoca la energía directamente del empíreo, presumiblemente para que el resto del sistema la utilice.**

-Lo que lo hace lo suficientemente peligroso por sí mismo-, dije-. **Créeme, he visto lo que ese pedazo de roca puede hacer, y no es agradable.**

-No lo dudo-, respondió secamente Felicia-. **He leído el informe de cómo ayudaste a recuperarlo (1).**

(1) *Una versión un tanto abreviada, de todos modos, había ciertos aspectos de nuestras actividades en Periremunda que nuestros socios del Adeptus Mechanicus en el proyecto*

definitivamente no necesitaban saber.

-Entonces sabrás que tengo sobrados motivos para preocuparme-, la repliqué y me detuve un momento a observar por primera vez nuestro entorno. El peculiar dispositivo de los xenos había atraído naturalmente casi toda mi atención, pero justo entonces me di cuenta de que las paredes estaban cubiertas de fragmentos planos de piedra pulida, casi tan lisos como el Shadowlight, aunque gracias al Emperador, sin ningún signo de qué inquietantes propiedades poseían. Cada uno estaba cubierto de arañazos angulares, que me repelían vagamente aunque no sabría decir por qué. Me acerqué para examinar el más cercano, no porque estuviera particularmente interesado, sino porque me daba una excusa razonable para poner un poco de distancia entre el Shadowlight y mi persona**-. ¿Y que son estas cosas?**

-Creemos que se trata del manual de instrucciones del Shadowlight-, dijo Felicia, mirándolos con una peculiar expresión en su rostro, que sólo puedo describir como *"ansiosa"* (al menos, en la parte de su rostro que aún era capaz de mostrar expresiones, claro está**)-. Pero no está siendo nada fácil de traducir.**

-Me lo puedo imaginar-, le dije, recordando los comentarios que Mott, el sabio de Amberley, había hecho sobre las enigmáticas inscripciones durante nuestra búsqueda del artefacto en Periremunda. Recordé vagamente que se habían hecho algunos hallazgos similares en mundos a lo largo y ancho de la galaxia, restos de una civilización olvidada que había desaparecido hacía eones, incluso antes de que la humanidad evolucionara por primera vez en las primitivas llanuras de la Santa Terra, pero no compartían ningún marco de referencia, y por lo tanto se habían hecho muy pocos progresos en su traducción **(2)**. Sobresaltado al recordar que la única presencia que había perdurado de aquellos días y que conocíamos eran los necrones, miré la losa un poco más de cerca, encontrando para mi inexpresable alivio que no había rastro de los peculiares trazos de círculos y líneas que parecen utilizar como lenguaje escrito aquellas infernales criaturas mecánicas **(3).**

(2) *Y el que se ha asignado a algunos de los símbolos es, en el mejor de los casos, meras conjeturas.*

(3) *Aunque, dado que tienen un objetivo totalmente fijado y su aparente falta de libre albedrío, no entiendo por qué se molestan en escribir algo.*

-Así que todavía no tienes ni idea de para qué sirve esta cosa-, concluí, y Felicia se encogió de hombros.

-Yo no diría exactamente eso-, me contestó, de una manera que en la mayoría de la gente me habría parecido claramente evasiva-, **pero creo que tienes que hablar con el resto del equipo antes de que te diga algo más. La situación aquí es un poco complicada.**

-Por supuesto que lo es-, dije suspirando. Por un momento me sentí casi nostálgico por mis días de juventud esquivando orkos en el paisaje de Perlia, que, si bien fueron bastante desagradables en aquel momento, al menos habían sido sencillos; de lo único que tenía que preocuparme en aquel entonces era de ir lo más rápido posible, y disparar a todo piel verde que me cruzaba en el camino.

-Bueno, entonces supongo que será mejor que nos pongamos a ello-, dijo Felicia, alejándose por fin del infernal dispositivo y dirigiéndose hacia la puerta. La seguí tan rápido como pude, inhalando el olor familiar de calcetines sudados y pelo sin lavar casi con gratitud mientras llegaba al pasillo, y el cierre de las puertas finalmente bloqueaba la visión de aquel resplandeciente y amenazante pedestal.

-Comisario-. me saludó Jurgen, con su melta aún listo para la acción, lo que me divirtió y alivió a partes iguales. Obviamente, a pesar de la inesperada aparición de una vieja amiga, no estaba dispuesto a descartar la posibilidad de que surgieran más problemas antes de que

nos fuéramos. En mi opinión, era una actitud muy sabia; todo el mundo allí presente estaría muy al tanto de lo que había pasado la última vez que un inquisidor había pedido acceso al Shadowlight, y sin duda estarían en guardia ante la más mínima señal de traición por parte de cualquiera de nosotros. No es que tuviéramos la intención de intentar apoderarnos por la fuerza de aquell maldita cosa, claro está, sobre todo después de ver lo voluminoso que era el mecanismo en el que ahora estaba ensamblado, pero es lo que estaría pensando si estuviera en su lugar, así que difícilmente podría culparlos si fueran tan paranoicos como yo.

-¿Va todo bien?

-Hasta cierto punto-, le dije cautelosamente**-. Moverlo ya no parece ser una opción realista-.** No ahora que Orelius y su nave, junto con los servidores de carga que tenía en sus bodegas y que hubiéramos necesitado para cargar todo aquel infernal conjunto de artefactos, estaban bien fuera del sistema, y avanzando a lo largo de las corrientes de la disformidad hacia dondequiera que fuera para encontrarse con Amberley **(4).**

(4) *Estación Espacial Delta Sigma Novem, por si a alguien le importa.*

Al oír nuestra conversación, Felicia adoptó un gesto engreído-. **He organizado una reunión en la sala de conferencias-,** dijo, aunque no tenía ni idea de cómo se las había arreglado para hacerlo mientras habíamos estado juntos; seguramente tenía algún tipo de unidad de vox interna que había podido utilizar mientras conversaba conmigo, a pesar de la distracción que ésta debió haberle supuesto. (Cuando más tarde le pregunté al respecto, me dijo que tenía algo que ver con sus implantes cerebrales, que le permitían pensar en una multitud de cosas al mismo tiempo; un sacramento al que se refería como *"multitarea"*) **(5)**.

(5) *Algo que, en cualquier caso, la mayoría de las mujeres han sido perfectamente capaces de*

hacer desde los albores de la historia, para eterno desconcierto de los hombres.

-Bien-, repliqué, encubriendo mi sorpresa lo mejor que pude-. **Cuanto antes aclaremos las cosas, mejor para todos.**

-¿Quiere que lo acompañe, señor?-, preguntó Jurgen, y negué con la cabeza.

-Es mejor que te quedes fuera, vigilando-, le dije con tacto. Iba a tener que trabajar lo suficiente para convencer al personal del Mechanicus, y tener a mi ayudante a mis espaldas blandiendo un melta no iba a ayudarme a ganar su confianza**-. No queremos que nos molesten mientras charlamos.**

-Así es-, estuvo de acuerdo Felicia, manteniendo la parte de carne de su rostro totalmente inexpresiva.

Después de unos pocos intercambios de palabras sin importancia, me llevó por un pasillo que no reconocí (puesto que no había explorado mucho el complejo subterráneo cuando lo descubrimos por primera vez, y estaba seguro de que se había agrandado considerablemente en los aproximadamente siguientes ochenta años; algo acerca de los ecos y la circulación del aire se sentía diferente en mis entrañas), y finalmente apareció frente a nosotros una puerta de madera pulida. Aquello fue suficiente para indicarme que habíamos pasado al lado de la Inquisición del complejo, ya que los mecanos prefieren el metal cuando se trata del diseño de interiores, y comencé a respirar con más fácilidad. Puede que no estuviera a punto de encontrar aliados allí, pero al menos deberían estar más predispuestos a escuchar lo que tenía que decir.

Dejé a Jurgen fuera, acompañado de un par de skitarii armados con fusiles Infierno (y que probablemente ya estaban deseando tener narices augméticas, a juego con los implantes oculares con los que ya

contaban). Aquel gesto me dejó con pocas dudas de que al menos, en cuanto al lado del Mechanicus de la sociedad que gestionaba aquel asunto, todavía albergaban dudas sobre la pureza de nuestras intenciones. Felicia apenas miró a los guardias con uniforme de escarlata antes de empujar las puertas e invitarme a entrar, así que tal vez los guardias eran simplemente una simple cortesía después de todo **(6).**

(6) *De alguna manera, lo dudo.*

Mi primera impresión fue una mezcla de familiaridad y extrañeza. La distribución básica de la sala era bastante convencional: una larga mesa en el centro, flanqueada por sillas, y una alfombra carmesí en el suelo, en la que la familiar I de la Inquisición había sido tejida en gris, rodeada por el engranaje dentado del Adeptus Mechanicus en blanco. Sin embargo, la mesa era de bronce pulido en lugar de madera, con los sigilos entrelazados en su superficie, grabados en oro. El único mobiliario de madera en la habitación era una pequeña mesa auxiliar, que contenía una bandeja de plata sobre la que había un par de decantadores y un puñado de copas de cristal, así como un armario lacado, en el que se habían incorporado los símbolos de ambas instituciones, y en el cual supuse, por experiencia en muebles similares, guardaban las bebidas alcohólicas. Los asientos alrededor de la mesa eran de metal, pero los de un lado habían sido provistos de cojines, así que incluso si la habitación hubiera estado vacía, habría podido deducir fácilmente que esos eran los que, generalmente, usaban los delegados de la Inquisición.

De hecho, sin embargo, era bastante obvio qué asientos pertenecían habitualmente a cada parte de esta peculiar sociedad, ya que la mayoría de los asientos estaban ocupados. Cuando Felicia y yo entramos en la sala, una docena de rostros se volvieron hacia nosotros; los de la izquierda mostraban claros signos de mejora augmética que hacía muy complicado deducir algo sobre ellos, y los de la derecha, aunque en general sin mejoras, eran casi igual de ilegibles. Todos menos uno de los

miembros de la delegación del Mechanicus vestían la túnica blanca de su vocación, por supuesto, pero ninguno que yo pudiera ver estaba tan elaboradamente adornada como la de Felicia, así que no me sorprendió que asintieran al unísono, con un respetuoso murmullo de *"Magos"*, mientras ella ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa. No había una silla allí, pero no parecía molestarle; otro hábito que parecía haber conservado desde aquellos días en que éramos camaradas era la de descansar usando la mecanodendrita adherida a la parte inferior de su columna vertebral, como si de un improvisado asiento se tratara.

-Me dijiste que no estabas aquí al cargo -, comenté como si tal cosa, caminando alrededor de la mesa para llegar hasta aquella donde estaban las bebidas. Por un lado, necesitaba beber algo, después de toda la emoción desde nuestra llegada, y por otro, quería tener algo de tiempo para estudiar a las otras personas en la habitación sin que fuera demasiado obvio. No sería capaz de decir mucho sobre la mayoría de ellos, por supuesto, pero si pudiera localizar a algunas personas que pudiera leer fácilmente, me ayudaría a tener una idea de lo bien que iba la reunión. O cómo de mal, si nos atenemos a la suerte que suelo tener.

-No lo estoy-, se ratificó Felicia-. **Estoy supervisando el lado tecnoteológico de esta sociedad, pero este concilium establece asuntos de política, y los escribas de la Inquisición se encargan del papeleo.**

Todos los tecnosacerdotes me miraban inexpresivos, casi como si de necrones se tratara, con la única excepción en ese lado de la mesa de la cual me había percatado al entrar, un hombre de pelo oscuro con el uniforme carmesí de un oficial skitarii, que me observaba con un aire de cauteloso respeto, sin duda consciente de mi reputación. Asentí con la cabeza a modo de afable saludo que, tras una vacilación, me devolvió; aquella fue una buena señal, así que me serví lentamente un vaso del amasec del decantador, que resultó ser de una calidad bastante anodina (algo que me sorprendió después de todos mis años como ocasional asociado del séquito de Amberley, pues me había hecho a la idea de que

los agentes de la Inquisición tendían a aprovechar al máximo los pequeños lujos de la vida) **(7)**, y sonreí al grupo allí reunido amistosamente, al fin y al cabo se me daba bastante bien actuar**.**

(7) *Y por qué no, ya que la vida resulta ser deprimentemente corta para muchos de ellos.*

-¿Alguien más quiere algo de beber aprovechando que estoy levantado?-. Pregunté.

Nadie respondió, así que me dirigí a uno de los sitios vacantes en el lado de la Inquisición. En cualquier caso, ya había declarado mi lealtad encubierta a la organización, así que no tenía sentido seguir disimulando, y de todos modos no había ningún asiento en el único borde neutral de la mesa, frente a Felicia. Tomé la silla vacía más cercana al lugar donde ella estaba sentada, en parte porque era obvio que su opinión tendría una gran influencia en los tecnosacerdotes allí reunidos, y en parte porque eso me colocaba lo más lejos posible del joven con la expresión vidriosa y de rebelde pelo castaño claro que estaba sentado casi frente al capitán de los skitariis. Había conocido a suficientes psíquicos en mi vida para desconfiar de ellos, incluso de uno sancionado, como obviamente lo era aquél. Pensé aliviado que había acertado al dejar a Jurgen fuera.

-En caso de que no lo sepan-, comenzó a decir Felicia, con la suficiente seriedad como para que yo me percatara de que en realidad pensaba que mi presencia aquí era una especie de broma **-, éste es mi viejo amigo Ciaphas Caín. Héroe del Imperio, Libertador de Perlia, y todas esas cosas que se pueden leer en los pedestales de sus estatuas-.** Ella ladeó la cabeza esperando alguna pregunta antes de continuar**-. Y por lo que se ve, un acólito encubierto, trabajando para la inquisidora Vail. ¿Quiere aclarar eso, comisario?**

-Todo lo que puedo decir-, comencé a decir, mostrándome tan sincero y honesto como pude. Era muy consciente de lo mucho que el grupo de

la Inquisición disfrutaría de sus pequeños juegos entre bastidores, y de lo ferozmente que se disputaban su posición en su oscura jerarquía, así que sería mejor insinuar que yo sabía cosas de las que no estaban al tanto**-, es que no soy realmente un acólito como tal. La inquisidora Vail es una amiga personal, y ocasionalmente he estado en posición de ayudarla un poco, pero eso es todo-.** El hombre de rostro adusto a mi izquierda asintió pensativo, claramente convencido de que yo tenía un conocimiento mucho más profundo que el suyo respecto a los misterios internos del Ordo Xenos**-. Sabiendo esto, es comprensible que su último emisario me pidiera que continuara su misión donde él la dejó, cuando se vio obligado a abandonar el sistema durante la primera incursión del Caos.**

-He leído el informe-, dijo Cara-Seria con un tono plano. Después de un momento, extendió una mano-. **Pero parece que nos hemos olvidado de las presentaciones, soy Terie Makan, jefe de seguridad del proyecto-.** Intercambió una incómoda mirada con el oficial skitarii-. **Obviamente por parte de la Inquisición. El Capitán Yaitz se encarga de los asuntos que atañen al Mechanicus.**

-Señor Makan-. Le estreché la mano, ajustando un poco la sonrisa. La mirada que pasó entre los dos hombres me había dicho mucho, principalmente que estaban dispuestos a cooperar el uno con el otro, pero con un cierto grado de reserva por ambas partes. Para sorpresa de todos, asentí a Yaitz, sitiuado al otro lado de la mesa**-. Capitán Yaitz. Espero con interés trabajar más estrechamente con ustedes-.** Sus expresiones de sorpresa casi idénticas me dijeron que ese era un acontecimiento igualmente inesperado para ambos hombres.

-¿Debemos inferir por ese comentario que esa ridícula idea propuesta por su amigo, el comerciante independiente, ha sido archivada?-. Preguntó uno de los tecnosacerdotes.

Asentí con la cabeza-. **La Magos Tayber ha sido tan amable como**

para mostrarme el artefacto ensamblado-, dije, empleando el título formal de Felicia aunque sonaba un poco extraño cuando salía de mi propia boca-. **Para mí está claro que no hay perspectivas realistas de trasladarlo a un lugar más seguro en este momento, al menos con el poco tiempo que tenemos-.** Un aire mezclado de alivio y engreimiento comenzó a irradiar desde el lado de los mecanos, y observé unos leves gestos de alarma que comenzaban a manifestarse en la sección de la Inquisición.

-Entonces tenemos que tomar medidas para garantizar su seguridad-, dijo Makan, pareciendo tan incómodo como un hombre que acaba de morderse la lengua.

-Precisamente por eso estoy aquí-, le aseguré-. **Pase lo que pase, debemos mantener el Shadowlight lejos de las garras de Varan. Incluso si eso significa que tengamos que destruirlo nosotros mismos.**

Medio había esperado que la habitación hiciera erupción en ese momento, pero en vez de eso, todo lo que pude oír fue el débil silbido de tomar aliento alrededor de la mesa. (Bueno, la mayor parte de la mesa. Sospecho que algunos de los tecnosacerdotes estaban más allá de debilidades humanas tales como respirar).

-Por supuesto, ese sería nuestro último recurso-, añadí tras una pausa, y todos volvieron a relajarse.

-No estoy del todo seguro de que podamos destruirlo, aunque quisiéramos-, se aventuró a comentar al cabo de un momento uno de los tecnosacerdotes-. **Ya ha sobrevivido a eones de movimientos geológicos, sin siquiera un rasguño. No creo que una explosión convencional le haga mucho daño.**

-Killian parecía pensar que un rayo de plasma podría dañarlo-, me aventuré a decir con cierto optimismo.

-Killian era un imbécil-, dijo Makan, que parecía ser algo en lo que todos estaban de acuerdo, tanto la Inquisición como el Mechanicus**-. No tenía la menor idea de a qué se enfrentaba.**

-Los lunáticos rara vez la tienen-, señalé-. **Lo que nos lleva de vuelta a la horda del Caos que está a punto de llegar a este planeta. Están tan locos como puedan imaginar, ya por definición, y pueden estar seguros de que Varan no dudará en usar esa cosa si consigue ponerle las manos encima-.** Me detuve para hacer una pausa dramática antes de añadir-. **Y aunque, por algún milagro resista la tentación, tengan por seguro que Abaddon no lo hará.**

-¿El Saqueador?-. El joven psíquico habló por primera vez, su voz débilmente sonora, como si escuchara una música lejana en su cabeza**-. ¿Cree que tiene algo que ver directamente con esto?**

-¿Quién sabe?-. Me encogí de hombros, tratando de marcarme un farol, y enmascarar el terror que casi me había abrumado al pensar en atraer la atención de aquel ser, aquella malevolencia andante que había amenazado la galaxia desde el día en el que Horus inició su rebelión**-. En todo caso, sin duda Varan responde ante él. Todos los señores de la guerra del Caos lo hacen.**

-Cierto-. Yaitz asintió con la cabeza-. **La única ventaja que aún tenemos es que, supuestamente, desconocen la existencia del dispositivo.**

-Desafortunadamente, ese podría no ser el caso-, dije, provocando otra tormenta de silenciosa consternación alrededor de la mesa-. **Nuestros mejores analistas de inteligencia han deducido que Perlia**

ha sido atacada deliberadamente por la flotilla de Varan. Nadie en las fuerzas de defensa tiene idea de por qué, pero creo que todos sabemos lo que hay aquí y como tentaría a una fuerza de asalto del Caos para cruzar casi toda la galaxia en un intento de apoderarse de él.

-Pero, ¿cómo podrían saber del Shadowlight?-. Preguntó Yaitz, mirando fijamente a Makan-. **Se supone que es uno de los secretos mejor guardados de todo el segmentum.**

-Y así es-. El responsable de seguridad asintió enérgicamente-. **Pero los secretos tienen el incómodo hábito de salir a la luz. Innumerables personas han pasado por aquí en los últimos cientos de años, por parte de nuestras dos instituciones. Sólo hace falta que uno se vaya de la lengua para que el rumor haya llegado a oídos del enemigo.**

-Les aseguro que ningún siervo del Omnissiah sería nunca tan indiscreto-, dijo Yaitz con frialdad.

-Yo apuesto por Killian-, intervine con rapidez para desactivar la incipiente discusión. La verdad es que no tenía ni idea de cómo se había descubierto el secreto, y de hecho no me importaba un pimiento, pero había sido comisario lo suficiente como para saber que la división en nuestras propias filas valdría por una compañía extra de marines del espacio traidores del enemigo**-. Se relacionó con un culto al Caos en Periremunda, para reclutar a psíquicos en potencia para su lunático plan. Si alguno de ellos sobrevivió a las purgas, podría haber corrido la voz.**

Para mi alivio, todos los que estaban alrededor de la mesa parecieron aceptar mi explicación, señalando a Killian como el chivo expiatorio sin necesidad de más explicaciones**-. Lo que realmente me preocupa es la perspectiva de que Varan, o Abaddon, o cualquier otra persona, retome ese plan donde él lo dejó. Si pudieran no dudarían en**

producir psíquicos en cantidades industriales, y sólo el Emperador sabe el daño que eso podría causar.

-Destruiría la galaxia-, dijo el joven psíquico en voz baja, su voz resonando más aún por su falta de volumen.

-El Maestro Sparsen puede estar exagerando-, empezó a decir Makan-, **pero...**

-No estoy exagerando en lo más mínimo-, le aseguró el joven pálido-. **El poder de la disformidad fluiría a través de ellos, sin ser controlado adecuadamente por las barreras que el bendito Emperador pone en la mente de sus verdaderos sirvientes. Aparte del daño que harían directamente, muchos se verían poseídos por demonios y cosas peores, permitiendo que los horrores del empíreo se desataran sin control entre las estrellas. En dos generaciones, el Ojo del Terror crecería y nos devoraría a todos.**

Su voz no era más fuerte que antes, pero fue la expresión de absoluto horror en su rostro lo que me convenció. Allí estaba un hombre que se enfrentaba a diario a las profundidades de la disformidad y que no se dejaba conmover por lo que allí veía, y estaba claramente convencido de que no decía otra cosa que la pura verdad.

-Entonces, asegurémonos de que eso no suceda-, dijo Felicia con calma, y el joven psíquico asintió.

-Eso sería lo mejor-, añadió en voz baja.

-Si no podemos trasladar el Shadowlight, y no podemos destruirlo, tendremos que asegurarnos de que el enemigo no pueda ponerle las manos encima-, expuse llanamente-. **Capitán Yaitz, tal vez podríamos hablar después sobre nuestras opciones para defender**

estas instalaciones. Estoy seguro de que tiene algunas ideas al respecto.

-Sin duda-, asintió Yaitz-. **Y estoy seguro de que su propia experiencia en enfrentarse al enemigo aquí resultaría invaluable para revisarlos. Además, probablemente también tendrá usted algunas sugerencias al respecto.**

-Bueno, supongo que podríamos volar la presa de nuevo-, dije, teniendo cuidado de hacer el comentario como si estuviera bromeando-, **pero sospecho que los del Caos ya estarán preparados para tal eventualidad-.** Sé que lo estarían, si habían oído hablar de la batalla anterior en este lugar, y si Varan y sus cómplices no lo hubieran hecho ya, ciertamente lo harían casi tan pronto como pusieran un pie en Perlia. La última batalla de Caín, como los lugareños insistían en llamar al evento, era una leyenda en este pequeño mundo generalmente bastante aburrido, y ha dado lugar a innumerables libros, pictodramas, holos y hasta tiras cómicas, cada uno de ellos más exagerados e inexactos que el anterior.

-En cualquier caso pondremos algunas cargas de demolición-, dijo Felicia con decisión, dejándome más bien sorprendido, recordando lo mucho que se había opuesto a mí la primera vez que volé la presa. Parecía que el tiempo, y una mayor responsabilidad, le habían permitido desarrollar un pragmatismo del que había carecido en su juventud, aparte de toda esa cacharrería augmética, claro**-. Si se diera el caso de que fueran tan estúpidos como para volver a caer en esa trampa, entonces nos conviene estar preparados para aprovecharnos de ello.**

Miró fijamente a los tecnosacerdotes allí reunidos, como esperando un desafío a su autoridad. Pero ninguno de ellos habló, aunque evidentemente la mayoría de ellos estaban descontentos con aquella perspectiva**-. Siempre podemos construir otra presa, pero sólo hay**

un Shadowlight.

-Demos Gracias al Emperador-, murmuré, más alto de lo que pensaba, y me giré hacia Makan-. **Me gustaría que usted también acudiera a la reunión-,** añadí-. **Estoy seguro de que ha hecho una evaluación completa de la amenaza, que debería cubrir la mayoría de los escenarios probables.**

-Así es, desde una nueva invasión Orka hasta una migración hrud-, me aseguró-, **pasando por un golpe de estado por parte de secesionistas apoyados por los tau. Infiltración de simpatizantes del Caos, lo que sea que se le ocurra, seguro que ya lo he considerado-.** Consciente de las duras miradas que se le dirigían desde todos los rincones de la sala, se encogió de hombros en señal de claro desafío-. **No estoy diciendo que haya un traidor entre nosotros, sino que simplemente he elaborado planes de contingencia para hacer frente a esa posibilidad, junto con cualquier otra cosa que se me ha ocurrido. Ese es mi trabajo.**

-Y todos debemos agradecer al Emperador que se lo tome tan en serio-, añadí suavizando el incómodo momento tan fácilmente como mi entrenamiento y mi profusa experiencia me permitió-. **¿Alguien más tiene algo que añadir que nos pueda ser útil?**

-Sólo que el dispositivo completo es mucho más que un amplificador psíquico-, dijo Felicia. Miró alrededor de la mesa, esperando de nuevo un reto, y se relajó casi imperceptiblemente cuando no se materializó. La siguiente vez que habló se dirigió directamente a mí.

-Aún estamos lejos de entender su verdadero propósito, pero estamos empezando a formarnos algunas posibles conclusiones.

-Así es-, dijo otra de los tecnosacerdotes-. **Como la Magos Tayber puede que le haya explicado ya, el componente del Shadowlight se basa directamente en el poder de la disformidad, que parece ser la razón por la que puede aumentar o activar las capacidades psíquicas latentes.**

-Lo ha hecho-, le confirmé-. **Continúe por favor.**

-El resto del dispositivo parece ser un sistema para enfocar esa energía-, dijo Felicia, dirigiéndole a su parlanchina subordinada el tipo de mirada que yo solía reservar para el artillero Ehrlsen, mi problema disciplinario más regular en los días relativamente despreocupados que había pasado en el 12º de Artillería de Campaña**. - Lo que se pretendía lograr en un principio es algo de lo qué aun no estamos del todo seguros, pero si tenemos razón, puede alterar el tejido mismo de la realidad.**

-¡Santo Trono!-. Exclamé sin querer, pensando que la horrible visión del futuro que había expuesto Sparsen se transformaba repentinamente en algo relativamente optimista en comparación. En vez de tomar la mayor parte de un siglo para aniquilar la galaxia, parecía que el Shadowlight podía hacer el trabajo en poco más que un parpadeo si caía en las manos equivocadas. Aparte de lo que Felicia tuviera que decir al respecto, o Amberley si se da el caso, yo decidí allí mismo que debía encontrar alguna manera de destruir esa cosa maldita antes de que fuera demasiado tarde.

-¿Por qué alguien construiría una monstruosidad como esa?

-Ignorarían las consecuencias-, dijo otro delegado inquisitorial. Era una mujer joven de rasgos afilados, con los hábitos de una hermana del Ordo Dialogus, presumiblemente encargada de la ingrata tarea de dar sentido a los galimatías de arañazos que había observado en las tablillas de piedra que cubrían las paredes de la cámara en la que ahora residía el

Shadowlight**-. Sabemos que los Antiguos estaban en guerra gracias a algunos de los fragmentos recuperados en otros lugares de la galaxia. Con quién o con qué no tenemos ni idea, aunque algunos estudiosos han especulado que la denominación de la raza o cultura más frecuentemente asociada como la enemiga puede ser traducida al gótico como Katarn o C' tan.**

-Nunca oí hablar de ellos-, dije con cierto alivio: al menos no eran los malditos necrones.

-Ambos bandos parecen haber sido aniquilados en aquella guerra-, dijo la hermana-. **Aniquilación mutua total. Sólo algunas ocasionales reliquias de los Antiguos han sobrevivido hasta nuestros días, y nada en absoluto de los C'tan (8). Pero hay leyendas entre los eldar que posiblemente tengan sus raíces en aquel conflicto. Por supuesto, ésos orejas puntiagudas son muy reacios a compartir cualquier conocimiento útil con nosotros, las razas menores, pero hemos logrado tener acceso a algunos fragmentos de información, a través de algunos canales poco ortodoxos, que podrían ser relevantes.**

(8) Desafortunadamente, a la luz de los acontecimientos más recientes, parece que ese ya no es el caso.

Lo que quería decir era que lo habían obtenido a través de agentes de la Inquisición. No era del todo desconocido que los eldar habían cooperado con miembros del Ordo Xenos en muy contadas ocasiones: Amberley hablaba su lengua aceptablemente bien, y la recordé mencionando que la había aprendido en una de esas misiones, cuyos detalles nunca me confió **(9)**, así que asumí que la hermana había sido capaz de hacer uso de algunos contactos similares. Probablemente se llevaría bien con Julien, pensé fugazmente, antes de las preocupaciones más apremiantes regresaran a mi mente.

(9) *Con muy buena razón; cualquier persona con suficiente nivel de autorización puede encontrar los detalles en los archivos restringidos del Cónclave de Damocles, archivados como El Caso Stanvind.*

-¿Información sobre el Shadowlight?-. Me arriesgué a preguntar, más para dar la impresión de que todavía estaba al tanto de las cosas que porque esperaba ser capaz de entender la respuesta.

-Posiblemente-, dijo la hermana-. **Según algunos pasajes bastante oscuros del *Lay de Kelce*, los Antiguos podían haber intentado aprovechar el poder de la disformidad directamente, en un intento de defenderse de sus enemigos. Algunos estudiosos de los eldar incluso creen que esto fue lo primero que desencadenó la maldición del Caos en la galaxia.**

-Una descabellada especulación, que la Hermana Rosetta parece tomar considerablemente más en serio de lo que merece-, dijo Felicia con firmeza, recibiendo a cambio una mirada muy poco beatífica.

-Dada la antigüedad y la potencia del artefacto, sin duda, sería extremadamente imprudente el ignorar esa posibilidad, eso es todo lo que estoy diciendo-, dijo Rosetta, con el aire de alguien que lo decía con bastante frecuencia.

Al considerar la importancia de sus palabras, sentí que mis entrañas se convertían en agua, y tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no dejar que mi consternación se manifestara en mi rostro. Justo cuando pensaba que la situación no podía empeorar aun más**-. Me parece que, sea cierto o no, se debe proceder con la máxima cautela-,** dije cuidadosamente.

-No se preocupe, así lo estamos haciendo-, me aseguró Felicia alegremente, aunque eso no hizo que me sintiera mejor. Conocía su obstinada actitud de antaño, y tenía pocas dudas de que si todo parecía

perdido se arriesgaría a activar aquella cosa sólo para ver qué hacía. Peor aún, que el Emperador me ayudara, probablemente yo la dejaría si hubiese la menor posibilidad de que aquello funcionase.

Bueno, en ese momento aquel no era el problema que nos ocupaba. En aquellos momentos, como Felicia había señalado en la plaza al poco de nuestra llegada, Jurgen y yo teníamos una guerra a la que volver.

Asentí pensativamente**-. Me parece, que entonces será mejor que les dejemos con sus investigaciones-.** Después de todo, no habían logrado volar la galaxia hasta aquel momento, a pesar de haberse pasado décadas intentándolo, y si había la más remota posibilidad de que Felicia y su gente pudieran encontrar una forma de usar el dispositivo de forma razonablemente segura contra nuestros enemigos, aún pudiera ser que nos viéramos en una situación lo suficientemente desesperada como para intentarlo una vez que comenzara la invasión. E incluso si eso no sucedía, los mantendría ocupados, y fuera de mi camino. Miré a Makan y Yaitz mientras me levantaba**-. Caballeros, entiendo que hay algún lugar donde podamos discutir nuestras estrategias defensivas sin molestar a los demás, ¿verdad?-.**Lo que además me permitiría sacar a Jurgen del pasillo antes de que se encontrara con Sparsen, que era en verdad lo que pretendía.

-Mi oficina está más cerca-, dijo Makan, claramente preparado para una objeción de su homólogo, pero Yaitz simplemente asintió con la cabeza.

-Por mi parte no hay inconveniente, nos ahorrara tiempo-, admitió, evidentemente dispuesto a cooperar en la medida de sus posibilidades.

-Bien-, dije adoptando la típica pose de Caín el Héroe-. **Entonces, pongámonos a ello-.** Asentí en dirección a Felicia-. **Sin duda la veré de nuevo antes de que nos vayamos.**

-Lo hará si no quiere volver andando a Chilinvale-, me respondió jovialmente-. **Ese coche suyo no tiene pinta de que pueda arrancar con facilidad.**

NOTA EDITORIAL:

Evidentemente Caín, o más probablemente, Jurgen, logró encontrar algún transporte, porque para cuando su narración se reanuda su ostentosa gira de inspección ha concluido. Desgraciadamente, sigue siendo tan vago como siempre respecto al paso del tiempo, pero de otras referencias en el texto podemos inferir que en el ínterin habían pasado aproximadamente tres días.



CAPÍTULO QUINCE

-Déjame ver si lo entiendo-, dijo Visiter, con aire vagamente desconcertado. Estábamos parados en la plataforma de la lanzadera de la schola, nuestras voces suficientemente apagadas por el rugido de los motores del Aquila que Sprie acababa de arrancar en preparación para el despegue, de modo que nuestra conversación estaba protegida contra las escuchas al menos desde mi punto de vista, y que era la razón por la cual había ido a ver al comodoro en primer lugar. En nuestra última reunión de estrategia argumentó enérgicamente que no tenía sentido que intentara coordinar una guerra en el espacio desde allí y, por lo tanto, se preparaba para trasladarse a bordo de una de las cañoneras de las Fuerzas Espaciales de Defensa, que había acudido al planeta para solicitar suministros justo a tiempo para ser ascendida inesperadamente a nave insignia de la improvisada flota espacial de Visiter.

-¿Estás planeando evacuar la schola a un santuario del Mechanicus perdido en medio de ninguna parte?

-Espero que no se llegue a eso-, le dije con total sinceridad-. **Pero si se da la situación que nos obligue a abandonar este lugar, no hay muchas opciones respecto a dónde ir. El santuario es lo suficientemente remoto como para que el enemigo tenga problemas para encontrarlo, y además es un terreno que conozco bien porque ya he luchado antes allí, lo que nos da toda la ventaja que probablemente podamos tener.**

Por desgracia no podía decirle que la verdadera razón por la que quería concentrar tantas de nuestras fuerzas como pudiera en el Valle de los Demonios era para defender una instalación secreta de la Inquisición, así que había decidido que esa era una excusa razonable para hacer de

ella nuestra fortaleza secundaria. Ciertamente, el plan de batalla que había logrado elaborar con la ayuda de Yaitz y Makan lo hacía parecer fácilmente defendible, y en cierto modo, eso contribuyó a arrojar un brillo de verosimilitud sobre nuestro necesario engaño.

-Buen argumento-, concedió Visiter. Dejó la bolsa que, hasta ese momento, había estado cargando sobre su hombro, y rebuscó dentro de ella en busca de una placa de datos**-. Me las he arreglado para preparar un plan de evacuación en caso de que nos toque retirarnos-.**Envió un par de informes a mi propia placa de datos, que tomé nota mental de examinarlos lo antes posible, y echó un vistazo a la cabina del Aquila, tras los parabrisas de cristal blindado, donde se podía distinguir al cadete pelirrojo, que seguía trabajando metódicamente realizando las comprobaciones previas al vuelo**-. Os deseo buena suerte a todos.**

-Lo mismo digo-, le contesté con sinceridad. Prepararse para entrar en batalla dentro de una delgada carcasa de metal rodeada de una cantidad casi infinita de nada en absoluto siempre me ha parecido una mala idea, pero era obvio por su lenguaje corporal que Visiter estaba ansioso de volver a subir a bordo de una nave, incluso de una tan frágil y poco armada como una nave de las fuerzas de defensa del sistema; pero entonces recordé que se habría acostumbrado a la vida a bordo durante su larga e ilustre carrera con la Marina, y se había asentado en un planeta donde en algún momento le había empezado a entrar ganas de rodar de nuevo **(1)-. El Emperador protege-.**

(1) *De hecho, Visiter nació en el espacio, lo que podría explicar su deseo de regresar allí.*

Recordé el viejo y gastado dicho de mi memoria, sin siquiera pensar en ello, y luego me encontré con la esperanza de que en este caso en particular resultara ser verdad.

Visiter me saludó, cogió de nuevo su petate **(2)** y subió por la rampa

mientras yo le devolvía el gesto. Una vez estuvo dentro y fuera de mi vista, me alejé, retrocediendo a una distancia segura mientras el Aquila se despegaba, y lo vi elevarse hasta que fue poco más que un punto que se movía rápidamente contra el cielo despejado de la montaña.

(2) *Un término naval para macuto; no se usa entre la Guardia Imperial, así que presumiblemente Caín lo aprendió de Visiter.*

-Uno menos-, me dije, y fui a buscar a Rorkins. En mi ausencia, la schola se había imbuido aún más de un propósito militar que de costumbre, y si no hubiese sido por la juventud de la mayoría de los rostros con los que me cruzaba, casi podría haber supuesto que había vuelto a un puesto en la Guardia Imperial en algún lugar. Incluso los residentes más jóvenes se preparaban lo mejor que podían, aprendiendo a doblar vendas y recargar cargadores o células de munición, aunque varios de ellos parecían claramente decepcionados de que no se les permitiera llevar armas; desesperados como estábamos, no habíamos llegado al punto en que armar a niños de cinco años pareciera una buena idea.

-Comisario-. Me llamó Maklin mientras venía hacia mí con una placa de datos en la mano, y envuelto en un aire de ansiosa expectativa**-. Tengo las actualizaciones tácticas que pidió.**

-Bien-. Tomé la placa sin mirarla, ya que habría tiempo para leer los detalles más tarde, e hice un gesto para que el cadete me acompañara**-. ¿Cuál es el resultado final?-.** Daba por sentado que habría hojeado los archivos antes de traérmelos, con la esperanza de que yo le pidiera un resumen, y no me decepcionó; como todos los demás, estaba aprendiendo rápido.

-Nuestro estado de preparación ha mejorado-, dijo con cautela, con el aire de alguien a quién le costaba añadir un *"pero..."*.

Asentí con la cabeza, y lo hice por él-. **Pero el caso es que aún estamos muy lejos de estar bien preparados-,** dije.

-Me temo que así es-, me confirmó Maklin-. **La mayoría de las unidades de las FDP están tan preparadas como puedan estarlo en el tiempo que tenemos, pero la gran mayoría sigue estando poco capacitada y mal equipada. Y parecen tropas de asalto si los comparamos con la milicia.**

-No lo dudo-, dije, y al sentir que su estado de ánimo se había ensombrecido, le di una palmada en la espalda-. **Por suerte, nos tienen a nosotros para que los mantengamos a la altura de las circunstancias. Tendrá más que ganada su banda de comisario para cuando esto acabe, estoy seguro de eso-.** Por un momento pensé que la sonrisa ligeramente tonta de su cara significaba que había logrado levantarle la moral, y luego seguí la dirección de su mirada.

-Caín. ¿Ya has visto al comodoro?-, preguntó la Hermana Julien. Volvía a llevar la armadura completa, mientras un grupo de sus novicias más veteranas vestían las maltratadas armaduras de prácticas, e iban en dirección al polígono de tiro. El contraste entre la ceramita con cicatrices y picaduras de combate, sobre la que todavía se podían ver iconos votivos, a pesar de las décadas que habían pasado desde la última vez que habían visto algo de acción, y los juveniles rostros de las adolescentes que los usaban era muy marcada, más bien conmovedora; me encontré pensando que a aquella edad deberían haber estado más preocupadas por el acné y el scrumball, no por cómo manejar un bolter en combate o aprender la mejor manera de destripar a un hereje con sus sarissas.

-Hace apenas unos minutos-, dije, mirando hacia la débil estela que delataba el paso de la cañonera hacia la órbita.

-Bueno, le deseo buena suerte-, dijo Julien, haciendo el signo del

Aquila.

-Va a necesitar toda la buena suerte de la que pueda echar mano-, le contesté.

Le pedí a Kayla que analizara el informe de inteligencia que Orelius me había proporcionado sobre el tamaño y la disposición de la flota enemiga, que había demostrado ser tan vaga como aquel había insinuado, pero que al menos era mejor que nada, e incluso su estimación más optimista de las fuerzas con las que nos íbamos a enfrentar era muy superior a las fuerzas que Visiter podría ser capaz de reunir para enfrentarlos. Tendríamos que esperar que las tácticas de guerrilla que él había propuesto resultaran efectivas.

-Veo que tampoco ha estado ociosa mientras yo he estado fuera.

-Hemos hecho todo lo que hemos podido-, dijo Julien-. **La schola fue diseñada para ser defendible, obviamente, pero no contra un ataque planetario a gran escala-**. Para deleite evidente de Maklin, ella se puso a mi lado, continuando hablando mientras caminaba, y su pandilla de novicias nos seguía, con un estruendo de botas blindadas y un crujido de servos que resonaban en las paredes que nos rodeaban.

-Visiter nos ha preparado una estrategia de retirada-, dije**-, en caso de que fuera necesario-.** No tiene sentido decir que yo estaba totalmente seguro de que la íbamos a necesitar, ya que llenar el Valle de los Demonios con tropas demasiado pronto equivaldría a colocar un letrero luminoso gigantesco diciendo: *"Está Aquí"* cuando llegara el enemigo.

-Bien-. Julien asintió con la cabeza, y saltó sobre un emplazamiento de cañones automáticos con sacos de arena, que había estrechado la entrada a uno de los patios interiores creando un punto de

estrangulamiento, y aterrizando con un estruendo como si alguien hubiera dejado caer un cubo lleno de tornillos. Probablemente al no haber visto nunca a un experto en armaduras de poder usando la fuerza y agilidad que esta proporcionaba, y ciertamente no con la facilidad con que lo hacía Julien, Maklin se quedó boquiabierto, aunque no tanto como los cadetes del arbites a cargo del puesto, cuando la Celeste pasó volando por encima de sus cabezas. Para mi alivio, y evidentemente el de los cadetes del arbiter, las novicias declinaron seguir el ejemplo de su superior, y cruzaron el puesto caminando ordenadamente.

-Podemos resistir aquí indefinidamente contra el desorden civil o una turba rebelde, pero un ataque decidido y ejecutado por tropas disciplinadas será algo completamente distinto.

-Así es-, dije, cuando llegamos al arco del otro lado del patio. Nuestros caminos divergían aquí, pero ella dudó, claramente decidida a prolongar la conversación.

-Monyka-, dijo Julien.

Una de las novicias, con el rostro ligeramente cubierto de pecas, se detuvo en medio de una conversación con Maklin y se giró en dirección a la hermana, obviamente un tanto insegura de si su llamada podría implicar una reprimenda o algo distinto**-. Usted queda al mando. Den dos vueltas alrededor de la pista de asalto, luego vayan al campo de tiro. Me reuniré con ustedes en un momento.**

-Sí, hermana-. Respondió Monyka, claramente incapaz de creer la suerte que le permitía la oportunidad de lucirse frente a Maklin, e hizo un gesto al resto del grupo para que se adelantara. Con un coro de alaridos y gritos, que no habrían deshonrado a una turba de orkos, aunque con un registro mucho más agudo, todo el grupo se puso en marcha.

-Bueno, no sé cómo reaccionará el enemigo ante una carga como esta-, dije al final-, **pero a mí me han aterrorizado.**

-También a mí-, dijo Julien, pero el tono jocoso en su voz sonaba mucho más forzado que el mío. (Por otra parte, yo tenía mucha práctica en fingir estados de ánimo que en realidad no sentía.) Miró a su alrededor, asegurándose de que no nos oyeran**-. Pero espero que tengas una buena posición de reserva en mente. Si los asaltantes a los que se enfrentó en Havendown son una muestra de a lo que nos vamos a enfrentar, no podremos mantener este lugar por mucho tiempo.**

-Ese es el quid de la cuestión-, coincidí-. **Claramente habían sido convertidos recientemente a la causa enemiga, pero todavía no estoy seguro de si fueron asignados al ataque porque no habían tenido tiempo de degenerar en el tipo de horda sin sentido al que nos enfrentamos habitualmente, o porque se les consideraba más prescindibles que los acólitos que llevan mucho tiempo sirviendo al gran enemigo.**

-Probablemente ambas cosas-, dijo Julien con amargura-. **Obviamente estaban tan trastornados como el resto de ellos.**

-Así es-, estuve de acuerdo**-. Lo comprobaré con Nelys, a ver si los interrogatorios de los supervivientes han servido de algo-.** No es que esperase nada, pero incluso la más mínima información podría darnos una ventaja en aquellos momentos. Después de despedirnos, Julien fue a recoger a sus chicas, y Maklin y yo reanudamos nuestro camino hacia las aulas principales, que habían sido requisadas por Rorkins como centro de mando, para disgusto del personal docente no militar.

-**Ah, comisario-.**Me llamó una voz mientras bordeábamos el bloque principal del Administratum, y Brasker surgió de una puerta en las sombras, con una brusquedad que me recordó incómodamente a los

genestealers que encontramos a bordo de la estación minera (aunque, por supuesto, éste no le arrancó la cabeza a nadie**)-. Me preguntaba si podría dedicarme un momento. Su hoja de presupuesto para el semestre próximo está considerablemente atrasada, y en estos días usted es muy difícil de localizar. Eso por decir algo.**

-Lo siento, Tesorero-, dije, inyectando lo que creía que era la cantidad adecuada de irritación en mi voz para beneficio de Maklin**-, pero he estado bastante ocupado defendiendo el planeta-.** Entonces dudé, aparentemente a punto de pasar por encima de él**-. En fin, vamos a resolverlo ahora por todos los medios. Estoy seguro de que el enemigo retrasará su asalto mientras yo relleno algunos formularios.**

-Ese podría ser el mejor curso de acción-, estuvo de acuerdo Brasker, aparentemente tan impermeable al sarcasmo como Jurgen, y se hizo a un lado para admitirme-. **Si vamos a pasar por un período de agitación en un futuro próximo, sería mejor asegurarse de que todos los archivos estén en orden de antemano. Quizás podríamos discutirlo en mi oficina, en lugar de discutir nuestros asuntos aquí, estoy seguro de que se sentirá más cómodo-.** Si todavía albergaba dudas de que la verdadera razón por la que me acosaba estaba relacionada con el delicado encargo que le había encomendado, estas se evaporaron en ese momento.

Me volví hacia el cadete que me acompañaba.

-Esto puede llevarme unos minutos-, le dije-. **¿Podría ir a buscar al coronel Rorkins y decirle que quiero hablar con él cuando le sea conveniente? -**. Por supuesto que podía irrumpir en la oficina del antiguo soldado de asalto en cualquier momento que quisiera, pero prefería guardar las formas, y eso hizo que Maklin se pusiera en marcha. Se fue trotando alegremente, sin duda agradecido por la oportunidad de observar a Monyka durante unos minutos más, mientras yo seguía a

Brasker hasta su guarida.

Al igual que sus habitaciones, su oficina estaba sorprendentemente ordenada, y me senté cómodamente en la silla para las visitas justo frente a su escritorio mientras miraba a mi alrededor, vagamente sorprendido de que en todos mis años en la institución nunca hubiera puesto anteriormente allí un pie. Las paredes estaban llenas de estanterías, como no podía ser de otra forma, con los estantes estaban repletos de placas de datos, y el cogitador personal de su escritorio estaba desgastado por el uso, pero no había señales de los libros de contabilidad que yo esperaba ver esparcidos por todas partes. Miré más de cerca su escritorio, y encontré que mi sentido innato de paranoia me informaba de nuevo de que algo no estaba bien.

-¿Sucede algo, comisario?-. Preguntó suavemente Brasker.

Negué con la cabeza y controlé el impulso de dejar que mis manos se movieran hacia mis armas.

-En realidad no-, dije con la mayor ligereza posible-. **Me preguntaba dónde estaba el tintero.**

-¿"*Tintero*"?-. Por un momento Brasker pareció confundido, luego sonrió, con la primera calidez genuina que pude recordar haber visto en su cara**-. Oh, lo dices por esto…**-. Señaló a las manchas de tinta que como siempre manchaban su túnica**-. Puro efecto, me temo. Es lo que la gente espera-.**Explicó suspirando**-. El Administratum es un organismo muy conservador, y para prosperar en él, a veces es prudente cumplir con las expectativas de otras personas; o al menos dar la impresión de hacerlo. Estoy seguro de que tú también encuentras situaciones similares en tu profesión.**

-De vez en cuando-, admití, sorprendido de haber encontrado algo de

un espíritu afín en un reino tan lejano del mío**-. ¿Supongo que este teatrillo tuyo ha dado sus frutos?**

-Hasta cierto punto. Ciertamente ayudó con la comisión que me pediste que asumiera-. El tesorero seleccionó una hoja de datos de la pila que tenía enfrente, y la empujó a través del escritorio hacia mí-. **Aquí tienes todos los resultados de mis pesquisas, aunque el posible uso que puedas hacer de esta información es algo, que si me permites la franqueza, no logro comprender-.** Tosió discretamente-. **No hace falta decir que es la única copia.**

-Gracias-. Activé la pequeña pantalla, y abrí el archivo. Como me temía, había muchos documentos que revisar, y ciertamente no podía hacer ese trabajo con ninguno de mis cadetes. En el mejor de los casos, pensarían que me había vuelto loco, y en el peor, podrían comenzar a hacer preguntas incómodas, y empezar a investigar por su cuenta**-. ¿Te importaría darme un breve resumen verbal?**

-Por supuesto que no-. Brasker asintió con la cabeza, se recostó en su silla y giró los dedos, recordándome por un momento cuando Mott estaba a punto de empezar a vomitar una interminable concatenación de conjeturas**-. En resumen, parece que tenías razón. Todos los lugares que han sido atacados por las tropas enemigas cuentan con misteriosas leyendas, generalmente sobre anormales entidades de índole maligna.**

-Como los demonios de las arenas-, dije, y Brasker asintió.

-Como los demonios de las arenas, los cazadores de troncos, los hombres de metal, los...

-¿Hombres de metal?-. Repetí, sintiendo como si acabara de entrar en una típica ducha de Valhallan. (Que por cierto, no es una experiencia

que yo recomendaría a los incautos)

-Es una vieja historia que se remonta a la primera colonización-, dijo Brasker, claramente sorprendido por mi reacción-. **La leyenda dice que uno de los equipos exploradores encontró unas ruinas en el desierto, no muy lejos de aquí-.** Cogió la placa por un momento, e invocó un mapa antes de devolvérmela-. Por supuesto, coincidía con uno de los lugares de aterrizaje del enemigo, aunque no con ninguno de los lugares donde las tropas del Caos habían desaparecido inexplicablemente; no estaba del todo seguro de que aquello fuera una buena señal, o no.

-¿Qué sucedió con el equipo de exploración?-. Le pregunté ocultando la irritación que sentía por la divagación de Brasker.

Brasker se encogió de hombros-. **Nadie lo sabe realmente, ni siquiera es posible confirmar si alguna vez hubo una base de verdad en esa historia. La versión más común dice que los exploradores encontraron un depósito de arqueotecnología en las ruinas, y de alguna manera se las arreglaron para activar algo que encontraron en allí. Poco después se comunicaron vía vox con la zona de aterrizaje principal, en lo que ahora es Havendown, informando que estaban siendo atacados por hombres de metal, y eso fue lo último que alguien vio u oyó de ellos, las ruinas, o los golems.**

-Podría ser-, dije sin pensarlo, entonces, reflexionando que Brasker estaba lejos de ser el tonto por el que lo había tomado durante tanto tiempo, y añadí para encubrir mis verdaderos pensamientos**-. Así es como suelen acabar las historias de miedo en las fogatas nocturnas durante las excursiones de los cadetes-.** Hice algunas preguntas más, completando mi imagen de la operación enemiga, y me separé del tesorero en términos tan cordiales que me quede ciertamente sorprendido.

Sin embargo, nada más salir el aire fresco y la luz del sol de la plaza, cualquier placer que hubiera podido obtener del suave clima primaveral se había evaporado por completo, ahuyentado por un frío nudo de pavor en la boca de mi estómago. Las investigaciones de Brasker habían confirmado mis peores pesadillas; al menos, al parecer los necrones habían estado activos en Perlia hacía tan sólo diez mil años, más o menos, unos cuantos siglos atrás, y todas mis sospechas sobre la cámara que los mineros aparentemente habían descubierto en el asteroide volvieron a agobiarme. Era demasiada coincidencia para mi gusto que los merodeadores metálicos hubieran aparecido en lo que, si mis sospechas sobre los verdaderos objetivos de los asaltantes de Varan fueran correctas, probablemente hubiera sido las localizaciones de algunos artefactos de los Antiguos. Si después de todo realmente fuesen los Antiguos, o los misteriosos Katarns de los que había hablado la hermana Rosetta, la flota de guerra del Caos podría resultar ser la menor de nuestras preocupaciones.

Sin embargo, por el momento la flota del Caos seguía siendo la amenaza más inmediata, así que respiré hondo, calmé mis temores lo mejor que pude y me fui a ver a Rorkins.



-Es una posición aparentemente defendible-, admitió Rorkins, después de echar un vistazo al plan de batalla que le había presentado**-. Y, como dices, conoces el terreno, lo cual será una ventaja-.** Para mi alivio, había aceptado el Valle de los Demonios como una posición de repliegue viable, de hecho lo había aceptado tan fácilmente, que me encontré preguntándome si él ya sabía de aquellas instalaciones. Después de todo, si había pertenecido al ejército privado de la Inquisición, como yo sospechaba, debía de haber servido en un número de instalaciones ocultas similares a lo largo de los años, quizás incluso en aquella misma**-. ¿Estás seguro de que puedes llevarnos allí?-.** Al

igual que Julien, no se hacía ilusiones sobre nuestra capacidad de defender la schola contra un decidido ataque de un enemigo que sabía lo que se estaba haciendo.

-El plan de Visiter puede funcionar-, le dije-. **Aunque no me gustaría ser el piloto que tiene que llevarlo a cabo.**

-¿Hay otra alternativa?-, preguntó Rorkins. El comodoro había proporcionado cuidadosamente un plan de reserva, en caso de que fracasara la extracción planeada, pero me parecía mucho más arriesgado. Había pasado una buena parte de la mañana revisando los archivos que me había enviado a mi placa de datos y, fiel a mi naturaleza, me anticipé a todo lo que podía salir mal, buscando mis mejores oportunidades de salir de una pieza si se seguía ese plan.

-En teoría parece factible-, dije, incapaz de evitar un débil tono de escepticismo en mi voz-. **Si las carreteras siguen abiertas, y si Rytepat no ha sido tomado por el enemigo, o aplastado por bombardeos orbitales-.** La idea de montar a todo el mundo en vehículos y bajar al aeródromo en buenas condiciones, sin duda luchando para llegar allí contra un ejército invasor, no era una idea nada agradable, y me encontré esperando fervientemente que se aprobara el plan principal.

-¿Y cuando lleguemos allí?-. preguntó Rorkins.

Me encogí de hombros**-. Habrá que luchar. No tendremos elección-.** Incluso menos de lo que Rorkins sabía; si el enemigo ponía sus manos en el Shadowlight, sólo nos quedaría el consuelo de estar cómodamente muertos antes de que la disformidad se lo tragara todo.

-*“La última batalla de Caín”* otra vez, ¿eh?-. Dijo Rorkins, con una ligera sonrisa, aunque su voz carecía de todo sentido del humor. Bueno,

en verdad le entendía, a mí tampoco me hacía ninguna gracia**-. Eres una persona inusualmente privilegiada. La mayoría de la gente sólo tiene una oportunidad para vivir un episodio como ese.**

-Para mi desgracia, no soy como la mayoría de la gente-, le dije para poner fin a la "*broma*", y me puse en pie-. **Si me disculpas, Comandante, tengo algunos asuntos más que atender antes de que por aquí se nos compliquen un poco las cosas.**

-Por supuesto-, dijo Rorkins, que ya estaba buscando una de las numerosas placas de datos que abarrotaban su escritorio.



Encontré a Nelys en el refectorio, aparentemente tratando de zamparse un panecillo salado de un solo bocado, con una taza de recafeina en la mesa de al lado, y su cabeza inclinada sobre una placa de datos. Donal estaba con él, observando divertido el espectáculo, con su habitual expresión de diversión sarcástica, y con su propia taza de recafeina en las manos.

-No vas a comerte más rápido ese panecillo si te ahogas-, le amonestó, luego levantó la vista y me vio llegar.

-Comisario.

Nelys se puso de pie de un salto liberando una lluvia de migas, cuadrándose para hacer un saludo marcial que prefiero no describir, mientras su mandíbula trabajaba frenéticamente tratando de reducir el panecillo a una masa que pudiera tragar, mientras que Donal se

levantaba lentamente para saludar.

-Tranquilos, por el amor del Emperador-, les dije, sentándome en un asiento libre-. **No podemos permitirnos ninguna baja en este momento. No me imagino cómo iba a poder poner algo así en un informe.**

-Eso es lo que le he estado diciendo-, dijo Donal, sorbiendo su recafeina con aire divertido-. **El vigésimo tercer axioma (1), ¿verdad?**

(1) *"Un soldado es un arma en la mano del Emperador, y debe mantener su filo afilado". Uno de los llamados Cuarenta Axiomas de Melkirk, un comisario muy venerado del siglo XXXVII, cuyos escritos siguen siendo populares entre sus sucesores hasta el día de hoy.*

-Así es-, dije secamente-. **¿Tal vez no te importaría alcanzarme uno de esos panecillos y una taza de recafeina? Ha sido una mañana larga.**

-Cuente con ello-. Donal se puso en pie y miró a Nelys-. **¿Quieres que te rellene la taza mientras estoy levantado? No quiero que haya demasiada sangre en tu flujo de recafeina.**

-No, gracias, estoy bien-, dijo Nelys, logrando finalmente reducir la comida que llenaba su boca a un tamaño manejable, y con un leve y dudoso movimiento de cabeza, Donal se levantó a buscar mi bocadillo.

-Pues no lo parece-, le dije a Nelys-. **¿Cuándo fue la última vez que dormiste? ¿O que tomaste una comida adecuada?**

-Ayer, creo-. El cadete frunció el ceño pensativamente-. **Pero no recuerdo haberme saltado ninguna comida.**

-Lo entiendo-. Asentí con la cabeza-. **Yo era igual cuando era joven. Prácticamente vivía de este tipo de cosas.**

Acepté la taza y el plato que Donal puso frente a mí con un gesto de asentimiento. Aquello también era cierto, hasta cierto punto, claro está, pero mi atención se había centrado más en los juegos de tarot y la compañía femenina que en los asuntos militares, y nunca había estado demasiado ocupado para saltarme una buena comida, siempre y cuando hubiera una disponible. En cualquier caso, lo importante era que Nelys ahora sentía que me identificaba con él, y por tanto estaría más inclinado a escuchar mis consejos. Por supuesto, yo simplemente podría haberle ordenado que descansara, y él sin duda alguna habría cumplido mis instrucciones, pero necesitaba que yo desarrollara un poco su sentido común sobre estas cosas. Puse cara medio compungida medio pensativa, antes de añadir**.**

-A veces pienso que es un milagro que haya sobrevivido hasta ahora.

-Lo siento, señor, pero hay mucho de este material que revisar-, dijo Nelys-. **Sé que es urgente, pero cada vez que me pongo al día, los interrogadores me pasan otro paquete de declaraciones.**

-Entonces pídale a Stebbins y Garvie que le ayuden-, le dije-. **Casi han terminado de revisar el suministro de armas a la milicia. Y después de que les haya entregado los archivos, le sugiero que coma bien y duerma un poco. Demasiado de esto le hará seguir adelante-,** y me tomé un trago de mi recafeina para enfatizar a qué me estaba refiriendo-, **pero le dará un dolor de cabeza bestial cuando su efecto se pase.**

-Es lo que le hace seguir adelante-, comentó divertido Donal-. **Prácticamente ha gastado el suelo entre el comedor y las letrinas.**

-Por otro lado-, dije, cambiando mi atención hacia él-, **también se puede poner demasiado énfasis en aprovechar el tiempo de inactividad. ¿No tiene nada que pasarle a alguien para ayudarle?**

-Estoy con revisiones rutinarias de antecedentes-, confirmó Donal, vaciando su taza y volviendo a ponerse de pie. Una cosa que puedo decir de él es que capta las indirectas a la velocidad de la luz, incluso cuando decide no actuar en consecuencia**-. Estoy seguro de que se sentirá aliviado al saber que el Diácono Cathcart no parece haber sacrificado a nadie de la schola a los Poderes Ruinosos en el último semestre o dos. O si lo ha hecho, ha sido muy discreto al respecto.**

-Me alegro de oírlo-, dije secamente, esperando a que se alejara lo suficiente para no escucharme cuando volví a prestarle atención a Nelys. El Emperador sabía que Nelys era uno de los mayores pedantes que había conocido en mi vida, pero ahora mismo lo necesitaba tan concentrado como fuera posible y no confuso por el agotamiento y el abuso de cafeína**-. Olvidaos de redactar un informe formal, al menos por ahora. ¿Hay algo nuevo o inusual en el último lote de transcripciones?**

-Hay una cosa que creo que podría ser importante-. Nelys suprimió un bostezo**-. Me lo encontré hace un minuto, e iba a ir a comentárselo en cuanto terminara de comer. La mayoría de los prisioneros siguen hablando de Varan, y no mucho más, pero uno de los supervivientes era un civil, y ha sido un poco más cooperativo.**

-¿Qué ha dicho?-. Estiré la mano para coger la placa y miré a la pantalla-. **¿Uno de los pilotos del transbordador? ¿Por qué no fue interrogado de los primeros?**

-Porque los idiotas de Rytepat pensaron que debían procesar primero a los soldados-, dijo Nelys-, **por si acaso Varan hubiera**

tenido la amabilidad de darle a alguno de ellos una copia de su plan de batalla-. Probablemente era sólo el resultado de la fatiga, o de demasiada recafeina, pero el estallido de sarcasmo le hizo parecer mucho más simpático de lo habitual a mis ojos. Quizás después de todo, había algo más en él que un soldado con un palo metido donde se pueden imaginar.

-Culpa mía-, le aseguré-. **Son FDP, no lo olvide. Debería haber puesto a alguien encima de ellos todo el tiempo-.** Luego añadí, para evitar que infiriera alguna crítica hacia su propia actuación-. **Lo ha hecho muy bien, continúe manteniéndoles centrados.**

-Gracias, señor-. Parecía un poco perplejo ante el cumplido, y buscó refugio en los detalles del informe-. **De todos modos, al final le tocó el turno a este tipo. Afirma ser un piloto de transbordador a bordo de la nave mercante *Meggie Moon*, que fue abordada por fuerzas hostiles poco después de ser enviado a Madasa y requisado como transporte de tropas. No tiene idea de quién es este Varan, aparte del líder del enemigo, cuáles son sus planes, o la composición de la flota invasora. Todo lo que afirma saber con seguridad es que fue forzado a volar uno de los equipos de asalto a la superficie a punta de pistola, y parece genuinamente complacido de estar de vuelta en manos Imperiales-.** Bueno, eso probablemente no duraría; había estado expuesto a las fuerzas del Caos, incluso si no se había unido a ellas, por lo que no sería exactamente bienvenido de nuevo con los brazos abiertos. Nelys siguió comentando unos cuantos párrafos más-. **Sin embargo, esta es la parte realmente interesante.**

Estire el cuello para leer a que se refería, y por segunda vez ese día sentí que se me congelaba la sangre**-. ¿Un psíquico?, ¿Está seguro?**

-Eso parece-, dijo Nelys-. **Dice que tiempo atrás había coincidido con un psíquico sancionado que viajaba como pasajero y reconoció las señales.**

-Pero, ¿por qué un psíquico le habría dado las coordenadas de aterrizaje? -. Me pregunté en voz alta, antes de recordar mi anterior especulación sobre cómo el enemigo había logrado identificar lo que ahora eran claramente sitios asociados con los Antiguos. Todavía deben conservar alguna conexión residual con la disformidad, que un psíquico con el talento adecuado sería capaz de reconocer, y que sin duda explica sus malas reputaciones incluso en estos días. La verdadera pregunta era si aquella misteriosa psíquica sería capaz de localizar el Valle de los Demonios, y el secreto que éste ocultaba**-. ¿Qué le pasó a al hechicero?**

-Presumiblemente muerto-, dijo Nelys-. **No olvide que las naves de transporte ardieron casi tan pronto como los transbordadores fueron lanzados.**

Asentí con la cabeza. Por mi experiencia sabía que nunca era seguro presuponer nada en lo que respecta a los psíquicos, pero no teníamos pruebas de lo contrario, al menos por el momento**-. Gracias, Nelys-,** dije**-. Me has dado mucho en lo que pensar.**

Algo que continúe haciendo mientras mi recafeina y mi bollo se enfriaban a mi lado. De hecho, aún estaba sentado allí cuando comenzó la invasión.

NOTA EDITORIAL:

A pesar de que Caín es propenso a exagerar en ocasiones buscando un efecto dramático, esta vez parece, de acuerdo a sus siguientes notas, que no decía nada más que la verdad literal. Sin embargo, la invasión de todo un sistema estelar, incluso uno ligeramente defendido y poco preparado como era Perlia, y que era justo lo que el enemigo esperaba encontrar casi con toda seguridad, nunca es una tarea sencilla, y el tiempo empleado en las acciones preliminares en el espacio proporcionó a los defensores en el planeta más advertencias de las que Caín da a entender.

En el siguiente extracto se exponen las bases de esta fase preliminar con una brevedad razonable.

Extracto de *“Just Visiter: La vida de un héroe naval”*, por Nelson Lawford, 087.M42.

LA ENERGICA DEFENSA de Perlia durante el segundo asedio fue la prueba de que el reputado comodoro no había perdido ninguna de sus habilidades tácticas, a pesar de su forzado retiro. Como era de esperar, la primera ola de naves enemigas surgió de la disformidada a una distancia casi suicida de la propia masa planetaria, sin duda con la intención de repetir la táctica que casi les había funcionado durante la primera incursión y que, de hecho, habría sido un éxito de no haber sido por la fortuita presencia en órbita del Lucre Foedas. Conscientes de que el crucero mercante se había visto obligado a huir, los invasores habían previsto encontrarse poca resistencia y no habían tenido miedo de compartir el destino de sus compatriotas. La opinión sigue estando dividida en cuanto a si habían tomado precauciones efectivas contra los cazas con base en el planeta y que habían participado en el ataque anterior derribando un importante número de transportes de desembarco, ya que, aunque lo hubieran hecho el caso es que nunca

tuvieron la oportunidad de emplearlas.

Visiter confesó más tarde que, dado el tamaño del sistema de Perlia y el número limitado de recursos a su disposición, el análisis de los puntos de salida de la disformidad más probables había sido más una cuestión de adivinanza que como resultado de los estudios, en cualquier caso o bien la suerte o bien el Emperador le había sonreído al respecto; la primera ola de naves abandonó la disformidad precisamente donde sus décadas de experiencia le habían llevado a prever, de manera que se encontraron yendo de frente inexorablemente hacia el corazón de los campos minados que las Fuerzas Espaciales de Defensa habían estado colocando frenéticamente desde el día en el que había asumido el mando.

Aunque sería una exageración afirmar que toda la flota fue aniquilada, el número de naves paralizadas o destruidas fue gratificantemente alto, y los pocos supervivientes fueron carne de cañón para las alas de los cazas enviadas para interceptarles. Desgraciadamente casi un centenar de lanzaderas de asalto sobrevivieron para profanar el suelo sagrado de Perlia, aunque la mayor parte de sus aterrizajes fueron incontrolados, y las FDP y sus contrapartes civiles, las VDP **(1)** respondieron rápidamente, causando fuertes bajas a los herejes.

(1) *Voluntariado de Defensa de Perlia.*

Sin embargo, la segunda oleada salió de la disformidad a una distancia más prudente, y a pesar del continuo acoso de las naves de defensa del sistema y de algunos cargueros apresuradamente armados, tuvo mucha mejor fortuna que la primera.



CAPÍTULO DIECISEIS

La primera indicación que tuve de la tormenta que nos iba a devorar a todos fue una ola de agitación que recorrió como un fuego las filas de los instructores de las mesas contiguas, seguida poco después de un familiar olor que me sacó de mis cavilaciones.

-Jurgen-,dije, volviéndome hacia él, ya consciente de que algo terriblemente malo debía haber pasado; no se me ocurría ninguna otra razón por la que éste volvería a llevar el melta, en lugar de dejar el arma en sus aposentos**-. Supongo que las cosas no van muy bien.**

-No, señor, no van bien-, me confirmó-. **Los cruceros herejes están saliendo de la disformidad por todo el sistema.**

Aquello era algo exagerado, pero no tanto como me hubiera gustado. Me puse en pie, olvidándome de mi recafeina fría y mi bollo (pero no desperdiciado; mientras me iba, estaba convencido de haber visto por el rabillo del ojo como éste desaparecía en uno de los múltiples macutos de Jurgen, e hice una nota mental para no aceptar la oferta de refrigerios durante los próximos días a menos que estuviera desesperado).

-Vamos-, dije-, **tenemos que ir a ver a Rorkins.**

Inevitablemente, el rumor se había extendido por la schola, los instructores corrían hacia sus puestos, y los cadetes, aún demasiado jóvenes para haber sido dirigidos a cualquiera de las ramas de servicio, se movían con incertidumbre, hasta ser arrastrados por sus tutores para mantenerlos fuera del camino. Sin embargo, me complació observar que nadie parecía estar entrando en pánico, al menos no de momento. De

hecho, algunos de ellos, sobre todo los más jóvenes, parecían más emocionados que aprensivos, positivamente ansiosos por entrar en combate. En fin, era mejor que se divirtieran mientras pudieran; pues no tardaría mucho en alcanzarles la brutal realidad del combate.

Encontré a Rorkins y a Julien en el improvisado centro de mando, que debo admitir me resultaba tranquilizadoramente familiar, a pesar de la insensibilidad de la mayoría de los miembros del personal que proporcionaban los informes y manejaban los terminales de vox y auspex. Había pasado tanto tiempo en cuarteles generales improvisados de los regimientos de la Guardia Imperial desplegados en cualquier lugar del mundo al que hubiera sido arrastrado recientemente por la incesante corriente de conflictos que azotaban al Imperio, que las instalaciones permanentes como la que había visto en Rytepat me parecían más una oficina de reclutamiento que una instalación de mando en funcionamiento. El aire de desorden aquí, por el contrario, me parecía resuelto y dirigido, aunque aquel sentimiento le pueda resultar tan paradójico como pueda parecerle a cualquiera que no tenga experiencia personal en asuntos militares.

-¿Qué ocurre?-. Pregunté, y Rorkins me miró desde la pantalla de un auspex, con semblante grave.

-Por favor, transmítale mis felicitaciones a la joven a la que asignó para hacer la evaluación de la amenaza-, dijo-. **Su peor escenario posible ha resultado ser preciso hasta la última coma.**

-Entonces las cosas no van muy bien-, dije, enmascarando el horror que sentía lo mejor que podía. Había revisado las cifras de Kayla personalmente, y el peor de los casos que había presentado era un escenario muy malo. Suficientes naves de desembarco invasoras como para avasallar a nuestros defensores, incluso si los refuerzos de la milicia resultaran ser efectivos, lo cual, después de mi gira de inspección, era algo de lo que no me hacía ilusiones, y respaldados por una flota de

naves de guerra, muchas de ellas del tipo crucero, tal vez incluso más pesadas.

-Por suerte, el comodoro partió a tiempo-, dijo Julien, los servos de su armadura de poder chirriaron un poco mientras me señalaba el hololito que habíamos requisado, por no decir saqueado, de las oficinas del Administratum; cada vez que ella se movía, sonaba como si estuviera rodeada de un enjambre de insectos. Lo contemplé, tratando de encontrarle sentido a la incipiente nube de iconos de contacto que se arremolinaban alrededor de Perlia**-. Parece que ha hecho sangrar a los de la primera oleada.**

-¿Qué pasó?-. Pregunté, después de haber estado un poco ocupado en los últimos días como para haber prestado mucha atención a cualquier otra cosa que pudiera estar sucediendo.

La Celeste se río**-. Intentaron el mismo truco de emerger dentro de nuestro perímetro defensivo de modo que estuvieran en posición de desembarcar algunos transbordadores rápidamente, excepto que esta vez había docenas de naves de transporte, y Visiter había minado los accesos. Incluso los que no sufrieron un impacto con las minas acabaron siendo alcanzados por los escombros. Nuestros cazas están acabando con los que lograron sobrevivir.**

Empecé a entender por qué tantos de los contactos se movían erráticamente, o aparentemente a la deriva, inertes en el espacio.

-Malditos sean los de las FDP-, dijo Rorkins, agarrando un micrófono vox de un asombrado joven con el uniforme de un cadete de las tropas de asalto-. **Nunca aprenden. Líder Topo, aborten el ataque sobre los cruceros y derriben las naves de desembarco.**

-Sí, señor-, le aseguró una voz incongruentemente alegre. El piloto,

quienquiera que fuera, se dejó su canal vox abierto por un momento mientras cambiaba a su red de mando de escuadra, mientras lo escuchábamos retransmitir la orden con un alegre entusiasmo que heló mi sangre**-. Bien, ya han escuchado al jefe. ¡Adelante!**

-Emperador, dame paciencia… porque como me des fuerza…-, gimió Rorkins mirando al techo, mientras yo estudiaba el hololito con renovada atención-. **¿Cómo han podido caer dos veces en la misma trampa?**

-Los pilotos se emocionan demasiado en un ambiente rico en blancos-, le dije, después de haber compartido en cierta ocasión un vaso, o más, no estoy seguro, de amasec con uno de mis homólogos de la Armada y compartido algunas quejas catárticas sobre la gente bajo nuestra jurisdicción **(1).**

(1) *El Comisariado supervisa todas las ramas de las fuerzas armadas Imperiales, con las obvias excepciones de los Astartes y los Adepta Sororitas.*

-No es una excusa que les vaya a librar de un buen castigo si dejan pasar esas naves de desembarco-, dijo Rorkins, controlando su temperamento con visible esfuerzo. Se dirigió a los operadores del auspex-. **Tan pronto como tengan una estimación razonable de sus zonas de aterrizaje, alerte a las guarniciones más cercanas. Tal vez no podamos evitar que todos lleguen al planeta, pero deberíamos poder aislarlos y acabar con ellos antes de que se puedan organizar.**

-Entendido, señor-, respondió el cadete más cercano.

En realidad, no había posibilidad alguna de que nuestros cazas lograran barrer de los cielos a todas las naves de desembarco herejes, incluso aunque en primer lugar se hubieran propuesto interceptarlos en lugar de atacar a las enormes naves de transporte que habían lanzado a las

naves de desembarco, por lo cual el erróneo entusiasmo de nuestros pilotos de cazas probablemente no nos costaría tan caro, al menos a la larga. Traté de imaginar cuántos más transbordadores habrían descendido sobre nosotros de no haber sido por la táctica de Visiter con las minas, y me estremecí ante la imagen que ello me evocaba; habríamos sido avasallados, el planeta tomado en cuestión de horas, y eso habría sido el final de todo. Afortunadamente, gracias a la perspicacia táctica del comodoro, íbamos a tener la oportunidad de luchar después de todo, al menos hasta que llegara la segunda oleada.

-De todos modos, parece que hemos dado buena cuenta de la mayoría de sus transportes-, dije, tratando de dar sentido a la maraña de iconos que llenaba la pantalla. Como he mencionado antes, desentrañar las complejidades del combate espacial nunca ha sido realmente mi fuerte.

Rorkins asintió**-. Eso parece-,** dijo, ampliando la esquina de la pantalla donde había surgido otra nube de iconos que representaban a la segunda oleada hereje, considerablemente más alejada de Perlia del punto donde había aparecido la primera**-. En este caso se trata principalmente de cruceros de guerra. Aunque los acompañan uno o dos transportes mercantes. Sólo el Emperador sabrá que transportan.**

-Sus tropas de élite-, dije-. **La primera oleada habrá estado compuesta por sus tropas prescindibles, como la última vez, con la intención de ablandarnos y crear una cabeza de puente donde puedan. Los que vengan después serán los verdaderos guerreros, esperando aprovechar su oportunidad de hacerse...-,** me corregí justo a tiempo**-, con cualesquiera que sean los objetivos que sigan resistiendo.**

-Así es como yo lo veo-, me respondió Rorkins asintiendo.

-Sus elites-, dijo Julien-, **¿se refiere a las Legiones Traidoras?**

Sólo un hombre tan hábil como yo en la lectura de las sutiles señales por las que todos traicionamos nuestros sentimientos habría notado el tenue tono de repugnancia y malestar que se adueñó de su voz en aquel momento.

-Es posible-, dije, temblando por dentro al pensar en aquella posibilidad. Me había enfrentado en varias ocasiones a las corruptas parodias de los propios astartes del Emperador, saliendo siempre airoso y de una pieza más por pura buena suerte que por mi buen juicio**-. Pero si hay alguno de ellos en el séquito de Varan, serán pocos y estarán desperdigados entre sus unidades-.** Al menos eso esperaba, por mi bien. Por mi experiencia asumía que sólo debería haber unos pocos consejeros asignados a una flota de asalto como aquella, pues la mayor parte de los Marines Espaciales del Caos prefieren luchar sus propias batallas bajo sus propias órdenes: o bien unos contra otros si no hay otros enemigos disponibles. Me esforcé por sonreír transmitiendo una confianza que estaba muy lejos de sentir**-. Son muy duros de pelar, de eso no hay duda, pero se les puede vencer; ya lo he hecho antes.**

-Cualquier enemigo puede ser vencido con el apoyo del Emperador-,dijo Julien, recordándome en ese momento a la mayoría de las otras hermanas de batalla que había conocido en el pasado, en lugar de a la persona que había llegado a conocer en la schola, pero imagino que lo hacía principalmente para reconfortarse a sí misma.

-Así es-, dijo Rorkins, observando preocupado las señales del hololito como si de alguna manera pudiera meter sus manos en la pantalla y sacar a Varan de su buque insignia agarrándolo por el pescuezo, para acabar con él allí mismo. Me miró a los ojos**-. Creo que tienes razón, ese debe ser su séquito personal. Sus tropas de la casa, por así decirlo. Sólo el Trono sabe lo que eso significará en la práctica.**

-Nada bueno-, le dije sombríamente por mi larga y amarga experiencia en situaciones similares.

Durante las horas siguientes, los tres observamos los informes que nos iban llegando, tratando de hacernos una idea de la disposición general del enemigo, ahora que los primeros transbordadores estaban aterrizando y vomitando sus ominosas cargas de fanáticos herejes. Como durante el asalto anterior, los ataques coordinados que intentaron organizar fueron claramente desbaratados gracias a nuestros esfuerzos, pero suficientes enemigos lograron sobrevivir, convirtiéndose en una grave molestia para nuestras fuerzas.

-Hemos mellado el filo de su primer asalto-, dijo Rorkins-, **pero eso no significa que hayamos acabado con ellos. Todavía nos están obligando a desplegar a demasiados de los nuestros para mantenerlos contenidos.**

Aquello era obvio. Las FDP respondían mucho más eficazmente de lo que lo habían hecho en la primera incursión, pero en esta ocasión no tenían excusas para que no fuera así, de modo que en realidad no esperaba menos de ellos, y unas cuantas llamadas de vox a los que vacilaban fueron más que suficientes para infundirles el miedo al Emperador; a menudo he descubierto que la mención casual de los pelotones de fusilamiento puede ser bastante efectiva para centrar la atención del personal.

La milicia también estaba actuando en algunos lugares, pero de la forma tan desorganizada como yo esperaba, así que los resultados de su ayuda fueron mixtos, y eso siendo suave. Pocas o ninguna de esas unidades se molestó en coordinarse con las fuerzas locales de las FDP (quienes en la mayor parte de los casos ya estaban en aquellos momentos demasiado ocupadas para prestarles mucha atención), por lo cual los milicianos que entraron en combate tendían a ser aquellos que se encontraban en las cercanías de la zona de aterrizaje de un

transbordador hereje, y agarraron sus nuevas armas sin pensar en otra cosa para apresurarse a defender sus hogares. Algunos lucharon tenazmente, ya que al menos, estaban fuertemente motivados, pero la mayoría de las veces, o bien huían tan pronto como sufrían algunas bajas, o simplemente eran aniquilados por el armamento y tácticas superiores de los herejes. Al final lo único que hicieron bien fue comprar tiempo, que es para lo que se suponía que iban a servir, y al anochecer **(1)** casi todas las cabezas de playa enemigas estaban como mínimo rodeadas, con lo cual se pudo evitar que se desperdigaran por el planeta.

(1*) En este caso se refiere presumiblemente a la caída de la noche en Salubria Parva, ya que, por supuesto, los combates estaban teniendo lugar en todo el planeta.*

Sin embargo, había una desventaja, pues como Rorkins había señalado unas horas antes, simplemente hacer eso había reducido los recursos a nuestra disposición considerablemente. Sólo el Emperador sabía cómo nos las arreglaríamos cuando llegaran los refuerzos del Caos.

-Yo supongo que tratarán de reforzar los mayores focos de resistencia-, dijo Rorkins, aceptando la taza de recafeina que Jurgen le entregó sin hacer muecas respecto a su aromático halo, señal más que suficiente para indicarme lo agotado que debía sentirse. Para aquel entonces Julien ya se había marchado para meterles prisa a los visioingenieros del santuario del Mechanicus que estaban haciendo todo lo posible para poner a punto las armaduras de poder con las que sus novicias se habían estado entrenando, para que estuvieran lo más preparadas posible para la batalla, aunque por lo que yo había visto, iban a tener que quemar una gran cantidad de incienso para lograrlo.

-Gracias, Jurgen-. Acepté mi propia taza con gratitud, mientras me preguntaba si el sándwich que lo acompañaba había llegado del buffet de Chilinvale, y luego decidí que tenía demasiada hambre como para preocuparme**-. Será mejor que tome algo usted también. Va a ser una noche muy larga.**

-Muy bien, señor-. Jurgen se retiró a un rincón cercano, de donde pronto empezaron a emanar ruidos de sorber y masticar, mientras yo volvía a prestar atención al hololito. La superficie de Perlia estaba salpicada de iconos de contacto, como el sarpullido de alguna enfermedad virulenta, y estudié las runas que los acompañaban para obtener datos tácticos, tratando de encontrar el punto donde se había concentrado la mayor infestación. No tardé mucho en localizarlo, para mi profundo desasosiego.

-El objetivo principal parece ser de nuevo la capital-, dije, y Rorkins asintió cansado, ampliando la imagen para ver en detalle el área alrededor de Havendown. Casi una docena de batallas aisladas estaban desarrollándose en la zona, algunas en el corazón de la propia ciudad, mientras que una concentración significativa del enemigo se agrupaba alrededor del perímetro de Rytepat, claramente determinados a tomarlo lo más rápidamente posible.

Bueno, difícilmente podría culparlos por eso, los cazas allí estacionados eran la mayor amenaza para la flotilla de la segunda oleada, y neutralizarlos sería una de las prioridades de Varan.

-Tiene sentido-, me confirmó Rorkins-. **Si toman Havendown y el palacio del Gobernador, será un tremendo golpe para la moral de la población civil. Ni siquiera los orkos pudieron hacerlo durante el primer asedio.**

-Entonces necesitamos asegurarnos de que los herejes tampoco lo consigan-, dije. **Las FDP todavía mantienen las líneas, pero las cosas no pintan nada bien.**

Con una creciente sensación de desasosiego, vi a Rorkins asentir pensativamente, y me preparé para lo inevitable-. **A mí me parece que a nuestra gente le vendría bien contar con la inspiradora y vigilante**

presencia de un comisario-, dijo.

-Daño no les haría-, le contesté, tan tranquilamente como pude, mientras maldecía mi inmerecida fama de héroe temerario, tan fervientemente como siempre lo hacía cuando me encontraba en algún rincón de la galaxia donde tenía que arriesgar el cuello frente al enemigo o perder la confianza y el respeto de la gente a la que necesitaba impresionar para tener alguna posibilidad de sobrevivir**-. Veré qué medio de transporte me puede encontrar Jurgen.**

NOTA EDITORIAL:

Como es habitual en él, Caín pasa olímpicamente de comentar nada más respecto al asedio planetario, prefiriendo como de costumbre, concentrarse en aquellas situaciones que le afectaban personalmente. En consecuencia, he decidido adjuntar el siguiente extracto, que al menos ofrece una imagen un poco más amplia.

Extracto de “*En la Noche Más Oscura: Evaluación de las Guerras del Milenio*”, de Ayjaepi Clothier, 127.M42.

El desembarco de la primera oleada de tropas enemigas tuvo lugar con una resistencia mucho mayor de la que los herejes habían esperado, y gracias a ello las pérdidas que sufrieron fueron considerables. Gracias a la astuta colocación de campos minados por las Fuerzas Espaciales de Defensa, la mayoría de los transportes de asalto sufrieron graves daños y no pudieron desplegar toda su dotación de tropas, pero pasaron los suficientes como para que los defensores participaran en batallas en torno a instalaciones estratégicas y centros de población en todo el planeta.

Los centros de mando regionales de Midvale y Follendyke fueron tomados después de intensos combates; y los últimos defensores del segundo se retiraron tras volar el complejo para negar cualquier información útil al enemigo, mientras que más de una docena de ciudades defendidas en solitario por las milicias ciudadanas, que el comisario Caín había fundado a semejanza de la antigua unidad de irregulares que había formado durante del Primer Asedio, fueron tomadas sin apenas realizar disparo alguno. Para sorpresa de los civiles supervivientes, las fuerzas de ocupación herejes, en lugar de embarcarse en la esperada orgía de saqueos y derramamiento de sangre, mantuvieron la disciplina y se limitaron a imponer un toque de queda a la espera de la llegada de su líder.

No tuvieron que esperar mucho. La segunda oleada de la flotilla herética llegó en órbita en cuestión de horas, después de haber sido acosada durante todo el trayecto por las naves de las Fuerzas Espaciales de Defensa supervivientes, cuyo comandante había adoptado la poco ortodoxa táctica de acercarse a gran velocidad, disparar un aluvión de artillería a quemarropa y alejarse del convoy enemigo antes de que éste pudiera devolverles el fuego. En general, esto tuvo poco resultado más allá de ser una molestia, pues al menos sólo una cañonera cayó bajo el fuego de respuesta hereje, mientras el resto lograba retirarse más allá del alcance efectivo antes de que pudieran ser atacados. Aunque el crucero pesado Varan, el *Indomable*, era obviamente, el objetivo principal de estas incursiones, las escoltas más ligeras que lo acompañaban se llevaron la peor parte de los daños, un par de ellos aparentemente sufrieron una degradación menor de sus motores y matrices de auspex, lo que puede explicar un poco el por qué posteriormente fueron menos capaces de defenderse.

Sin embargo, a pesar de estos heroicos esfuerzos, el *Indomable* alcanzó la órbita directamente sobre Havendown sin dificultades, y Varan en persona se unió a la batalla por el corazón y el alma de Perlia Una vez más, una leyenda persistente local sitúa al Comisario Caín en el centro de este conflicto, insistiendo en que él y el señor de la guerra lucharon mano a mano, aunque no hay pruebas fiables que respalden una historia tan extravagante.



CAPÍTULO DIECISIETE

A medida que avanzábamos rebotando por la carretera hacia Havendown, con la habitual errática conducción de Jurgen, aproveché para disfrutar de la relativa soledad y el fresco aire de la noche y ordené mis pensamientos lo mejor que pude. Había hecho todo lo posible para garantizar la seguridad del Shadowlight, aunque con toda honestidad, en el mejor de los casos se la podía calificar de endeble, así que ahora mi principal prioridad sería superar lo que restaba de la noche asegurándome de mantener la cabeza sobre los hombros.

Cuando dejamos las últimas luces de la aldea a nuestras espaldas, levanté la vista mirando por la parte superior abierta de nuestro Salamander que me permitía una excelente vista del cielo nocturno, y sentí que la respiración se congelaba momentáneamente en mi pecho. Las viejas estrellas familiares seguían allí, por supuesto, incluso pude situar algunas de las constelaciones que había aprendido a distinguir desde que me había instalado en Perlia: en pocos momentos vi el Slith **(1)** y el Adze, tal y como esperaba. Sin embargo, ahora podía apreciar que había algo nuevo, una débil banda luminiscente que se extendía por el cielo, como un eco más estrecho y tenue de la propia Vía Láctea.

(1) *Un roedor perliano, más notable por una serie de hábitos personales repugnantes.*

Por un momento, no me importa admitirlo, mi corazón se aceleró palpitando con fuerza en mi pecho, mientras el pánico se adueñaba de mí al suponer que era una especie de manifestación de la disformidad conjurada por los hechiceros de Varan, o bien por los alegres entrometidos de Felicia, en el Valle de los Demonios, jugando con cosas de las que la Humanidad no debería saber nada. Gracias al Emperador la razón y el sentido común retuvieron el control, y así pude reconocer el

fenómeno por lo que realmente era.

Pero incluso entonces, era un pensamiento capaz de helar la sangre: Perlia tenía un nuevo sistema de anillos, formado por los escombros de la primera oleada de naves enemigas que habían entrado en el campo minado de Visiter. Estaba mirando una nube de detritus, constituido por restos que iban desde naves estelares lisiadas de más de un kilómetro de longitud hasta trozos de metal más pequeños que una uña, y tenía pocas dudas de que también habría cientos, si no miles, de cadáveres flotando por allí. Por supuesto que sería un espectáculo relativamente efímero, ya que las tenues franjas de la atmósfera rozaban los escombros, ralentizando los restos lo suficiente como para atraparlas y arrastrarlas hasta la atmósfera donde acaban siendo incineradas; incluso ahora el cielo se veía manchado de líneas de luz, estelas de los primeros restos en consumirse durante la reentrada **(2).**

(2) *De hecho, Perlia iba a "disfrutar" de una exhibición casi continua de fuegos artificiales cósmicos durante los siguientes tres años, antes de que la mayoría de los escombros fueran finalmente consumidos. Mucho antes, sin embargo, las piezas más grandes, y las que constituían un peligro para la navegación, habían sido rescatadas o voladas en pedazos por las FED.*

-Estaremos allí en una hora-, me informó Jurgen, con su voz sonando inesperadamente fuerte a través de mi auricular, y asentí con la cabeza, antes de recordar que no podía verme.

-Entendido, Jurgen-, le respondí, mientras me apoyaba contra el soporte del bolter pesado que siempre me ha gustado tener instalado en cualquier vehículo que me era asignado. Las armas incorporadas de los Salamander están montadas apuntando hacia delante, lo que rara vez es mi dirección preferida en lo que respecta al enemigo, y la capacidad de devolver el fuego mientras estamos retrocediendo me ha salvado el cuello en más de una ocasión. Además, me permite hacer algo yo mismo cuando las cosas se ponían chungas, algo que siempre es reconfortante, aun cuando no sea particularmente efectivo, y se ve apropiadamente heroico, lo que nunca hace daño cuando se tiene una reputación

fraudulenta que mantener.

-Mejor vaya un poco más despacio, no queremos que los cadetes se nos pierdan.

-Claro, comisario-, respondió mi ayudante, con un leve aire desilusionado**-. Supongo que no.**

Había abierto una impresionante ventaja sobre el Salamander que nos seguía por la serpenteante carretera de montaña, pero había que entender que Kayla aún tenía sentido común y conducía con precaución, a pesar de la tendencia de los jóvenes a creer que son inmortales, mientras que Jurgen había estado perfeccionando su habilidad para llevar los vehículos al límite durante la mayor parte del siglo pasado. Para ser honesto, había dudado un poco respecto a llevar a los cadetes, pero habían probado su temple en el asteroide, y la situación en Havendown parecía tan finamente equilibrada que cualquier ventaja extra que pudiéramos ganar valía la pena arriesgarnos.

-¿Va todo bien por ahí atrás?-, transmití a través del Vox, manteniendo un tono tranquilo, y mirando por el camino en busca del oscuro bulto del vehículo que debía seguirnos. No tenía sentido buscar luces, por supuesto, ya que no teníamos intención de traicionar nuestra posición al enemigo más de lo necesario, y avanzábamos guiándonos tan sólo por el tenue resplandor azul de las estrellas sobre nuestras cabezas **(3)**. Afortunadamente, nuestros ojos ya se habían ajustado al tenebroso resplandor, y pude discernir los límites de la calzada, así como un moteado de formas más oscuras que mostraban la presencia de algo en la penumbra de más allá. Lo que esas siluetas podrían ser no tenía idea, árboles, rocas y límites de campo en su mayor parte, supongo, entremezclados con el edificio ocasional, y luché contra la tendencia de mi imaginación de poblarlos con invisibles enemigos emboscados. Había visto a demasiados soldados asustarse hasta el punto de abrir fuego sobre inofensivas sombras, sólo para ser derribados tan pronto como los

fogonazos de sus armas traicionaban su posición al enemigo.

(3) *Perlia no tenía luna: de ahí la importancia de la peculiaridad orbital del asteroide minero, sobre el que llamé la atención anteriormente.*

-Estamos bien-, me aseguró Nelys, con demasiada confianza para mi gusto.

Después de meditarlo un poco, lo había seleccionado a él junto con Kayla y Donal para que me acompañaran en aquella pequeña expedición: Nelys porque sabía que seguiría las órdenes, Kayla porque ella le mantendría a raya si teníamos que dividir el equipo, y yo confiaba en su sentido común (Que no es nada común, a pesar de su nombre), y Donal porque todavía me recordaba demasiado de mí mismo a esa edad, y Rorkins tenía suficientes problemas por los que preocuparse en aquel momento. Eso había dejado un cuarto asiento libre en el pequeño y robusto vehículo, que yo había llenado con Briel, sobre la base totalmente razonable de que él había sido el primer cadete que se cruzó en mi camino después de haber seleccionado a los otros tres.

-¿Cuál será nuestro objetivo principal?-. Preguntó Kayla, mientras Jurgen ralentizaba nuestro vertiginoso avance hacia algo del orden de lo meramente alarmante, y empecé a distinguir la silueta cuadrada del otro Salamander detrás de nosotros.

A decir verdad, hasta aquel mismo instante había estado debatiendo el asunto conmigo mismo, preguntándome dónde era más probable que marcáramos la diferencia. La batalla por Rytepat se había estancado en aquel punto, y yo había estado tentado de meter las narices allí, aunque sólo fuera para mantener la ficción de que los búnkeres del cuartel general en el corazón de la guarnición de las FDP seguían siendo el centro del esfuerzo bélico enemigo.

Por otro lado, los herejes no estaban ganando terreno, las pistas aún estaban lo suficientemente libres como para permitir el despegue de nuestros cazas, y pensé que no podría aguantar a los pomposos idiotas del alto mando de las FDP durante mucho tiempo. (Supongo que podría dispararles a todos si se volvían demasiado irritantes, pero eso seguramente no les haría ninguna gracias a los oficiales más jóvenes que eran los que estaban haciendo el trabajo, además que quizás fuera posible que los necesitara más tarde para usarlos como chivos expiatorios si las cosas seguían yendo tan al norte como parecía) **(4).**

(4) *"Ir al norte" en lenguaje coloquial valhallano quiere decir "ir mal". Un coloquialismo valhallano, uno de los muchos que Caín adoptó durante sus años de asociación con los nativos de dicho planeta. Basta decir que las regiones polares de un mundo de hielo son bastante desagradables, incluso para los estándares normales de tales lugares, y la gente sólo se aventura al norte (o al sur) de sus límites nominales bajo las circunstancias más desesperadas.*

Como tantas otras veces a lo largo de mi vida, he descubierto que son las pequeñas cosas las que influyen en tu juicio, y aunque no tenía ni idea de ello en ese momento, mi enorme antipatía hacia los mandos de las FDP fue decisiva a la hora de mantenerme con vida aquella noche.

-Vamos al palacio del Gobernador-, dije, tras pasar unos momentos tratando de concentrarme en la pantalla de mi placa de datos a pesar de los mejores esfuerzos de Jurgen para hacer que rebotáramos de un lado a otro en el habitáculo de los pasajeros. El resplandor de la pequeña pantalla era casi invisible, y en cualquier caso quedaba enmascarado por las planchas de blindaje que me rodeaban, así que supuse que activar la placa de datos implicaba un riesgo mínimo de ser detectados. El palacio era el siguiente objetivo más obvio para el enemigo, y la situación allí parecía bailar sobre el filo de la navaja, por lo que pronto tuve claro que allí era donde debíamos intervenir. También podría haber dividido mi equipo en grupos y desplegado a los cadetes por toda la ciudad para que se ocupasen de diferentes unidades, pero aún no estaba seguro de que estuvieran preparados para ello. Por otro lado, la defensa del palacio era un elemento crucial para la moral de las fuerzas defensoras, y por lo tanto, si lo perdíamos, podría producirse tal debacle que muy bien podría

todo el planeta seguir el mismo destino.

Después de confirmar la recepción de mis instrucciones, los cadetes volvieron a guardar silencio, demasiado disciplinados para ponerse a parlotear a través del vox, de modo que aproveché el rato que me quedaba para meditar sobre la situación, mientras el camino pasaba velozmente bajo las orugas de nuestros vehículos. De hecho, casi habíamos llegado a nuestro destino antes de que volviera a escuchar otra voz en mi comunicador.

-¿Ha salido ya el sol?-, preguntó Briel, algo confundido. Volví a subir a la torreta, apoyándome en la culata del bolter pesado, mientras miraba por encima del borde del blindaje. Sin duda el cielo estaba teñido de color rojo y naranja, unos brillantes colores que se filtraban a través del gris del amanecer como tinta sobre papel mojado.

Sorprendido, eché un vistazo a mi cronógrafo y descubrí que aún quedaba al menos una hora antes de que el sol primario de Perlia asomara la cabeza por el horizonte. Un momento después coronamos una cresta, nuestras orugas parecieron separarse de la calzada por un momento antes de volver a caer sobre la rígida pista, y mis presentimientos quedaron confirmados.

-Eso no es el amanecer-, le dije-, **es Havendown. La ciudad entera está en llamas.**

Sin embargo, cuando llegamos a la ciudad, fue obvio que mi impresión inicial había sido un tanto exagerada, aunque desgraciadamente no tanto como me hubiera gustado. En efecto, en varios distritos se había desatado los feroces incendios que habían dado lugar al hosco resplandor que había iluminado el cielo nocturno mientras densas nubes de negro humo se elevaban lentamente sobre la ciudad mientras la luz del día comenzaba a filtrarse en el aire, pero la mayoría de las calles por las que circulamos mostraban poca o ninguna evidencia de los

combates, más allá de los habituales restos abandonados por los civiles que huían.

De vez en cuando pasábamos ante señales más obvias de conflicto, como las barricadas apresuradamente erigidas y posteriormente derribadas (aunque no era posible adivinar qué bandos habían tomado parte en los breves asedios de los que aquellas improvisadas fortificaciones eran mudos testigos), o las tiendas y los bloques de viviendas que mostraban los inconfundibles estigmas de la artillería pesada. Más raramente, pasamos por lugares donde se habían producido batallas de verdad, con uno o dos TBA **(5)** destrozados y aún en llamas, y ocasionales estructuras reducidas a escombros; cuando esto ocurrió, Jurgen ralentizó la marcha, permitiendo a los cadetes que nos alcanzaran, mientras que nosotros observábamos la escena en busca de supervivientes. Pero todos los combatientes que vimos estaban muertos, algunos con los uniformes de las FDP de Perlia, mientras el resto llevaban el profanado atuendo imperial de los traidores de Madasa.

(5) *Transportes Blindados Acorazados.*

-No me gusta la pinta que tiene todo esto, señor-, comentó Jurgen amargamente, mientras bordeábamos los ardientes restos de un Leman Russ. El sello de ocho puntas de Caos había sido crudamente embadurnado en la torreta, aun visible cuando la pintura que había debajo había empezado a llenarse de ampollas por el calor, y mi ayudante escupió en su dirección, casi consiguiendo que el trozo de flema pasase por encima del borde del blindaje que protegía el compartimento del conductor**-. Ya era bastante malo cuando los traidores sólo tenían armas ligeras.**

-Era de esperar-, dije, tratando de sonar más tranquilo de lo que realmente me sentía-. **Según los registros, los Madasanos contaban con uno o dos regimientos blindados. La mayoría de las FDP los**

tienen-. Sin embargo, había esperado que los hubieran dejado atrás para defender su mundo contra el inevitable contraataque imperial, o que se hubieran perdido en sus prisas por abandonar las naves de transporte dañadas **(6)**.

(6) *Afortunadamente para los defensores de Perlia, la mayoría de los tanques de la flota invasora acabaron quedando inutilizados en los inicios de la invasión, ya fuera afectados por el combate orbital o bien por los desorganizados desembarcos que le siguieron. Sin embargo, parece que sobrevivieron los suficientes como para haber sido una considerable molestia.*

-Los derrotaremos de todos modos-, me aseguró Nelys, con su celo imponiéndose una vez más por encima de su sentido común.

Kayla murmuró entre dientes algo que sonó como "*alcornoque*" en mi auricular, pero antes de que pudiera decir algo para evitar una incipiente discusión, una nueva voz nos interrumpió en la frecuencia de mando.

-Comisario, ¿puedes oírme? -, preguntó Rorkins.

-Sí, comandante-, respondí, siguiendo los protocolos en beneficio de los cadetes que estaban a la escucha. Donal estaba a la vista en el Salamander que nos seguía desde poco después de que pasáramos los límites de la ciudad, atendiendo el bolter pesado; y pude ver como miraba cautelosamente a nuestro alrededor mientras avanzábamos por las calles, atravesando los restos dejados por los combates. Por un momento me encontré pensando que había sido una suerte que lo hubiera elegido a él para unirse a la fiesta en lugar de a Stebbins. La idea de los estragos que aquel joven podría causar con un arma pesada en sus manos era realmente terrible**-. ¿Qué ocurre?-.** Obviamente algo realmente serio debía haber ocurrido, o nunca se hubiera molestado en contactar conmigo directamente bajo las circunstancias actuales.

-El enemigo ha llegado-. dijo Rorkins con voz tensa-. **La segunda oleada está entrando en órbita.**

-¿Alguna otra baja?-. Pregunté con optimismo, no es que realmente esperara alguna, pero después del daño que le había hecho a la primera oleada, estaba preparado para otorgarle a Visiter el crédito de hacer milagros.

-No, han logrado pasar todos-, dijo Rorkins, su voz inusualmente clara para una señal de comunicación de una fuente tan distante. Estaba siendo retransmitido a través del vox del Salamander, por supuesto, pero eso por sí solo no explicaría una recepción tan excepcionalmente buena. Entonces me di cuenta de que también debía haber sido retransmitido a través del búnker de mando de Rytepat, a unos pocos kilómetros de distancia.

Pero antes de que pudiera responder, el cielo se volvió blanco, desapareciendo toda traza de color por una llamarada de pura y actínica energía de una magnitud casi inconcebible. Afortunadamente, los edificios de la ciudad bloquearon cualquier línea directa de visión que pudiéramos haber tenido, o todos nos hubiéramos quedado ciegos en aquel mismo instante. Un momento después, el suelo tembló, las ventanas se rompieron y cayó sobre nosotros una lluvia de escombros a nuestro alrededor, procedentes de las estructuras entre las que nos movíamos. Jurgen pisó los frenos a fondo, pero tras décadas de familiaridad con su peculiar estilo de conducción estaba totalmente preparado para ello, y mantuve el equilibrio con relativa facilidad.

-¿Qué demonios ha sido eso?-, preguntó Kayla, girando el segundo Salamander que se deslizó lateralmente aplastando bajo sus orugas un automóvil estacionado antes de detenerse con el morro incrustado en el zócalo de una estatua notablemente fea de un hombre igualmente feo, que deslucía la mitad de la plaza por la que habíamos estado pasando.

-Ataque orbital-, expliqué, después de haber sido testigo de eventos similares en el pasado**-. Probablemente las baterías de un crucero de**

guerra-. Una incómoda sensación de picazón comenzó a extenderse entre mis omóplatos mientras esperábamos el siguiente impacto. Según mi experiencia, una vez que los comandantes del Caos comenzaban a usar su artillería pesada desde el espacio, no estarían contentos hasta que hubieran destrozado cualquier cosa en los alrededores que tuviera una altura superior a la de un hormiguero. Empecé a pensar en la forma más rápida de salir de la ciudad, concentrándome tanto en el mapa que me llevó un momento darme cuenta de que el bombardeo no se había repetido, y que la voz de Rorkins en mi comunicador estaba mucho más atenuada que antes.

-Rytepat ha sido borrada del mapa-, me dijo sombríamente**-. Lo mejor será que salgas de la ciudad mientras puedas-.** El familiar silbido de estática en mi oído fue complementado por un momento por un cuarteto de respiraciones de los cadetes aturdidos.

-Bueno, esperábamos que trataran de neutralizarlo-, dije, tratando de sonar lo más tranquilo posible, a pesar de la conmoción que todavía me hacía temblar. Eso era cierto, pero el número de tropas que el enemigo había comprometido para asediar el lugar nos había llevado a esperar un asalto convencional. El único aspecto positivo de este sorprendente desarrollo fue que, sin duda, también había aniquilado una o dos compañías de su propia gente junto con la nuestra**-. Varan debe tener prisa-.** Lo cual era en sí mismo un pensamiento inquietante, claro está, aunque no podía explicarle el por qué a Rorkins, especialmente a través de una red que podría estar siendo intervenida. La única razón que podía ver para explicar la acción del Señor de la Guerra al destruir una instalación estratégica que probablemente podría haber tomado intacta en unos pocos días más, y que podría haber empleado durante la subsiguiente ocupación, era porque estaba impaciente por pacificar el planeta y empezar la búsqueda del Shadowlight tan pronto como fuera posible.

-Bueno, esto confirma su locura-, dijo Rorkins sin rodeos-. **Te sugiero que te retires por la misma ruta por la que has entrado;**

probablemente comenzarán a atacar la ciudad cerca de Rytepat, y seguir destrozándolo todo a partir de allí.

-No creo que lo vayan a hacer-, dije, después de haber conseguido orientarme por fin**-. Si fueran a volver a disparar, ya lo habrían hecho-.** Habíamos tenido tiempo de sobra para confirmar la composición de la flota enemiga a medida que se acercaba, y Visiter nos había enviado los registros pictográficos y de auspex que había podido obtener en sus ataques para complementar nuestra inteligencia existente, así que estaba seguro de que ya podrían haber desatado al menos media docena de salvas de sus baterías de lanzas, por no hablar de la devastación generalizada que habrían infligido las baterías primarias menos precisas de los buques de guerra orbitales**-. Si Varan quisiera arrasar la ciudad, ya lo habría hecho.**

-Entonces, ¿a qué está esperando?-. Preguntó Donal, y en este caso su pregunta fue lo suficientemente razonable dadas las circunstancias.

-Porque está planeando un asalto-, dije**-**, **y quería que nuestras defensas se debilitaran lo más rápido posible-.** Obviamente no sabía que habíamos cambiado nuestro centro de mando después del primer ataque-. Volví a mirar el mapa, confirmando mi impresión sobre nuestra localización**-. Nos dirigimos al palacio del gobernador-.** Por lo menos, los amplios jardines nos ofrecerían una mejor oportunidad de evadir otro ataque orbital si me equivocaba, ya que estaban muy alejados de cualquier objetivo tentador.

-Entendido-, dijo Rorkins-. **Sacar de allí a su excelencia y traerlo con nosotros antes de que Varan le ponga las zarpas encima es la acción más lógica. Si puede localizar al heredero también, mejor que mejor, necesitaremos símbolos de resistencia una vez que Havendown caiga.**

-Si Havendown cae-, le corregí, más para hacer el papel de comisario

que porque creyera que había la más remota posibilidad de que se equivocara.

-Sí, por supuesto-, dijo Rorkins irónicamente, y cortó el enlace.

-Al palacio entonces-, dije, mientras Jurgen le daba potencia a nuestro motor, y Kayla daba marcha atrás con cautela para salir de debajo de la horrenda estatua que estaba a un tris de caerles encima.

Si tenía alguna duda de haber tomado la dirección correcta, estas se disiparon pronto, ya que los familiares sonidos del combate pronto se hicieron evidentes, imponiéndose al rugido de nuestros motores. El enemigo seguía rodeando el palacio, al menos según la última información táctica que tenía disponible, pero pensé que había identificado un punto débil en sus líneas cerca de una de las puertas laterales. La principal concentración de herejes estaba ocupada tratando de forzar una de las entradas principales, donde los edificios de la ciudad estaban más cerca de la muralla, y les proporcionaban una buena cobertura, mientras que tan sólo habían dejado un destacamento relativamente pequeño para custodiar uno de los accesos secundarios, generalmente utilizado sólo por los jardineros que se encargaban de los parques. Una o dos escuadras de las FDP se habían atrincherado al otro lado, para desalentar cualquier intento de entrar, y las dos facciones se estaban dedicándose a intercambiar disparos con muy poca eficacia desde sus respectivas coberturas.

Era difícil saber cuál de ellos se quedó más sorprendido por nuestra repentina aparición, si los herejes o los leales, en general, muy probablemente sería el enemigo. Llegamos a toda velocidad por la calle a espaldas de los herejes, cogiéndoles por la espalda y abriendo fuego nada más tenerlos a tiro. Jurgen disparó el bolter que teníamos montado en el chasis, destrozando la barricada que habían levantado al final de la calle frente a la entrada, volando también un cañón automático y la dotación que lo manejaba, mientras yo disparaba el bolter pesado de la

torreta, haciendo una línea de agujeros a lo largo de la hilera de ventanas que daba a la calle, para asegurarme de acabar con uno o dos francotiradores que habían tenido la esperanza de conseguir una línea de visión clara sobre de los defensores desde una posición elevada. El destello de un rayo láser que alcanzó el blindaje cerca de mi cabeza me informó que, aunque la idea había sido buena, podría haber elegido el lado equivocado de la calle para ponerla en práctica, pero antes de que pudiera girar mi arma pesada para tomar represalias una asfixiante ráfaga de calor con el clásico hedor a promethium ardiendo me lo impidió. Donal había disparado el lanzallamas del segundo Salamander, rociando la fachada del edificio del cual había salido el disparo, dejando el edificio en llamas.

-Gracias-, dije yo, y él me devolvió el saludo alegremente.

-**De nada, señor-.** Miró hacia abajo-. **Vamos, Nel, búscate un traidor al que disparar. Te estás perdiendo toda la diversión.**

Nelys estaba manejando el bolter frontal, pero casi todo lo que veía a través de su mirilla era la parte trasera de nuestro Salamander, así que esperaba que fuera capaz de resistir la tentación de disparar al azar. Apenas tuve ese pensamiento, éste disparó el arma pesada, y yo me estremecí, anticipando una lluvia de proyectiles perforantes contra nuestro débil blindaje trasero, pero por suerte éste había apuntado bien, alcanzando otro emplazamiento de armas pesadas apenas visible en la esquina de la calle.

Se puso a gritar de alegría cuando el torso del artillero estalló en una neblina carmesí**-. ¡Sí!**

-Niños-, murmuró Kayla, un poco envidiosa, pensé, y se metió detrás de nosotros mientras Jurgen hacía rebotar nuestras orugas sobre los restos de la barricada que había destrozado. Aun recibimos algunos impactos de bolter en el blindaje, así que lance unas cuantas salvas a modo de

fuego de cobertura para que los herejes supervivientes se mantuvieran agachados, y por si acaso Donal barrió las tiendas más cercanas con otra ráfaga de fuego.

Afortunadamente, los defensores estaban alerta; unas cuantas cabezas aparecieron en la parte superior de la muralla como gallinas de las nieves asustadas, y comenzaron a disparar proporcionándonos más fuego de cobertura, mientras alguien empezaba a abrir las puertas. Me estremecí, anticipándome a una colisión, pero Jurgen redujo nuestra velocidad lo suficiente para que permitirles terminar el trabajo, y cruzamos a toda velocidad la creciente abertura con apenas unos centímetros de sobra. Kayla nos siguió, un poco más despacio, y dejando una capa de pintura en la mampostería de piedra del quicio de las puertas, luego las pesadas puertas de madera se cerraron de nuevo a nuestras espaldas.

-Señor-. El sargento a cargo del destacamento de las FDP hizo un saludo, tratando de no quedárseme mirando embobado, aunque los hombres bajo su mando ni siquiera se molestaron en intentarlo.

Le devolví el saludo enérgicamente-. **Buenos días, sargento. Siento llegar sin avisar, pero tenemos un poco de prisa. ¿Podría presentar los saludos del Comisario Caín al Gobernador e informarle que quiero hablar con él lo antes posible?** -.Podría haberlo hecho yo mismo, por supuesto, usando el comunicador, pero no tenía ningún deseo de abrirme camino a través de los innumerables lacayos que exigirían pruebas de mi identidad.

-Por supuesto, señor-. El sargento hizo una señal a su operador de vox y éste comenzó a hablar urgentemente en voz baja, lanzando varias miradas encubiertas en nuestra dirección.

-Perfecto-, respondí y me incliné para hablar con Jurgen-. **Al palacio, Jurgen, tan rápido como puedas.**

-A la orden, señor-, respondió alegremente mi ayudante, acelerando el motor a un ritmo que habría hecho que un tecnosacerdote aullara de furia por tratar así al vehículo, de haber habido alguno en los alrededores, para salir derrapando. Fiel a su forma de conducir, Jurgen tomó mis palabras literalmente, y tomó el camino más directo atravesando el delicadamente cuidado césped, dejando a nuestro paso dos surcos gemelos, y atravesando los setos. Llegamos a nuestro destino apenas unos minutos más tarde, tras haber añadido a nuestra lista de destrozos varios parterres, unos cuantos arbustos ornamentales e incluso una pequeña estatua de una mujer joven que lucía unos atuendos muy ligeros para la época del año en la que nos encontrábamos. Kayla nos había seguido, agravando los daños, aunque sin llegar al nivel de Jurgen **(7).**

(7) *Relativamente hablando. A pesar de los mejores esfuerzos del personal de tierra, las marcas de su paso todavía son visibles si sabes dónde mirar.*

-Comisario-. El propio Trevellyan, era quien nos esperaba al pie de la escalinata que conducía a una amplia y elegante terraza, y nos saludó afablemente mientras nos deteníamos bajo la balaustrada, con los motores al ralentí**-. ¿Qué puedo hacer por usted?**

-Puede venir con nosotros, señor-, le dije desmontando para estrecharle la mano. Podría pensarse que era un momento extraño para observar tan puntillosamente las formas, pero si había interpretado bien a aquel hombre en nuestro breve encuentro anterior, entendí que encontraría tranquilizador mantener la apariencia de seguir el protocolo**-. Su seguridad es vital para la seguridad de Perlia-.**Sin duda aquello fue un poco exagerado, pero aún no he conocido a un aristócrata sin un hinchado sentido de su propia importancia, y seguirles el juego en ese aspecto puede persuadirlos a cooperar, al menos en muchas ocasiones.

Trevellyan parecía confundido.

No puedo irme sin más-, dijo-. **Este edificio es el centro del poder imperial. ¿Qué clase de mensaje estaría enviando al pueblo si salgo huyendo?**

-¿Que sigue vivo?-. Sugerí, tratando de evitar que se notara la irritación en mi voz-. **El enemigo ya ha destruido el cuartel general de las FDP mediante bombardeos orbitales, y podrían destruir este palacio con la misma facilidad.**

-Entonces, ¿por qué aun no lo han hecho? -. Preguntó Trevellyan, y traté de mantener la tranquilidad en mi propia voz mientras le respondía.

-No tengo ni idea-, admití-. **Pero no olvide que estamos tratando con locos adoradores del Caos. Sus estrategias no siempre tienen sentido para nadie más que ellos.**

-Entonces me parece que estoy tan seguro aquí como podría estarlo en cualquier otro lugar-, dijo el Gobernador.

-Con todos los respetos, señor-, comencé a decir**-, esta decisión no está en sus manos-.** Me di cuenta de que había empezado a levantar la voz, así que me esforcé por cambiar a un registro más tranquilo; justo en ese momento me di cuenta de que había estado hablando más fuerte debido a que había aumentado el ruido a nuestro alrededor.

-¡Ahí vienen!-. Advirtió Briel, levantando la vista del pequeño auspex que tenía en la parte trasera del segundo Salamander **(8)**, y señalando hacia el este. Levanté la mano, protegiendo mis ojos contra el resplandor, y pude distinguir un trío de puntos que se movían rápidamente, dirigiéndose inequívocamente hacia nuestra posición.

(8) *Que, por lo tanto, debe haber sido la variante de mando, en lugar del modelo explorador preferido por Caín.*

-Transbordadores de tropas de asalto-, informó Nelys, que estaba usando un par de macrovisores-. **Tres de ellos, y vienen a toda velocidad.**

-¡Adentro!-. Exclamé un poco nervioso**-. ¡Aquí fuera parecemos patos de feria!-.** Yo esperaba que Trevellyan se pusiera a discutir, pero, para mi sorpresa, simplemente asintió, subiendo los escalones de la terraza de dos en dos y desapareciendo a través de las amplias puertas de cristal que conducían al invernadero. Comencé a seguirlo, pero me detuve un instante para mirar hacia atrás**-. ¡Eso vale para todos los presentes!**

Los cadetes salieron a toda mecha de los Salamanders y nos siguieron. Poco después, el distintivo olor de Jurgen se unió a mí, como siempre precediendo al hombre, quien sostenía su preciosa melta entre los brazos.

-Parece que ya han llegado a los jardines-, me dijo, y yo tendí la mano para tomar el amplivisor que todavía llevaba Nelys.

-Así es-, confirmé, enfocando el dispositivo, mientras el cuarteto de cadetes pasaba a mi lado hacia el interior del edificio, al tiempo que iban desenvainando sus armas. Confiado en que el enemigo estaría ocupado durante varios minutos entre aterrizar y desplegarse para asegurar la zona de aterrizaje, me quedé observándoles un poco más de tiempo, en parte para hacer honor a mi inmerecida reputación de temeridad bajo el fuego enemigo, pero principalmente porque cuanto más sabes del enemigo, mejor preparado estás para tratar con él.

A diferencia de los transbordadores civiles requisados, que habían

empleado en el despliegue de la primera oleada y de la primera fase de la segunda, esos tres eran naves de transporte militar, fuertemente blindados y que contaban con suficiente armamento para proporcionar apoyo aéreo de corto alcance. Las fuerzas de las FDP que custodiaban el palacio respondieron al asalto con una prontitud encomiable tan pronto como los tuvieron a su alcance, pero el aluvión de ráfagas de cañones automáticos y los esporádicos cohetes de los lanzacohetes portátiles apenas les rayaron la pintura mientras que la amenazante formación seguía descendiendo. Desgraciadamente lo único que lograron hacer los defensores fue traicionar sus posiciones, y los que se encontraban en la trayectoria de vuelo de los transbordadores fueron silenciados casi de inmediato tras la letal respuesta de los cañones láser pesados montados en el morro de las aeronaves. Casi esperaba que los pilotos ralentizaran su avance y trataran de buscar nuevos objetivos, pero para mi desgracia, parecían estar notablemente concentrados para lo que suele ser habitual en la carroña del Caos, y continuaron su descenso tan suave y eficientemente como lo habrían hecho los veteranos de la Armada Imperial.

-Eso es todo, nos vamos-, dije, mientras los patines de aterrizaje de las naves se hundían en el césped, abrasándolo bajo el calor feroz de los propulsores de aterrizaje. Sin embargo, a pesar de la urgencia exigida por mi sentido de autoconservación, algo me mantuvo allí parado un momento más. Nunca me ha gustado enfrentarme a un enemigo desconocido, por lo cual siempre he procurado no poner pies en polvorosa sin averiguar primero qué era lo que probablemente me iba a perseguir.

Tuve que admitir que habían elegido muy bien donde aterrizar; tras haber barrido en su aproximación a los defensores más cercanos gracias a la pasada de ametrallamiento que había presenciado, al llegar al suelo pudieron desembarcar sin tener que enfrentarse a una fuerte oposición de los defensores. Claro está, eso también nos daría tiempo para reubicar a nuestra propia gente para que se enfrentara a ellos, por lo que esperaba que no sacaran mucha ventaja de su decisión. Volví a enfocar el amplivisor, agradecido por mis dedos augméticos, pues me

permitieron sostener el dispositivo con total firmeza, a pesar de la distancia; el único débil temblor de la imagen que pude ver se debía a los latidos de mi corazón, que palpitaba un poco más rápido de lo habitual, pero no más de lo que uno esperaría dadas las circunstancias.

Mientras observaba detenidamente, las rampas de embarque descendieron, y las figuras comenzaron a ser vomitadas de las oscuras panzas de los transbordadores. Todavía era difícil distinguir nada, pero la mayoría de ellos eran inconfundibles: vestían servoarmaduras. Una emoción de puro terror me atravesó al pensar en tener que enfrentarme a lo que sospechosamente parecía ser al menos tres escuadras completas de Marines Traidores, y giré el amplivisor hacia adelante y hacia atrás, con la esperanza de encontrar alguna pista de quiénes eran. Entonces alguien más salió por la rampa y, si acaso, mi aprensión aumentó. Empequeñecido por las enormes figuras que le flanqueaban, la inconfundible figura del propio Varan descendió por la plancha metálica y finalmente posó sus corruptos pies sobre la superficie de Perlia.



CAPÍTULO DIECIOCHO

-La situación es peor de lo que pensaba-, le dije tranquilamente a Trevellyan, con lo que me pareció una actuación encomiable.

El invernadero más allá de la terraza nos había permitido acceder al propio palacio, y en aquel momento nos apresurábamos por un pasillo cubierto de paneles de madera y obras de arte, que ninguno de nosotros tenía ni el tiempo ni las ganas de detenerse a admirar. Lo único que me había complacido ver era a un fornido sargento de las FDP y a una escuadra al completo de soldados cargando una gran librería y una mesa de comedor desde una habitación adyacente para formar una tranquilizadora y sólida barricada en medio del pasillo, con el objetivo detener al enemigo por un corto periodo tiempo: y corto iba a ser, en efecto, si estaba en lo cierto acerca de las identidades de nuestros no deseados visitantes, pero cualquier respiro sería útil para que el Gobernador y lo que es más importante, yo mismo, pudiéramos ponernos a salvo**.**

-El enemigo quiere ocupar el palacio, y, sin duda, asesinarle en el proceso.

-Para así propagar la alarma y el desaliento entre el pueblo-, dijo Trevellyan, sonando muy tranquilo al respecto, aunque supongo que estaba tan acostumbrado a ocultar sus verdaderos sentimientos como yo mismo.

-Mientras que nosotros preferimos tenerle vivo y a salvo, para levantar la moral y reforzar su resistencia-, dije-. **Así que, ¿por dónde está su ruta de huida?**

***-¿"Ruta de huida"*?-,** preguntó Trevellyan, con estudiada ingenuidad.

Asentí con fuerza-. **Nunca he conocido a un Gobernador que no tuviera un plan de contingencia para salvar la piel por si los campesinos se rebelaban-,** dije-, **incluso en los planetas más civilizados-.** Endurecí mi voz un poco-. **Y créame si le digo, excelencia, que no tenemos tiempo para andarnos con rodeos-.** Por un momento mi paranoia vibró bajo la alarmante posibilidad de que quizás aquel hombre fuera la única excepción, y que yo mismo me había metido en una trampa sin salida, al suponer alegremente que debía existir una ruta de escape oculta. (Por supuesto, para empezar había sido esa suposición la que me había convencido de dirigirme al palacio, en lugar de seguir la sugerencia original de Rorkins y volver directamente a la schola cuando tuve la oportunidad). Pero tras vacilar brevemente Trevellyan asintió.

-Hay un pasadizo hacia los barrios bajos de la ciudad-, admitió-, **el acceso está en mis aposentos privados.**

-Construido siglos atrás por uno de mis predecesores. Por supuesto, yo jamás lo he empleado ni visitado tales sitios.- Se apresuró a añadir, con un tono claramente a la defensiva.

-Por supuesto-, repetí, aunque me traía totalmente sin cuidado. (Aunque al final le estaría muy agradecido por el fragmento de información que me acababa de proporcionar.)**-. ¿Por dónde?-.**El sonido de los disparos era ahora claramente audible, aún lejos, pero acercándose, y los cadetes intercambiaron miradas aprensivas. Otra escuadra de soldados de las FDP se cruzó con nosotros, obviamente con la intención de reforzar a sus camaradas en la barricada más abajo en el pasillo; un inequívocamente costoso golpe me informó que otra sólida antigüedad acababa de ser arrojada a la pila, y el Gobernador hizo un pequeño gesto de dolor al escucharlo.

-Por aquí-, dijo Trevellyan, conduciéndonos a un conjunto de habitaciones decoradas con un sorprendente buen gusto. La brillante luz del sol entraba por las ventanas, algo que, por lo general, habría sido una agradable vista de los terrenos, que ahora estaban desfigurados por los cuerpos desperdigados de una docena de soldados de las FDP. A lo lejos, figuras ataviadas con servoarmaduras avanzaban inexorablemente sobre un destacamento de defensores atrincherados, que a duras penas quedaban a cubierto de la mayoría de los disparos de las armas enemigas, aunque uno se tambaleó y cayó antes de que una nube de humo ocultara la batalla. A pesar de que estaban demasiado lejos para ver con claridad, había algo en ellos que me resultaba desconcertantemente familiar, lo tenía en la punta de la lengua por así decir pero no acababa de caer, y en cualquier caso en estos momentos tenía asuntos más apremiantes que atender, como por ejemplo salvar la vida.

Pasamos apresuradamente por un salón lleno de sofás y sillones, dispuestos alrededor de una enorme chimenea que daba la impresión de que se sentiría mortalmente ofendida ante la más pequeña pizca de ceniza, y un comedor que habría podido albergar cómodamente a una docena de personas, antes de pasar a otro amplio y bien alfombrado pasillo. Me aceleré cuando el chasquido de las armas ligeras comenzó a escucharse más cerca, y el distintivo crujido del aire ionizado resultado de los disparos de armas láser se impuso al sonido de los bolters, indicándome que el enemigo ya había llegado hasta la barricada en el pasillo que tan recientemente habíamos dejado atrás.

Las palmas de mis manos empezaron a picar, una señal segura de que algo iba muy mal; los marines traidores eran formidables, lo sabía por amargas experiencias personales, pero incluso ellos deberían haberse visto retenidos más tiempo por nuestras defensas exteriores. Justo entonces los disparos desde el pasillo también se apagaron, tan completa y repentinamente como si alguien acabara de pulsar un interruptor.

-Algo no va bien-, dijo Donal-. **Iré a ver qué está pasando.**

-¡Quédate dónde estás!-. Repliqué. En mi opinión, aquello tenía el hedor de la brujería, y consciente de la conversación que había tenido con Julien y Rorkins, me convencí de que la única explicación lógica para el repentino y total colapso de la resistencia era la presencia de un psíquico notablemente poderoso entre el séquito de Varan. Lo cual a su vez implicaba que la única oportunidad que teníamos de salir de allí sanos y salvos era que todos nos mantuviéramos lo suficientemente cerca de Jurgen para obtener el beneficio de su extraordinario don. Me dirigí al Gobernador**-. Ahora sería un buen momento para mostrar la obra de sus antepasados-,** sugerí, tan suavemente como pude, dadas las circunstancias.

Trevellyan asintió, con la cara pálida**-. Claro, claro-,** dijo**-. Síganme, es por aquí-.**Como esperaba, la entrada al pasadizo estaba en su dormitorio; que por alguna razón, que no creo necesario mencionar, es donde la mayoría de ellos están ubicados. Quizás se espera que los campesinos no sean tan desconsiderados como para rebelarse fuera del horario de oficina, o para que el gobernador de turno pudiera escapar del palacio por asuntos personales sin que nadie se diera cuenta de su ausencia **(1).**

(1) *Sorprendentemente, dado su habitual cinismo, Caín descuida la posibilidad más obvia; que, además de la salida, los pasillos estaban destinados a proporcionar un discreto acceso a ciertas cortesanas.*

-No perdamos el tiempo-, añadí siguiéndole por la puerta. Miré a Jurgen y a los cadetes-. **Cubran el final del pasillo. Por allí es por donde vendrán.**

-Muy bien, señor-, dijo Jurgen, que ya apuntaba con su melta en dirección al fondo del pasillo, mientras que el cuarteto de cadetes trataba

de cubrirse como podían: detrás de las puertas o con las mesas que había repartidas a lo largo de la sala.

-¿Su sobrina también está en el Palacio?-. Le pregunté a Trevellyan, mientras comenzaba a empujar un sobrecargado armario, que parecía como si hubiera estado allí desde que el Emperador llevaba pantalones cortos. Si lo estaba, en lo que a mí respecta quedaba a su suerte, pero no había nada malo en mostrar interés por nuestro objetivo secundario. El enorme trozo de madera no parecía tener prisa en moverse, así que me dispuse a arrimar el hombro para moverlo, y entre los dos logramos desplazar la maldita cosa lo suficientemente como para descubrir un escáner de código genético y la tenue silueta de una angosta puerta en la pared.

-¿Illyria?-. Trevellyan agitó la cabeza**-. No, se ha ido de caza. Se aloja en el hotel de la finca Marksell-.** No tenía ni idea de dónde quedaba eso, pero sin duda Rorkins podía enviar a alguien a recogerla hacerse cargo de ella, tan pronto como tuviera la oportunidad de decírselo; no estaba dispuesto a confiar una información tan sensible a los canales de vox.

-Bueno, algo es algo-, dije, mientras Trevellyan ponía la palma de su mano en el lector. Por un momento pareció que no pasaba nada, y luego el panel de la pared se balanceó hacia atrás, liberando una nube de polvo y un ligero olor a cloaca que me dijo más allá de toda duda razonable que en algún lugar el pasadizo se conectaba con las alcantarillas.

-¡Comisario, ya están aquí!-, exclamó Kayla, con voz fuertemente controlada, y resonando una fracción de segundo más tarde en mi comunicador.

Maldiciendo, desenvainé mi pistola láser, y corrí hacia la puerta. Se escuchaban pasos que se acercaban a lo largo del pasillo, y apunté

cuidadosamente a la intersección, alrededor de la cual vendrían nuestros perseguidores. Para mi alivio, sin embargo, las pisadas se correspondían a botas normales, nada que ver con los fuertes golpes de las botas de unas servoarmaduras, y comencé a relajarme un poco.

-No disparen hasta que estén seguros de tener un objetivo-, dije, mientras adoptaba posición de disparo apuntando con mi arma. Mi precaución estuvo justificada un momento después, cuando los soldados de las FDP que habíamos visto por última vez manejando la barricada detrás de nosotros aparecieron en el pasillo. Era desconcertante que aparentemente se hubieran dado la vuelta y huido tan precipitadamente, pero bajo las circunstancias yo estaba preparado para hacer concesiones: incluso los soldados de la Guardia Imperial se lo habrían pensado dos veces en permanecer en su puesto frente a las Legiones Traidoras, aunque esperaba que se hubieran retirado de una manera más ordenada. En cualquier caso no sería un problema si pudiéramos llevárnoslos con nosotros: nunca esta demás contar con algo de carne de cañón entre el peligro y uno mismo.

Por si acaso mantuve mi pistola en alto, pues las palmas de mis manos me picaban más que nunca, a pesar de que como en tantas otras ocasiones, no lograba identificar la razón exacta de mi inquietud.

-Está bien, son de los nuestros-. dijo Briel aliviado, y moviéndose hacia el pasillo justo cuando los soldados que corrían levantaban sus armas de fuego. Eso era lo que me estaba inquietando, de repente me di cuenta de que estaban avanzando como hombres que se preparaban para entrar en combate, y no huyendo de un enemigo. Sin embargo, antes de que pudiera gritar una advertencia, abrieron fuego. Briel recibió cuatro o cinco disparos en el pecho, que casi lo partieron por la mitad, y se tambaleó hacia atrás, con una expresión casi cómica de asombro en su rostro. No tenía sentido arriesgar el cuello de nadie para tratar de arrastrar su cuerpo hasta una cobertura, pues no había dudas de que ya estaba camino del Trono Dorado incluso antes de golpear la ensangrentada alfombra.

-Muerte a los siervos del dios cadáver-, gritó el sargento, y devolvimos el fuego a discreción, ansiosos por vengar a nuestro camarada caído. Al menos los cadetes supervivientes; Jurgen y yo éramos demasiado experimentados como para tomarnos como algo personal la pérdida de Briel, al menos mientras que el asunto más apremiante de nuestra propia supervivencia ocupaba la mayor parte de nuestra atención. La primera fila de traidores se tambaleó bajo las ráfagas láser que les lanzamos, dos de ellos cayeron al suelo, donde entorpecieron el avance de sus compañeros, y entonces el melta de Jurgen dio buena cuenta de ellos.

-¡Dejen de disparar!-. Grité, indicando a nuestros supervivientes el dormitorio del Gobernador. Habíamos ralentizado la carga enemiga, pero yo no me hacía ninguna ilusión de que la siguiente oleada fuera a ser tan fácil de manejar, ni de que nuestros antiguos aliados tampoco estuvieran completamente fuera de combate. Lo que fuera que les había hecho cambiar de bando parecía haberles convertido en fanáticos como los Madasanos con los que me había encontrado antes, e incluso cuando Jurgen y los demás empezaron a retroceder para unirse a mí, se confirmaron mis peores presentimientos. Los soldados que habían escapado de las heridas, o que sólo habían sufrido heridas superficiales, volvieron a abrir fuego tan pronto como pudieron.

Casi consiguieron cogernos al descubierto, pero tuvimos suerte. Kayla y Nelys habían tenido el tiempo justo para ponerse a salvo antes de que reanudaran el ataque, y mi nariz me confirmó que Jurgen también estaba bien incluso antes de que mis ojos registraran su presencia, pero Donal no tuvo tanta suerte. Apenas había estado a medio camino desde su anterior refugio cuando el enemigo comenzó a disparar de nuevo, y recibió un par de impactos, uno en el pecho y otro en la rodilla. Trastabilló y se derrumbó, quedando peligrosamente expuesto en medio de la alfombra.

-¡Cubridle!-. Ordené, esperando que pudiera arrastrarse hasta un lugar seguro, pero el muchacho se movía como un pez recién sacado del

agua, incapaz de levantarse, y perdía sangre a gran velocidad. La sangre roja brillante manchaba la parte delantera de su abrigo, haciendo que la tela negra adoptara un desagradable y pastoso color óxido antes de gotear al suelo, mientras su rostro se iba tiñendo de gris.

-A sus órdenes, señor-. Jurgen sacó la melta alrededor del marco de la puerta, y envió una voraz ráfaga ardiente energía por el pasillo. Esa vez, su disparo le salió un poco alto e incendió los paneles de madera, pero obligó a los traidores que nos atacaban a escabullirse a toda prisa hacia el cruce del pasillo, dejando a sus muertos y heridos allí donde habían caído.

Dudé por un momento, pero incluso cuando logré superar mi renuencia a moverme, fui consciente de que no tenía otra opción. Si dejaba que el muchacho se desangrara o, peor aún, cayera en manos del enemigo, perdería el respeto de los cadetes supervivientes, y sin duda iba a necesitar en el futuro que me siguieran sin duda alguna si quería salir de esta situación con el pellejo intacto. Y no podía olvidar a Trevellyan. Por lo que a él respecta, yo era el legendario Libertador, el guerrero que había salvado su planeta en el pasado, y hasta el más mínimo indicio de que yo era tan falible como cualquier otro probablemente acabaría con cualquier oportunidad que tuviéramos de usarlo para unir a la población contra el invasor. Respiré hondo, lancé un par de disparos con mi pistola en dirección al enemigo, y salí de la puerta tan abruptamente como mi réplica mecánica en ese horrible reloj de la Plaza de la Liberación.

El tiempo pareció ralentizarse, como suele suceder a menudo cuando estoy en peligro de muerte inminente, y tuve tiempo de sobra para fijarme en lo que me rodeaba mientras levantaba a Donal y volvía a disparar hacia el otro extremo del pasillo. Satisfecho de que el único enemigo en movimiento que podía ver era un soldado que había sufrido severas quemaduras gracias al melta de Jurgen y que posiblemente no iba a sobrevivir más de unos minutos. En cualquier caso, empecé a retroceder, manteniendo al cadete herido entre el fuego enemigo y yo. Después de todo, ya le habían disparado dos veces, así que otra herida o dos probablemente no serían mucha molestia para él, mientras que yo

aun estaba intacto, cosa que pretendía que no cambiara en un futuro inmediato, y además yo estaba cargando con él.

Sólo cuando llegué a la puerta me di cuenta de que el soldado que estaba a punto de expirar, a unos cuantos metros de distancia, no sólo se movía al azar, sino que seguía moviéndose con un propósito evidente y malévolo; algo que debería haber esperado después de mi encuentro con los Madasanos en Rytepat. Le disparé de inmediato, pero ya era demasiado tarde, la granada que había estado preparando había salido rodando por la alfombra hacia nosotros.

-¡Granada!-. Grité, al tiempo que pivotaba alrededor del marco de la puerta junto con Donal para buscar refugio al otro lado de la pared (tirando al suelo en el proceso una mesita de noche decorada con filigranas, pero en aquel momento el buen cuidado de los muebles me traía sin cuidado). Jurgen reaccionó instantáneamente, aplastándose contra la pared al otro lado de la puerta, mientras que Kayla y Nelys se tiraron al suelo detrás de la cama sobre una lujosa alfombra. (Sin duda agradecidos por el grosor de la misma.) Sólo Trevellyan se quedó de pie perplejo, incapaz de comprender lo que estaba sucediendo a su alrededor. Sólo el Emperador sabría que narices estaba haciendo allí de pie como un pasmarote, en lugar de escabullirse por el pasadizo como se suponía que debía hacer: quizás pensaba que el protocolo exigía que él fuera el último en salir. Si aquel fuera el caso, era un caballeroso gesto que le iba a costar muy caro. Apenas tuvo tiempo de preguntar: **-¿Qué pasa...?-,** antes de que explotara la carga de la granada, y, afortunadamente para el resto de nosotros, esto ocurrió en el pasillo fuera de la habitación. Fragmentos de metralla silbaron por el aire, y el desafortunado Gobernador se encogió ante los impactos como un saco de grano que hubiera sido usado demasiado a menudo para practicar con las bayonetas.

-Está muy mal-, me informó innecesariamente Nelys poco después. A lo largo de mi vida había visto suficientes traumas en el campo de batalla como para estar seguro de no había nada que pudiéramos hacer por el

Gobernador en aquel momento, y menos en el tiempo que teníamos disponible.

Me giré hacia Jurgen, que estaba aplicando un vendaje de presión en una fea herida en el pecho de Donal; aparte de tener la mala fortuna de haber sido alcanzado, esta se había agravado aún más pues al parecer uno de los suboficiales entre aquellos chaqueteros tenía como arma de mano una automática, en lugar de las armas láser preferidas por sus compañeros. Es cierto que las heridas de estas últimas son bastante desagradables, como mínimo incapacitantes y a menudo mortales, debido al estrés térmico, pero lo bueno es que, si sobrevives al disparo, este suele dejar cauterizadas las heridas que infligen. Por el contrario, las balas no lo hacen, permitiendo que continuara sangrando, con consecuencias fatales si alguien no podía tratar la herida para evitarlo**-. ¿Cómo está Donal?-.** Le pregunté.

-He estado mejor, señor-, dijo Donal, manteniendo su típico tono despreocupado, aunque para mí fue evidente lo mucho que se tuvo que esforzar para ello.

Jurgen negó con la cabeza.

-Necesita un cirujano-, me dijo sin rodeos-. **Y me temo que no vamos a encontrar ninguno por aquí.**

-Haga lo que pueda-, le dije-. **Cósalo lo suficiente como para que se pueda mover.**

Jurgen asintió, aunque su expresión me dijo todo lo que necesitaba saber sobre qué opinaba de aquella idea.

Afortunadamente Donal le ahorró la molestia de poner sus pensamientos en palabras.

-No voy a ir a ninguna parte-, dijo-. **Estoy sangrando como un grox, y aunque aguante lo suficiente para entrar en el pasadizo, tan sólo les ralentizare-.**Parecía que después de todo había juzgado mal al muchacho. Se sentó, un poco mareado, y levantó su pistola láser como si pesara el doble de lo habitual-. **Les conseguiré todo el tiempo que pueda, pero no será mucho. Traten de aprovechar ese tiempo al máximo.**

-Así lo haremos-, le prometí, y me dirigí a Nelys-. **¿Su Excelencia está en condiciones de caminar?**

-No sea condescendiente conmigo, jovencito-, dijo Trevellyan, aparentando y sonando por fin de manera acorde a su verdadera edad-. **Estoy más allá de cualquier ayuda, y ambos lo sabemos. Lo menos que puedo hacer es seguir el ejemplo de su protegido-.**Tosió, escupiendo una fina nube sanguinolenta-. **Encontrará una pistola bolter en ese armario de allí. Si tiene la amabilidad de cargarla para mí, será un honor ayudarle.**

-Nelys-, ordené-, **dale al Gobernador su arma. Tengo algo más que hacer antes de irnos.**

Movido por un impulso que no podía explicar del todo, desenrollé la faja carmesí de alrededor de mi cintura y se la puse a Donal**-. Creo que hoy se la ha ganado con creces-,** le dije**-. Bien hecho, comisario.**

-Gracias, señor-. Donal tragó, y su voz adquirió una ronquera desconocida**-. Intentaré ser digno de ello-.** Nos miramos fijamente el uno al otro por un momento de embarazoso silencio, y luego, para nuestro mutuo alivio, Kayla llamó desde la puerta.

-¡Aquí vienen!-. Disparó una ráfaga de tiros de última hora por el pasillo,

y se agachó de nuevo dentro de la habitación justo antes de que se produjera un aluvión de disparos en respuesta.

Con un hormigueo de aprensión sentí que el suelo temblaba suavemente bajo mis pies, al ritmo de un paso tranquilo, y supe que se nos había acabado el tiempo. Unos segundos más tarde, el inconfundible golpeteo de pies acorazados resonó por el pasillo.

-Apunten a las articulaciones-,les aconsejé a Donal y al Gobernador, destrozando con un disparo el lector de código genético junto a la puerta oculta mientras hablaba; era demasiado fácil imaginar que forzarían aTrevellyan, o más probablemente a su cadáver, a activarlo. No es que esperase que una barrera tan endeble retrasase a un Marine Traidor durante mucho tiempo, pero incluso esa pequeña ventaja valdría la pena.

-Es la mejor oportunidad de atravesar su armadura-. Me volví hacia Kayla y Nelys-. **Váyanse, ahora.**

Por un momento pensé que podrían discutir, pero enseguida accedieron, desapareciendo a través del hueco en la oscuridad del más allá. Les seguí, sin necesidad de mirar para estar seguro de que Jurgen me pisaba los talones, y volví a mirar a la habitación. Un destello de luz iluminó el mecanismo de cierre a este lado, cuando mi ayudante lo destrozó con la culata de su melta, antes de continuar manteniendo el arma apuntando a través de la estrecha brecha a medida que se iba cerrando detrás de nosotros.

Lo último que vi de la habitación fue a Donal y Trevellyan apuntando sus armas, y sombras moviéndose en la entrada más allá de ellos, demasiado voluminosas para ser otra cosa que aquello que más temía. Luego, el panel oculto se cerró y la oscuridad nos tragó por completo.



CAPÍTULO DIECINUEVE

Afortunadamente, tal y como yo esperaba, Jurgen tenía una linterna en uno de sus múltiples bolsillos y bolsas, y para mi sorpresa, Kayla sacó otra del bolsillo de su abrigo, permitiéndonos por primera vez tener una visión clara de lo que nos rodeaba. La habitación oculta adyacente a las habitaciones del Gobernador resultó no contener nada más que una escalera de caracol, y para mi gran alivio ésta era demasiado estrecha para que alguien con servoarmadura pudiera pasar, la cual descendía verticalmente, más o menos, una docena de metros, antes de acabar en un pasillo lo suficientemente ancho como para que pudiéramos avanzar en fila india, casi rozando las paredes con los hombros, mientras nuestras pisadas resonaban contra las paredes de ladrillo desnudo que nos rodeaban.

Jurgen lideró nuestro avance a trote rápido, con la linterna que había encontrado en su profusión de bolsos, y que había unido con cinta adhesiva al cañón de su pistola, mientras la culata de su melta, que llevaba a la espalda, golpeaba rítmicamente contra la vieja mampostería. Cada vez que ésta golpeaba la pared, se desprendía una nube de polvo de ladrillos que me picaba los ojos y me rascaba la parte posterior de la garganta; haciéndose evidente que el Gobernador no había exagerando lo más mínimo sobre el tiempo que había pasado desde la última vez que se había utilizado aquel pasadizo. Seguí de cerca a mi ayudante, con Kayla a mis espaldas, y con Nelys en la retaguardia, oscureciendo con sus cuerpos las luces que llevábamos de cualquier perseguidor que nos siguiera. Me esforcé en tratar de escuchar por cualquier indicación de que el panel de la pared había sido volado, pero o bien Donal y el Gobernador se las arreglaban para mantener a raya al enemigo durante más tiempo del que esperaba, o bien el portal oculto había sido fuertemente reforzado contra una contingencia como aquella.

Después de unos minutos entramos en los subterráneos de la ciudad propiamente dicha, una auténtica madriguera de conductos de servicio, túneles de alcantarillado y sótanos construidos a partir de estructuras olvidadas hacía mucho tiempo, que se parecían enormemente a los niveles más bajos de la colmena en los que yo había jugado cuando era niño. Una o dos veces incluso nos encontramos corriendo por calles reconocibles, con los pórticos de edificios antiguos, que quedaban ahora varios metros por debajo de las viviendas de los descendientes de sus constructores, desmoronándose a nuestro alrededor.

-No tenía idea de que hubiera algo así aquí abajo-, dijo Kayla, con un tono de asombro tiñendo su voz mientras paseaba el haz de su linterna a lo largo de la fachada de una antigua capilla, desde la cual nos observaba la imagen de Él en Terra cubierta de polvo y que brilló en respuesta al haz de luz, como si estuviera de mal humor por nuestra intrusión. Nelys inclinó la cabeza e hizo la señal del Aquila al pasar, pero el resto de nosotros seguimos adelante sin detenernos. Todavía no había oído ninguna señal de persecución, aparte de los habituales roedores y los ocasionales parias humanos, ambos igualmente sorprendidos y deseosos de evitar a un grupo de personas portando armas con un propósito que desconocían, pero eso no significaba que Varan no hubiera enviado un grupo de búsqueda tras nosotros; sólo implicaba que aún no nos habían alcanzado.

-Encontrarás algo parecido en la mayoría de las ciudades imperiales-, la expliqué, más para mantener mi mente alejada de la preocupante posibilidad de una posible persecución que de cualquier otra cosa, pero si con eso le daba a Nelys y a ella algo en lo que pensar aparte de la pérdida de Donal y Briel, pues mejor que mejor. Al menos su curiosidad por el entorno desconocido era una alentadora señal de que se mantenía concentrada.

-A medida que las ciudades colmena crecen y se desarrollan a lo largo de los milenios, se acaba construyendo sobre los niveles inferiores y estos van cayendo en el olvido.En algunos de los

lugares en los que he estado estos niveles tienen más de un kilómetro de profundidad.

-Es increíble pensar que nunca nadie vaya allí-, dijo Nelys.

-Porque en realidad no es así-, le dije-. **Naturalmente, en los niveles inferiores se encuentran tecnosacerdotes y trabajadores de mantenimiento que se encargan de la infraestructura de la ciudad, aparte de todo tipo de delincuentes: pandilleros, casas de apuestas ilegales, presos a la fuga y cualquier otra persona cuyos negocios se realicen mejor fuera del alcance de la vista. A más profundidad, en los niveles profundos, es donde las cosas se ponen muy mal. Allí es donde encontrarán a los mutantes, a los cultos herejes, a psíquicos fugados y cosas aún peores.**

-¿Qué podría ser peor que eso?-. Preguntó Kayla, y me reprendí en silencio por haberla asustado más de lo que ya lo estaba.

-Muchas cosas-, le respondí, alejando la repentina imagen mental de los asesinos del metal de pálidos rostros, y me encogí de hombros**-. Pero dudo que nos encontremos algo así debajo de Havendown, incluso en los niveles más profundos-.** Traté de hacer que mi voz sonara lo más confiada y tranquila posible**-. Además, yo crecí en las profundidades de una antigua colmena antes de que me acogieran en la schola, muy cerca de las cloacas, y sobreviví-. También me fui del planeta, lo que es más de lo que la mayoría de las ratas de túnel pueden decir.** Inyecté una ligera nota de frivolidad forzada en mi voz.

-En realidad todo esto me recuerda bastante a mi hogar-, añadí justo antes de detenerme un momento, repentinamente consciente de un cambio en los ecos que nos rodeaban**-. Apagad las luces y poneos a cubierto.**

Me dirigí hacia un estrecho camino lateral entre dos losas caídas de rococemento, de donde una débil corriente de aire ya me había informado que ocultaba un espacio más amplio detrás, y los demás me siguieron inmediatamente. Jurgen y Kayla habían apagado sus linternas con una rapidez encomiable. En la repentina oscuridad escuche el tenue susurro de una tela deslizándose mientras Jurgen descolgaba su melta, preparándose para usarlo, y yo desenfundé mi pistola láser.

-¿Qué pasa?-. Susurró Nelys, para callarse inmediatamente cuando Kayla le dio un codazo en las costillas.

Incluso si hubiera podido responderle, no había necesidad de hacerlo; se acercaba un tenue resplandor, acompañado de una ráfaga de pisadas, que sonaba anormalmente, como si las piernas que las generaban no funcionaran correctamente. Cuando la multitud apareció a la vista, ambos cadetes jadeaban audiblemente, pero afortunadamente no lo suficientemente fuerte como para delatar nuestras posiciones.

Muchos de los individuos que componían el grupo parecían personas, más o menos, pero otros no, tan horriblemente deformados que ni siquiera se molestaban en tratar de ocultar la forma en que su carne se había rebelado. Algunos portaban armas, unas pocas armas de fuego visibles en el torvo resplandor que iluminaba su avance, pero la mayoría llevaban armas más burdas; ballestas hechas de fragmentos de metal y madera, hojas dentadas, y pesados garrotes.

En conjunto, no parecían gran cosa, y no tenía ninguna duda de que podríamos haberlos matado a todos ellos con apenas dificultad si así lo hubiéramos decidido, pero me abstuve de ordenar abrir fuego. Por un lado, si Varan realmente hubiera enviado un equipo de asesinos tras nosotros, los disparos los atraerían a nuestra posición como moscas a Jurgen en una cálida mañana de verano, y, por el otro, estaba aquel misterioso resplandor azul que iluminaba su camino. No pude ver de dónde procedía, sino que parecía estar flotando sobre sus cabezas mientras arrastraban los pies, y la única explicación en la que podía pensar era la obvia; en algún lugar entre la multitud de abominaciones

había un psíquico, y sólo el Emperador sabría qué otras habilidades tendría. Por supuesto, fuera como fuera, Jurgen podría neutralizarlo, de eso no tenía ninguna duda, pero sólo haría falta que escapara un mutante para informar de lo que le había pasado al enemigo, para que Varan supiera que había un paria en algún lugar de Perlia, y cuanto más tiempo pudiera mantener a ese Emperador en particular bajo mi manga, mejor para mí. Si el Señor de la Guerra dependía tanto de los psíquicos como había deducido, la peculiar habilidad de Jurgen podría resultar crucial. (En esto tenía razón, pero de una manera que no podría haber predicho en ese momento).

Así que nos quedamos quietos, apenas atreviéndonos a respirar (Lo que en cualquier caso, en un espacio confinado junto a Jurgen, era una actividad nada fácil de ejercitar), mientras que el resplandor de la hechicería y arrítmico sonido de las pisadas se desvanecían en la distancia.

-Pensaba que había dicho que los mutantes estaban confinados a los niveles inferiores-, dijo Nelys, en un tono ligeramente agraviado, y asentí con la cabeza, después de haber determinado que era seguro encender de nuevo las linternas.

-Por regla general así es-, dije tristemente-. **Deben haber oído hablar de la invasión, y acuden a por su parte de la diversión.**

-Entonces necesitamos llevar esta información al comandante Rorkins lo antes posible-, dijo Nelys, y yo asentí de nuevo.

-Opino exactamente lo mismo. Así que déjese de parlotear y démonos prisa.

A pesar de mi obvia ansiedad al respecto, no encontramos más bandas armadas, saliendo de los subterráneos y salimos en las afueras de

Havendown hacia el final de la tarde. Sin los vox de los Salamanders para retransmitir la señal, nuestras comunicadores personales no tenían ni por asomo el alcance suficiente para llegar a la schola, así que terminamos requisando un camión a una escuadra de las FDP comprensiblemente nerviosos, que habían montado un control de carretera el día anterior, y que no había recibido nuevas órdenes desde que Rytepat había sido destruido. Dadas las circunstancias, les dije que era mejor que se retiraran tierra adentro y que se preparasen para la guerra de guerrillas que se avecinaba, que yo estaba seguro de que iba a comenzar en breve; tal vez eso les salvó la vida, o tal vez no, pero como nunca volví a ver a ninguno de ellos, no tengo ni idea de cómo les fue **(1)**.

(1) *Razonablemente bien, si he logrado identificar correctamente la unidad en cuestión a partir de la lista de las FDP y el posterior informe de campo: aunque como siempre, la propensión de Caín a pasar por alto asuntos que no le conciernen personalmente, resultó ser una desventaja en este sentido. Al parecer, consiguieron atacar con éxito un depósito de suministros del enemigo y efectuaron numerosas emboscadas a patrullas de traidores, con un máximo del 40% de bajas, antes de ser absorbidos de nuevo por una unidad regular de las FDP cuando se restableció el orden.*

El viaje de regreso fue tan tranquilo como lo eran todos los viajes con Jurgen al volante, y cuando nos acercamos a Salubria Parva, y vi por primera vez la schola irguiéndose orgullosamente en la ladera sobre las azoteas de la aldea, comencé a tener la esperanza de que lo peor ya habia quedado atrás. Pero como no podía ser de otra forma, hasta en eso pequé lamentablemente de exceso de optimismo.

-Te has tomado tu tiempo-, me saludó Rorkins cuando entré en el puesto de mando. Le había informado de los resultados de nuestro intento de rescatar al Gobernador tan pronto como estuvimos dentro del alcance del vox, así que no había necesidad de volver a pasar por todo ello. En vez de eso, me encogí de hombros, actuando con indiferencia para el beneficio de cualquiera que pudiera estar mirando.

-Nos encontramos con un pequeño problema-, dije-. **Como ya te he**

explicado.

-Bueno, mientras disfrutabas del paisaje, nuestro amigo el Gobernador ha estado causando muchos problemas para ser un hombre muerto-. Dijo Rorkins brevemente-. **Deberías haber acabado con él tú mismo cuando tuviste la oportunidad.**

-¿Perdón?-. Pregunté, sintiendo la vieja y desagradable sensación de que los acontecimientos empezaban a descontrolarse de nuevo. Julien levantó la vista del otro lado del hololito y me sonrió con simpatía.

-Las cosas han cambiado un poco desde tu último mensaje-, dijo. Eso había sido apenas media hora antes, y me apresuré a ir directamente al puesto de mando tan pronto como Jurgen había aparcado el camión que habíamos requisado a las tropas de las FDP. Apenas había habido tiempo para que Varan montara otro ataque importante en cualquier parte, pero no podía pensar en otra cosa que hubiera descolocado de tal forma a Rorkins**-. Esto llegó hace unos cinco minutos-.**En otras palabras, mientras subía del aparcamiento de vehículos. Eso explicaba el estado de ánimo del coronel; aún no había tenido tiempo de asimilar el shock de lo que fuera que hubiera pasado.

-¿De qué se trata?-. Le pregunté, pero incluso antes de que terminara de hablar, la celeste había activado el hololito. La cara de Trevellyan apareció, casi tan demacrada como la última vez que lo había visto y sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago. Varan debía haberle proporcionado un medicae en el momento justo, y sólo había una razón por la que se habría molestado en hacerlo.

Cuando el Gobernador habló, fue para confirmar mis peores temores.

-Ciudadanos de Perlia,- comenzó-, **les hablo a todos ustedes con la esperanza de evitar más derramamientos innecesarios de sangre.**

Las fuerzas de liberación recién llegadas a nuestro mundo no son nuestros enemigos, a pesar de las mentiras y la propaganda que se les ha dado para fomentar esa impresión. Nos traen la libertad a todos aquellos que estemos dispuestos a abrazarla; la libertad del sofocante yugo del gobierno imperial, que aplasta a cualquiera que destaque por encima de su gris y aburrido manto de conformidad, y que ha arrancado de nuestro lado a tantos de nuestros seres queridos para alimentar las insaciables fauces del tiránico monstruo.

-Bajad las armas y dad la bienvenida a nuestros nuevos amigos, para que juntos podamos avanzar hacia una nueva y aún más gloriosa era.

-Bastardo traidor-, dijo Rorkins, apretando la mandíbula. Trevellyan todavía estaba hablando, y le hice un gesto a Julien para que cortara la grabación; ya había visto y oído más que suficiente.

-Eso está en todos los canales de pictonoticias y vox a los que pueden llegar-, dijo-. **Nuestros amigos tecnosacerdotes la están interfiriendo donde pueden, lógicamente, pero aún no han podido bloquear su emisión.**

-Ya veo-, comenté, tratando de asimilar la magnitud de la situación-. **Yo mismo haré una emisión, denunciándolo como un traidor. Todavía contamos con mi reputación como el Libertador; muchos perlianos respetarán eso-.** Por muy falsa que esta fuera en realidad, pensé para mí mismo.

-Vale la pena intentarlo-, dijo Rorkins-. **Grabe algo tan pronto como pueda, y haremos que Visiter lo transmita desde el espacio. Están controlando la mayoría de las redes de comunicaciones civiles, pero deberíamos poder puentearlas con un relé orbital.**

-Será mejor que encontremos a su sobrina cuanto antes-, añadí como una idea de última hora**-. De ese modo socavaremos lo que resta de la autoridad de Trevellyan-.**

La mayoría de los habitantes de Perlia se sentirían leales al cargo, no al hombre, así que si pudiéramos organizar un contragolpe lo suficientemente rápido con un candidato plausible a nuestro favor, podríamos evitar que muchos de ellos se rindieran al enemigo. Al menos eso esperaba.

-Ya tengo un transporte lleno de tropas de asalto en camino a su pabellón de caza-, dijo Rorkins, asintiendo con la cabeza-. **Está en el culo del mundo, así que mejor la dejamos allí por ahora. Al menos si Varan también intenta capturarla, tendremos suficiente advertencia para hacer algo al respecto.**

-Bueno, algo es algo, -dije, de repente las palmas de mis manos empiezan a picarme como si inadvertidamente hubiera rozado a Jurgen. Por un momento se me escapó la razón de aquella repentina avalancha de aprehensión, y entonces caí en la cuenta**-. Pero tenemos que evacuar la schola de inmediato. Si Trevellyan le dijo a Varan que no acabó con el verdadero cuartel general cuando lanzó el ataque órbital sobre Rytepat....**

-Por extraño que le parezca-, dijo Rorkins, con una sonrisa un poco tensa-, **tú no eres el único hombre de por aquí capaz de llegar a la conclusión más obvia. La gente de Visiter ya está llegando, así que mejor que haga esa grabación lo más rápido que pueda.**

-Por suerte para nosotros, el cinturón de escombros ha forzado a la flotilla enemiga a adoptar una órbita polar baja en lugar de una geoestacionaria sobre la capital-. Comentó Julien-. **Las naves de guerra no estarán en posición para un ataque orbital sobre estas coordenadas hasta dentro de una hora. Más o menos.**

-Entonces esperemos que sea más-, dije, y me apresuré a encontrar a Jurgen y a un tecnosacerdote capaz de realizar la grabación que necesitábamos. Aquello, por desgracia, me llevó más tiempo del que me hubiera gustado, pero me alegró ver que la primera fase de la evacuación ya estaba en marcha cuando emergí a la luz que se desvanecía en el patio principal.Los más jóvenes de los cadetes se reunían bajo el control de sus instructores. Todos llevaban sacos de dormir y mochilas de supervivencia, lo que me pareció un poco extraño, y me sorprendió mucho más ver a Brasker ayudando a mantenerlos en formación, con un fardo similar colgado sobre su propio hombro.

-Ah, comisario-, dijo, mirando en mi dirección-. **¿Viene a despedirnos?**

-No del todo-, dije-, **busco un mecano con un pictograbador que funcione, pero me alegra ver que se pondrán a salvo mientras aún hay tiempo-.** Para mi propia sorpresa, descubrí que lo decía muy en serio.

El tesorero me sonrió afablemente, con la apariencia del anodino burócrata por el que todos le tomaban (con la excepción, presumiblemente, de Julien y de mí mismo), y cambió de hombro su bolsa en un vano intento de portarla con la mayor dignidad posible.

-Me temo que en este momento, ese sea un término relativo. Pero estoy seguro de que no querrá que los jóvenes se metan en una zona de combates.

No tenía ni idea de mis razones para elegir el Valle de los Demonios para otra última batalla, claro está, pero era lo suficientemente astuto como para darse cuenta de que dondequiera que fuese la mayoría de nuestras fuerzas, a buen seguro les seguirían las fuerzas enemigas.

Asentí sobriamente con la cabeza**-. Estoy seguro de que están en**

buenas manos-, dije, y Brasker sonrió débilmente.

-Aparte de las mías, querrá decir. Siempre he odiado el aire libre, ya sabe, es húmedo, con corrientes de aire y muy desordenado. Pero, como se suele decir, las necesidades mandan.

Nadie cuestionó la decisión de utilizar nuestro escaso número de transportes aéreos para evacuar a los menores. Pero para cuando estuvieran de vuelta a por el resto de nosotros, la schola bien podría no ser otra cosa que un agujero en el suelo, así que Rorkins había recurrido al plan de contingencia de Visiter. Aquellos de nosotros que estuviéramos en condiciones de luchar seríamos transportados en transbordadores hasta el Valle de los Demonios tan pronto como estos fueran llegando, mientras que los no combatientes se dirigían por tierra a las montañas que rodeaban Salubria, con la esperanza de llegar a un lugar seguro.

No es que hubiera algún lugar del planeta que fuera en aquel preciso instante particularmente seguro, pero esperábamos que el enemigo tuviera mejores cosas que hacer con sus tropas que perseguir a los niños a través de un inhóspito desierto. Está claro que podríamos estar muy equivocados al respecto, pues las fuerzas del Caos nunca han destacado precisamente por ser racionales, ni siquiera en sus mejores momentos, pero si se daba el caso, al menos desviaría algunos de sus recursos de un ataque para apoderarse del Shadowlight.

-El Emperador protege-, le dije, actuando por inercia, y me apresuré a intentar convencer al resto del planeta de que no se rindiera en masa.



Por el momento ya me había quitado de en medio aquella pequeña tarea, y un ansioso visioingeniero se ocupó de la grabación para transmitírsela a Visiter, mientras el tiempo que nos quedaba se iba acortando rápidamente, así que volví de nuevo al centro de mando con Jurgen a mis talones.

De alguna manera éste había conseguido encontrarme una taza de tanna, así que ya me sentía casi como yo mismo cuando volví a reunirme con Julien y Rorkins.

No hace falta decir que mi sensación de bienestar duró tan sólo hasta que pude echar un buen vistazo al hololito, que ahora mostraba un rastro orbital ominosamente detallado, contando el tiempo hasta que la flotilla de Varan estuviera en condiciones de abrir fuego contra nosotros. A mi juicio, sólo quedaban unos pocos minutos, y miré nerviosamente a los iconos de contacto. Todavía no había señales del regreso de ninguna lanzadera.

-El comodoro ha calculado muy bien los tiempos-, comenté, pues había esperado que la extracción hubiera comenzado hacía algún tiempo.

Rorkins se encogió de hombros

-La mayor parte de los activos de su flota se esconden en el halo-, señaló-. **No es precisamente un lugar desde el que pueda enviar un trasbordador cuando le venga en gana.**

-Además, también tendrán que esquivar al enemigo-, añadió Julien.

-Entonces, tal vez sería prudente seguir a los chicos-, le dije.

Desgraciadamente aquello dejaría al Shadowlight indefenso, pero ya no sería culpa mía, y ciertamente no podría hacer nada si dejaba que me vaporizaran. Ir por tierra a la montaña, sobre todo con una guardería que cuidar, no era precisamente mi idea de diversión, pero al menos nos daría la oportunidad de reagruparnos.

Rorkins agitó la cabeza-. **Visiter ha confirmado que está al tanto de todo, y confío en él. Esperaremos.**

Por supuesto, técnicamente podría haberle ignorado, pero si no acabábamos todos muertos en los próximos diez minutos más o menos, las consecuencias serían nefastas; el resentimiento y las inevitables recriminaciones se enconarían, y nuestra frágil resistencia al invasor quedaría fatalmente debilitada. Así que asentí con la cabeza y miré fijamente al hololito, esperando que el comodoro nos sorprendiera de nuevo.

Al final he de tengo admitir que ciertamente lo hizo. Después de una tensa espera, que probablemente no duró más de uno o dos minutos, pero que a mí me parecieron semanas, me llamó la atención un pitido y un punto que se movía rápidamente en el borde de la pantalla.

-Contacto, una sola nave entrando desde el espacio profundo-, informó el operador del auspex, por si acaso el resto de nosotros se hubiera quedado ciego de repente.

Miré los iconos que la rodeaban, asimilando la información rápidamente-. **Eso es demasiado grande para ser un transbordador-,** dije-. **Y ya no es posible que frene a tiempo para evitar arder a esa velocidad.**

En todo caso, se acercaba más rápido que los cargueros del Caos que habían ardido en la atmósfera superior durante la primera incursión, y no podía ver cómo el piloto podía esperar sobrevivir al reingreso, y mucho

menos llegar a la superficie a tiempo para extraernos.

-Es la *Intruso William*-, nos informó el operador del auspex**-, un carguero de mineral que el comodoro requisó-.** Recordando el transporte a granel que había llevado a Vorlens y a sus hombres al asteroide, me encontré preguntándome brevemente cómo le estaba yendo al teniente **(1)**.

(1) *Bastante mal; había sido asesinado, junto con la mayor parte de las tropas a su mando durante la defensa de Follendyke.*

-Bueno, no pueden evacuarnos con eso-, dije. Si se parecía en algo a la nave que había visto antes, de ninguna manera estaba diseñada para aterrizar sobre un planeta.

-No creo que esa sea la idea-, dijo Rorkins suavemente. Por un momento me pregunté a qué se refería, y caí en la cuenta. La nave era como un misil, apuntada directamente a la flotilla enemiga. Aunque no estuviera armada, su masa y velocidad serían suficientes para destruir cualquier nave contra la que chocara, y la nave insignia de Varan estaba justo en su camino.

Las tripulaciones de la flotilla del Caos debían haber llegado a la misma conclusión, ya que la formación comenzó a dispersarse, las naves que la componían se desplazaron en un tardío intento de salvarse. Sus armas comenzaron frenéticamente a apuntar, comenzando inmediatamente a abrir fuego, pero a aquellas alturas la *Intruso William* se movían tan rápido que apenas tenían ninguna oportunidad de alcanzarlo.

-Emperador en la Tierra-, susurró Julien**-, ¡va a acabar con la *Invencible!***

De hecho, por un momento, pareció tener razón, pero una de las naves

de guerra más pequeñas encendió su motor principal en el momento justo, consiguiendo interponerse entre ambas. Ambos navios siderales se desintegraron en una lluvia de escombros, cuyas piezas más grandes crearon estelas por derecho propio. Un suspiro colectivo de decepción recorrió el puesto de mando.

-Bueno, valía la pena intentarlo-, dijo Rorkins**-. Al menos han perdido su oportunidad de dispararnos-.** Observé con alivio que tenía razón, las naves de guerra en órbita estaban ahora demasiado ocupadas intentando evitar chocar unas con otras o la nube de escombros en expansión como para prestar atención para algo tan delicado como un ataque terrestre de precisión**-. Al menos por esta vez.**

Para cuando estabilizaran sus órbitas lo suficiente como para apuntar sus armas a la schola, la rotación del planeta nos habría sacado de su alcance. Por supuesto que podrían acabar con nosotros fácilmente en la siguiente rotación, pero ya nos habríamos ido de allí.

-Algo no está del todo bien en esos escombros-, dije, mirando al hololito.

Aunque la mayor parte de los restos se estaba expandiendo más o menos como era de esperar, un pedazo parecía estar disminuyendo su velocidad, moviéndose hacia una curva parabólica alrededor del planeta. Señalé el punto en la pantalla-. **Esto, sea lo que sea, no se está moviendo al azar-.** La comezón en las palmas de mis manos, que había comenzado a desaparecer, se intensificó de nuevo al extrapolar su curso, y descubrí que terminaba casi exactamente en nuestra posición.

-Transpondedor IFF confirmado-, dijo el operador del auspex, con la voz quebrada por un momento de emoción **(2)-. Es uno de los nuestros.**

(2) *Dada la probable edad del muchacho, no está claro aquí si Caín está siendo literal o figurativo.*

-Dos orkos de un tiro-, dijo Rorkins con satisfacción. Se encogió de hombros-. **Bueno, supongo que es una buena forma de atravesar el bloqueo sin que el enemigo se dé cuenta.**

Que era precisamente lo que me preocupaba. No esperaba una flota de transportes, pero contaba con que Visiter enviara las suficientes para evacuarnos a todos antes de que llegara el enemigo, o bien que éste que nos volara en pedazos desde el espacio. Si aquel era el único transporte disponible, entonces no podía esperar tener esperanza alguna en que nos pudieran evacuar a todos. Mis pensamientos comenzaron a tomar un giro sombrío, que sólo se intensificó con las siguientes palabras de Julien.

-He recibido un informe de mis novicias-, explicó-. **Esta mañana envié a unas cuantas como exploradoras y acaban de ponerse en contacto conmigo. Hay una columna blindada en la carretera de Salubria. Tiempo estimado de llegada: 20 minutos.**

Una vez más, sentí la peculiar sensación de que me retorcieran las tripas.

-Bueno-, dije, pronunciando en voz alta lo que todos estábamos pensando-, **parece que, después de todo, Varan ha decidido hacer esto de la manera difícil.**



CAPÍTULO VEINTE

No teniendo nada constructivo que aportar en el centro de mando aparte de quedarme observando los iconos de la lanzadera y del enemigo acercándose a nuestra posición, mientras me preguntaba cuál de ellos llegaría primero, decidí salir fuera a fin de comprobar nuestro estado de preparación para resistir un ataque. Al menos no debíamos preocuparnos por los no combatientes, lo cual facilitaba un poco las cosas; ahora podíamos enfrentarnos al enemigo libremente, sin preocuparnos demasiado por los daños colaterales. Probablemente la schola fuera a sufrir daños, aquello era inevitable, pero podrían ser reparados una vez que el polvo se hubiera asentado por así decir, especialmente si todos los que quedaban atrás eran lo suficientemente sensatos como para mantener la cabeza gacha y estar a cubierto, o al menos eso esperaba.

-Estaremos listos para cuando lleguen, comisario-, prometió Maklin, de pie junto a las puertas principales con Frister y Dallory, empleando un amplivisor para mirar a los lejos.

Stebbins estaba a unos metros de distancia, detrás de la barricada de sacos de arena de una posición de artillería, un cañón automático en ese caso, asegurándose de que el cinturón con las municiones estuviera pulcro y bien colocado, y me saludó ansiosamente al levantar la vista y verme mirar en su dirección**.**

Así será-, confirmó en voz baja a través del vox.

-¿Algún signo de movimiento?-. Pregunté, y Dallory señaló hacia el estrecho camino de acceso que serpentea por la ladera de la montaña

para unirse a la carretera principal de Salubria.

-Aun nada-, me respondió**-. Pero podemos oírlos.**

Tenía razón, el gruñido de los motores y el chirrido de las orugas resonaban en el valle. Quienesquiera que fueran los enemigos, contaban con blindados, Chimeras por lo que podía escuchar. Lo cual no era en modo alguno un buen presagio.

Los modelos preferidos por las FDP de Perlia contaban con cañones multi-láser como armamento principal, y unos pocos de ellos harían que nuestras fortificaciones resistieran tanto como una cabaña de paja ante un fuerte viento.

-Entonces tal vez deberíamos cerrar las puertas-, le sugerí, tratando de no parecer demasiado ansioso.

-Para eso estamos aquí, señor-, me tranquilizó Frister**-. Lo haremos tan pronto como regresen las exploradoras-.** Obviamente no podíamos dejar fuera a las novicias de las Sororitas de Julien. Sólo esperaba que se dieran prisa.

-Ya puedo verlas-, dijo Maklin, con el repentino estallido de entusiasmo en su voz que me indicó quién podría ser su líder incluso antes de que aparecieran las primeras siluetas, saltando hacia nosotros a través del crepúsculo. Por un momento mi sangre se congeló, pues las inconfundibles figuras de las servoarmaduras que se acercaban me hizo preguntarme si los Marines Traidores que había visto en Havendown estaban liderando el asalto a la schola, pero al momento pude desechar aquella idea. Esas debían ser las novicias de Julien, aprovechando la mayor velocidad y agilidad que su armadura de poder les otorgaba para facilitar su misión de exploración **(1)**. Poco después vi que tenía razón, y me relajé un poco, apenas consciente del hecho de que mi mano había

reposado en la culata de mi pistola láser.

(1) *Mientras que los exploradores de Astartes, por lo general, encuentran que la armadura de caparazón sin generador de energía es más adecuada para aquella función.*

-Comisario.

Como había supuesto, Monyka estaba al frente del grupo, lo cual explicaba el interés de Maklin; él se mantenía cerca, tratando de parecer invisible y potencialmente útil, mientras que Dallory y Frister cerraban las pesadas puertas, que ocuparon su lugar con un sonido tranquilizadoramente sólido. Había estado en demasiados asedios como para poner mucha confianza en ellas, pero aun así eran un elemento tranquilizador, y escuché el informe de Monyka con gran avidez.

-Hay seis Chimeras que se dirigen hacia aquí, seguidos por otros cuatro camiones. No hay señales de armas pesadas, aparte de las de los VCI.

-Gracias, Monyka-, la dije, notando su grata sorpresa por haber recordado su nombre-. **Tal vez sea lo mejor que informe en detalle a la Hermana Julien. Creo que la está esperando en el centro de mando.**

-De acuerdo, señor-. Un parpadeo de decepción pareció cruzar momentáneamente su rostro-. **Prométame que nos dejaran algunos herejes para nosotras.**

-Descuidé, habrá más que suficiente para todos-, la tranquilicé, mirando el cielo azul y morado, donde empezaban a hacerse visibles las primeras estrellas y la débil banda del halo de escombros. Uno de los puntos de luz parecía moverse, y me permití un breve respiro de alivio. El transbordador estaba en su aproximación final, y a buen seguro,

cuando volviera a despegar, yo estaría cómodamente en su interior. No tenía ni idea de cómo iba a conseguirlo sin comprometer mi reputación, o cómo iba a ser capaz de llevarme a suficiente gente conmigo para defender el Shadowlight, pero encontraría la forma, al fin y al cabo siempre lo hacía. Cuando miré hacia atrás, la novicia y sus compañeras ya se habían ido, dejando a Maklin observándolas con un aire ligeramente distraído.

-Vaya a ayudar a Stebbins-, le dije, levantando la voz un poco por encima del ascendente rugido de los motores del transbordador. Su sonido era más bajo de lo que esperaba, y volví a mirar hacia arriba, sintiendo una repentina oleada de esperanza al hacerlo. En lugar del Aquila que había estado esperando, se trataba de un transporte de carga pesado, como los que había visto en la bahía del hangar de Orelius, y estaba descendiendo lentamente hacia la plataforma de aterrizaje de la schola.

Era enorme, sin duda comparable con las naves de transporte en las que había viajado en mis tiempos en la Guardia Imperial, y empecé a respirar un poco más tranquilo. Deberíamos ser capaces de conseguir meter a bordo a todos los nuestros, sin duda, aunque difícilmente iba a ser un viaje cómodo.

-Estoy retirando a todos del perímetro interior-, me dijo Rorkins poco después**-. Cuanto antes empecemos a embarcar, mejor que mejor.**

No podía discutir la lógica de tal argumento, aunque por defecto, parecía que me iba a quedar manteniendo las defensas exteriores tan sólo con Jurgen y un puñado de cadetes. Si la estimación de Monyka respecto a los números del enemigo era exacta, nos íbamos a enfrentar a unos cien hombres, tal vez dos pelotones completos, aunque no había garantía de que estuvieran constituidos en una formación tan cohesiva.

Sin mencionar los VCI **(2)**, que sin duda iban a ser el verdadero

problema....

(2)*Vehículos de Combate de Infantería.*

-Pensé que le gustaría otra taza de tanna, señor-, dijo Jurgen, surgiendo a mi lado como uno de aquellos pequeños y odiosos demonios de los cuentos de misterio de las aldeas.

-Pensaste bien, Jurgen-, le aseguré, animándome con su presencia, como siempre lo hacía**-. Hace un poco de frío aquí afuera.**

-No puedo decir que me haya dado cuenta de ello, señor-, comentó Jurgen, sacando un termo del fragante líquido, aunque en el fondo no era sorprendente dado que pertenecía a un mundo helado. La idea que un Valhallano tenía del verano era ver escarcha en las ventanas. Me dio una taza de la bebida, volvió a guardar el termo en algún lugar de su colección de bolsos y preparó su melta.

-Bueno, en breve se van a calentar las cosas por aquí-, dije, a medida que el ruido de las orugas se hacía más fuerte en el exterior, audible incluso por encima del chillido de los motores del transbordador, y nos refugiamos detrás de la barrera de sacos de arena más cercana.

Jurgen se encogió de hombros.

-Será la voluntad del Emperador-, dijo, tan flemático como siempre.

-Se están desplegando-, dijo Frister, con su voz sonando un poco monótona en mi auricular mientras intentaba suprimir la oleada de adrenalina que, sin duda alguna, le recorría el cuerpo. Estaba en la muralla con Dallory, mirando a través del amplivisor desde la relativa

seguridad de la plataforma de disparo justo debajo del borde superior, y me complació notar que ambos mantenían la cabeza bien agachada. No tiene sentido tentar a un enemigo vigilante para que le dispare a uno**-. Están bajando de los vehículos. Parece que planean avanzar a pie detrás de los blindados.**

-Gracias, Frister-, dije, tratando de enmascarar mi propia aprensión. Me giré hacia Jurgen-. **Tendremos que bloquear la puerta tan pronto como la atraviesen.**

-Lo haré lo mejor que pueda, señor-, dijo, casi con indiferencia, y asentí con la cabeza, abriendo un canal hacia el centro de mando.

-¿Cómo va el embarque?-. Le pregunté.

-Más o menos tan bien como cabía esperar-, respondió secamente Rorkins.

Adivinando de inmediato el significado de su comentario, cambié de frecuencia.

-Kayla, Nelys, vayan inmediatamente a la plataforma y ayuden a mantener el orden-, les ordené-. **La gente y las armas tienen prioridad, cualquier otra cosa puede esperar. Tilar, Game, acudan al puesto de mando. Ayuden al comandante a eliminar o borrar cualquier información delicada-.** Esperé a que el coro de confirmaciones se extinguiera, y pregunté:**-¿Eso le ayudará?**

-En gran medida-, dijo Rorkins, con un leve tono de alivio en su voz-. **¿Algo que podamos hacer por tí?**

-Envíe más hombres aquí abajo-, dije**-. Nos superan en número**

veinte a uno, y eso sin contar el equipo pesado-. Aquellas eran probabilidades que no me gustaba nada como sonaban, y pasé al cuarteto de cadetes que me acompañaban a una red segura**-. Nuestro trabajo aquí es tan sólo retrasar al enemigo-,** les advertí**-. Cuando ordene la retirada, espero que ustedes se muevan como si el propio Horus les estuviera persiguiendo, no quiero que nadie juegue a ser un héroe, o que intente acabar con un hereje más antes de retirarse. La lanzadera no esperará, y yo tampoco. ¿Está claro?**

-Cristalino, comisario-, me aseguró Stebbins, y los demás murmuraron su consentimiento.

-Bien-, dije, desenvainando mis armas y sintiendo como la tensión me hacía un nudo en la boca del estómago. No hubo tiempo para más charlas. Un segundo más tarde, la sólida ceramita de las puertas comenzó a temblar al recibir los impactos de los multi-láseres de los Chimeras enemigos, y los repetidos truenos de sus descargas resonaron alrededor del patio amurallado. El agrio hedor a ozono se hizo presente en el aire, ionizado por las repetidas ráfagas, y las puertas blindadas comenzaron a combarse alrededor de sus bisagras.

-Tienen tres Chimeras estacionados de tal manera que pueden apuntar a las puertas-, me informó Dallory, su voz en mi comunicador quedaba nublada por la estática del crepitante aire**-. Están disparando en automático-.** Aquello no era nada bueno. Aunque las puertas eran sólidas, así como las paredes que las rodeaban, no se habían diseñado para resistir aquel tipo de castigo.

Me volví hacia Jurgen.

-Cuando guste-. Le dije, y mi ayudante asintió, apuntando su melta sobre la puerta que se derrumbaba. En ese momento ya estaba brillando un profundo rojo cereza, mientras el compuesto, tan duro como el diamante, se fundía como si fuera caramelo, siendo evidente que en

breve caería.

-¡El primero se ha puesto en marcha!-. Exclamó Frister a través del vox, apenas un instante antes de que una de las hojas de la debilitada puerta se soltara de sus bisagras, golpeando contra el otro lado. Sin embargo, se mantuvo en pie, y un motor se aceleró, retrocediendo; luego el rugido del motor volvió a aumentar y el portal tembló. Aparecieron grietas en los gruesos postes de piedra, y varios bloques de mampostería cayeron desde el arco superior debido al impacto.

-¡Cuidado!-, grité, pero Frister y Dallory ya se estaban moviendo, retrocediendo a lo largo de la muralla hacia una posición más segura. La tercera vez fue la definitiva: las maltratadas puertas salieron despedidas, chocando contra los adoquines del patio, y el primer Chimera entró por el hueco, aplastándolas bajo sus cadenas, con su torreta multi-láser girando en busca de nuevos objetivos. Su arma secundaria montada hacia adelante también atravesó el portal, con la nariz roma de un cañón automático que por un instante pareció estar apuntándome directamente a mí.

-Ahí está perfecto-, dijo Jurgen, y apretó el gatillo de su melta. Sabiendo a qué atenerme, cerré los ojos en el instante crítico, aunque vi una brillante llamarada incluso con los párpados cerrados. Abrí los ojos y parpadeé de nuevo, mientras débiles imágenes aun danzaban sobre mi retina.

-Buen tiro-, dije.

Había destrozado limpiamente la oruga más cercana, y el Chimera se había desviado mientras ésta se desmenuzaba, atascándose casi inamoviblemente en la puerta de entrada. Sólo quedaba un pequeño hueco, apenas suficiente para que uno o dos hombres pudieran pasar de uno en uno, y empecé a esperar que quizás pudiéramos aguantarlos después de todo, pero las armas pesadas de los Chimera seguían

funcionando. El cañón automático montado en el casco ya no tenía mucho a lo que disparar, alabado sea el Emperador, pero la torreta aún podía hacerlo, y parecían decididos a castigarnos de la misma manera por el daño que le habíamos infligido.

-¡Muévase!-, le grité a Jurgen, y empezamos a correr en busca de una nueva barrera de sacos de arena, justo un instante antes de que el emplazamiento en el que nos habíamos estado refugiándonos estallara en pedazos entre una nube de humo y vapor. No hubo tiempo para pararse a respirar y que Jurgen apuntara para volver a disparar, nos habrían tostado antes de que consiguiera disparar a la torreta, y ambos nos zambullimos bajo el borde de la improvisada fortificación un instante antes de que otra ráfaga de luz coherente salpicara el lugar que nuestras cabezas acababan de ocupar, quemando la tela de los sacos de arpillera. El olor acre de la humeante tela me hizo cosquillas en la nariz mientras me agachaba, esperando la siguiente salva.

-Estamos en ello-, dijo Frister, y me arriesgué a echar un breve vistazo hacia arriba. Dallory y él corrían por la parte superior de la muralla, sus abrigos ondeaban como oscuras nubes de tormenta contra la oscuridad más difusa del cielo nocturno; quizás eso les salvó la vida, ya que para los herejes del exterior resultaban blancos difíciles de acertar, aunque algunos de los más atentos enviaron varias salvas de disparos laser que crepitaron a su alrededor. Un segundo después habían saltado, aterrizando sobre el bloqueado Chimera con un sonido audible de tacones de botas contra metal, y el comandante del vehículo hereje cometió el clásico error de abrir la escotilla para ver qué pasaba. Dallory le disparó con su pistola laser en el mismo momento en que asomó la cabeza, haciéndole caer de nuevo al interior, y una fracción de segundo después Frister lanzó una granada por la escotilla abierta.

-¡Fuego en el agujero!-. Gritó, y los dos cadetes saltaron, golpeando el suelo casi en el mismo instante en que estallaba la carga de fragmentación.

La torreta del Chimera dejó de moverse, y se acercaron trotando para unírse a Jurgen y a mí, sonriendo como novatos en su primer periodo de permiso que acabaran de descubrir a que se dedican las chicas de determinados clubs nocturnos.

-Eso ha sido lo más imprudente e irresponsable que se os habría podido ocurrir-, les dije, mientras saltaban por encima de los sacos de arena y miraban esperanzados hacia la puerta, sin duda deseando que aparecieran más herejes**-. Pero habéis tenido mucha suerte. ¿Qué narices creen que habría pasado si ese imbécil no hubiera abierto la escotilla?**

-Hubiera usado estas-, explicó Frister, sacando de su bolsillo un par de granadas krak-. **Las habría metido en el cañón y luego retrocedido.**

-Siempre nos dice que tengamos un plan alternativo-, agregó Dallory. Aquello era cierto, y no pude reprenderles por haberme salvado el cuello, así que simplemente asentí con la cabeza.

-Os felicito por vuestros recursos-, les dije**-. Atesoradlos, puede que los necesiten más adelante-.** Pude atisbar movimiento alrededor de la parte de atrás del destrozado Chimera, un soldado con el uniforme de las FDP Perlianas asomándose cautelosamente al patio, sin duda el que había sacado la pajita más corta o bien había mosqueado malamente a su sargento de alguna manera, lo que le había ganado el dudoso privilegio de ir el primero.

-Ese es Perliano-, informó Maklin, usando de nuevo el amplivisor-. **Pero no puedo distinguir la insignia de la unidad. Han garabateado encima un dibujo como de una rueda de carreta.**

Aquello me dijo todo lo que necesitaba saber. Es evidente que los guardias del palacio del gobernador no habían sido los únicos en

cambiar de bando, aunque no tenía forma de saberlo con seguridad, a pesar de lo extendido que había llegado a ser el motín. Sin embargo, si mi memoria no me engañaba, los números de serie de los restos del Chimera lo identificaban como perteneciente a una de las compañías de Havendown, y eso tenía sentido; no había otras guarniciones cerca que pudieran haberlos enviado tan rápidamente.

-No disparen-, les dije a todos**-. Dejadlos avanzar. Sólo tendremos la ventaja de la sorpresa una vez más-.** El soldado traidor dio uno o dos pasos lentamente, mirando alrededor del patio con la misma cautela que una rata que salía de su madriguera, claramente asombrado de que aún no le hubieran disparado. Un momento después miró hacia atrás e hizo una señal, relajándose un poco, evidentemente preparado para creer que cualquier otra resistencia había sido efectivamente suprimida.

-Casi hemos terminado de embarcar-, me informó Kayla, mientras unas cuantas figuras más comenzaban a rodear el cuerpo lisiado del VCI**-. ¿Puede conseguirnos unos minutos más antes de retirarse?**

-Haremos todo lo posible-, le contesté, tan silenciosamente como pude, sin querer advertir a los soldados enemigos de que estábamos al acecho listos para emboscarles. Más enemigos estaban ahora en movimiento, pasando por encima del inmovilizado Chimera, y desplegándose a su alrededor con sus armas listas para el combate. Al primer equipo le siguió otro, con uniforme verde y gris, que les señalaba como Madasanos, en contraste con los uniformes caqui de Perlia **(3)**, y no pude menos que desaprobar tal situación. Por muy trastornado que estuviera Varan, había demostrado que era capaz de integrar a cualquier nuevo desertor en sus ejércitos con la misma eficacia que si hubieran pasado juntos por el entrenamiento básico. Aquel era un truco por el que habrían vendido sus almas un buen número de comandantes imperiales que yo conocía, aunque por lo que había visto en la forma en que funcionaban los Poderes Ruinosos, no tenía ninguna duda de que aquel habría sido el menor de los precios que Varan habría pagado.

(3) *De lo cual podemos inferir que había alguna fuente de luz artificial en las cercanías que Caín no se molesta en mencionar, ya que estos colores habrían sido virtualmente indistinguibles en la oscuridad.*

Después de unos instantes juzgué que era el momento adecuado para atacar; unos cuantos soldados enemigos más en la trampa habrían sido un bienvenido bonus, pero si seguíamos esperando se habrían dispersado demasiado como para estar seguros de alcanzarles a todos, así que di la orden.

-¡Fuego!-. Grité, y Stebbins apretó el gatillo del cañón automático, sin duda encantado de haber encontrado finalmente un arma con la que ni siquiera él podía fallar al objetivo, atravesando la primera fila de tropas enemigas antes de que siquiera tuvieran la oportunidad de reaccionar. Jurgen, los demás cadetes, y yo mismo nos unimos a la carnicería, mi ayudante había reservado su precioso melta en favor de su fusil láser, aprovechando al máximo la amplitud de tiro que este le permitía. Atrapados entre la SAW **(4)** y la lluvia de fuego láser, la mayoría de ellos cayeron inmediatamente, y tan sólo un par de ellos sobrevivieron para ponerse a cubierto, desde donde devolvieron el fuego sin que se notara ningún efecto**-. Cubran la entrada.**

(4) *SAW: Más jerga de la Guardia Imperial, que, en este caso, significa Support Automatic Weapon, al menos según Mott, mi sabio. La mente militar es demasiado aficionada a los ATL, si me preguntas. (Que Caín una vez me aseguró, con una cara perfectamente seria, era la terminología preferida de la Guardia para las Abreviaturas de Tres Letras. Todavía no estoy segura de si me estaba tomando el pelo o no.)*

-Hacemos lo que podemos, señor-, me aseguró Maklin. El cañón automático se quedó en silencio por un momento, mientras reemplazaba el cinturón de municiones, y luego abrió fuego de nuevo, justo a tiempo para obligar a otro soldado traidor a esconderse detrás del casco del Chimera. Otros dos o tres soldados se agolpaban detrás de él, y otra pareja, un poco más rápidos, ya estaban corriendo en busca de la dudosa cobertura que ofrecía la humeante ruina de la pila de sacos de arena que Jurgen y yo habíamos abandonado unos momentos antes.

Uno cayó, derribado por nuestro fuego láser, pero su compañero de escuadra llegó a un lugar seguro, y comenzó a disparar sin parar en nuestra dirección. Comencé a hacer cálculos en mi cabeza, y no me gustó ninguna de las conclusiones a las que pude llegar. El punto de estrangulamiento que habíamos creado los ralentizaba, pero a diferencia de las habituales hordas del Caos a las que me había enfrentado, el enemigo no estaba dispuesto a cargar directamente hacia los cañones de nuestras armas, sacrificándose en el proceso. En vez de ello, continuaron actuando como soldados entrenados y motivados, contentándose sin problema con esperar la oportunidad para avanzar, disparando fuego de supresión mientras lo hacían, y aprovechando al máximo la cobertura disponible.

Por otro lado, parecían tan fanáticos como solían serlo los acólitos de los Poderes Ruinosos, indiferentes a sus propias pérdidas, y dispuestos a arriesgarse con sus vidas como lo harían las Tropas de Asalto Imperiales.

En otras palabras, contaban con lo peor de ambos mundos, y no tenía dudas de que seguirían deslizándose entre los restos de uno en uno o de dos en dos, cada vez que nos detuviéramos a recargar, hasta que nos superaran en número, y que si tratábamos de destrabar combate antes de ese momento, se apresurarían en seguirnos para acabar con nosotros antes de que hubiéramos recorrido una docena de metros. La idea de correr hacia el trasbordador con una horda de asesinos fanáticos pisándome los talones, y disparándome mientras lo hacía, no era nada agradable, puedo asegurárselo.

En ese justo momento, Maklin y Stebbins dejaron de disparar, y yo miré a través del emplazamiento del cañón automático. Maklin estaba trabajando frenéticamente el mecanismo de alimentación, tratando de desatascarlo, cuando una repentina lluvia de rayos láser impactó contra el escudo metálico que lo protegía y Stebbins me dijo que el enemigo estaba a punto de aprovechar aquel inesperado momento de calma.

-Esto no es bueno, se ha sobrecalentado-, dijo Stebbins, comenzando a sacar su pistola láser.

-¡Entonces lo enfriaré!-. Dijo Maklin, prácticamente empujando a su compañero cadete de vuelta al asiento del artillero, y empezando a bajarse los pantalones**-. ¡Sigan disparando! -.** Un momento después, una nube de vapor de rancio olor me dijo que este había aprendido un viejo truco de los artilleros para enfriar un arma en una emergencia, sólo el Emperador sabría dónde lo habría escuchado, y me encontré dando gracias al Trono porque todos nuestros tecnosacerdotes estuvieran en estos momentos a bordo de la nave de carga, en lugar de estar en cualquier otro lugar desde donde pudieran haber sido testigos de una profanación tan grotesca de la generosidad del Omnissiah. Nunca habrían dejado que esto se olvidara**-. ¡Prueba ahora!**

Stebbins volvió a apretar el gatillo y, para alivio de todos, excepto del enemigo claro está, el cañón automático volvió a cobrar vida. Desgraciadamente a esas alturas el daño ya estaba hecho, pues casi una docena de los traidores habían logrado superar la brecha a pesar de los mejores esfuerzos del resto de nosotros y, por supuesto, cuantos más de ellos se unieran a la contienda, más tiempo nos obligaban a pasar escondiéndonos detrás de nuestros improvisados refugios, esquivando su fuego, lo que a su vez permitía que más de sus camaradas se unieran a ellos. El éxito de Maklin en conseguir que el cañón automático volviera a funcionar había frenado la marea, pero sólo brevemente; al ritmo que Stebbins estaba quemando munición, sólo era cuestión de tiempo antes de que se recalentara de nuevo, o simplemente se les acabara, y entonces los herejes estarían sobre nosotros como la psoriasis de Jurgen.

Miré a mi alrededor en busca de una ruta de retirada, y me percaté de nuevo en las profundas grietas en la mampostería alrededor de la puerta de entrada, y el germen de una idea comenzó a echar raíces. Pensé que era una oportunidad muy pequeña, pero ya había tomado decisiones igualmente arriesgadas a lo largo de mi vida, y aún respiraba; como he

comentado en más de una ocasión, incluso la probabilidad más nimia es mejor que no tener ninguna en absoluto. Hice un gesto a Jurgen**-. La arcada-,** le señale**-. ¿Puede hacer algo al respecto desde aquí?**

Al adivinar lo que quería decir, mi ayudante asintió.

-Pan comido, señor-, me aseguró, abandonando el fusil láser para empuñar una vez más su preciado melta.

Su puntería fue tan buena como siempre, y una voraz explosión de energía térmica impactó en la mampostería sobre el Chimera y aunque no se derrumbó del todo, un gran bloque de piedra cayó, rebotando contra el chasis antes de estrellarse finalmente contra el suelo, donde aplastó a otro de los traidores que se había escondido detrás de el para esperar a que la tormenta de disparos del cañón automático cesara. Suspirando de frustración, Jurgen volvió a apuntar de nuevo, pero antes de que pudiera disparar Frister y Dallory lanzaron las granadas krak que les quedaban hacia la entrada: las cargas anti blindaje explotaron con un satisfactorio rugido, que fue ahogado casi de inmediato por el estruendo de la estructura al desmoronarse.

-Eso ha tapado la brecha-, dijo Dallory, una nota inconfundible de satisfacción en su voz, justo cuando Kayla volvió a hablar.

-Casi todo el mundo está a bordo, comisario-, informó, sonando un poco cansada, pero eso era algo que yo ya esperaba. Cuando hablé con ella más tarde, me pareció que algunos de los tecnosacerdotes se habían negado tercamente a descargar algunas cajas de chatarra para que todo el mundo pudiera entrar, aunque finalmente Nelys lo había resuelto preguntando cuál de ellos se ofrecía a quedarse para hacer sitio. El chico definitivamente estaba cogiéndole el punto al cargo.

-Vamos para allá-, le dije, preguntándome a mí mismo cómo íbamos a

conseguirlo sin ser invadidos por los herejes que ya estaban dentro de los muros, por no hablar de las docenas de personas que sin duda se preparaban en ese momento para trepar por la pila de escombros que les habíamos proporcionado tan cuidadosamente. Dirigí mi atención a los demás**-. Retrocederemos por grupos, uno proporcionará fuego de cobertura mientras el otro se desplaza a la siguiente cobertura, y viceversa. Stebbins y Maklin, vayan primero-.** Obviamente no tenía sentido arriesgarme yo mismo a descubrir que había un francotirador escondido.

Los dos cadetes abandonaron el cañón automático y corrieron hasta la seguridad que les proporcionaba un contrafuerte que sostenía una de las casetas del supervisor, mientras que el resto de nosotros disparábamos con todo lo que teníamos para cubrirles. Lo lograron de milagro, aunque la siguiente etapa sería aún más complicada; difícilmente podría esperarse que dos pistolas mantuvieran agachados a más de una docena de herejes armados, y probablemente ya muy cabreados, con algún grado de éxito. Si corríamos tan agachados como pudiéramos, aprovechando al máximo la cobertura de los sacos de arena, podríamos llegar hasta uno de los edificios anexos, y esperar que pudiéramos encontrar un refugio allí. Por supuesto que era bastante obvio hacia dónde nos dirigíamos, así que todo lo que el enemigo tenía que hacer era apuntar a los dos extremos donde los sacos de arena terminaban y esperar, pero no había nada que pudiéramos hacer al respecto, excepto esperar que Stebbins y Maklin pudiesen obligarles a mantener la cabeza gacha el tiempo suficiente para que Jürgen pudiese disparar rápidamente con su melta.

-Supongo que no les queda ninguna de esas granadas de fragmentación-, le pregunté con optimismo, y Dallory agitó la cabeza.

-Me temo que no, señor-, dijo con pesar. Asomé la cabeza por encima de los sacos de arena tanto como me atreví (que no era mucho, pueden creerme), y me agaché de inmediato cuando unas bocanadas de arpillera vaporizada y tierra levantada surgieron alrededor de mi

posición. Aquello no se veía bien, pero no parecía haber otra alternativa que hacer una carrera, poniendo mi confianza en la dudosa puntería de Stebbins, en mi maltrecha coraza, y en que el Emperador pudiera prescindir de mantener la galaxia girando y dedicarnos un segundo de su atención, vamos, que necesitábamos un maldito milagro para salir de allí de una pieza.

-¿Necesitas ayuda, Caín?-, preguntó una voz familiar, y Julien apareció en el patio a la carrera, con su servoarmadura brillando como si estuviera cubierta de sangre recién derramada, empuñando su pistola bolter y su espada sierra. Detrás de ella venía la tropa de novicias, sosteniendo sus bolters, y con siniestros destellos bailando a lo largo de los filos de las sarissas firmemente fijadas al cañón de sus armas **(3)**.

(3) *Ver mi comentario anterior sobre los niveles de luz ambiental.*

-Pues mal no me vendría-, le dije aliviado. Nunca me había alegrado tanto de ver una pandilla de Sororitas en mi vida. Los herejes les dispararon tan pronto como las vieron, como era de esperar, pero los disparos de sus fusiles láser rebotaban inofensivamente contra la ceramita carmesí de la armadura de Julien, y las recién pintadas de blanco de sus novicias. Con gritos de *"Por el Trono"*, estas se abalanzaron sobre los atacantes, destrozando a los soldados y la cobertura que tenían detrás con una granizada de fuego, para acabar ensartando a los desmoralizados supervivientes con sus sarissas y, en general, haciendo una carnicería de lo más satisfactoria.

Dejando que sus novicias se divirtieran, nos apresuramos a través de la extrañamente desierta schola, cuyos solitarios patios parecían espeluznantes y sin vida. Sólo entonces se me ocurrió que nunca había visto allí otra cosa que bullicio en todo el tiempo que había vivido entre aquellos muros. A pesar de la urgencia y el zumbido de adrenalina en mis venas, encontré la visión curiosamente melancólica, como ver a un viejo amigo en el sanatorium sabiendo con certeza que era probable que

fuera la última vez, y me encontré a mí mismo tratando de asimilar todos los pequeños detalles de la cosa más cercana a un hogar que jamás había conocido.

Los sonidos de la batalla se habían desvanecido hacía rato para cuando llegamos a la plataforma del transbordador, y miré a la enorme nave, en la cual no me sorprendió en absoluto ver un familiar mechón de pelo rubio en la cabina de pilotaje. Mirando hacia abajo, Sprie hizo un alegre saludo y volvió a prestar atención a sus instrumentos.

-¡Deprisa, comisario! ¡No hay tiempo para hacer turismo! -. La voz de Julien en mi comunicador me sacó de mi ensoñamiento, y me giré, viéndola correr a lo lejos, flanqueada por sus novicias, cuya blanca armadura salpicada de sangre les hacía parecer vengativos fantasmas surgiendo de la penumbra.

No faltaba ninguna de ellas que pudiera ver, algo que me alivió sobremanera; ya habíamos sufrido más que suficientes bajas, y cuando llegamos a nuestro destino, necesitábamos a todos los guerreros que pudiéramos reunir. Se estaban poniendo al día rápidamente, sus músculos aumentados les permitían mantener un ritmo que ya habría hecho que mis cadetes y yo cayéramos exhaustos, y sus pies de metal resonaban en la rampa de embarque casi simultáneamente con los nuestros**-.**

Les hemos dado en todos los morros y han sangrado lo suyo allá atrás, pero se reagruparán en poco tiempo, y entonces caerán sobre nosotros.

-Pero ya será tarde para ellos-, dije con el corazón aliviado, mientras la rampa comenzaba a elevarse detrás de nosotros. La bodega de carga estaba tan abarrotada como temía, y decidí de inmediato ir a molestar a Sprie en la cabina de vuelo. Miré hacia atrás a través de la estrecha brecha, viendo un parpadeo de movimiento en la distancia, que podría

haber sido de hombres corriendo, pero la gruesa losa de metal ocupó su lugar antes de que pudiera estar seguro. Un momento después, sentí la inconfundible oleada de aceleración bajo mis pies, así como la familiar expresión de náuseas en la cara de mi ayudante, y supe que ya estábamos en el aire**-. Por cierto, gracias por su ayuda. Llegaron justo a tiempo.**

-Ha sido un placer-, dijo Julien, con toda sinceridad. Luego sonrió algo sombríamente-. **Así mis novicias han podido probar su valor en un combate fácil, y eso es algo que nunca ha perjudicado a nadie-.**Miró a Monyka y a Maklin, que se sonreían tímidamente, y bajó un poco la voz, aunque entre el balbuceo de conversaciones superpuestas a nuestro alrededor y el rugido de los motores de la lanzadera, el peligro de que nos escucharan era mínimo-. **No me cabe duda de que la próxima batalla a la que nos enfrentamos no será tan fácil.**

Por desgracia en eso tenía toda la razón, aunque yo ni siquiera podía empezar a decirle lo desesperadas que estaban las cosas. Cuando Varan se diera cuenta de la ubicación del Shadowlight, ya no estaríamos luchando para salvar un solo mundo: sino que el destino de toda la galaxia estaría en juego, y yo no estaba seguro de que pudiéramos inclinar la balanza en la dirección correcta con los limitados recursos a nuestra disposición.

NOTA EDITORIAL:

Como sin duda será obvio para los lectores más atentos, en ese punto la situación a través de la superficie de Perlia era cuando menos confusa. Como Caín apenas se molesta en comentar este hecho, he adjuntado otro breve extracto de un relato popular, que, aunque lejos de ser exhaustivo, al menos toca la mayoría de los puntos más destacados con una brevedad encomiable.

Extracto de: *"El Regreso del Libertador: Ciaphas Caín y el Segundo Asedio de Perlia"*, por Orten Bassit, 037.M42.

A pesar de que el Comisario Caín había estado muy lejos de estar inactivo, liderando la resistencia contra el detestable enemigo con una decidida diligencia, los disturbios y la sedición continuaron teniendo lugar esporádicamente a lo largo y ancho de la faz de Perlia. Las pictograbaciones del Liberador, retransmitidas desde el espacio por sus heroicos compatriotas de las Fuerzas Espaciales de Defensa, hicieron mucho para calmar la situación, que sin duda habría sido mucho peor tras el desenmascaramiento del Gobernador Trevellyan como secreto adorador de los Poderes Oscuros, lo cual enardeció la resolución de quienes estaban decididos a defender el planeta a cualquier precio contra el Gran Enemigo. Las decisivas acciones de Illyria Trevellyan, la recién nombrada titular del cargo, quien había jurado apresuradamente su cargo para reemplazar a su traicionero tío, también elevaron la moral entre los leales, sus propias pictograbaciones denunciando a los traidores y los débiles de corazón hicieron mucho daño a la causa del enemigo, de la misma manera que lo hizo al emplear su rifle de caza para atacar a los traidores que se habían atrevido a capturarla en su cabaña en el campo **(1).**

(1) *Los relatos populares del Segundo Asedio generalmente dedican al menos un capítulo a este incidente, que ha dado lugar a una serie de novelas populares, holodramas y pictograbaciones, que por lo general representan a la recién nombrada gobernadora como una*

heroína fría y decidida. Curiosamente, los miembros de la escuadra de tropas de asalto que Rorkins envió para protegerla, y que casi con toda seguridad repelieron a los insurgentes sin la ayuda de entusiastas aficionados, apenas aparecen nombrados en esas narraciones.

Como resultado, aunque los focos subversivos continuaron brotando, casi al azar por todo el planeta, generalmente en ciudades que ya estaban en manos de los invasores, sólo una pequeña proporción de las FDP acató la orden de rendirse; en cambio la mayoría siguieron el ejemplo de sus predecesores durante la invasión de los pieles verdes, dispersándose, y lanzando ataques de la guerrilla contra las fuerzas de ocupación sin recurrir a ninguna autoridad superior. Para ello contaron con la ayuda de los nuevos miembros de las VDP, quienes como civiles en todo menos en el nombre, fueron capaces de mezclarse con la población general con más facilidad, atacando y desapareciendo casi a su antojo, creando una desproporcionada perturbación en relación con su limitado número.

La única excepción fue en Havendown y sus alrededores, donde la mancha de la corrupción del Caos se extendió increíblemente rápido, atrapando a la mayoría de las unidades de las FDP en las cercanías de la capital, quienes como un solo hombre, juraron fidelidad eterna a Varan. Incluso la casi destrucción de su nave insignia, en un golpe de impresionante audacia por parte de las Fuerzas Espaciales de Defensa, no logró sacudir su fe en este líder supuestamente invencible; y así se preparó el escenario para la confrontación final entre la encarnación de todo lo repugnante, en la forma del Señor de la Guerra invasor, y el compendio de las más finas virtudes humanas encarnadas en Ciaphas Caín.



CAPÍTULO VEINTIUNO

El viaje al Valle de los Demonios fue notablemente corto, o aquella sensación tuve, aunque también pudo deberse a que al menos por mi parte era consciente del destino que casi con toda seguridad allí nos esperaba. Me desvié de aquellos mórbidos pensamientos tanto como pude conversando con Sprie, mientras el transbordador de carga avanzaba en la noche, lanzándose hacia el este a través de zonas horarias de casi medio día, de modo que para cuando llegamos a nuestro destino el sol ya había retrocedido desde el anochecer hasta un punto poco más allá del mediodía.

El joven piloto me había saludado alegremente cuando entré en la cabina de vuelo, mientras que el resto de su tripulación, un par de cadetes navales a los que no reconocí y a los que no se molestó en presentar, se ocupaban de sus terminales de control. No tenía ni idea de lo que estaban haciendo, pero, asumiendo que de alguna manera implicaba llevarnos a nuestro destino en una sola pieza, decidí no molestarlos innecesariamente.

-No estaba seguro de que fueras a salir entero de esta-, le admití a Sprie, y el joven sonrió alegremente.

-Para ser honesto, tampoco yo las he tenido todas conmigo-, admitió alegremente-. **Pero al final me las apañé bien.**

-Por los pelos-. Murmuró resentido uno de los otros cadetes, y la sonrisa de Sprie se ensanchó.

-Estábamos dentro de la tolerancia del casco-. Se encogió de

hombros-. **Bueno, tal vez un poco por encima de los márgenes de seguridad, pero esta vieja bañera es tan sólida como una roca, y no quería darle al enemigo la más mínima oportunidad para atacarnos en el camino.**

-Por lo que pude ver en las pantallas tácticas-, dije-, **ya tenían más que suficiente de lo que ocuparse en esos momentos.**

-Aquello fue idea del comodoro-, me explicó Sprie, aunque no me dijo nada que no hubiera supuesto-. **Esperaba utilizar el carguero como nave Q (1), pero desgraciadamente no teníamos municiones suficientes para cargarlo, así que en su lugar se le ocurrió la idea de usarlo como un ariete de alta velocidad. Nosotros nos anclamos a uno de los puertos de atraque externos, desacoplándonos en el último segundo, esperando que nos confundieran con los escombros hasta que llegáramos a la atmósfera.**

(1) *Una nave Q es una nave de transporte de aspecto inocuo que ha sido fuertemente armada, a menudo según las normas de un crucero de guerra. Estas naves se emplean a veces como escoltas encubiertas para convoyes de transportes, o como cebo para atraer a los piratas a una emboscada; para el momento en que un merodeador descubre que su aparentemente indefensa presa en realidad los supera en armas, ya suele ser demasiado tarde.*

-Bueno, pues ha funcionado muy bien-, dije-. Bien hecho-. Entonces una idea me llegó de golpe-. **¿Qué hay de la tripulación del carguero? No fue un suicidio, ¿verdad?**

-Casi-, dijo Sprie, tan alegre como siempre-. **Los tres nos ofrecimos voluntarios para ocuparnos de las estaciones de vuelo en el puente, y corrimos hacia el transbordador tan pronto como bloqueamos el timón-.** Miré a la pareja de cadetes que lo acompañaban con renovado respeto. Parecía que hoy habían arriesgado sus vidas más de una vez-. **Los tecnosacerdotes nos dejaron un par de servidores para que se encargaran de todo en la sala de máquinas, así que no tuvimos que esperar a nadie más, gracias al Emperador; habría sido mucho más**

complicado que llegara alguien desde allí, y sinceramente dudo que lo hubieran logrado.

-Todos ustedes son un orgullo para la Armada-, les felicité de corazón, y me acomodé en un asiento vacante para tratar de dormir un poco antes de llegar a nuestro destino.

Me desperté poco antes de que llegáramos, algo que me vino de perlas; pues nunca antes había visto el valle desde el aire, y encontré la novedosa vista extremadamente útil para fijar más cómodamente dicha imagen en mi cabeza y emplearla para los análisis tácticos. La atmósfera estaba muy clara, con la tenue presencia de pequeñas nubes, y el agua del lago brillando como plata bajo el sol de la tarde, recordándome por algún motivo a las escamas de un pez recién pescado. La profunda cicatriz en la tierra debajo de la presa estaba tan desolada como siempre, y, para mi alivio, aún no había presencia de fuerzas del Caos, aunque no tenía ni idea de cuánto tiempo iba a durar eso.

-Llévenos cerca del edificio-, dije, observando la zona quemada donde nuestro coche había ardido tan recientemente. No fue una sorpresa ver como los skitarii de rojo uniforme ya estaban desplegándose por la plaza, y tomé el auricular de la vox de la consola junto a la estación del piloto. No había forma de saber qué mortales sorpresas podría haber preparado esta vez el Adeptus Mechanicus a fin de defender su templo contra un ataque aéreo, y esta vez no quería averiguarlo por las malas**-. Yaitz, soy el comisario Caín. He traído a algunos amigos conmigo, como prometí-.** Miré a Sprie mientras hablaba, pero si se sorprendió por mis palabras, no lo demostró, simplemente nos llevó hasta el suelo con su habitual precisión.

-Recibido, comisario-, respondió Yaitz tras un momento, pero a través del cristal blindado pude ver que ninguno de los soldados se retiraba. En cualquier caso debo admitir que de haber estado yo en su lugar, habría hecho exactamente lo mismo.

Sprie apagó los motores, y yo me puse en pie, listo para liderar el camino por la rampa de carga.

Cuando mis botas pisaron los azulejos que formaban el mosaico, y mi rostro quedó bien a la vista fuera de las sombras de la nave, los skitarii que nos rodeaban finalmente se relajaron un poco, colocando sus fusiles Infierno en posición de descanso en sus brazos en lugar de tenerlas listas para su uso, y sentí cómo me relajaba un poco en respuesta. No habría sido el primer comisario en caer derribado por fuego amigo, pero habría sido una forma irónica de terminar mi carrera, sobre todo dadas las circunstancias. Después de un momento, Yaitz se me acercó, y le saludé con la cabeza, antes de girarse para indicar la variopinta colección de cadetes e instructores que desembarcaban a mis espaldas.

-Capitán Yaitz, al mando del destacamento de skitarii del Mechanicus-, le presenté tranquilamente, dejando que los demás se preocuparan por la razón de la presencia de guardias armados en un santuario de Mechanicus supuestamente inofensivo, si es que se llegaban a preguntar algo al respecto. Con un poco de suerte, supondrían que Yaitz y sus hombres habían sido desplegados en el templo como resultado de la invasión, y no le darían más vueltas, aunque Rorkins sería probablemente lo suficientemente astuto como para sospechar de un motivo oculto. En cualquier caso el hombre tenía más que suficiente de lo que preocuparse en aquel momento, como para añadir más problemas a la lista. Me giré, haciendo un gesto con la mano entre los dos hombres para finalizar la apresurada presentación que había iniciado con Yaitz.

-Comandante Rorkins, oficial en jefe de las fuerzas de defensa planetaria.

-Señor-. Yaitz tuvo el buen sentido de saludar militarmente, aunque como vasallo del Adeptus Mechanicus, no estaba más que yo mismo bajo la

autoridad de Rorkins**-. Es un honor. Escuchamos que había muerto en el bombardeo orbital.**

-Entonces han oído mal-, dijo Rorkins, suavizando las palabras con una sonrisa-. **Pero lo mejor será que dejemos que el enemigo siga con la duda.**

-Mientras no adivinen que han venido aquí-, dijo Yaitz**-. Eso nos convertiría en un objetivo muy tentador-.** Muy bien dicho, pensé, gracias a mi propia habilidad para desviar la atención pude apreciar lo sutilmente que el capitán de los skitarii había plantado la idea de que la sola presencia de Rorkins podría atraer la atención del enemigo. Eso explicaría el ataque que ambos esperábamos llegara en poco tiempo para satisfacción de la mayoría de la gente, sin comprometer el secreto escondido bajo el templo. Señaló a un skitarii cercano**-. Acompañe al comandante y asegúrese de que tenga todo lo que necesita-.** Se volvió hacia Rorkins**-. Supongo que necesitará un lugar adecuado para establecer su nuevo cuartel general.**

-Eso sería de lo más útil-, dijo Rorkins, liderando al personal de su equipo tras la estela del skitarii de rojo uniforme.

Observé con silenciosa aprobación como mis propios cadetes se habían encargado de organizar el desembarco de la mayoría de las personas que habíamos traído con nosotros, organizándolos en grupos y comprobando que todos estuvieran adecuadamente armados; excepto los visioingenieros que nos acompañaban, quienes simplemente miraban fijamente el santuario y a la presa más allá, como si fueran chatarreros que han salido de los arrabales más profundos para ver por primera vez un puesto de comercial en los niveles más altos de una ciudad colmena. Pero no me reí de ellos, puesto que la primera vez que visité aquel lugar con Felicia, ésta se había quedado igualmente asombrada, diciéndome que el santuario era considerado una de las maravillas más grandes del Omnissiah en Perlia, y era objeto de estudio en los seminarios del

Mechanicus en de todo el planeta, y que muy pocos tecnosacerdotes perlianos tenían la oportunidad de ver sus maravillas en persona, así que supuse que no debería ser demasiado duro con ellos.

El inconfundible sonido de pies blindados sobre la rampa metálica de embarque me informó, sin necesidad de darme la vuelta, que Julien y sus novicias estaban desembarcando, y las expresiones en los rostros de los skitarii que nos rodeaban se endurecieron, volviéndose claramente menos acogedoras. Bueno, no podía culparles por eso: la última vez que las hermanas de batalla habían puesto un pie en las instalaciones en las que habían estado trabajando para Killian, habían matado a todos excepto a los propios agentes del renegado inquisidor infiltrados entre el personal, y robando el Shadowlight en su nombre.

-Permítanme presentarles a la Hermana Julien y a sus novicias-, dije con suavidad, decidido a evitar que cualquier incomodidad obstaculizara nuestros esfuerzos de cooperación. Si la celeste notó alguna vacilación en la actitud de Yaitz, ella hizo como si no se hubiera dado cuenta, y simplemente le saludó con el signo del Aquila. Al cabo de un momento, Yaitz respondió, haciendo con los dedos el gesto del engranaje dentado preferido por los acólitos del Omnissiah**-. Estoy seguro de que encontraremos su ayuda invaluable para mantener esta instalación segura-,** agregué.

-Sin duda alguna-, dijo Yaitz sin más. Cualquier inquietud que quedara en el ambiente se disipó rápidamente, cuando Makan apareció, con la manga de su chaqueta adornada, un tanto poco convincentemente a mi entender, con un brazalete de los VDP que supongo portaba con la intención de explicar la pistola bolter enfundada en su cintura, (si es que a alguno de los miembros de nuestra comitiva le daba por preguntar**)-. El señor Makan es nuestro enlace con la milicia de Chilinvale-.** Julien asintió con la cabeza.

-Podemos convocarles aquí en cualquier momento que les

necesitemos-, me dijo Makan en su anodino tono de voz, dando a entender que dudaba de que estuviéramos tan desesperados para ello sin tener que decirlo en voz alta. Luego, como si recordase tardíamente el papel que se suponía que debía desempeñar, miró hacia el templo**-. La Magos Tayber me envió aquí para preguntarle si podía reunirse con ella cuando le fuera conveniente.**

Lo que realmente quería decir es que quería verme ya mismo; y si lo que Felicia quería comentarme era demasiado sensible como para arriesgarse a emplear el vox, entonces probablemente era un asunto de vida o muerte.

-Iré ahora mismo-, dije, tratando de ignorar la repentina llamarada de aprehensión que me retorcía el estómago.



-Oh, ya estás aquí-, me saludó Felicia, mientras descendía por la oculta escalera hasta la madriguera secreta bajo el santuario**-. Llegas justo a tiempo.**

Aunque intentaba parecer tranquila y sin emociones, como correspondía a su estatus en la jerarquía del Mechanicus, yo la conocía demasiado bien como para dejarme engañar; su entonación y lenguaje corporal eran casi los mismos que el día que descubrió un Sentinel de carga abandonado en un depósito de municiones en el desierto, poco después de empezar nuestro viaje a través del continente, y fue apenas capaz de contener su impaciencia por empezar a jugar con su nuevo juguete.

-¿A tiempo para qué?-. Le pregunté, siguiéndola por el pasillo en algo que se acercaba a ir a un trote ligero. Makan aún estaba con nosotros, y

con una terriblemente renovada aprensión empecé a darme cuenta de que nos estábamos acercando a la cámara que contenía el Shadowlight.

-Creemos que hemos hecho un pequeño avance-, me dijo Felicia-. **La Hermana Rosetta descubrió que un par de fragmentos de texto que creíamos que pertenecían a placas separadas parecían relacionarse entre sí. Si tiene razón, podríamos haber encontrado una configuración de las esferas que podríamos usar.**

-¿Usar para hacer qué?-. Le pregunté, luchando contra el impulso de darme la vuelta y salir a toda mecha hacia la lanzadera. Si realmente estaban planeando jugar con aquel enigmático dispositivo, no había duda alguna de que yo querría estar lo más lejos posible, preferiblemente en el siguiente segmentum, y no tener un asiento en primera fila para el espectáculo.

-Ese es el problema-, se explicó Felicia-. **No estamos completamente seguros. Pero estamos razonablemente seguros de que varía la cantidad de energía disforme que el Shadowlight canaliza hacia el dispositivo principal.**

-¿Qué quieres decir?-. Pregunté, lamentando ya haber dejado a Jurgen atrás para resolver el asunto de encontrarnos un alojamiento cómodo. El alojamiento del personal en una estación hidroeléctrica no era exactamente espacioso para empezar, por no hablar de haber sido diseñado pensando en los tecnosacerdotes, lo que significaba que sólo había una buena iluminación de los servicios esenciales, y la repentina afluencia de gente de la schola haría que las escasas instalaciones estuvieran a punto de reventar. En la mayoría de los casos, mi ayudante habría podido conseguirme un lugar al menos tolerable para dormir, pero ahora mismo eso parecía mucho menos urgente que cuando bajamos del transbordador.

Activé mi auricular de comunicaciones**-. Jurgen, baja inmediatamente a**

donde tú ya sabes-, le dije, sintiendo un destello de alivio cuando confirmó la recepción de mi orden. Si se constataban mis peores temores, algo que para mi desgracia solía ocurrir con demasiada frecuencia, su peculiar talento podría ser lo único que se interpusiera entre nosotros y el desastre.

-Eso significa que podríamos ser capaces de apagarlo-, dijo Felicia-. **O al menos reducir su señal en la disformidad. Esta instalación está bien protegida, pero si Varan cuenta con suficientes psíquicos poderosos, podrían ser capaces de detectarlo si se acercaran lo suficiente.**

No sólo ellos, pensé, aunque me guardé mis paranoias para mí mismo. Felicia ni siquiera había oído hablar de los necrones, y en realidad aun no tenía ninguna prueba real de que estuvieran en Perlia, seguramente en busca del artefacto de marras, así que por el momento decidí no mencionar a nadie más aquella aterradora posibilidad

-Eso sería genial-, admití con cautela, sintiendo todavía que sería aún mejor dejar la maldita cosa en paz, o preferiblemente enterrarla de nuevo y olvidar por completo su existencia. Pero aquellas personas habían estado estudiando aquel extraño artefacto xenos durante décadas, y presumiblemente no se arriesgarían demasiado con él, ahora que eran conscientes de lo que podrían desencadenar. Por otro lado, Makan compartía claramente mi inquietud, cosa que deduje al ver su mano rozar la culata de su pistola bolter, como si estuviera preparado para desenfundarla y empezar a disparar en un abrir y cerrar de ojos. Sólo entonces me percaté en que las yemas de mis dedos también descansaban ligeramente sobre mis propias armas.

Entramos en la cámara del Shadowlight, donde aún me parecía que el aire estaba cargado de energías anormales, como si el malévolo poder que contenía se estuviera filtrando en la habitación, y el agente de la Inquisición y yo intercambiamos miradas aprensivas.

No había nadie más allí, lo que ya era algo, supuse. Al menos seríamos las únicas víctimas si la suposición de Felicia sobre lo que se suponía que debía aquella cosa resultara ser errónea.

-Vamos a probar-, dijo alegremente, acercándose al estrado y extendiendo sus tres mecadendritas. Extrajo las tres esferas de sus lugares de descanso y las volvió a colocar en otro orden, para luego retroceder para admirar su trabajo con la cabeza ladeada**-. Eso debería bastar.**

Makan y yo exhalamos al mismo tiempo, sin darnos cuenta hasta entonces de que habíamos estado aguantando la respiración. Aun estábamos aquí, y presumiblemente también lo estaría el resto de la galaxia. Las ondas de luz y color que recorrían el zócalo se estabilizaron en una nueva configuración, y luego comenzaron a desplazarse al azar, oscureciéndose, como si alguien acabara de verter tinta en una pecera para luego remover el agua.

-Eso no debería pasar-, dijo Felicia con un tono que sin lugar a dudas indicaba curiosidad.

-¡Atrás!-. Exclamé. Desenfundando mis armas en ese mismo momento, y sólo el sólido obstáculo que resultaba ser Makan en medio del camino me impidió retirarme hacia la puerta. También había sacado su pistola bolter, aunque ninguno de los dos tenía algo a qué disparar. Tenía la clara impresión de que si Felicia no se hubiera interpuesto en el camino, éste habría disparado al Shadowlight como medida preventiva.

-Dadme un minuto-, dijo Felicia, sonando curiosamente abstraída-. **Necesito pensar en esto...**

-¡Sólo pon las malditas bolas como estaban!-. Gritó Makan, mirándola como si estuviese a punto de dar un paso adelante y hacer el trabajo él

mismo. Recordando el efecto que el Shadowlight tenía en la carne desprotegida, sentí que probablemente esa sería una muy mala idea, y alargué la mano sosteniendo mi pistola láser para prevenirlo.

-Espere-, dije**-. Algo está pasando-.** Al principio no estaba seguro de si lo estaba imaginando o no, pero las tres esferas azules parecían temblar en sus soportes, apenas perceptiblemente; luego, mientras las miraba, dichas oscilaciones aumentaron**-. ¡Por las tripas del Emperador!-.** De repente, las bolas comenzaron a levitar, elevándose por encima de la superficie cristalina en cuyos soportes habían sido colocadas, y empezaron a orbitar alrededor de la masa de blanca obsidiana que era el Shadowlight.

-Muy intrigante-, comentó sorprendida Felicia-. **Nunca antes habían hecho eso.**

-¡Fuera!, ¡Ahora!-, dije, de repente consciente de que, con un arma y una espada en las manos, no estaba en posición de empujarla a que se moviera.

Afortunadamente, Makan actuó rápido y la agarró por la parte superior del brazo con la mano libre, para después tirar de ella hacia la puerta.

-Basta, tonto-, dijo Felicia, rechazándole con sus mecadendritas-. **Necesito observar esto sin distracciones-.** Su voz se volvió un poco insegura-. **Esta es la única manera de entender lo que está pasando.**

-Creo que ya lo entiendo-, dije, con una emoción de puro terror recorriendo mí espina dorsal al llegar a esa conclusión. Habían aparecido unas ondulaciones en el aire, y parecía que se cuajaba en algo sólido, aunque aún podía ver las tablillas en la pared más allá del área perturbada. Abruptamente ésta se rasgó, como una hoja de tela, y algo surgió a través del hueco, patas con garras creando surcos en el

suelo mientras avanzaba, para salir del sudario de aire ondulante.

-¿En nombre del Emperador, qué narices es eso?-. gritó Felicia, olvidándose por el momento de cualquier observación científica, lo que probablemente era lo mejor. Unos ojos malignos nos miraban desde una cara que parecía estar al revés, y sin vacilar le dispare dos veces con mi pistola láser, algo que no pareció molestar a aquel ser.

-Es un demonio-, le grité**-, ¿Qué carajo esperabas?-**. Afortunadamente uno menor, si lo había juzgado bien, tras haber tenido en el pasado más encuentros con criaturas de la disformidad de los que me hubiera gustado, pero aun así era consciente de que esta criatura era perfectamente capaz de matarnos a los tres sin ningún esfuerzo. Y el desgarro en el tejido de la realidad seguía colgando en el aire detrás de ella, bañando la cosa en energía disforme, por lo que no había ninguna esperanza de que volviera al inmaterium simplemente infligiéndole daños físicos, o esperando a que se desestabilizara de la manera en que acababan haciéndolo.

-Denlo por muerto-, dijo Makan, vaciando su cargador sobre él. Los proyectiles explosivos detonaron, dejando cráteres en la carne del demonio, o lo que fuera, dondequiera que le alcanzaban, y el demonio se tambaleó. Por un momento me atreví a esperar que hubiéramos acabado con el después de todo, pero al momento este se enderezó de nuevo, y gritó algo que ninguna laringe humana podría haber reproducido jamás, palabras que resonaron como fragmentos de hielo con bordes de navaja en mi mente. Luego, aún más incongruentemente, se río, sonando como grandes ladridos de maligna diversión, mientras su carne desgarrada se recomponía a la perfección.

-¡Sáquela de aquí!-. Dije, muy consciente de que Makan seguía bloqueando mi camino hacia la puerta, y que si trataba de pasar por encima de él, aquella cosa nos caería encima en un abrir y cerrar de ojos mientras estábamos distraídos. Por supuesto, él pensó que yo estaba

siendo noble y heroico, con mi reputación de galantería trabajando a mi favor como tantas veces en el pasado, y para mi alivio cumplió mi orden, arrastrando a una Felicia, quien ya no protestaba en absoluto, a un lugar seguro.

Tan pronto como la puerta estuvo despejada, me dispuese a seguirle, pero el demonio tenía otras ideas; con un bramido de rabia frustrada, saltó para adelantarse a mí, lanzándome un golpe a la cabeza con las garras de sus manos. Me agaché por reflejo, parando el golpe con la espada, y los chirriantes dientes de mi espada sierra le hicieron profundos surcos en su carne, de donde empezó a brotar algo que se parecía vagamente a la sangre, y que olía mucho peor. Como esperaba, la herida se empezó a curar al instante, de modo que en un abrir y cerrar de ojos no quedaba rastro alguno de la herida que le había infligido. Lancé otro golpe, abriendo un profundo corte en su vientre y haciéndole retroceder un paso, aunque se recuperó casi al instante, respondiéndome con una ráfaga de golpes que me obligaron a retroceder a mí, aunque le pude asestar nuevas heridas en sus antebrazos durante el proceso mientras yo continuaba esquivando sus ataques.

Con una repentina emoción de horror me di cuenta de que me estaba dirigiendo directamente hacia el portal a la disformidad. No tenía ni idea de si podría atravesarlo y viajar a la disformidad o lo que hubiera más allá, y por el Trono que no tenía intención de averiguarlo. Me abalancé hacia un lado, rodando delante de las piernas de la abominación, y aprovechando para propinarle un golpe de pasada. Una vez más, mi espada se hundió en su carne, y el demonio tropezó, tratando de girarse torpemente para seguirme. Hice un par de disparos con mi pistola láser mientras me ponía de pie y, para mi inconmensurable alivio, noté que esta vez las heridas parecían tardar un poco más en curarse que antes.

Eso sólo podía significar una cosa. Un olor familiar proveniente de más allá de las puertas me alcanzó disipando cualquier duda, seguido un instante después por una voz igualmente familiar.

-¡Aguante, comisario!, ¡aquí estoy!

Jurgen entró corriendo, empuñando su melta, y no me importa admitir que mi corazón saltó de alegría al verle. El demonio dudó, pareciendo curiosamente aprensivo, en la medida en que se podría decir que aquella cosa podía mostrar alguna expresión humana en su diabólico rostro, pero pronto se recuperó y volvió a atacar. Afortunadamente tomé ventaja de su momentánea distracción para aumentar la distancia entre nosotros, de tal forma que mi ayudante pudo dispararle con el melta.

El voraz rayo de energía térmica alcanzó a aquella cosa en el pecho, atravesándolo de parte a parte, y la abominación cayó pesadamente al suelo. Sin embargo, no iba a dar por sentada su muerte, y me puse a destrozarlo con mi espada sierra mientras se retorcía a mis pies, arañando nuevos surcos en el suelo mientras trataba inútilmente de levantarse. De un mandoble le separe la cabeza del cuerpo, y esta rodó por el suelo hasta quedarse parada con los ojos fijos en mí y parpadeando con un indignado asombro.

Dado que incluso un demonio encuentra la decapitación como una desventaja, se estremeció un poco más y al poco dejó de moverse, quedándose tanto la cabeza como el cuerpo completamente inmóviles.

-Gracias, Jurgen-, le agradecí aliviado.

-De nada, señor-. Mi ayudante se colgó el melta en la espalda, y empezó a hurgar en su colección de bolsas-. **¿Le apetece un poco de tanna? Se que tengo un termo por aquí, en alguna parte.**

-Más tarde-, le contesté, indicando el dispositivo xenos a nuestras espaldas-. El portal a la disformidad aún estaba abierto, y lo mejor será sellarlo de inmediato, antes de que algo más encuentre la manera de cruzar. **¿Puede volver a poner esas bolas en los agujeros donde**

estaban antes?

-Faltaría más, señor-. Si se sorprendió por mi petición, no lo demostró, simplemente se acercó al zócalo de cristal. Como esperaba, el desgarro en el aire comenzó a sellarse a medida que Jurgen se acercaba, y el trío de bolas se movió con más lentitud. Alargó una mano cubierta de suciedad para coger la más cercana, y las demás dejaron de moverse al instante, simplemente se quedaron flotando allí donde estaban**-. ¿Dónde quiere que las ponga?**

Le indiqué los soportes que habían ocupado la primera vez que había visto el dispositivo, suponiendo que no habría peligro dado que en aquel entonces el artefacto había sido relativamente inofensivo, y esperé mientras Jurgen recolocaba las esferas una por una. Cuando la última esfera del trío ocupó su lugar, el portal se selló por sí solo, y el aire volvió a adoptar su consistencia normal.Al mismo tiempo el cadáver del demonio tembló y simplemente desapareció, de vuelta al lugar de donde había venido, con el mismo pequeño estruendo que yo asociaba con la activación del campo de desplazamiento de Amberley **(1)**.

(1) *Causado por el aire que se apresura a llenar el vacío repentino creado por el volumen de espacio que desaparecía por la traslación, en este caso el de mi propio cuerpo.*

-Bueno, pues ya está, ahora sí me vendría bien esa taza de tanna-, dije, mientras un ruido de suelas de botas en el pasillo anunciaba el regreso de Makan, junto con Yaitz y tantos skitarii como habían podido reunir. Se detuvieron repentinamente en la puerta, visiblemente sorprendidos por la repentina ausencia del demonio y aliviados al mismo tiempo. No pude evitar disfrutar de las miradas que me dedicaron al encontrarme de una pieza y encima ver cómo mi ayudante me entregaba una taza de tanna. Pena no haber podido grabarlo, la verdad.

-¿Qué ha pasado?-. Preguntó Makan, mirando cautelosamente por la habitación, como si esperara que la abominación surgiera

repentinamente de entre las sombras gritando: *“¡Sorpresa!”*.

-Se desestabilizó su enlace con el inmaterium-, dije, sabiendo por experiencia de muchos años que un fragmento de la verdad es siempre mejor que una mentira**-. Y debo añadir que sucedió justo a tiempo.**

-¿Y el portal?-. Preguntó Makan.

-Desapareció al mismo tiempo que el demonio-, le expliqué con toda sinceridad. Me dirigí hacia el pasillo, ansioso por salir de esa espantosa habitación, con Jurgen a mi lado. Los skitarii se hicieron a un lado para que pudiéramos pasar, aunque no podría decir con toda seguridad si fue como señal de respeto a los hombres que acababan de vencer a un demonio o por reticencia a acercarse demasiado a mi ayudante.

-Bueno, eso no ha ido tan bien como esperaba-, dijo Felicia, quien me esperaba al final del pasillo.

-Sí, yo he llegado a la misma conclusión, pero por el camino difícil-. Le comenté agradecido por haber tomado el tanna que Jurgen me había entregado-. **¿Alguna idea de qué es lo que ha pasado?**

-Parece ser que hemos aumentado la producción de energía disforme en lugar de amortiguarla-, me dijo, aunque yo ya había llegado por mí mismo a dicha conclusión-. **Suerte que estabas allí para lidiar con las consecuencias inmediatas.**

-Podría decirse así-, acepté con cautela, antes de entender todo el significado de sus palabras. Entrecerré los ojos sospechosamente**-. ¿Cuáles son las consecuencias no tan inmediatas?**

-Bueno, las lecturas de energía estaban muy por encima de

cualquier otra que hayamos registrado-, admitió Felicia, un poco a regañadientes según me pareció-. **Es muy probable que Varan tenga psíquicos o equipos especializados para detectar tales registros. Lo que significa que probablemente ya sabe dónde estamos.**

-Ya veo-, dije, mientras todos mis viejos temores regresaban repentinamente para martirizarme, y me encontré deseando con toda mi alma que sólo se tratara de Varan.



CAPÍTULO VEINTIDOS

No obstante, no tuve mucho tiempo para darle vueltas al asunto. Apenas había logrado salir a la luz del sol, inhalando profundamente una bocanada de aire puro dando gracias por haber salido indemne, incluso a pesar de que el persistente aroma procedente de Jurgen y de las algas que yacían pudriéndose al sol en la orilla del lago diluía un poco dicho efecto, cuando se me acercó Nelys.

-Al comandante Rorkins le gustaría hablar con usted-, dijo-, **sobre la defensa de este lugar. Pensó que usted podría tener alguna información útil, ya que ha luchado aquí anteriormente.**

Sus ojos se dirigieron hacia el obelisco por un momento, entrecerrando los ojos para protegerse del cegador reflejo del sol sobre la superficie metálica del monumento. No parecía más dañado por la escaramuza con los servidores armados de la última vez que visité el lugar, hasta donde podía ver, aunque el brillo del sol impedía observar nítidamente los detalles.

Asentí con la cabeza. A fin de cuentas, para empezar, aquella había sido la aparente razón que había esgrimido para arrastrarnos a todos hasta allí, así que ahora que habíamos llegado, no podía decirle a Rorkins que fuera haciéndose cargo de la defensa, puesto que yo tenía asuntos más urgentes que atender.

-Voy para allá-, le dije**-. ¿Puede mostrarme dónde se ha instalado?**

Nuestra nueva sede, resultó ser muy parecida a la antigua, ya que cualquier equipo esencial que hubiéramos podido cargar con nosotros en

el transbordador había sido colocado en un espacio que no había sido diseñado para albergarlo, pero también observé algunas mejoras. Felicia, o más probablemente Makan, puesto que aparentemente aquí era la Inquisición quien tomaba la mayoría de las decisiones administrativas, nos había asignado un almacén usado para albergar materiales de construcción para hacer reparaciones en los edificios y las infraestructuras en tiempos más pacíficos, para nuestro uso como puesto de mando improvisado. Cuando me acerqué, un servidor de mantenimiento pasó en la dirección opuesta, transportando un palé de tuberías equipado con ruedas, aparentemente el último de los equipos retirados del almacén para hacernos sitio. Siendo una instalación del Mechanicus, el espacio despejado estaba mucho más limpio y mejor equipado de como solían estar la mayoría de este tipo de almacenes, además estaba convenientemente bien equipado con tomas de corriente; gracias a lo cual nuestro equipo de comunicaciones y detección ya estaba funcionando cuando entré por la puerta. Además, el equipo de visioingenieros de la schola había recibido el inestimable apoyo de parte del personal de Felicia.

-Caín. Perfecto-. Rorkins me hizo una seña hacia el hololito en cuanto entré, y me abrí paso con cautela a través del piso, ya que los tecnosacerdotes habían sido tan arrogantes como siempre en cuanto a la disposición de los cables**-. ¿Qué opina de esto?**

A pesar de haber recibido todo tipo de golpes en la bodega de carga junto con el resto de nuestro equipo, por no hablar de nuestra gente, el dispositivo funcionaba ahora mejor que nunca, lo cual dice mucho del calibre de los tecnosacerdotes que Felicia había asignado para ayudarnos.

Eché un vistazo a la pantalla, que mostraba una imagen tridimensional del valle, salpicada de iconos, donde inmediatamente pude reconocer el despliegue básico de tropas que Yaitz y yo habíamos acordado entre nosotros en mi visita anterior. Rorkins había hecho algunas correcciones menores, acortando las líneas de comunicación y permitiendo que se

superpusieran más áreas de fuego, y asentí con la cabeza**-. Debería funcionar.**

En cualquier caso, procuré hacer una pausa coherentemente larga para asegurarme de dar la impresión de que era la primera vez que veía tal despliegue**-. Pero creo que necesitaríamos más tropas-.**Yaitz y yo habíamos trabajado suponiendo que sus skitarii y cualquier refuerzo que yo pudiera traer de la schola serían todos los recursos que tendríamos disponible.

-Eso es lo que me dijo el capitán de los skitarii-, me informó Rorkins-. **Pero deberíamos ser capaces de conseguir las fuerzas adicionales que necesitamos. El joven Sprie se ofreció a recoger un destacamento de las FDP de la guarnición de Cainstead (1).**

(1) *La ciudad de Cainstead, antes Prosperity Wells, fue el lugar de la primera gran victoria de Caín sobre los invasores orkos, y el lugar de nacimiento del ejército ad hoc que iba a dirigir a través del continente. El cambio de nombre marcó el reasentamiento de la comunidad, ya que la ciudad original fue casi totalmente destruida en los combates, un gesto que Caín encontró hilarante y ligeramente embarazoso.*

-También podría funcionar-, concordé, cambiando la imagen al globo giratorio de Perlia, enfocándolo con un buen golpe en la carcasa de la unidad proyectora, lo que me valió una reprobadora mirada del tecnosacerdote de más alto rango presente, y absorbiendo la dispersión de iconos que marcaban la presencia de fuerzas hostiles y amigas**-. En cualquier caso, no hay nada que puedan proteger en medio del desierto.**

Por un momento recordé la fuerza de ataque hereje que había desaparecido sin dejar rastro en el primer asalto, y el comentario de Kayla sobre los demonios de la arena, pero me obligué a dejar de pensar en ello. Prosperity Wells (nunca me pude tomar en serio el nuevo nombre) estaba muy lejos del lugar de aterrizaje, y si realmente hubiera necrones vagando por el desierto, las fuerzas locales de las FDP

tampoco iban a poder hacer nada al respecto, aparte de morir a mansalva. Sería mucho mejor para ellos que se unieran a nosotros, y posiblemente inclinar la balanza para mantener el Shadowlight bien lejos de las garras de Varan.

-Considerando la situación, Yaitz ha hecho un buen trabajo-, dijo Rorkins, mirándome de reojo-. **Casi como si esperara recibir refuerzos más o menos del mismo tamaño que el de nuestro grupo.**

-Estoy seguro de que tenía planes de contingencia para todo tipo de situaciones-, respondí suavemente-. **Probablemente sólo desempolvó el escenario que mejor encajaba con las fuerzas que hemos traído con nosotros.**

-Probablemente-, dijo Rorkins, con el tono de un hombre que no cree ni una palabra de lo que oye, pero que tiene asuntos más urgentes que atender en ese momento**-. ¿Tienes alguna sugerencia de cómo debemos proceder?**

-Creo que este es el mejor plan que se podría concebir-, dije, después de haber discutido largamente las alternativas con Yaitz y Makan-. **El punto débil va a ser la nueva carretera. La vieja canalizaba todo el tráfico a través de la boca del valle, y a través de la presa, y eso nos venía muy bien, pero la nueva ruta pasa por alto la mayoría de los puntos de estrangulamiento-.** Para compensar eso, Yaitz había minado el camino de servicio, y montado emplazamientos de armas de apoyo para cubrir la zona desde lo alto de la cresta, pero, contra un asalto suficientemente decidido, aquello podría no ser suficiente.

-Sí, me he dado cuenta de eso-. Comentó Rorkins, pensativo-. **Sin embargo, no podemos hacer mucho al respecto. Excepto desplegar más tropas, que por ahora no tenemos.**

-Tal vez Sprie pueda transportar más soldados cuando regrese de Prosperity Wells-, dije, mirando de nuevo al hololito-. **Debe haber más guarniciones lejos del frente que podamos replegar-.**

En cualquier caso, en este continente, todas las fuerzas que teníamos disponibles en el continente occidental estaban siendo empleadas en los alrededores de Havendown, tratando de detener la inexorable propagación de la mancha hereje mostrada por el hololito que marcaba los límites de la influencia de Varan. Parecía que seguía creciendo, aunque la lucha no era más intensa que antes, y me recordó a un tumor, que volvía inexorablemente las células de un cuerpo sano contra sí mismo. Las palmas de mis manos temblaban, por lo general una señal fiable de que mi subconsciente ha detectado algo que el cerebro anterior aún no ha enfocado del todo, pero el tenue escalofrío de la intuición no se unió en nada concreto. Sabiendo que no debía forzarlo, estaba a punto de darme la vuelta cuando algo sobre los iconos enemigos me llamó la atención. Muchos de ellos se movían, hacia el este, en nuestra dirección.

Afortunadamente Sprie regresó antes del anochecer, trayendo consigo un pelotón completo de regulares de las FDP, lo cual elevó la moral considerablemente.

Aún mejor, desde mi punto de vista, fueron la media docena de Chimeras que trajeron con ellos. Podría habernos venido mejor que hubieran traído también un Leman Russ o dos, pero a falta de tanques, los VCI equipados con torretas multi-laser proporcionarían a nuestra capacidad de fuego colectiva un alcance y potencia de fuego de lo más bienvenida. Tampoco es que eso fuera a suponer una gran diferencia contra una fuerza enemiga del tamaño que yo esperaba que lanzasen contra nosotros, y en cualquier caso ahora mismo estaba preparado para agradecer toda la ayuda que pudiéramos recibir.

-Esto no pinta bien-, le confié a Makan, quien había sido excluido de las

reuniones tácticas, en aras de mantener su tapadera. Estábamos junto al obelisco, con la vaga esperanza de que cualquiera que nos viera hablando asumiera que yo estaba contándole batallitas de mis viejas glorias. Supongo que podría haberle informado adecuadamente en las instalaciones ocultas bajo el propio santuario, pero no quería que nadie hiciera preguntas incómodas sobre dónde me había metido, y además para ser sincero, las experiencias que había tenido allí abajo me habían quitado las ganas de volver allí**-. Hay una oleada de transbordadores en camino desde Havendown, salieron hace menos de una hora, y a esta le sigue otra aún más grande. Mucho más grande.**

-Me suena a la misma estrategia que han venido usando desde el principio-, dijo Makan meditabundo-. **Envían una oleada de tropas prescindibles para que nos ablanden, y luego sus tropas de choque para que nos aplasten.**

-Es más o menos lo mismo que yo pienso-, le confirmé, levantando la voz un poco por encima de los rugidos de los motores de los Chimeras, mientras el primero de ellos descendía por la rampa de embarque del transbordador**-. La gran pregunta es qué misión le han dado a la carne de cañón: localizar el Shadowlight o simplemente causar tantos problemas como les sea posible. Creo que la primera incursión que sufrimos fue un intento de encontrarlo, tal vez incluso de hacerse con él, pero el daño que Orelius causó a sus naves se lo impidió-.**Saqué mi tabla de datos y le expliqué las conclusiones a las que había llegado sobre algunos de los aterrizajes de los herejes, aparentemente aleatorios, y las zonas que había logrado determinar en base a las leyendas locales que me había proporcionado Brasker, mostrando claros indicios de que ambos grupos de localizaciones, estaban de alguna manera, conectados.

-Interesante-, dijo Makan, después de escucharme sin interrumpirme-. **Le pediré a Sparsen que esté atento a cualquier señal de que haya un psíquico entre ellos. Si la hay, probablemente tratarán de localizar el Shadowlight. En caso contrario podemos asegurar que**

es sólo un ataque de desgaste.

Le dejé para digerir la información, y me volví al centro de mando, entrecerrando los ojos por el resplandor del sol poniente, que hacía que la amplia extensión de agua a nuestro lado luciera incómodamente como un vasto charco de sangre. Cuando entré en el cuartel, Rorkins y Julien estaban conversando sobre las últimas actualizaciones tácticas con Yaitz, aparentemente desvanecida cualquier animosidad entre el skitarii y la Sororitas en favor de una causa común: la supervivencia, y yo no perdí tiempo en dirigirme hacia ellos caminando a través de la maraña de cables que cubrían el suelo, y que, si acaso, parecía haberse multiplicado en mi ausencia.

-Los últimos informes confirman que la primera oleada consta de cinco transbordadores-, explicaba Rorkins mientras me unía al grupo en torno al hololito-. **Los contactos del auspex son fuertes, y tenemos una buena estimación de su velocidad y tiempo de llegada.**

-¿Cuándo se estima su llegada?-, le pregunté como si no supiera nada al respecto.

-De treinta y cinco a cuarenta minutos, si los vientos en contra permanecen constantes-, me dijo Julien.

-En otras palabras, llegarán justo antes de la puesta del sol-, añadió Yaitz. Aquello no era bueno; llegarían por el oeste, dejando el sol a sus espaldas, lo cual implicaba que nuestros artilleros se verían cegados por el sol.

Eché un vistazo a mi cronógrafo**-. Para entonces nuestros Chimeras deberían estar en posición-,** dije**-. Al menos eso nos dará algo de cobertura antiaérea-.** Sin embargo no nos iba a servir de mucho. En teoría, los multi-láseres podrían infligir serios daños a una aeronave,

especialmente una que no estuviera blindada y protegida de acuerdo a las especificaciones militares, pero aun así se requeriría una gran precisión. Me encontré pensando con nostalgia en las baterías Hydra guiados por auspex en las que habíamos confiado para la defensa aérea en mis años con la Guardia Imperial, o incluso en los bolter pesados con que estaban equipados los Chimeras del 597ª, que podían desplegar suficiente potencia de fuego como para tener al menos una seria oportunidad de derribar un objetivo, pero, como tantas veces, tendríamos que conformarnos con lo que habíamos podido conseguir. Activé el pinganillo de comunicación de mi oído**-. Kayla, ¿cómo va el despliegue?**

-Estamos en ello-, me tranquilizó la cadete-. **Ahora estamos descargando el último de los Chimera, y Garvie está señalando a las tropas las posiciones a las que se supone que deben ir...**

-**Bien. Continúe-.** Asentí a los demás**-. Estaremos preparados para recibirles-,** dije, con una confianza que estaba lejos de sentir.

-Me alegro de oírlo-, dijo Rorkins, volviéndose hacia Yaitz-. **¿Están preparadas las cargas de demolición en la presa?**

-Lo están-, confirmó Yaitz-. **Aunque huelga decir que sólo deberían detonarse como último recurso. Las bendiciones del Omnissiah deben ser veneradas, no deben ser destruidas en vano.**

-Por supuesto-, dijo Rorkins, aunque sabía que era lo suficientemente práctico como para estar más preocupado por desperdiciar una importante ventaja táctica que la sensibilidad de los tecnosacerdotes**-. Lo más probable es que tengan suficiente sentido común como para no desplegarse en un lugar donde estemos en condiciones de eliminarlos de un solo golpe.**

Asentí con la cabeza, encontrando difícil estar en desacuerdo con su exposición.

-¿Cómo está la moral de nuestras tropas?-. Preguntó Julien, mirándome fijamente.

-Razonablemente alta-, le aseguré. Tenía a la mayoría de los cadetes deambulando por nuestra zona de despliegue, soltando los habituales tópicos y escuchando cualquier signo de derrotismo entre nuestra gente, pero hasta ahora todos parecían concentrados y disciplinados. Que era más o menos lo que yo esperaba, dado que habían sido entrenados para esto desde la infancia, y sus instructores ya habían completado una vida de servicio ejemplar al Imperio. (Aparte de mí, por supuesto, pero nadie tenía que saberlo.) Los refuerzos de las FDP podían estar un poco nerviosos, era algo de esperar, y tomé nota mental de visitar a su escuadra de mando, y enviar a los cadetes a hablar con el resto. Aquello debería mantener la situación bajo control.

-Si alguien quiere participar, celebraré un breve servicio junto al monumento, para rezar por la bendición del Emperador-, dijo Julien-. **En unos diez minutos.**

-Pasaré la voz-, la prometí. Dudaba que muchos asistieran, pues la mayoría de nuestra gente y la de las FDP estaban desplegadas demasiado lejos para poder llegar allí y volver a sus posiciones antes de que llegara el enemigo, pero sin duda ayudaría a resolver sus dudas. Como siempre, me encontré sospechando que Él en Terra tendría cosas más importantes que hacer que escucharnos lloriqueando pidiéndole favores, pero ciertamente tampoco iba a hacer daño pedírselos, y si el destino de la galaxia realmente estuviera en juego, entonces pudiera ser que Él estuviera un poco más inclinado que de costumbre a interesarse por nosotros.

-Tal vez podríamos transmitir las oraciones por vox, para que los

que no pueden dejar sus puestos puedan participar desde la distancia si así lo desean.

-Buena idea-, dijo Julien, asintiendo con la cabeza. Señaló al más cercano de los tecnosacerdotes, uno del grupo que nos había acompañado desde la schola, y a quien recuerdo vagamente haber visto de vez en cuando por el lugar, generalmente pasando cables de una habitación a otra, o bien recogiéndolos de nuevo**-. Gray, ¿puede arreglarlo por mí?**

-Sí, señora. No hay problema-, le aseguró el ingeniero, y se alejó corriendo.

Después conversar un rato más, apenas asegurándonos de que estuviéramos tan listos como pudiéramos estar, me di la vuelta y me preparé para seguir a Julien quién estaba saliendo del puesto de mando. No era mi intención perder el tiempo rezando en su pequeña congregación, naturalmente, tenía unos cadetes a los que supervisar, y unas fuerzas de las FDP a las que motivar, pero su partida pareció marcar un final definitivo a la conversación, que en cualquier caso estaba en peligro de entrar en un patrón circular de donde no se podría obtener nada útil. Todos sabíamos que íbamos a tener entre manos una lucha muy dura, y que los números se decantaban del lado del enemigo. A pesar de mi cinismo habitual, me encontré esperando que después de todo Julien consiguiera su pequeño milagro.

-Señor-, dijo el operador de vox, dirigiéndose a Rorkins-. **Estoy recibiendo un mensaje del comodoro Visiter. Dice que es urgente.**

-Por supuesto que sí-, dijo Rorkins-. **Con nuestra suerte, probablemente habrá detectado un contingente de orkos que acaban de regresar para otro intento de conquista-.**Comentó suspirando-. **Pásemelo.**

Después de uno o dos segundos, la cabeza y los hombros del comodoro aparecieron en el hololito, parpadeando ligeramente, como generalmente sucedía en tales ingenios.

-Acabamos de observar un interesante fenómeno-, informó el comodoro sin preámbulos-. **Como no podemos llegar a las naves enemigas en órbita cercana, hemos empezado a evacuar las estaciones del sistema exterior-.**

Una sabia precaución, ya que la flota enemiga las había pasado por alto en sus prisas por dirigirse hacia el objetivo estratégicamente más importante en la propia Perlia, pero casi con toda seguridad prestarían atención a aquellos focos de potencial resistencia en cuanto tuvieran tiempo. Sin embargo, hasta que lo hicieran, los recursos que contenían serían una ayuda considerable para mantener la destartalada flota de Visiter en condiciones aceptables para el combate.

Cuando llegamos a la estación de retransmisión astropática en el halo exterior, me informaron de que acababan de captar un mensaje. Hay una fuerza especial de la Armada Imperial en camino desde Keffia. No hay hora estimada de llegada, pero definitivamente podemos confirmar que hay ayuda en camino.

-¡Alabado sea el Emperador!-, exclamó Rorkins con evidente alivio, y debo admitir que también mi corazón se sintió considerablemente más ligero. Una espontánea ovación surgió de varios de los terminales de control, y en esta ocasión Rorkins les permitió el gesto, a pesar de la clara violación de la disciplina. Una decisión muy sensata si quieren mi opinión**-. Transmita la noticia en todos los canales que pueda: vox, pictonoticias, señales de humo, tamtam… lo que sea-.** Se giró hacia mí, con un brillo en sus ojos de renovada determinación**-. Ya no estamos solos. Todo lo que tenemos que hacer ahora es aguantar hasta que lleguen.**

-Cierto-, le confirmé. La noticia, aunque tan bienvenida como inesperada, era un arma de doble filo. Animaría el corazón de los asediados defensores, algo que nos vendría de perlas, y evitaría más deserciones entre los desmoralizados (Nadie iba a cambiar de bando con la perspectiva de un castigo real e inmediato), pero el enemigo también sabría que se les estaba acabando el tiempo para alcanzar su objetivo, y sin duda Varan redoblaría sus esfuerzos para asegurarse la posesión del Shadowlight**-. Pero recordemos que aún no han llegado.**

En verdad Keffia estaba cerca, pero nunca había garantías en lo que respecta a los viajes en la disformidad, ya que el tiempo tenía muy poco significado en el sentido convencional a bordo de una embarcación en tránsito, y para empezar no teníamos ni idea de cuándo se habían puesto en marcha los refuerzos. Intenté recordar cuánto tiempo le había tomado a mi viejo regimiento hacer el mismo viaje, en aquellos relativamente despreocupados días de mi olvidada juventud, pero los detalles seguían siendo borrosos, recubiertos de recuerdos más agradables del romance que había disfrutado con Karrie en aquel entonces, aparte del tiempo considerablemente menos cómodo que había pasado posteriormente a bordo de una cápsula salvavidas que me había dejado caer tan precipitadamente en medio del territorio controlado por los orkos.

Observé el hololito, donde un despliegue táctico local había reemplazado la imagen del comodoro. La primera oleada de transportes enemigos seguía su curso, acercándose rápidamente, y estaríamos luchando por nuestras vidas en cuestión de momentos.

Cuando salí del puesto de mando, escuché a través de mi auricular a Julien rezando y, por una vez en mi vida, sentí el impulso de unirme a ella.



CAPÍTULO VEINTITRES

-Aquí vienen-, dijo el teniente Grouber, entrecerrando los ojos contra el resplandor del sol poniente. Había llegado al Chimera de mando de las fuerzas de las FDP con varios minutos de antelación antes de que comenzara el ataque, encontrando a un joven oficial bastante competente al mando así como gratamente sorprendido por la presencia del héroe a quien había sido educado para venerar como el salvador de su planeta. Había tenido la sensatez de situarse cerca de la línea de la cresta, donde podía tener una buena vista del curso de la batalla sin atraer demasiado el fuego enemigo, lo que también había sido un motivo más para mí para acercarme hasta allí. Desde aquella posición elevada podía ver el edificio principal del santuario del Mechanicus, una vista clara de la plaza, de nuestro trasbordador y de la presa que había más allá. La masa azul-grisácea del siniestro lago parecía meditabunda bajo la luz que se desvanecía, con su superficie ondulando suavemente bajo la influencia de una brisa moderada, aunque el disco del sol, aparentemente en equilibrio sobre las cimas de las lejanas cumbres, seguía pintando la superficie de la inmensa pared de rococemento que contenía las aguas de un rojo rico y cálido, que me recordaba incongruentemente a los bosques otoñales y a los fuegos de troncos. Los demás Chimeras habían sido dispersados por el valle, en lugar de ser agrupados en un solo lugar donde serían un blanco fácil, y el resto de nuestra gente estaba atrincherada de acuerdo con el plan de batalla. Si yo tenía alguna duda sobre nuestra estrategia, aquel no era el mejor momento para surgerirla. Afortunadamente no se me ocurrió ninguna idea de última hora, así que cerré la boca y traté de concentrarme en los puntos distantes cuyas sombras se deslizaban por la superficie de las laderas circundantes.

-Aquí tiene, señor-, me dijo Jurgen, dándome un amplivisor, y yo lo alcé hacia mis ojos con cautela, aunque él ya había tenido la precaución de

poner al máximo los polarizadores, así que, a pesar de mis temores, no me ví afectado por el resplandor del sol.

-Están acercándose justo a ras de tierra-, dije, impresionado a mi pesar. Incluso un piloto del calibre de Sprie probablemente se lo pensaría dos veces antes de intentar volar tan bajo a alta velocidad en un terreno montañoso, y mucho menos en una formación cerrada y en condiciones de poca visibilidad. Su imprudencia era una debilidad, me recordé a mí mismo, típica del poco valor que los seguidores del Caos le daban a sus propias vidas, así como a las de los demás.

-No disparen todavía-, dijo Rorkins, a través del canal de mando general, su voz sonaba tranquila y profesional, y todo el mundo cumplió sus órdenes, incluso el contingente de las FDP, lo cual me sorprendió un poco**-. Dejen que se acerquen lo suficiente para asegurar los objetivos-.**Ahora ya podía oír el rugido de sus motores, una nota ascendente que me ponía de punta los pelos en la nuca y empuñé mi pistola láser, aunque sabía que no tendría la menor posibilidad de dañar a ninguno de los transbordadores que llegaban. La torreta del Chimera a mi lado se movió un poco, con el servomotor gimiendo como los motivadores de la servoarmadura de Julien, y levanté la vista.

-Tranquilo, artillero-, le dije. Todo lo que necesitábamos era que un idiota de gatillo fácil disparase prematuramente, y la poca ventaja que teníamos se perdería. Si todo el mundo mantuviera la cabeza fría, con un poco de suerte el enemigo no se daría cuenta de que habíamos recibido refuerzos, al menos no hasta que fuera demasiado tarde para que pudieran hacer algo al respecto.

-No es él, señor-, me explicó Grouber, con un poco de desconfianza en su voz-. **Es esa cosa que instalaron los tecnosacerdotes.**

-¿Qué cosa?-, pregunté, bajando el amplivisor un momento.

El joven teniente me miró desde la escotilla de la torreta, un poco confundido, mientras su torreta seguía girando, apenas perceptiblemente**-. No sabría decirle, señor-,** me contestó finalmente**-. Pero la de la cara metálica dijo que usted lo había autorizado.**

-Ah, claro, esa cosa-, dije, como si el asunto fuera de poco interés, y le di la espalda, activando mi comunicador**-. Felicia. ¿Qué le has hecho a mis Chimeras?**

-Les he dado un poco de ventaja-, dijo alegremente una voz familiar-. **Conecté un detector automático de objetivos a la matriz auspex de la unidad de mando, enlazándolo mediante vox al resto de unidades. Ha sido un trabajo un poco impío, dado el tiempo que teníamos disponible, pero tendrá que servir hasta que podamos celebrar los ritos adecuados .Esperemos que funcione.**

-Bueno, parece que está haciendo algo-, le aseguré, sintiendo los primeros leves impulsos de optimismo durante lo que pareció ser un tiempo muy largo.

-Genial-. Dijo Felicia, quien parecía tan contenta consigo misma como siempre, y me encontré preguntándome si realmente estaba disfrutando de la oportunidad de revivir las aventuras de su juventud**-. Si hemos logrado propiciar a los espíritus máquina con las oraciones y la programación correctas, abrirán fuego tan pronto como tengan un objetivo. Si no es así, tendrá que hacer que los artilleros se encarguen manualmente.**

-¿Cómo sabrán si se da ese caso?-. Pregunté, y Felicia se río, con el cálido sonido que recordaba tan bien de tantos años atrás.

-La pantalla de pictogramas se iluminará y mostrará el mensaje "*Dispare ahora*"-, me explicó-. **He recordado que siempre preferías**

un enfoque directo.

-Teniente-, llamé tranquilamente, levantando la vista-, **los magos me dicen que su gente bendijo los sistemas de ataque para que el Omnissiah mismo pueda manifestarse a través de ellos, y derribar a nuestros enemigos. No se alarme si las armas empiezan a...**

Nunca tuve la oportunidad de completar la frase, ya que el multi-láser de la torreta comenzó a disparar, pequeños truenos ahogaron cualquier conversación, incluso el aullido in crescendo de los motores de las lanzaderas que se acercaban. Por un momento pensé que el sonido resonaba en las colinas circundantes, luego me di cuenta de que el repetidor vox había hecho su trabajo a pesar de no haber completado los rezos, y los otros cinco Chimeras también habían disparado, casi simultáneamente. Alcé mi amplivisor de nuevo, intentando concentrarme en los transbordadores que se acercaban.

-¡Por el Emperador, le hemos dado a uno!-, exclamé jubiloso, y luego me correjí**-. ¡No, por lo menos han caído dos!**

Las aeronaves en los extremos a ambos lados de la formación estaban perdiendo velocidad y altitud, algo que pude comprender, puesto que los Chimeras estaban a ambos lados del valle, y los espíritus máquina, lógicos por naturaleza, simplemente habrían buscado los objetivos más cercanos. La torreta giró rápidamente, y pude ver como Grouber parecía un poco mareado, mientras los cogitadores intentaban fijar otro blanco, pero los pilotos habían reaccionado casi de inmediato, acercándose aún más a la superficie del valle de lo que los cañones de nuestras armas podían bajar. El motor del trasbordador más alejado de nosotros estaba echando humo, y parecía estar respondiendo más lentamente, pero aún seguía a sus compañeros.

-Ese aún sigue acercándose-, dijo Grouber, y me concentré en él. Parecía estar en mal estado, deslizándose de lado a medida que

llegaba, con daños evidentes. Se veían llamas en su parte inferior, y no envidiaba lo más mínimo a sus ocupantes.

-Mire a ver si puede alcanzarle de nuevo-, sugerí, y la torreta del Chimera volvió a girar, pero demasiado tarde; el transbordador lisiado pasó sobre nuestras cabezas, y por un momento nos alcanzó con la corriente descendente creada a su paso, para desaparecer por el otro lado de la cresta. Un momento después, el ruido del motor cesó, con el inconfundible sonido del impacto al chocar contra el suelo.

-¡Sagrado Emperador!-, exclamó Grouber.

Por un momento pensé que estaba reaccionando al choque, pero la dirección de su mirada estaba en la otra dirección, hacia la presa y la central hidroeléctrica junto al vasto embalse. Las naves de nuestros atacantes se estaban elevando en aquel preciso instante, una maniobra que reconocí por haber volado en transbordadores haciendo la misma maniobra, con la intención de saltar por encima del borde de la presa, usando su masa para protegerse de los disparos defensivos durante el mayor tiempo posible. Comencé a emitir una advertencia, pero no había necesidad; desde mi elevada perspectiva podía ver los skitarii de Yaitz desplegándose para hacer frente a la amenaza, seguidos de las figuras más grandes de los servidores de armas pesadas, y me encontré preguntándome cuántos de los mecanismos de combate de carne y metal habían guardado bajo el santuario. (Sin mencionar cómo explicarían su presencia a Rorkins).

-No creo que ese vaya a lograrlo, señor-, comentó Jurgen tranquilamente, como si estuviera hablando del tiempo, y volví a enfocar el amplivisor. Mi ayudante tenía razón, el transbordador lisiado estaba tratando de mantener la formación con sus compañeros, pero claramente estaba respondiendo con demasiada lentitud. Mientras los tres sin daños se elevaban por encima del borde de la presa, bajo un aluvión de fuego de los skitarii y un par de escuadras de nuestros

cadetes de tropas de asalto, el dañado aparato se estrelló en el rococemento, a pocos metros por debajo del borde, explotando en una bola de fuego tan brillante que me hizo daño en la retina**-. Con ese son dos menos-,** dijo mi ayudante, con un inconfundible tono de satisfacción.

-Esperemos que no sea allí donde…-, comencé a decir, pero justo en ese momento me interrumpió una explosión secundaria que hizo un agujero irregular en la superficie de la presa. Una de las cargas explosivas que habíamos colocado para volar la estructura si era necesario había detonado por el impacto. Aguanté la respiración, pero ninguna de las otras se activó, gracias al Emperador. Aun así, el daño ya estaba hecho. Una sección del muro de contención se derrumbó, empujada por la fuerza del agua que había detrás, para estrellarse contra la sala de turbinas en la base de la estructura, y una vasta cascada surgió a través del hueco, llenando el antiguo lecho del río más allá tan limpiamente como si alguien hubiera abierto un grifo.

-¿Alguna baja?-. Esperaba que ninguno de los nuestros se hubiera visto atrapado en la explosión o hubiera sido arrastrado. La pared de agua que se precipitaba por el suelo del valle era bastante modesta en comparación con el maremoto que habíamos desatado contra los orkos, pero no le haría ningún favor a nadie allí abajo.

-Aún no-, me tranquilizó Rorkins**-, pero hemos perdido la oportunidad de eliminarlos si aterrizan en el valle-.** Eso era cierto: dudaba que incluso Varan estuviera lo suficientemente loco como para aterrizar allí ahora, ya que la grieta en la presa era obvia incluso para el observador más estúpido. Incluso si no estaba enterado de que planeábamos destruir la presa a propósito, el peligro de que acabara cediendo por su propia voluntad era ahora bastante evidente.

Como sobraban comentarios al respecto cerramos la comunicación, pues ambos teníamos que prestar atención a otros asuntos más

apremiantes. Los transbordadores supervivientes estaban aterrizando, algo bruscamente, y las primeras tropas comenzaron a desembarcar, aprovechándose de toda la cobertura que podían encontrar para cubrirse del fulminante fuego que los skitarii y los cadetes de Rorkins estaban descargando sobre ellos. Parecían estar dando lo mejor de sí mismos; pero, desgraciadamente, nuestra propia gente estaba sufriendo un fuerte fuego de supresión por parte de los equipos de armas pesadas de los herejes, con lo cual estuvieron a punto de consolidar la cabeza de playa. Afortunadamente para nosotros, los servidores de combate del Mechanicus continuaron avanzando, absorbiendo el fuego enemigo como si de meras gotas de lluvia se tratase, y respondiéndoles con la ira de los justos.

-Caín-. La voz de Makan surgió del canal privado de mi comunicador, en una frecuencia a la que estaba seguro de que nadie más tenía acceso**-. Sparsen dice que puede sentir la presencia de psíquicos entre ellos. Parece que su suposición era correcta.**

-Entonces nuestra mejor esperanza estriba en acabar con ellos cuanto antes-, dije, al ver un movimiento cerca de la esquina del santuario principal, que resultó ser un par de escuadras de las FDP de Grouber, que habían lanzado un ataque de flanqueo. El teniente ya estaba dentro del Chimera de mando, coordinando la acción con la ayuda del equipo especializado de vox y auspex con los que contaba el vehículo, y parecía estar haciendo un trabajo razonablemente bueno, así que pensé que era mejor no interrumpirle. Estaba a punto de dar la vuelta, para comprobar el progreso de la batalla en el otro flanco, cuando vi un par de abrigos negros moviéndose con los soldados, y de nuevo activé mi comunicador**-.Nelys-,**dije**-, ¿a qué demonios cree que está jugando?**

-Apoyando a la tropa, señor-. La distancia era demasiado grande para que yo pudiera distinguir su expresión facial, pero podía imaginarme con demasiada facilidad su serio semblante con la mandibula tenazmente apretada**-. Tal y como nos ordenó.**

-Pensamos que no sería demasiado bueno para la moral si nos negábamos a acompañarlos-, intervino Kayla, apoyándole, y tuve que admitir que ambos estaban pensando como auténticos comisarios.

-Muy bien-, dije, tratando de no parecer demasiado preocupado**-. Vigilen sus espaldas y no se arriesguen demasiado-.** Al menos el buen sentido común de Kayla debería mantenerles alejados de los problemas, en la medida en que tal cosa fuera posible en el campo de batalla.

No pude observar mucho de lo que sucedió después, aunque seguía recibiendo suficiente cháchara través mi auricular como para mantenerme al tanto de cómo progresaba el combate, ya que de repente mi atención se vio atrapada por el inconfundible sonido de las armas de fuego al otro lado de la cresta de la colina.

-Debe haber algunos sobrevivientes del accidente del transbordador-, dijo Grouber, levantando la vista de su despliegue táctico, con una mirada expectante en su cara. Había otros cuatro soldados con él, como solía ser en cualquier escuadra de mando, pero la mayoría de ellos estaban ocupados manejando el auspex y el equipo de comunicaciones, trabajando a toda máquina para comunicarse con los otros elementos del pelotón, y por primera vez empecé a lamentar haber tenido que desplegar tanto a los Chimeras. La tripulación de Chimera podría perfectamente tomar sus armas de mano y salir a investigar, pero eso significaría que no podríamos movernos apresuradamente si fuera necesario, y en medio de un combate fácilmente se daría el caso.

-Pero, ¿a quién están disparando? -. Pregunté, las palmas de mis manos comenzaban a picar. Toda nuestra gente había sido desplegada dentro del valle. Activé otra vez mi comunicador en una frecuencia general**-. Si alguien está fuera de su posición asignada, informe ahora mismo.**

Nadie contestó, aunque supe por el otro canal de vox que Julien y sus novicias estaban protegiendo el santuario, donde sus bolters y sus servoarmaduras estaban resultando ser más que adecuadas contra las armas de los herejes.

-Tendremos que ir a echar un vistazo-, concluí, tratando de eliminar toda traza de reticencia de mi voz. No había nadie más para hacerse cargo, y no podía comprometer mi heroica reputación frente a Grouber, no cuando necesitaba que siguiera confiando en mí, así que en el fondo arriesgarme iba a ir en mi propio beneficio… menuda ironía del destino. En cualquier caso, como tantas otras veces me había sucedido a lo largo de mi vida, era esencial saber a qué nos enfrentamos, y el riesgo de permanecer en la ignorancia era mucho mayor que correr el riesgo de ir a averiguarlo.

Así que Jurgen y yo nos escabullimos en el crepúsculo, con el sol ya casi completamente puesto, y notando en mi mano la tranquilizadora presencia de mi pistola láser, sin olvidar el recordatorio olfativo de la proximidad de Jurgen, aún más reconfortante dado el melta que portaba. El cielo todavía era lo suficientemente claro como para ver, aunque no seguiría así por mucho tiempo, apagando los colores de todo lo que nos rodeaba a medida que las alargadas sombras se desvanecían en sombras de azul profundo.

Llegamos a la cima de la cresta con cautela, agachados a sotavento de un grupo de matorrales para que nos cubrieran, y empezamos a descender por el otro lado. El lugar del choque era obvio, llamas de color naranja intenso se elevaban hacia el púrpura firmamento, y me encontré agradecido de que el viento predominante estuviera a nuestras espaldas. Estaba seguro de que los helechos que cubrían estas laderas arderían fácilmente, pero cualquier incendio de matorrales que comenzara por los ardientes escombros se extendería en la otra dirección.

A medida que nos acercábamos, el crujido de las armas se intensificó, y empecé a ver con más claridad la escaramuza que se desarrollaba frente a nosotros. El trasbordador había chocado a mucha velocidad, desintegrándose con el impacto, pero algunos de los traidores que transportaba debieron haber sobrevivido. Estaban agrupados detrás de un enrevesado trozo de metal que parecía haber formado parte de los motores, intercambiando fuego con un grupo disperso de sombrías figuras, que parecían estar usando la oscuridad más profunda alrededor del círculo de luz creado por las llamas para ocultarse y atacarles siempre que tenían una línea de visión razonablemente buena, mientras estaban relativamente a salvo de represalias. Deslumbrados por la luz de los incendiados restos de su nave, los herejes no podían distinguir bien a sus asaltantes, que al mismo tiempo les hacía destacar como luces de feria. Mientras Jurgen y yo nos acercábamos a la infernal escena, otro de los supervivientes se echó hacia delante, tropezó un momento y se quedó quieto. Una voz femenina gritó: **-¡Le he dado a uno!**

-¡Cállate, Franka! Pueden oírte, aunque no te puedan ver-, le amonestó una voz irritada con un ronco susurro. Poco después, como para enfatizar su argumento, un disparo de un bolter se abrió paso a través de la oscuridad en la dirección de la voz de la mujer. Un segundo chillido, y un repentino sonido de alguien cayendo sobre los arbustos me indico que finalmente se había lanzado al suelo en busca de refugio, aunque el disparo había fallado, como era de prever**-. Niña estúpida-,** añadió la otra voz.

-¿Manrin?-. Pregunté en voz baja, dando la espalda al fuego para permitir que mis ojos se ajustaran a la oscuridad, confiado en que Jurgen mataría a cualquiera que fuera lo suficientemente descortés como para apuntar en nuestra dirección**-. ¿Qué demonio están haciendo aquí?**

-¿Comisario?-, preguntó el cabo, igualmente sorprendido, surgiendo poco a poco de entre las sombras a pocos metros de distancia de mí**-. Pensé que había regresado a Havendown.**

-Es una larga historia-, le dije, en un tono que dejaba claro que no habría más explicaciones en ese momento, y luego lo suavicé, inyectándole el grado justo de amabilidad**-. Además, yo pregunté primero.**

-Vimos descender la lanzadera-, explicó Manrin-, **y vinimos a investigar. Abrieron fuego en cuanto nos acercamos, así que supusimos que eran herejes-. Una inferencia razonable, ya que cualquier lealista sabría que Chilinvale aún estaba en manos Imperiales-. ¿Qué está pasando en el valle?**

Era inútil negar que algo sucedía, ya que el viento transportaba los sonidos de la batalla claramente, aparte de los ocasionalmente destellos de luz que iluminaban el cielo como fuegos artificiales de la Noche de la Conflagración.

-El enemigo está tratando de tomar el santuario del Mechanicus-, dije, aferrándome a la historia más plausible**-. Es imperativo que no lo hagan-.** Escuché por un momento las conversaciones a través de mi vox, enterándome de que dos de los transbordadores enemigos parecían estar ya en nuestras manos, y que la carga de Julien parecía haber roto el frente principal del ataque enemigo**-. Afortunadamente, parece que estamos ganando-.** Hasta que llegara la segunda oleada, claro. Miré los ardientes restos que había detrás de nosotros, y la menguante banda de herejes a cubierto en su dudoso refugio; el destacamento de la milicia estaba supliendo con entusiasmo lo que les faltaba de precisión, y no me imaginé que los asediados traidores pudieran aguantar mucho más tiempo**-. ¿Cree que podríamos atrapar a alguno de ellos con vida?-.** No es que fuéramos a obtener mucha información útil, si nuestra experiencia con los Madasanos significaba algo, pero cualquier cosa que pudiéramos averiguar sobre la fuerza principal de asalto antes de que llegara aquí sería una ventaja para nosotros.

-Buena idea, señor-, dijo Jaq, materializándose a mi lado-. **Sólo quedan un par de ellos. Carguemos contra ellos con la plata pura, señor, a los herejes les acojona eso. Se rendirán antes de que pueda decir "*El Emperador Protege*".**

Bueno, no era un gran plan, pero era el mejor que teníamos, y yo no dudaba de que podía superar a cualquier hereje con mi espada sierra, así que tras discutirlo unos instantes, el contingente del VDP comenzó a proporcionarnos fuego de cobertura mientras avanzamos hacia el frágil refugio del enemigo.

No fue una acción para recordar, pero cumplió su función, y tan pronto como estuve seguro de que la atención de nuestros objetivos estaba completamente comprometida, cargué hacia los restos en llamas, con Jurgen a mis talones. (A decir verdad, yo estaba más preocupado por recibir un tiro perdido de la milicia que de cualquier represalia de los herejes).

El calor de las llamas fue mayor de lo que esperaba, nos golpeó como una bofetada en la cara cuando empezamos a esquivar los escombros, y a los pasajeros que no habían sobrevivido al choque. Tomamos a los traidores completamente por sorpresa, un soldado con el uniforme de un perliano quedó reducido a una mancha grasienta por un disparo del melta de Jurgen, mientras que yo di buena cuenta de un Madasano al otro lado con un disparo de mi pistola láser.

Tras eso sólo quedaba un superviviente, vestido con un sucio abrigo y luciendo una faja escarlata anudada a su cintura, y que me apuntaba con una pistola láser.

Asombrado, titubeé un instante, consciente de que la indecisión podría ser mi muerte, pero incapaz de evitarlo**-. ¿Donal?-.** Pregunté, sin llegar a creer lo que veían mis ojos.

-Muerte a los sirvientes de...-, comenzó a decir, hasta que una mirada de confusión surgió en su rostro, y su mano empezó a temblar. El poderoso estallido de olor corporal de Jurgen, intensificado como siempre por las altas temperaturas, me llegó por detrás un instante antes de que lo hiciera él en persona.

-¿Comisario?, ¿qué está pasando?-, acertó a balbucear Donal, con una expresión atormentada, muy diferente al seguro semblante al que estaba tan acostumbrado, y que tan poca gracia me hacía.

-No estoy del todo seguro, muchacho-, le dije, acercándome a él, con Jurgen a mi lado, y el melta listo para disparar de nuevo en sus manos. Cuanto más nos acercábamos, más angustiado parecía estar Donal**-. Pensé que estabas muerto.**

-¡Ojalá fuera así!-, gritó Donal, con inesperada vehemencia, arrancándose el abrigo y arrojándolo a las llamas más cercanas.

Mientras ardía, soltando un humo acre con sabor a fibra quemada, pude ver que los íconos Imperiales que había en el habían sido profanados con sigilos del Caos, como el chaleco antibalas de los desertores contra los que había luchado antes.

-Todavía puedo sentir la mancha, royendo mi mente...-, Parecía estar a punto de perder la razón, así que di un paso más para acercarme a él, con Jurgen pegado a mis talones, como siempre.

-¡Comisario Donal, informe!-, le ordené, usando el tono que solía emplear en el patio durante las prácticas, y preguntándome al mismo tiempo si aquel era el enfoque correcto. Afortunadamente así fue, viejos hábitos y reflejos fuertemente aprendidos hicieron su efecto, anulando lo que fuera que había provocado un cambio tan extraño en él**-. ¿Qué pasó después de que dejamos el palacio?**

-Fue Varan-, dijo Donal, su voz sonaba como si estuviera forzando el paso a través de un bloqueo en su garganta**-. Él nos habló-.** Su cara se contorsionó, reflejando la batalla que estaba teniendo lugar en su mente, entre dos puntos de vista diametralmente opuestos**-. Sólo nos dijo que la verdad era mentira, y las mentiras se convirtieron en verdad.**

-Se ha vuelto loco, señor-, dijo Jurgen, tan incapaz como siempre de entender el sentido de una paradoja.

-No exactamente-, dije, la imagen mental de un tumor expandiéndose que se me había ocurrido en el puesto de mando regresó a mi mente con una fuerza renovada. Hasta ahora había dado por sentado que Varan tenía psíquicos entre sus seguidores, lo que muy probablemente también era verdad, pero ¿y si él mismo era un psíquico? Uno con un talento muy específico y muy peligroso... Un frío hilo de terror se enroscó alrededor de mi corazón y comenzó a oprimirlo. Si yo tenía razón, y él iba en persona camino al Valle de los Demonios, entonces no había nada que pudiese hacer para mantener el Shadowlight lejos de sus garras, cada aliado al que había podido arrastrar hasta aquí sería otro potencial recluta para la causa enemiga, lo que aumentaba sus posibilidades de éxito a unas cotas inimaginables**-. Oh, joder, que mierda-.**No pude evitar las interjecciones, antes de esforzarme en volver a prestar atención a Donal**-. ¿A qué distancia estuvo para poder afectar a tu mente? ¿Y del Gobernador?**

-Estaba en la habitación-, dijo Donal, quién a cada minuto se veía más como un paciente con fiebre cayendo en las garras del delirio.

-Entonces es de suponer que bastante cerca, metros-, sondeé, esperando una aclaración. Si necesitara estar a pocos metros para hacer su truco de feria, entonces aun teníamos una posibilidad...

-Línea de visión-, jadeó Donal, el residuo de la influencia del Señor de

la Guerra estaba evidentemente disminuyendo ante el don de Jurgen para anular los fenómenos psíquicos**-. Y al alcance del oído. Cualquiera que pueda verle y oírle...-.**Su rostro se contorsionó de nuevo**-. Llenaron el estadio de scrumball de prisioneros: FDP, civiles, todo aquel al que pudieron echar mano. En cuanto habló, nos convirtió a todos...**

Maravilloso, pensé. Todo lo que tiene que hacer es bajarse de la lanzadera, agarrar un amplificador, y todos nos pasaríamos al enemigo. Ni siquiera las posiciones de los francotiradores se librarían; estos tendrían que verlo claramente para poder disparar, y a menos que fueran sordos, los habría convertido en marionetas antes de que pudieran apretar el gatillo. Seguramente ni los tapones para los oídos ayudarían si el efecto era psíquico en lugar de físico.

Sólo quedaba una cosa por hacer, para evaluar cuán grave era la amenaza, aunque me encontré reacio a hacerlo; Donal ya había sufrido más que suficiente. Pero él era un comisario, yo mismo le había ascendido: así que entendería mejor que nadie los severos dictados del deber.

-Jurgen-, dije**-, sitúate a tres pasos del comisario Donal-.**Sin duda la mayoría de los hombres habrían mostrado cuando menos un poco de curiosidad por mi orden, pero como era habitual en mi ayudante simplemente cumplió con la instrucción.

Donal se tambaleó, su brazo comenzó a elevarse, y la pistola láser vacilaba indecisa en mi dirección**-. Muerte a... los sirvientes...-,** jadeó, y justo cuando me preguntaba si había encontrado lo que quería saber demasiado tarde, y a un precio demasiado alto, un rastro de su antigua personalidad se reafirmó**-. Lo siento, señor-,** dijo, con una pizca de aquella seguridad en sí mismo que recordaba**-, pero es demasiado fuerte para luchar contra ello durante mucho tiempo. Patéele el culo de mi parte-.**Luego se puso el cañón de su pistola láser debajo de la

barbilla y antes de que pudiera evitarlo, apretó el gatillo.

-¿Qué ha pasado?-, me preguntó Manrin, mientras Jurgen y yo volvíamos a emerger de entre los restos en llamas de la lanzadera derribada, con mis armas colgando una vez más de mi cinturón**-. ¿Los ha matado a todos?**

-Están todos muertos-, respondí, manteniendo mi voz lo más neutra posible. No tenía sentido aliviar mis sentimientos desahogándome con los milicianos**-. Pero obtuve la información que necesitaba-.** Terminé de doblar la faja que tan poco tiempo atrás le había dado a Donal, y la guardé en un bolsillo. Los sonidos de los disparos desde el otro lado de la cresta se habían detenido, parte de mi mente se percató de ello, por lo cual active mi comunicador y escuché las conversaciones por un momento. El tono general era de autocomplacencia, y después de comprobar que no había más cadetes entre las bajas, me volví hacia Manrin**-. Vuelvan a casa.**

-Disculpe, señor, pero nos gustaría ofrecernos como voluntarios para ayudar-, dijo Jaq. Antes de mi conversación con Donal, probablemente habría aceptado su ayuda, pero ahora sentía que cada cuerpo extra que se interpusiera entre Varan y el Shadowlight sería al final una ayuda extra para que él pusiera sus manos en la maldita cosa. No por primera vez, me encontré deseando que quienquiera que lo hubiera desenterrado en primer lugar hubiera tenido el sentido común de enterrarlo de nuevo.

-Su celo es apreciado, tomo buena nota de ello-, dije-, **pero esta batalla ha terminado. Sin embargo, la guerra continúa, y su lugar está en Chilinvale, defendiendo sus hogares y a sus seres queridos.**

-Muy bien, señor-, dijo Manrin, con un leve rastro de alivio, y comenzó a reunir a su gente. Poco después desaparecieron en la oscuridad, y me di cuenta por primera vez de que ya era noche cerrada. Al rato escuché el

sonido del motor de un camión que volvía a la vida, y luego se desvanecieron en dirección a la ciudad, dejándome solo con mis pensamientos mientras Jurgen y yo empezábamos a subir la ladera de la colina.

Gracias al Emperador teníamos una noche despejada, y el tenue destello de la luz de las estrellas, sumado al espectacular despliegue del cinturón de escombros llameantes, de donde emergían columnas de llamas hacia el cielo cada pocos segundos, proporcionaba iluminación más que suficiente para poder caminar. Sin embargo, nos movimos con cautela, ya que no tenía ningún deseo de torcerme un tobillo en el desigual terreno, o de tropezar con una rama o un arbusto. Avanzamos con una lentitud que en aquel momento me pareció un poco frustrante, aunque considerando lo que pasó después, no tengo ninguna duda de que salvó nuestras vidas.

Al acercarnos al borde de la cresta, un parpadeo de movimiento me llamó la atención, e hice un gesto a mi ayudante para que se quedara quieto. Algo reflejaba la luz de las estrellas, un tenue destello azul-blanco contra el metal, y sospechando que podría ser el cañón de un arma, quizás de un enemigo que huía de la batalla, o que se había escondido después del choque de la lanzadera, levanté el amplivisor para cerciorarme.

La realidad era mil veces peor. Figuras humanoides esculpidas en metal, pero que se movían con un siniestro propósito, y una gracia fluida e inhumana que de alguna manera las hacía aún más aterradoras. Caminaban sin prisa, a lo largo de la línea de la cresta, la figura que lideraba el grupo portaba un dispositivo de algún tipo, con el que barrió el valle. Las demás estaban armadas, y distinguí las inconfundibles siluetas de sus fusiles gauss listos para disparar, con el siniestro resplandor necrón que normalmente habría revelado su presencia enmascarado por una mortaja de un tejido metálico flexible.

-Necrones-, le dije a Jurgen, en un susurro apenas audible. Los temores, que había intentado desestimar durante tanto tiempo, se habían hecho reales después de todo. Después de un tiempo indeterminado, que en realidad no debió ser de más que unos pocos minutos, aunque a mí me pareció toda una vida, el autómata principal dejó de moverse, consultó el dispositivo en su mano, y luego levantó su otro brazo, apuntando en dirección al santuario**-. Y parece que acaban de encontrar el Shadowlight-.** No es que me sorprendiera mucho, la verdad, dado su dominio de la tecnología del inmaterium y la enorme cantidad de aquel tipo de energía que habíamos liberado aquella misma tarde.

-Eso no es bueno, ¿verdad, señor?-. Preguntó Jurgen, con su habitual facilidad para comentar lo obvio.

-No, no lo es-, le confirme.

El grupo de exploradores de necrones permaneció tan inmóvil como las estatuas a las que se parecían durante un momento, y luego desaparecieron, con un leve chasquido de energía y aire desplazado. Por lo visto, estábamos en la línea de meta de una carrera, esperando a ver quién llegaba primero, si el maldito loco de Varan o los mudos horrores metálicos, y como guinda estábamos nosotros justo entre el ganador y el maldito dispositivo del demonio. Se mirara como se mirara, nuestras posibilidades de sobrevivir las próximas horas habían pasado de muy escasas a nulas.



CAPÍTULO VEINTICUATRO

-Al parecer nos hemos quedado sin opciones-, dijo Rorkins observando el hololito. Había despejado el centro de mando de todos, excepto del personal de mayor rango, y los que allí estábamos éramos un grupo muy variado, en su mayor parte mirando las runas de contacto que marcaban el progreso de las fuerzas aerotransportadas de Varan, como si pudieran desviarlas sólo mediante la fuerza de la voluntad. Pero desafortunadamente no fue el caso, y según mis estimaciones caerían sobre nosotros en menos de una hora. Justo antes del amanecer, de hecho, las tácticas del Señor de la Guerra eran de lo más predecibles.

-**La evacuación es claramente imposible.**

-Sin embargo, quiero que todos reciban instrucciones claras para volver a los transbordadores en caso de que ocurra lo peor-, dije. Nunca lograríamos meter a las tropas de Grouber, a la gente de Felicia y al contingente de la Inquisición en la nave en la que habíamos llegado, junto con nuestros propios cadetes e instructores de la schola, pero el enemigo nos había proporcionado amablemente un trío de transbordadores razonablemente intactos, y los compañeros de clase de Sprie podrían pilotar un par de ellos para poner a salvo a tantas personas como lograran embutir dentro.

-¿Pero qué pasará con el Shadowlight?-. Preguntó Felicia**-. ¡Debe ser protegido a toda costa!-.** Había pensado largo y tendido en revelar el secreto de su existencia a Rorkins y Julien en el desgarrador camino de vuelta al Chimera de Grouber, durante el cual me había sobresaltado cada vez que escuchaba un sonido extraño, preguntándome si los asesinos metálicos habían regresado, y al final decidí que dadas sus previas conexiones con la Inquisición supuse que eran lo

suficientemente confiables. Además, si iban a morir en las próximas horas, por lo menos merecían saber por qué. Por el contrario Felicia y Makan no estaban nada encantados con esta decisión, como pueden imaginar, pero me pareció que si íbamos a necesitar un milagro para mantener al Shadowlight lejos de las herejes garras de Varan, entonces lo mejor sería que todos entonásemos la misma oración, si me permiten el símil.

-Le he pedido a Yaitz que instale cargas de demolición alrededor de la cámara en la que se encuentra el dispositivo-, dije**-. Si tenemos que retirarnos, podemos derrumbar todo el santuario sobre él. Volver a desenterrarlo después de eso va a ser una operación importante, lo cual debería darnos tiempo suficiente para organizar un contraataque.**

-Volar el santuario-, dijo Felicia, con un tono enfadado-. **Tal vez deberías solicitar un ataque orbital y así asegurar el trabajo.**

-Ninguna de las naves de las que Visiter dispone es lo suficientemente precisa para ello-, explicó Rorkins, aparentemente tomando el comentario en sentido literal, y la poca humanidad que quedaba en el rostro de la tecnosacerdote adoptó una expresión que habría intimidado a un orko**-. E incluso si no fuera así, tampoco podría ponerse en posición de disparo debido a la flota enemiga.**

-En cualquier caso, la Armada podrá hacerse cargo de ello tan pronto como lleguen aquí-, dijo Julien con impaciencia-. **En cualquier caso lo mejor será que nos atengamos al tema que nos preocupa, ¿les parece?**

-Se trata de un último recurso, por supuesto-, le aseguré a Felicia. Siendo realistas, no pensaba que ninguno de nosotros estaría cerca para apretar el botón, pero eso no me impediría hacer todo lo que estuviera en mi mano para estar equivocado.

-Si, si, recuerdo que volar la presa también lo era-, dijo ella bruscamente, dominando con esfuerzo su temperamento, aunque que sólo yo la conocía lo suficientemente bien como para percatarme de ello.

Afortunadamente, en ese momento parpadeó el hololito y apareció el rostro de Visiter.

-Siento interrumpir-, dijo, mirando la serie de rostros que le devolvían la mirada sorprendidos**-, pero hemos tenido otro suceso interesante.**

-¿Ha llegado la fuerza especial?-. Preguntó ansioso Rorkins, y Visiter agitó la cabeza negativamente.

-Aún no hay señales de ellos, pero estamos rastreando todas las frecuencias-. Su imagen parpadeó por un momento, y luego se estabilizó de nuevo-. **Y así es como nos dimos cuenta de esto. Hay una nave escondida en el cinturón de escombros. Sólo la hemos detectado porque han empezado a activar sus sistemas hace unos minutos.**

La imagen en el hololito parpadeó, y luego cambió, a una forma que reconocí muy bien a pesar de haber pasado más de setenta años; si aquella no era la misma nave que había borrado del espacio a la *Bendición del Omnissiah* cuando ésta se encontraba en órbita alrededor de Interitus Prime, y con tan sólo una única descarga de energía, dejándome encallado en un desolado mundo tumba rodeado de necrones, entonces sin duda era otra de la misma clase.

Visiter continuó hablando-. **Se trata de una nave de una clase desconocida (1), pero es sólo del tamaño de un escolta. Creo que podemos encargarnos de ella sin problemas.**

(1) *Según dichas grabaciones, es casi seguro que fuera un Incursor de clase Jackal.*

-¡De ninguna manera!-. Dije horrorizado, imaginando fácilmente el resultado de tal intento. Las frágiles naves de las Fuerzas Espaciales de Defensa quedarían reducidas a meros átomos de una sola salva**-. Ni siquiera piense en entrar en combate con ella.**

-Sea como sea, parece que no tendremos la oportunidad de hacerlo-, dijo Visiter, con un rastro de lamento en su voz-. **Los herejes también la han detectado. Un par de sus destructores se están moviendo para interceptarla-.** Continuó suministrando los datos tácticos, mostrando el campo estelar detrás de la nave necrón, que comenzó a moverse ligeramente mientras los augures de largo alcance se esforzaban para mantener el contacto. Un momento más tarde envió contra la primera nave hereje una descarga de zarcillos de energía parpadeante que tan vívidamente recordaba-. **Objetivo destruido-,** explicó Visiter, sonando conmocionado. Un momento después, la nave necrón volvió a disparar, y despachó con la misma facilidad la segunda nave de guerra hereje-. **Ahora se está dirigiendo hacia el resto de la flota enemiga. Aunque no sé cómo espera enfrentarse al crucero.**

-No tendrá que hacerlo-, dije. Los necrones que había visto teletransportándose debían haber ido a algún lado, y aquella nave era el destino obvio. Y si tenía un portal disforme en activo, entonces todos a bordo del *Indomable* podían darse por muertos**-. Teletransportarán tropas a su interior para abordarla.**

-¿Qué harán qué?-, comenzó a decir Visiter antes de que la comunicación se cortara y su imagen desapareciera del hololito, dejándonos una lluvia de estática. Un momento después la pantalla se reajustó, volviendo al resumen táctico que habíamos estado viendo antes de que el comodoro se pusiera en contacto con nosotros, los iconos del enemigo ominosamente más cerca de nuestra posición.

-¿Qué ha pasado?-, preguntó Julien-. **¿Aún están ahí?**

-La transmisión se ha interrumpido-, informó Felicia, después de escuchar algo por su vox interno-. **Se ha debido a una repentina y masiva descarga de energía disforme-.** Explicó dirigiéndome una ligera sonrisa-. **Esta vez no ha sido culpa nuestra.**

-Esa nave dispone de un portal disforme a bordo-, dije-. **Los necrones deben haberlo activado.**

-¿Los qué?-, preguntó Felicia desconcertada. Makan sin duda sabía de qué se trataba, al fin y al cabo pertenecía al Ordo Xenos, pero Rorkins y Julien tampoco reconocieron el nombre, aunque no es que me extrañara por ello.

-Son xenos-, dije, cortando de inmediato cualquier otra explicación a la mayor brevedad-. **He tenido algunos encuentros con ellos en el pasado, pero son muy pocos los que pueden decir lo mismo y sigan vivos. Hacen que los tiránidos parezcan en comparación casi inofensivos, y han estado infestando la galaxia durante el tiempo suficiente como para haber existido cuando se creó el Shadowlight. He visto a un grupo de exploradores en la cresta esta noche, y no creo que estén aquí para pescar en el lago.**

-Pero si es así, ¿cómo es que nunca he oído hablar de ellos?-. Preguntó Rorkins, dadas las circunstancias era una pregunta lógica.

-Porque la mayoría de las personas con las que se han encontrado están muertas-, dijo Makan-. **Parece que existen únicamente con el objetivo de matar. Ha habido rumores sobre ellos durante siglos, pero las primeras pruebas concretas de su existencia no aparecieron hasta el año 897, a raíz de un ataque a una instalación del Adeptus Sororitas.**

La cara de Julien palideció visiblemente.

-Al Santuario 101-, dijo, y Makan asintió. El nombre no significaba nada para mí, pero la expresión de la celeste estaba ahora impregnada de una justa ira**.**

-Entonces que vengan, así recibirán su justo castigo.

-Puede que tenga la oportunidad de hacerlo, o puede que no-, señalé**-, pero Varan definitivamente estará aquí antes del amanecer.**

Qué yo descartara la amenaza necrón no era ni mucho menos un comentario casual por mi parte, sobre todo dado que yo era el único presente con la más mínima idea de lo formidables que eran los guerreros metálicos, pero precisamente por ello entendí que no tenía sentido ni siquiera tratar de hacer planes para lidiar con ellos: ¿cómo puede uno defenderse de un enemigo que puede teletransportarse a voluntad al corazón de tus defensas y atravesar las murallas como si no existieran? Según mi experiencia, la única oportunidad que uno tenía contra ellos era salir por piernas y esconderse, o bien concentrar el fuego contra un autómata cada vez, con la esperanza de derribar a un número suficiente de ellos para ganar tiempo para buscar el siguiente escondite y repetir el truco, antes de que la mitad de aquellas malditas criaturas mecánicas se levantaran y volvieran a atacar. En cualquier caso, sólo tenías que esperar a que ellos dieran el primer paso. Por otra parte, Varan era un peligro claro e inminente contra el que si podíamos hacer algo, y ¡Por el Emperador que tenía la intención de hacerlo! Tenía una deuda que cobrarme.

-¿Y cree que sabe cómo rechazarle?-, preguntó Felicia.

-Tengo una idea al respecto-, admití**-. Pero no creo que le vaya a**

gustar-.Y en eso no me equivocaba, tal y como estalló una tormenta de protestas por parte de todos los presentes tan pronto como expresé mi idea en voz alta, pero como la horda del Señor de la Guerra estaría sobre nosotros en media hora, y nadie pudo proponer una alternativa mejor, a pesar de mi ferviente deseo de que alguien lo hiciera, así que simplemente mi propuesta era la única opción a seguir. Suspirando, caminé hasta la unidad vox más cercana, a pesar de los malditos cables que como de costumbre trataban de atrapar mis botas, y miré a los diales**-. ¿Alguien sabe qué frecuencia está usando el enemigo?-,** pregunté.

-Yo la conozco, déjeme a mí-. Felicia se levantó, sin duda feliz de haber encontrado algún tipo de actividad que realizar, y jugueteó con los diales por un momento**-. Inténtelo ahora.**

Una voz sorprendentemente tranquila y profesional resonó en la sala, pidiendo una actualización del estado de preparación de una unidad que, según la última lista de las FDP de Perlia que había visto, debería haber estado vigilando el palacio del Gobernador, pero que ahora evidentemente pertenecía al resto del hechizado ejército de Varan.

Cogí el micrófono, y vacilé, mientras un millón de dudas saltaban para atormentarme, obligándome a luchar contra ellas haciendo acopio de toda mi resolución.

Sintiendo como si mi lengua estuviera cubierta de ceniza, empecé a transmitir.

-Aquí el comisario Ciaphas Caín-, dije-, **para el Señor de la Guerra Varan, solicitando una reunión personal para discutir los términos de la rendición.**



-Aquí llegan, señor-, dijo Jurgen, que esperaba de pie a mi lado, mientras el trasbordador personal de Varan rodeaba el techo del santuario del Mechanicus como un ave rapaz preparándose para atacar. Parecía la misma en la que le había visto desembarcar en los jardines del palacio del Gobernador y, sabiendo lo que sabía ahora, recé una silenciosa oración de agradecimiento al Emperador por haberme mantenido lo suficientemente lejos como para haber escapado de la insidiosa influencia de la voz de aquel hereje. No es que yo esperara que Su Divina Majestad me escuchara, pero nunca se sabe, y dado lo probable que era que acabara en presencia de Él en persona a no mucho tardar, probablemente no estaría de más hacerle un poco la pelota mientras tuviera la oportunidad.

Miré hacia abajo desde nuestra posición, donde los primeros rayos del sol naciente comenzaban a iluminar el cielo grisáceo, luchando contra el impulso infantil de saludar a Rorkins y a los demás, que todavía estaban ocultos en las sombras; en apoyo de la mascarada en la que estábamos inmersos, toda nuestra gente estaba de pie en la plaza en formación, con los Chimeras de Grouber estacionados ordenadamente frente a los transbordadores. Mis cadetes iban de acá para allá ostentosamente, aparentando acosar a los holgazanes, mientras identificaban discretamente los lugares de desembarco de las naves enemigas y observaban el despliegue de las tropas que desembarcaban.

Nuestra pantomima de cooperación no tenía por objeto tan sólo alimentar el ego de Varan, algo que había decidido a partir de las grabaciones de los pictogramas que había visto donde, evidentemente, éste no podría resistir el prestigio de aparecer ante el mejor Héroe del Imperio en persona, sino que también evitó que el enemigo se acercara demasiado al santuario propiamente dicho. Por supuesto, la mayoría de los soldados del Caos no se percataron de ello, y hubieran estado más que felices de aterrizar sobre nuestras tropas, incinerándolas en el

proceso con sus propulsores de aterrizaje, de hecho yo había tenido algunos momentos de ansiedad cuando comenzó el asalto aéreo, pero al final resultó que había captado el espíritu de mi objetivo; y fiel a mis deducciones sobre sus métodos, Varan no estaba dispuesto a negarse a sí mismo sumar otro contingente de títeres de carne para engrosar su creciente ejército.

-La lanzadera dieciocho acaba de aterrizar-, murmuró Kayla en mi auricular**-. Doscientos metros colina abajo, a treinta grados del monolito-.** A falta de otro punto de referencia claro, todo estaba siendo identificado por su ángulo y distancia del obelisco, pues este era claramente visible. Su voz adquirió un matiz de repugnancia-. **Lleva más mutantes, docenas de ellos.**

-Entendido-, la respondí. Aquel era el último de los transbordadores, aparte del transporte personal del Señor de la Guerra, que nos sobrevolaba de nuevo perezosamente, claramente con la intención de hacernos esperar para enfatizar quién estaba al mando. Eso me venía bien; dejemos que el hijo de un mutante podrido de viruela disfrutara de su pequeño regodeo mientras pudiera. Cuanto más en control de la situación pensara que tenía, mayor sería la ostia cuando la realidad le golpeara**-. Silencio de Vox hasta que yo dé la orden-.** Uno de los pequeños puntos negros que había debajo de nosotros asintió con la cabeza, y me volví hacia Jurgen**-. ¿Estás listo para esto?-,** le pregunté.

-Por supuesto, señor-, contestó, aunque nunca esperé una respuesta diferente. Había estado listo y dispuesto, a su un tanto idiosincrásica manera, desde el día en que lo conocí en Desolatia, décadas atrás. Nunca había sabido que su don nos fallara, ni siquiera contra los demonios, así que no esperaba demasiados problemas de un pequeño psíquico con una cómica barba, pero uno nunca podía estar seguro: y siempre era lo inesperado lo que te podía matar.

-Entonces creo que podemos ponernos en marcha-, le dije,

envidiándole su tranquila convicción de que todo saldría bien porque yo lo tenía todo bajo control. Aquella era una convicción que deseé al Trono compartir. En cualquier caso, una vida entera de práctica en el arte del engaño y la conspiración fue la preparación perfecta para este momento, y mi conducta, al menos en apariencia, fue tranquila cuando el transbordador de Varan aterrizó en la superficie del techo de rococemento de la vasta estructura del templo donde estábamos esperándole. (Una estructura que traté de no recordar podría reducirse en un instante a una enorme pila de escombros si Yaitz había hecho su trabajo correctamente). Parpadeé para protegerme del polvo que se había levantado debido a los propulsores de aterrizaje y ajusté mi gorra, tratando de lucir tan digno como lo exigía la ocasión.

Al cabo de un momento, los motores se apagaron y se desplegó la rampa de embarque. Las sombras se movían en el compartimento de más allá, al igual que había sucedido en el jardín de Trevellyan, y me encontré tenso cuando el Señor de la Guerra apareció en la parte superior. Evidentemente se había vestido para la ocasión, con su capa de marta adornada con una cantidad ridícula de cordones dorados, y la chaqueta carmesí que llevaba debajo casi igual de cuajada de medallas y pantalones rojos, ribeteados en plata, rematando el conjunto con un sombrero de ala ancha del que sobresalía una pluma de color blanco puro en lo que, sin duda, él consideraba un ángulo gallardo.

Sin embargo, lo que realmente me sorprendió fue ver por primera vez a sus acompañantes. Mientras los dos guardaespaldas que le flanqueaban bajaban por la rampa, en perfecta sintonía, hice todo lo que pude para ahogar un grito de asombro. Las enormes figuras que había tomado como Marines Traidores cuando las había visto desde lejos vestían armaduras del Adeptus Sororitas, decoradas con la flor de lys cruelmente deformada con runas del Caos, y las brillantes viseras de sus cascos clavadas en mi dirección. Recordando mi incredulidad ante el relato de Orelius sobre la caída del convento de Madasa en menos de una hora, tomé nota de que le debía una disculpa al comerciante independiente la próxima vez que coincidiéramos. Si el poder de Varan podía superar la fe incluso de las guerreras más devotas del Emperador,

entonces pudiera ser que yo hubiera corrido el serio peligro de subestimarle.

Cuando el pequeño grupo llegó a la parte inferior de la rampa, Varan levantó una mano y las hermanas corruptas se quedaron totalmente inmóviles, como servidores a los que hubieran desconectado. Me sonrió afablemente, y se quitó la capa de sus hombros, tirándola hacia atrás sin mirar; una de las guardias la cogió al vuelo, con los servos de su armadura gimiendo mientras lo hacía, y luego se congeló de nuevo en una vigilante inmovilidad, aunque observé que su otra mano se aferraba con facilidad a su bolter.

Tampoco yo me moví ni hablé. El gesto teatral reforzó la opinión que me había formado al verle por primera vez los archivos pictográficos que Nelys había confiscado a los prisioneros Madasanos, y que me había llevado a formular aqulla tremendamente desesperada estrategia; que Varan estaba desmesuradamente encariñado con las presentaciones dramáticas, y nunca se cansaba de recordarles a todos el hecho de que él tenía el control. En otras palabras, el clásico patrón de comportamiento de alguien lleno de inseguridades, que no era de extrañar si tenemos en cuenta la naturaleza inconstante de los dones que los Poderes Oscuros concedían a sus seguidores, así como la perpetua lucha por el dominio entre las innumerables facciones que formaban los ejércitos del Caos.

-Comisario. Por fin nos encontramos-, dijo Varan, y me estremecí, esperando a medias sentir que mi cerebro se me escurría por los oídos, pero por lo que podía sentir, yo seguía siendo el mismo de siempre, y mi nariz me confirmaba lo mismo de Jurgen. Ahora que el extraordinario talento de mi ayudante nos estaba protegiendo como yo esperaba, empecé a relajarme. El Señor de la Guerra saludó a un ciber-cráneo, que salió de algún lugar de la lanzadera, y comenzó a revolotear a nuestro alrededor. Por un momento volví a ponerme tenso, temiendo que hubiera visto a través de nuestro estratagema y estuviera anticipando algún tipo de ataque, pero a medida que se acercaba pude ver que no

llevaba nada más mortal que un pictograbador.

-¿Le importa si grabamos estas negociaciones? Creo que los ciudadanos de Perlia las encontrarán muy esclarecedoras.

-Por supuesto-, acepté, tan afablemente como pude. Aquello era una auténtica ventaja extra, aunque supongo que debería haberlo previsto. Alguien como Varan no podría disfrutar realmente de su triunfo a menos que lo difundiera lo suficiente como para que sus aduladores lo felicitaran, y el valor propagandístico de transmitir aquellas imágenes al resto del planeta mostrando como el legendario Liberador se inclinaba ante él tendría un valor incalculable. La moral de los leales se derrumbaría como una pompa de jabón pinchada**-. Aunque estoy seguro de que ya han tenido más que suficiente con la última pictograbación que hice.**

-Sin duda-, dijo Varan, aparentemente molesto por lo que entendía como una salida por mi parte del guion que tenía en su cabeza. Bueno, iba a estar mucho más molesto en breve así que mejor que se fuera acostumbrando a ello**-. Estoy seguro de que su rendición será una visión mucho más agradable.**

-¿Mi rendición?-. Pregunté, y luego estalle en una sonora risa, que fue lo suficientemente genuina como para hacer que su cara se volviera púrpura de furia**-. Me temo que ha habido un pequeño malentendido. Le he convocado aquí para aceptar SU rendición.**

-¿Qué usted me ha convocado a mí?-. Por un momento su indignación e incredulidad fue tan abrumadora que nunca se le pasó por la cabeza preguntarse por qué su poder no funcionaba**-. ¿Quién demonios te crees que eres para darme órdenes, soldadito?**

-Mi nombre es Ciaphas Caín-, dije con franqueza, y sin escatimar

esfuerzos teatrales en beneficio del pictograbador**-, y soy un comisario imperial. Es mi trabajo-.** Un parpadeo de duda empezaba a aparecer en los ojos de Varan, cuando lentamente se dio cuenta de que yo no estaba bajo su control**. -Ríndase ahora o muera, usted elige, a mí me da lo mismo.**

-¡Mátadlo!-. Ordenó Varan, haciendo un gesto a sus guardaespaldas, y yo me puse tenso cuando comenzaron a alzar sus bolters, apuntando en mi dirección. Sólo tenía una oportunidad de sobrevivir, y la tomé, corriendo tan rápido como pude hacia el pequeño estrado al pie de la rampa de embarque del transbordador, con Jurgen a mis talones como siempre.

-Tomaré eso como un no-, dije, sacando mis armas y esperando que pudiéramos acortar la distancia en el tiempo que teníamos disponible. Afortunadamente pudimos, y los bolters que nos apuntaban empezaron a vacilar, tal como lo había hecho la pistola láser de Donal cuando se encontraba bajo la influencia del don de Jurgen.

-Quédese cerca de las hermanas-, le dije a mi ayudante.

-Delo por hecho, señor-, me confirmó, deslizando la correa de su arma de fuego de su hombro. El melta habría sido mucho más útil si las renegadas de las Sororitas se hubiesen vuelto contra nosotros después de todo, pero su presencia habría socavado la pretensión de rendición, mientras que un Guardia no se habría separado de su fusil láser más que de su propio brazo; ver a Jurgen sin el habría parecido igualmente incongruente, y quizás hubiera puesto sobre aviso a Varan de que estaba cayendo en una trampa.

Cuando Jurgen llegó hasta ellas, las dos mujeres empezaron a gritar, el sonido se amplificó horriblemente por las unidades vox que llevaban en sus cascos, temblando como si ambos trajes se hubieran electrificado de repente. Donal había encontrado el shock psíquico de ser

repentinamente liberado de la esclavitud de Varan lo suficientemente traumático después de haber estado bajo ella por no más de un par de días, y era una mente joven y flexible; la repentina comprensión de lo que les había pasado, y de lo que habían estado haciendo durante los últimos meses, debía haber enloquecido instantáneamente a las desafortunadas hermanas.

Para mi asombro, Varan cargó contra mí, gritando casi tan fuerte como sus víctimas aunque en su caso lo hacía de pura rabia y frustración, y me recordé una vez más de que no debía subestimarlo. Las garras aparecieron en la punta de sus dedos, rasgando sus guantes de terciopelo, mientras conseguí dispararle un par de veces al pecho. Por un momento, mientras se tambaleaba hacia atrás, me atreví a pensar que después de todo había terminado con él con rapidez, pero volvió a levantarse casi de inmediato, con una sonrisa de pura malicia en su rostro.

-No te esperabas esto, ¿verdad?-, se regocijó, saltando hacia mí como un hormagante. Me aparté justo a tiempo, aunque sus garras rasgaron mi gaban, y le golpeé en la espalda con el filo de mi espada. En lugar de morder carne, como había previsto, los dientes gimieron al encontrarse con una superficie más dura que la ceramita, y bajo los restos de su camisa vislumbré una capa de escamas. Incluso si debía su estatus entre la horda de los condenados de Abaddon a sus trucos de control mental más que a la fuerza bruta y la ferocidad frente a los más grandes Señores de la Guerra del Caos, estaba claro que no iba a ser el pusilánime que su diminuta estatura me había llevado a esperar.

Tuve tiempo de recuperar el equilibrio antes de que volviera a atacarme, y aquella vez apunté a su cuello, con la esperanza de separar su cabeza de sus hombros, pero él se anticipó a mi ataque, y lo bloqueó con su antebrazo, que resultó estar tan formidablemente acorazado como su torso. Me lanzó un nuevo golpe, y logré esquivarlo justo a tiempo, sintiendo que sus garras se enganchaban por un momento en la coraza oculta bajo mi gaban. Si yo no hubiera tenido la previsión de ponérmelo,

casi con toda seguridad me habría destripado de un solo golpe. Comencé a darme cuenta de que rara vez me había enfrentado a un oponente tan mortal en combate singular, y a menos que se me ocurriera algo pronto, él podría derrotarme.

-¡No puedo disparar, señor!-, gritó Jurgen, tratando de apuntar con su fusil láser**-. ¡Está usted demasiado cerca!-.**Aunque pensé que eso tampoco le haría mucho daño, pues Varan probablemente resistiría los disparos láser de Jurgen tan fácilmente como lo había hecho con los de mi pistola. Los bolters que las Sororitas corruptas portaban podrían ser suficientes para hacer el trabajo, pero incluso si pudiera arrancarlos de las garras de unas lunáticas con servoarmadura inmersas en un episodio psicótico, serían demasiado pesados y difíciles de manejar para que mi ayudante pudiera emplearlos.

De repente, aquello dejó de ser una opción. Pareciendo recuperar por fin un vestigio de su antiguo ser, las dos mujeres dejaron de aullar, tan repentina y completamente como si sus unidades vox acabaran de quemarse, y comenzaron a correr. Antes de que Jurgen o yo pudiéramos reaccionar, aunque sólo el Emperador sabe lo que cualquiera de nosotros podría haber hecho para detenerlas, llegaron al borde del techo y se lanzaron al vacío, derribando en el proceso la balaustrada y desapareciendo. Poco después, un leve estruendo, como si alguien dejara caer al suelo un puñado de cucharas de té, resonó en toda la plaza.

Mientras seguía cediendo terreno ante los frenéticos ataques de Varan, esquivando y parando frenéticamente, sólo los reflejos de duelista impidieron que me eviscerara, cuando el germen de una idea comenzó a formarse en mi interior. Retrocediendo tan cerca como me atreví a al borde de la terraza, bajé la guardia intencionadamente por una fracción de segundo, como si estuviera dudando en lanzar o no un contragolpe, y Varan se lo tragó. Gritando triunfalmente, más animal que hombre, se lanzó hacia delante, con la intención de cortarme en pedazos.

Sin embargo, en el último instante me aparté de su camino, dejando que su impulso lo lanzara al vacío. De repente, al darse cuenta del peligro en el que se encontraba, el pequeño mutante rabioso trató de cambiar de dirección, para contrarrestar su precipitado movimiento, y casi lo logra; sin duda habría tenido éxito si yo no hubiera estado allí para darle un pequeño empujoncito.

-El Comisario Donal le manda saludos-, gruñí, y le di una sonora patada en su trasero, lanzándolo directamente al fondo con un golpe que adormeció mi pierna. Con los brazos agitándose, el autonombrado invencible Señor de la Guerra sobrepasó el borde del techo, gritando aterrorizado mientras caía, hasta que sus gritos cesaron con el abrupto sonido de con un fuerte golpe.

Me asomé al ejército que los rodeaba, esperando contra toda lógica que se retiraran, liberados de la locura que los aprisionaba por la desaparición de su líder, pero desgraciadamente la vida no es un cuento de hadas donde el hechizo se rompe con la muerte del malvado hechicero. En vez de eso, un aullido de ira resonó desde las colinas circundantes, y empezaron a cargar hacia nosotros.

Bueno, eso era más o menos lo que esperábamos, y habíamos establecido nuestros planes en consecuencia. Los Chimeras de Grouber dispararon al unísono, apoyados por las modificaciones de Felicia que continuaron funcionando como si el Omnissiah mismo estuviera tomando un interés personal en nosotros, y la primera fila de la horda se desintegró, los supervivientes se dispersaron para atacar donde pudieran. Nuestra propia gente también se desplegó, tomando las posiciones defensivas que se les había ordenado cubrir, y se prepararon para enfrentarse al enemigo.

-Vamos, Jurgen-, dije, con una última mirada de aprensión al trasbordador de Varan, aunque nadie salió a retarnos **(1)**, y nos dirigimos a las escaleras a la carrera**-. Creo que es hora de ir a otro lugar.**

(1) *Cuando los equipos de limpieza llegaron al santuario, encontraron el cuerpo del piloto todavía sentado en la cabina del transbordador; parece que Varan había instruido al desafortunado hombre para que esperara su regreso, y que simplemente se había muerto de hambre frente a los controles.*

Salimos de la tranquilidad del santuario para encontrarnos con una escena de confusión y carnicería, que me recordó con demasiada fuerza la desesperada batalla que había librado aquí mismo décadas atrás, hasta el punto de que los acontecimientos del pasado se entremezclaron con las mortíferas realidades del presente, y me encontré a punto de llamar a Sautine para ordenarle poner sus tanques en posición antes de recordar que había muerto de vieja años atras.

-¡Comisario!-, Nelys apareció a mi lado, sujetando a Stebbins, que sangraba profusamente por una herida en el cuero cabelludo, y cuya mano izquierda era una ruina destrozada**-. Están entrando por la esquina suroeste.**

-¡Entonces vuelva allí y deténgalos!-. Le ordené. Escuché por un momento las confusas conversaciones de vox, aislando la información que quería e intervine-. **Frister, lleve a los cadetes de los Arbites al suroeste y resista todo lo que pueda. Nelys está en camino, con los refuerzos que pueda reunir.**

-Sí, señor-. Nelys se apresuró a salir, recogiendo una banda de soldados heridos que aún podían levantar un fusil láser y caminar, y me volví hacia Stebbins.

-Que le venden las heridas y preséntese al comandante Rorkins-. Incluso si no podía luchar, podría operar una vox o un auspex, dejando libre a un hombre sano para unirse a la batalla.

-Enseguida, comisario-. Se tambaleó, y a pesar de la urgencia de

seguir, me dirigí hacia el perímetro. Todos estábamos luchando por nuestras vidas ahora, y yo necesitaba ver por mí mismo lo mal que se estaban poniendo las cosas.

Las Chimeras disparaban continuamente, matando al enemigo en gran número, pero era como hacer agujeros en el agua; los huecos en sus líneas se llenaban de nuevo casi de inmediato, avanzando de una cobertura a otra, y cada cuerpo que caía proporcionaba un poco más de protección a los camaradas que seguían combatiendo. Uno de los VCI estalló en una bola de fuego mientras yo observaba, golpeado por un cohete disparado desde un lanzador portátil, y los hombres de Grouber tomaron represalias de inmediato, saturando el matorral del que había salido el misil con fuego de armas ligeras. Aquella amenaza había sido neutralizada, pero había muchas más por venir; un silbido penetrante precedió a una serie de explosiones detrás de mí, cerca del propio templo.

-¡Que alguien se encargue de esos morteros!-. Exclamé, y un momento después recibí la voz de Kayla a través de mi comunicador.

-Están protegidos detrás de los transbordadores nueve y doce, comisario. No tenemos nada que pueda alcanzarles.

-¡Maldita sea!-. Dije sentidamente, y cambié de frecuencia-. **Sprie, si usted y sus amigos han terminado de mirar sus nuevos juguetes, este sería un buen momento para ver si vuelan.**

-Ya estoy en ello, comisario-, me aseguró el cadete pelirrojo-. **Nuestra lanzadera está preparada y lista, y tendremos dos de las que capturamos en marcha en unos diez minutos.**

-Mejor si puede ser antes-, dije, esforzándome por mostrarme calmado. En diez minutos pudiera ser que el enemigo ya hubiera rebasado

nuestras defensas.

Yaitz y sus skitarii, algo disminuidos en número según me pareció, pasaron corriendo, seguidos de un par de servidores, y volvieron a desaparecer en la confusión.

-Rorkins, prepárense para evacuar.

Felicia no estaría muy contenta si volábamos el edificio, pero empezaba a parecer que no íbamos a poder elegir. El enemigo estaba avanzando, acabando con nuestras defensas con cantidades cada vez mayores de fuego, y estaría en posición de hacer un asalto final en cualquier momento. De hecho, si se tratara de las típicas fuerzas del Caos en lugar de estar usando la cabeza como soldados de verdad, probablemente ya habrían empezado tal asalto, lo que al menos nos habría permitido reducir un poco su número mientras cargaban contra nuestras armas.

-Recibido-, me respondió Rorkins, que no sonaba nada contento, aunque él tenía a su disposición un terminal donde observar la situación táctica, con lo cual debía saber a la perfección lo mal que estábamos en aquel momento, que era algo que yo no estaba seguro de querer saber.

-Aquí vienen-, me informó Nelys a través de mi vox, y el fuego se intensificó en nuestro perímetro suroeste.

-Estamos en camino-, respondió la voz de Julien, y me di cuenta del estruendo de las botas blindadas que salpicaban de chispas los azulejos de cerámica del mosaico del suelo. Miré a mi alrededor para verla a ella y a sus novicias, y ella me sonrió, con la luz del fervor religioso en sus ojos**-. ¿Te vas a perder la diversión, Caín?**

Maldiciendo interiormente, pues no había forma de rechazar tal

proposición en público, asentí con la cabeza, con gesto indiferente**-. Las damas primero-,** le contesté, acompañando mis palabras con un gesto de la mano y una caballerosa reverencia, como si fuera una broma.

La situación en el perímetro era aún peor de lo que había imaginado. El enemigo ya se había abierto paso, a juzgar por el número de cadáveres con uniformes profanados de las FDP esparcidos por todas partes, sólo para ser rechazados por los defensores a un coste considerable; Stebbins había sido uno de los afortunados, eso estaba claro, ya que demasiados de sus hombres no lo habían conseguido. Nelys y Frister levantaron la vista mientras me acercaba con Julien y sus novicias, con idénticas expresiones de alivio, y la variada colección de cadetes de los arbites, regulares de las FDP y skitarii que les acompañaban también pareció animarse, con su injustificado y repentino optimismo no disminuido por la continua avalancha de fuego de mortero que estallaba a nuestras espaldas.

Llegar a los transbordadores no iba a ser fácil, pero aquel sería un problema con el que más tarde lidiaríamos; en aquel momento sólo teníamos que aguantar los siguientes minutos y rechazar el siguiente asalto enemigo con la suficiente contundencia como para que se lo pensaran dos veces antes de volver a intentarlo y así ganar algo de tiempo para retirarnos.

-Aquí vienen-, dijo Yaitz, pues sus ojos augméticos le proporcionaban una visión más clara que el resto de nosotros, e hizo un gesto a los servidores armados.

Estos abrieron fuego de inmediato, mientras el resto de nosotros nos acurrucábamos detrás de la improvisada barricada que, evidentemente, había sido construida a partir de los materiales sacados de los almacenes para dar cabida al puesto de mando de Rorkins.

Un segundo después, más o menos, ambos edificios se quedaron en

silencio, casi destrozados por una ventisca de fuego, y mi corazón se quedó helado. Levanté mi cabeza sobre el parapeto tanto como me atreví, que no fue mucho como deben suponer, rezando para que no viera lo que en el fondo esperaba ver, y me quede tan decepcionado como esperaba. Una sólida oleada de corruptas Hermanas Sororitas avanzaban hacia nuestra posición, al menos tres escuadras completas saliendo de la penumbra del amanecer, y yo sabía que no teníamos ninguna esperanza de detenerlas. Llegados a aquel punto, dudaba que pudiéramos siquiera frenar su avance.

-Estamos detectando otra lectura de energía disforme-, me informó Felicia a través de mi auricular, sonando desconcertada en vez de alarmada, y volví a mirar por encima de la barricada, demasiado aterrorizado para apartar los ojos, a pesar del obvio riesgo de que me volaran la cabeza.

-¿Qué es eso?-, preguntó Yaitz, mientras un trío de vastas y afiladas estructuras se materializaban de la nada, justo en medio de las huestes enemigas.

Las fuerzas del Caos vacilaron, sin duda preguntándose lo mismo, y luego se detuvieron, mientras arcos de voraz energía surgían de los monolitos, haciendo añicos el más cercano de los transbordadores. Las hermanas atacantes se detuvieron, girándose para enfrentarse a la nueva amenaza, claramente desconcertadas, de una manera que a buen seguro no habrían hecho si hubieran estado en sus cabales, y luego empezaron a disparar hacia algo en su propia retaguardia.

-Algo peor-, dije, activando mi comunicador y transmitiendo en todas las frecuencias**-. Caín a todas las unidades. Retírense ahora mismo hacia los transbordadores-.** A lo lejos brillaron unos destellos con el ominoso resplandor verde necrón, mientras siniestras figuras metálicas avanzaban sin prisa hacia nosotros, aniquilando a las corruptas Sororitas que se interponían en su camino.

-Nuestras órdenes son defender el Shadowlight-, dijo Yaitz.

-Contra Varan-, repliqué**-. No podemos enfrentarnos a esas criaturas. Si lo intentamos, moriremos, y aun así se apoderarán de él-.** Las Sororitas renegadas rompieron filas, tratando de huir, aunque no llegaron muy lejos; señalé a una de ellas, atrapada en el rayo de un fusil gauss, gritando mientras se desvanecía como el humo de una vela apagada**-. Nuestra única esperanza es huir a los transbordadores y enterrarlo con las cargas de demolición.**

Más allá del perímetro, mirara allá donde mirara, forzando mis ojos para ver los horribles detalles a través de la oscuridad, la historia era la misma: brillantes asesinos del metal golpeaban al enemigo con un despreocupado desprecio, aún más escalofriante al carecer totalmente de emoción alguna.

La mayoría de las razas sintientes entran en combate con una mezcla de miedo y alegría, pero los necrones simplemente mataban porque esa era la función que tenían programada. Al menos habían acabado con los morteros por nosotros, y eso nos permitiría llegar a los transbordadores de una pieza.

Yaitz y Julien se miraron, una pregunta tácita flotó en el aire entre ellos; ninguno estaba sujeto a mi autoridad, y si uno elegía quedarse y luchar, yo estaba seguro de que el otro también lo haría.

-¡Ya han oído al comisario! ¡Muévanse! -, gritó Nelys, y sus pupilos cumplieron la orden con entusiasmo, corriendo hacia los transbordadores tal y como yo les había instruido, Frister y los cadetes de los arbites les pisaron los talones. Cuando Jurgen y yo le seguimos, Julien, Yaitz, los skitarii y las novicias nos imitaron.

Mi principal temor al despegar era que hubiéramos perdido demasiado tiempo, y que los flotantes monolitos nos derribaran mientras avanzaban inexorablemente hacia el santuario, a la par de las abominaciones andantes que los rodeaban, pero o bien seguíamos fuera de su alcance, o simplemente estaban demasiado obsesionados con su objetivo como para preocuparse de que nadie se interpusiera entre ellos y el santuario **(2)**. Sobrevolamos el valle un par de veces, manteniéndonos alejados de los monolitos, hasta que la vanguardia del ejército de necron entró dentro del santuario, y yo di la señal.

(2) *Más probablemente lo primero, ya que considerando lo poco que entendemos sobre la motivación de los necrones, parece poco probable que dejaran a nadie con vida si podían evitarlo.*

-Felicia-, le dije-. **Lo siento en el alma, pero hay que destruirlo.**

-Lo sé-. Para ser una tecnosacerdote, permitió que una sorprendente cantidad de emoción se filtrara en su voz**-. Es la única alternativa lógica-.**E hizo una larga pausa.

-Felicia-, dije, con todo el tacto que pude-, **¡aprieta el jodido botón!**

-Ya lo he hecho-, dijo sombríamente-. **Varias veces. La señal está siendo interferida. No podemos detonar las cargas.**

Sobrevolamos el lugar sin rumbo durante unos minutos más, incapaces de intervenir, pero reacios a partir; luego, como yo esperaba, todo el ejército necrón se tornó tan insustancial como una neblina, y desapareció por completo, dejando tan sólo el devastado paisaje donde la fuerza de invasión de Varan había sido literalmente borrada del mapa, hasta el último rastro de su paso.

-¿Qué ha pasado?-. Preguntó Sprie, levantando la vista de su consola

por un momento, con expresión tanto sorprendida como aturdida.

-Consiguieron lo que vinieron a buscar-, le expliqué con tristeza.

NOTA EDITORIAL:

La versión oficial de estos acontecimientos es lo suficientemente conocida como para necesitar aclaración alguna, pero en cualquier caso el siguiente extracto resume lo sucedido tan bien como cualquier otro.

Extracto de *“En la Noche Más Oscura: Evaluación de las Guerras del Milenio”*, de Ayjaepi Clothier, 127.M42.

El duelo del Comisario Caín con el Señor de la Guerra Varan, propició un giro de los acontecimientos tan melodramático que sería difícil de creer si no fuera por la famosa grabación de la escena, que marcó el final efectivo de la invasión de Perlia por el Caos. Desmoralizado, el ejército que Varan había construido a su alrededor se desintegró en guerras intestinas mientras sus comandantes se mataban entre sí para asumir el liderazgo, logrando tan sólo privarse de cualquier fuerza que valiera la pena dirigir; los restos destrozados fueron fácilmente superados y borrados de la faz de Perlia por las fuerzas leales de las FDP, que no vacilaron ni un segundo en llevar la justa venganza del Emperador a los traidores supervivientes.

La fortuita llegada de una fuerza naval, enviada en respuesta a una llamada de socorro transmitida al comienzo de la invasión, dio cuenta de los cruceros enemigos que aún estaban en órbita, y todos ellos fueron destruidos en un único y bien coordinado ataque.



CAPÍTULO VEINTICINCO

-¿Y así es como encontraste la cámara cuando regresaste?-, me preguntó Amberley. Asentí, mientras ella caminaba alrededor del pedestal en el que una vez estuvo el zócalo de cristal y el Shadowlight, entrecerrando sus claros ojos azules, como si al mirarlo desde un ángulo diferente, pudiera hacer reaparecer el antiguo artefacto.

-Pensamos que era mejor sellar la habitación hasta tu llegada-, dije con la mayor calma posible. Ciertamente había hecho todo lo posible para llevar a cabo el imposible encargo que Orelius había puesto en mi regazo, pero no estaba seguro de que Amberley lo viera de esa manera.

-Muy prudente-, dijo, apartándose un mechón de pelo rubio de la frente. Entonces, para mi alivio, la familiar sonrisa traviesa apareció en su rostro**-. Aunque creo que simplemente la hemos cagado a base de bien.**

-Al menos Varan no se apoderó de el-, le recordé.

-No, es verdad, y eso ya es algo-, me dijo Amberley-. Aunque no puedo evitar preguntarme por qué los necrones también lo querían tan desesperadamente-. Un tenue gesto de preocupación se deslizó por su cara-. **De lo único que podemos estar seguros es de qué no será para nada bueno.**

-Creo que le tenían miedo-, dije. Había tenido mucho tiempo para pensar en el asunto en las semanas siguientes a la batalla en el santuario, mientras cazábamos a los últimos conversos de Varan, la confirmación formal de los cadetes supervivientes como comisarios de

pleno derecho y esquivar a los medios de comunicación perlianos en la medida en que eso me era posible**-. Son tan viejos como los xenos que lo construyeron; tal vez eran aliados suyos, o esos Katarn con los que estaban peleando, o tal vez quedaron atrapados en el medio. En cualquier caso, estaban lo suficientemente preocupados como para dejar a algunos observadores en estasis, esperando el día en que los antiguos pudieran regresar, o alguien más descubriera cómo activar su tecnología y revelar su posición.**

-La cámara del asteroide que pensaste que podría ser una tumba necrón-, Confirmó Amberley asintiendo pensativamente-. **En ausencia de una luna, ese era el lugar más probable desde donde podían observar el planeta.**

-Fue tan sólo mala suerte que los mineros descubrieran la cámara-, continué-. **Los necrones revivieron, y detectaron el Shadowlight, pero debido a que estaba escudado aquí abajo, no pudieron localizarlo. Así que llamaron a una nave para pedir refuerzos, y empezaron a buscar en todos los lugares donde sabían que había habido actividad de los Antiguos-.** Me detuve-. **Por cierto, el asteroide...**

-Tengo un equipo de caza de la Guardia de la Muerte inspeccionándolo-, me tranquilizó Amberley-. **Para cuando terminen, no quedará rastro alguno de presencia necrón.**

-Supongo que, en cierto modo, nos hicieron un favor-, dije-. **Nos quitaron de encima al ejército de Varan y diezmaron sus naves de guerra-.** Sonreí, saboreando la ironía-. **Por suerte, la población general ya pensaba que había una flotilla naval en camino, así que fue fácil convencerles de que en realidad ese trabajo lo había realizado una flota de combate imperial.**

-Todavía tendrás que dar algunas explicaciones cuando la flota de

verdad llegue al sistema-, dijo Amberley, quien se quedó sorprendida cuando estallé en carcajadas.

-No van a venir-, le dije**-. Nunca hubo tales refuerzos-.** Saqué mi placa de datos y le mostré el texto completo del mensaje, que Visiter me había enviado poco después de regresar a la schola**-. El comunicado está firmado por el capitán de flota Leerie.**

-¿Y qué?-. A Amberley nunca le gustaron demasiado los juegos de adivinanzas, ni tenía paciencia para ello, así que concluí mi explicación lo más brevemente posible.

-Leerie se retiró en el año 954-, la dije-, **mientras servía en el personal de Zyvan. Hubo una fiesta bastante buena en su honor, si mal no recuerdo-.** Le enseñe la placa de datos-. **El mensaje era sólo un eco de otro del pasado, rebotado en la disformidad. Son cosas que han pasado antes.**

-Pero curiosamente te llegó justo cuando lo necesitabas-, dijo Amberley-. **Una curiosa coincidencia.**

Me encogí de hombros**-. Siempre he tenido suerte-,** comenté sin nada mejor que decir.

Amberley me sonrió de nuevo, con expresión calculadora.

-No siempre-, me dijo sonriendo pícaramente-. **Pero quien sabe, tal vez esta noche…**

[Con esta alegremente optimista nota, este volumen de los Archivos Caín llega a su natural conclusión.]

FIN

